



CUANDO TODO ESTÁ PERDIDO

CANADÁ VI

Mariah Coans

**CUANDO
TODO ESTÁ
PERDIDO**

CANADÁ VI

Mariah Evans

Título: *Cuando todo está perdido*

© 2018, Mariah Evans

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2018, Marien F. Sabaniego

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a dos personas: Elisabet Ponce y Flavia Farias.

Primero de todo, quiero agradecer la amistad y el apoyo incondicional que me habéis demostrado en todo momento. Muchas gracias por compartir esta ilusión conmigo y por dar a conocer mis novelas a otras personas.

Espero poder seguir con esta amistad durante mucho tiempo.

Un abrazo enorme

Mariah.

Prólogo

La tierra se abría por el temblor, partiéndose y separándose mediante profundas grietas mientras todos intentaban paralizar la destrucción total. Observaron cómo Mabus volvía a alzar sus brazos hacia el cielo haciendo que el terremoto se incrementase y los pocos edificios que quedaban en pie se destruyesen, las farolas saliesen volando y los coches fuesen precipitados hacia sus compañeros.

Aquello era el fin, no había vuelta atrás. Todo lo que habían conocido hasta ahora, lo que amaban, desaparecería en pocos segundos. Habían llegado tarde y, ahora, su mundo se destruiría.

Giró su rostro hacia ella notando la palma de su mano cogida a su brazo, mientras aquella oscuridad que emanaba del cuerpo de Mabus, a pocos metros de ellos, avanzaba por toda la ciudad sumiéndola en penumbras.

Mia permanecía con la mirada clavada en los compañeros de división que aún intentaban detenerlo, apurando los últimos segundos para evitar la catástrofe. Ni siquiera pestañeaba.

Volvió la mirada al frente viendo a Nicholas y Adrien ser impulsados hacia atrás sin contemplación, chocando contra todas las rocas y amenazando con caer por las enormes grietas que se creaban por el terrible terremoto.

Volvió la mirada hacia ella y se fijó en su mano temblorosa cogida a su brazo, en su perfil, en sus hermosos ojos verdes, en las lágrimas bañando su rostro y su cabello castaño volando hacia tras por el viento huracanado.

—Sabes que te quiero... —susurró.

Mia tardó un poco en reaccionar pero finalmente giró su rostro hacia él y lo miró sin comprender.

—¿Por qué me dices eso? —sollozó. Volvió su mirada al frente donde la

lucha encarnizada seguía agotando los últimos segundos antes de desaparecer. Se giró de nuevo hacia él cogiendo con más fuerza su brazo—. No... —gimió —... no puedes... —reaccionó más nerviosa.

Él tragó saliva y volvió la mirada hacia sus compañeros. Sabía que era lo único que podía hacer.

—El mundo no se merece esto —susurró contemplando fijamente la escena que sucedía a pocos metros de ellos.

—No... —lloró ella.

La cogió por los hombros mientras se ponían en pie y le obligó a mirarle. Pasó una mano por su cabello apartándolo, fijándose en cada rasgo de su dulce rostro. La quería más que nada, no podía permitirlo.

—Tú... —susurró hacia ella mientras una sonrisa triste atravesaba su rostro—, no te mereces esto —enfaticó.

—No, por favor... —suplicó mientras él la acercaba y la abrazaba—, no lo hagas... por favor... —lloró contra él.

—Prométeme una cosa —susurró volviendo a distanciarla. Se fijó en sus ojos que lo observaban con un amor increíble. Besó su frente y la miró fijamente—, serás feliz.

Dicho esto la empujó alejándola de él.

—¡Noooooo! ¡Morirás! —gritó mientras lo veía alejarse.

Ahí había comenzado todo...

1

Dean miró el reloj de su muñeca y resopló. Llevaban más de ocho horas en el todoterreno. Hacía pocas horas que Cintya, el oráculo que los había llevado hasta la daga del destino en el Everest, había logrado saber dónde se encontraba la única persona que podía empuñar la daga para acabar con el anticristo.

Tras un par de horas preparando el todoterreno y dormir un poco se habían lanzado a la carretera.

El lugar era Portland, a unas doce o trece horas de camino, en Oregón, y el hombre al que buscaban respondía al nombre de Gabriel. Aún no sabían qué tendría de especial aquella persona, pero él era el único que podía salvarlos.

Ni siquiera se habían atrevido a poner el nombre en el buscador del Pentágono, todo debían llevarlo en el más estricto secreto. Eligos, el jinete de la guerra, se había introducido en el Pentágono y ahora era el jefe de la división. Tenían al enemigo en casa y, aunque Cintya les había explicado cómo el mismo Eligos había acabado con los vampiros que la acechaban y entregado la daga en el Everest, no se fiaban. Era uno de los jinetes del apocalipsis, ¿cómo iban a hacerlo? Pero él no era su mayor problema. Mabus, el ente que había tomado el cuerpo de Thomas era el mayor responsable de todo lo que estaba ocurriendo y el único al que podían matar. Sabían que la guerra, el hambre y la muerte siempre estarían presentes en la tierra pero, Mabus era el anticristo, el único que tenía realmente la misión de destruir el planeta, el único que no tenía ningún otro cometido que el de sembrar el caos en su mundo.

Sabían que contaban con poco tiempo y que iban a contrarreloj, que debían encontrar a Gabriel antes que Mabus y sus secuaces, si no, ya podían ir despidiéndose de todo lo que conocían y amaban.

Todos se giraron cuando escucharon el pitido del todoterreno que les

seguía, girando sus cuellos para mirar a través de las ventanas del todoterreno.

Aaron conducía el segundo vehículo y los adelantaba mientras el resto de la manada que los acompañaba: Alex, Fillipe y Ben daba palmas animando a su alfa a que adelantase a los cazadores.

Taylor, el conductor, se giró hacia Nicholas que iba al lado.

—¿Cómo se te ocurre darles un todoterreno?

Nicholas chasqueó la lengua mientras miraba a Aaron poner cara de velocidad y a Alex, que iba en el asiento del copiloto dando palmas junto con el resto de la manada que se encontraba en el asiento trasero y animaba de forma incansable.

Todos enarcaron una ceja cuando el todoterreno de los lobos pasó por encima de un bache haciendo que gritasen y se moviesen de un lado a otro, despertando las sonrisas traviesas de toda la división.

Taylor bajó su ventanilla y extrajo su brazo para señalar a Alex.

—Os lo merecéis —Les gritó divertido.

—No los provoques más —susurró Dean desde atrás.

Nicholas asintió.

—Dean tiene razón, no los provoques.

—Como si les hiciese falta —ironizó Taylor acelerando el todoterreno dejándolos atrás, mientras el que conducían los lobos seguía dando botes en el carril de al lado por donde pretendían adelantarlos—. Así aprenderán.

—Vale, muy bien Taylor... —continuó Scott mientras miraba hacia atrás—, pero por favor, ten cuidado —dijo mientras caía sobre el hombro de Dean al tomar una curva con excesiva velocidad—. ¡Me gustaría llegar vivo!

Se notaba que los terremotos habían asolado el terreno. Los baches y la calzada rota complicaban la conducción, sin hablar de las decenas de ciudades y poblados abandonados y destruidos que habían atravesado.

—¡Joder! —gritó Christopher de los nervios desde la parte de atrás—. ¡Haz el favor de conducir con cuidado! —dijo colocando la caja de madera recta—. Solo falta que se salga la daga del destino de la dichosa caja.

Nicholas se giró hacia atrás.

—¿Va bien?

—Sí, va bien —confirmó Christopher—, pero no me gustaría tener que cogerla y meterla en la caja.

—Déjame el mapa —pidió Dean mientras golpeaba el brazo de Nicholas.

Lo cogió y lo desplegó mientras Scott, que iba a su lado, y Adrien y Christopher en la parte trasera lo miraban con curiosidad.

Christopher señaló un punto del mapa.

—Hemos pasado el pueblo de Connell hace media hora —indicó—. Deben faltar unas tres horas para llegar.

Nicholas miró hacia delante y se inclinó para observar el cielo. Hacía un par de horas que permanecía nublado y amenazaba con descargar una tormenta sobre ellos.

—Para cuando llegemos habrá anochecido —confirmó.

—Esto de no poder encender el GPS es una putada —reaccionó Taylor.

—Ninguno de nosotros quiere que Mabus nos encuentre, ¿verdad? —ironizó Nicholas.

Taylor chasqueó la lengua.

—De momento no. Hasta que no encontremos a nuestro querido y escurridizo salvador —bromeó.

—Ey —interrumpió Dean observando con atención el mapa—. ¿Os habéis fijado que Portland esta cerca de Salem?

Nicholas se giró para observarlo.

—¿Y qué más da?

—¿Estás de broma? —preguntó Dean asombrado—. ¿No lo recuerdas de las clases del Pentágono? Los juicios de Salem. —Luego miró a Nicholas—. Ahí fue donde juzgaron a muchas brujas...

—¿Por qué me miras a mí? —preguntó Nicholas mosqueado.

—Bueno... ammm...

Nicholas resopló y volvió su mirada hacia delante.

—Aquello fue la mayor estafa de todos los siglos. La mayoría acusaban a las personas que no les caían bien o con las que tenían problemas. Dudo que matasen a alguna bruja real. —Enarcó una ceja y volvió a girarse—. ¿O acaso crees que Melanie se hubiese dejado quemar en una hoguera o ahogar en un río? —ironizó.

—No —Lo miró seriamente—. Está claro que les habría dado para el pelo.

—A una bruja de verdad es mejor no enfadarla —continuó Nicholas.

—Ya, pero tú no la enfadas, ¿verdad? —bromeó Scott de nuevo—. Tú... la calmas.

Nicholas volvió a girarse hacia su compañero.

—No te creas, a veces se mosquea —bromeó él esta vez.

Aquella respuesta hizo que todos sonriesen.

—Bien, y cuándo lleguemos a Portland, ¿cuál es el plan? —preguntó Taylor cambiando de tema.

—Está claro: buscar a Gabriel —contestó Dean.

Taylor resopló.

—Eso ya me lo imagino —respondió mirando por el retrovisor a su compañero—. Quiero decir... ¿estará esperándonos? ¿Sabrá que vamos a buscarlo?

Todos se quedaron pensativos unos segundos.

—Es el elegido —contestó Nicholas al final—. Supongo que lo sabrá o intuirá.

—¡¿Pero qué hacen?! —gritó Taylor mirando de reojo el todoterreno de los lobos que volvía a intentar adelantarlos.

Nicholas cogió el walkie directamente y lo llevó hasta sus labios.

—Aaron —pronunció con voz grave.

La voz del alfa no tardó en contestar.

—Dime.

—Como nos adelantes te pego un tiro. —En ese momento todos observaron como la velocidad del todoterreno descendía y volvía a colocarse tras ellos—. Trata el todoterreno con cuidado, vas a cargarte los amortiguadores. Esto no es un juego.

Tras unos segundos el alfa respondió.

—Entendido.

Nicholas se giró hacia sus compañeros con una sonrisa y les guiñó el ojo.

—Todo controlado.

Todos miraron hacia delante asombrados. Habían situado los dos todoterrenos a una distancia prudencial de la ciudad, sumergidos en el bosque que la precedía.

Lo que habían montado alrededor de lo que era la actual Portland era una muralla en toda regla. No era muy grande, a duras penas podían ver unos edificios en pie que superasen la muralla de ocho metros, construida a base de ladrillos y placas de hojalata.

Todos centraron la mirada en la puerta principal franqueada por varias personas armadas.

Dean se apoyó en el asiento del conductor y miró la puerta de acceso. Aquello era apocalíptico, nada más lejos de la realidad. La luz de las llamas de las hogueras del interior de la ciudad era lo único que los iluminaba, ya ni siquiera tenían corriente eléctrica.

Nicholas cogió el walkie y contactó con el equipo de lobos que había detenido el todoterreno al lado.

—Aaron...

—Dime —contestó al momento.

Todos giraron su rostro hacia el lado para observarlos y Alex fue el primero que alzó su mano para saludarlos con actitud jovial.

—Vosotros os quedaréis aquí fuera vigilando. Dejaremos el walkie en el coche...

—¿Aquí fuera? —preguntó sorprendido.

Nicholas se pasó la mano por los ojos agobiado.

—No vais a entrar. Es una colonia de humanos...

—Y te aseguro que seguirá siéndolo, pero tenemos ganas de estirar las piernas.

Nicholas suspiró.

—Bueno, salid del todoterreno si os apetece pero no os distanciéis.

—Hecho.

—Eh —advirtió con voz más seria—. No os distanciéis —repitió—. Debéis proteger la daga del destino, la dejaremos en nuestro maletero.

—Que sí, que sí... que nos quedaremos aquí —respondió rápidamente.

—De acuerdo. Dejaremos aquí el todoterreno, nada de moverlo.

—Te lo cuidamos.

—Más te vale, ni se os ocurra coger el todoterreno y empezar a hacer carreras...

—Oh, vaya... —ironizó Aaron—, me has leído el pensamiento. Yo no sé tú, pero yo ya he tenido suficiente coche y carretera después de más de doce horas conduciendo.

—Está bien, pues... estad atentos —dijo mirando a su compañero que asintió.

—Aquí estaremos, atentos a todo lo que ocurra.

—Y por supuesto... —continuó—, la caja con la daga se queda en este todoterreno. Ni se os ocurra cogerla.

—Entendido.

Adrien cogió el walkie de su jefe ante la mirada atónita de todos.

—Recordad que si tocáis la daga seréis hombre muerto... o lobo muerto.

—Que síiiii —respondió la voz de Alex esta vez—. Nada de jugar con ella, ya lo sabemos.

Nicholas suspiró y cogió el walkie de la mano de Adrien para depositarlo sobre el salpicadero, luego volvió a centrar toda su atención en los cuatro hombres uniformados que presidían la puerta de acceso.

—¿Cogemos armas? —preguntó Taylor.

Nicholas se quedó pensativo.

—No, supongo que solo serán vigilancia.

Dean afinó su vista.

—Llevan metralletas —comentó confuso—. Parecen militares.

Nicholas lo miró y esta vez sonrió.

—Sí, y a nosotros nos dan mucho miedo, ¿verdad? —ironizó.

Dean chasqueó la lengua y se sentó de nuevo en el asiento.

—Solo informaba. Está claro que tienen vigilancia para entrar, pero también que intentan protegerse de algo.

—¿Vampiros? —preguntó Taylor girándose hacia él, a lo que Dean se encogió de hombros.

—No creo que aquí hayan atacado los vampiros —comentó Christopher desde el asiento trasero—, no quedaría ni uno vivo.

Nicholas abrió la puerta del copiloto sin más demora.

—Da igual, sea como sea tenemos que encontrar a Gabriel, y Cintya dice que está aquí —Bajó del todoterreno y cerró la puerta mientras sus compañeros lo imitaban—. Pasaremos directamente, sin dar explicaciones.

Dean cerró la puerta trasera con un portazo.

—No sé porqué pienso que sí nos las van a pedir.

Nicholas miró a su compañero y resopló. Volvió la mirada hacia los lobos que estaban aparcados a pocos metros de ellos y los señaló.

—Quietos, eh —advirtió.

Todos asintieron con una gran sonrisa. Dean caminó hacia Nicholas y comenzaron a avanzar.

—Esto es lo que más miedo da. Cuando ponen cara de inocentes, como si

no hubiesen roto un plato en su vida —bromeó Dean.

Nicholas sonrió ante su comentario y miró a sus compañeros que se situaban al lado. Vestidos con ropa de calle, podrían pasar como ciudadanos de la nueva Portland.

Todos fijaron su mirada al frente cuando emprendieron el camino asfaltado que llevaba hasta la entrada principal. El diámetro de la muralla con la que habían rodeado lo que quedaba en pie de la ciudad les daba a entender que no había muchos supervivientes.

Dean se fijó en el asfalto que pisaban. Había enormes grietas que les obligaban a saltar sobre ellas. Desde luego, un espantoso terremoto había destruido también esa parte de Estados Unidos y estaba seguro de que si no acababan con Mabus pronto el mundo que conocían hasta ahora desaparecería. Pero para eso, para poder hacerle frente, necesitaban a Gabriel, el único humano capaz de empuñar la daga del destino y dar la puñalada final a Mabus y, con ello, salvar al mundo de la destrucción.

Debían haber tardado varios meses en construir aquella muralla, pues estaba reforzada con enormes vigas de metal.

En cuanto la luz de la luna los iluminó los cuatro hombres armados fijaron su mirada en ellos.

—No parece que tengan una actitud muy amistosa —susurró Adrien a sus compañeros.

Nicholas volvió la mirada hacia ellos.

—No os resistáis, nos interesa entrar. Actitud calmada ante todo. Nos estamos jugando mucho.

—Ellos también se la juegan —reaccionó rápidamente Dean.

—Ya, pero ellos no lo saben —contraatacó Nicholas.

—Una lástima... —continuó Taylor—, si no seguro que nos dejarían entrar sin problemas.

Dos de los hombres armados dieron unos pasos en su dirección, interponiéndose en su camino, sujetando con fuerza sus armas.

—El pase —dijo directamente.

Nicholas se quedó mirándolo fijamente y luego resopló. Se giró hacia sus compañeros y se encogió de hombros. Lo que le faltaba.

—No tenemos pase.

—Sin pase no podéis entrar —pronunció con voz grave, incluso agresiva.

Taylor y Scott dieron unos pasos hacia delante colocándose a la altura de su jefe.

—Vamos... —comentó Taylor en tono amistoso—, venimos de muy lejos, necesitamos descansar.

—Y algo de comida —continuó Scott rápidamente.

Otro de los hombres armados se acercó en actitud beligerante.

—¿De dónde venís?

Nicholas suspiró. No tenían tiempo para esas tonterías, pero intentó ser amable.

—Llevamos varios días de camino, desde Banff.

—¿Eso está en Canadá? —preguntó el segundo hombre armado al primero.

—Creo que sí.

Dean dio unos pasos acercándose.

—Hubo un terremoto y nos quedamos sin nada.

—¿Y venís vosotros solos? —preguntó el hombre mirando a Nicholas de arriba a abajo—. ¿Sin mujer? ¿Sin niños?

El primero de los hombres armados cogió con más fuerza su arma.

—No tenéis pinta de haber recorrido tantos kilómetros.

Todos suspiraron, aquello no iba nada bien.

—Solo necesitamos algo de agua y...

—Seguro que vienen de Albany —Le cortó a Nicholas el segundo hombre.

—¿Albany? —preguntó Nicholas sin comprender.

De golpe los cuatro hombres ascendieron los fusiles hacia ellos.

—Id a robar a otras comunidades...

—Nadie va a robar —interrumpió Nicholas.

—¡Largo!—indicó el primero de los hombres.

Taylor miró de reojo a su jefe.

—Bueno, ya hemos sido amables bastante rato —susurró como si se le agotase la paciencia, pero Nicholas ascendió su mano para detenerlo.

—Escuchad —suplicó Nicholas a los cuatro hombres—. Ni somos ladrones ni pretendemos hacer ningún mal. Nuestro pueblo se destruyó. Solo necesitamos algo de comida y agua. Después nos iremos.

—¡Aléjate! —Le gritó de nuevo.

—Bueno, ya vale... —pronunció Dean agotándosele la paciencia.

Fue hasta el primero de los hombres y antes de que pudiese apuntarlo cogió su fusil y los desvió hacia otro lado con fuerza.

Nicholas resopló.

—No, Dean... —susurró resignado.

Dean cogió al hombre por las solapas de su chaqueta y lo acercó a él de forma temeraria.

—Os hemos dicho que solo queremos agua y comida —rugió mientras Nicholas negaba con su rostro. Maldito temperamento el suyo.

—¡Eh! ¡Suéltalo! —gritó otro de los hombres elevando su rifle hacia Dean, aunque al momento giró su rostro impresionado hacia el lado, pues Christopher sujetaba con fuerza su fusil y comenzó a doblarlo sin mucho esfuerzo.

—No te conviene apuntar a mi amigo con un arma.

Aunque aquello alertó al resto de los hombres armados que rápidamente se colocaron a los lados apuntándolos a todos. Mientras, Nicholas seguía con los ojos cerrados intentando controlar su carácter.

—De rodillas, ¡vamos! —gritaron los hombres.

Nicholas se giró levemente hacia el resto de sus compañeros y les indicó con un movimiento de cabeza a que obedeciesen.

—¡Me ha doblado el rifle! —gritó uno de los hombres impresionado. —
¿Pero qué cojones ha hecho?

Christopher coincidió con la mirada de su jefe mientras este se arrodillaba y le indicaba que hiciese caso.

Soltó el rifle y colocó las manos hacia arriba en señal de rendición mientras se arrodillaba.

—Son de muy mala calidad —indicó Christopher.

—¡Y una mierda son de mala calidad! ¿Cómo lo ha hecho? —gritó histérico.

El primero de los hombres armados que estaba al mando se puso ante ellos.

—Atadlos y detenedlos. Avisad a Edgar —ordenó.

—¿Quién es Edgar? —preguntó Nicholas directamente.

—¡Cállate! —Le reprendió. Automáticamente golpeó su frente con el fusil abriendo una pequeña brecha en su frente.

—Ehhhh —gritaron sus compañeros, pero Nicholas negó con su rostro para que se estuviesen quietos.

Scott alzó sus manos para que lo esposasen y miró al que acaba de golpear a su jefe.

—Intenta algo más así y te juro que te...

—Scott —gruñó Nicholas para que se callase, lo que hizo que su compañero cerrase la boca.

—El muy hijo de... —refunfuñaba Scott.

—¡Preparad la celda! —gritó uno de los hombres.

En ese momento todos pusieron su espalda recta y medio sonrieron.

—Bueno —dijo Dean como si aquella tampoco fuese una mala opción—, al menos estaremos dentro.

—Sí, y... al menos... —comentó Adrien mientras se arrodillaba y alzaba las manos—, mi querido cuñado no ha intervenido. —Nicholas lo miró mientras colocaba unas esposas en sus muñecas y puso los ojos en blanco—.

Es muy protector... seguro que está deseando venir.

—Ya me lo imagino.

No habían podido ver mucho de la ciudad, pero estaba claro que estaba en ruinas. Pocos edificios se mantenían en pie y, a algunos de ellos, les faltaba alguna pared o la planta superior. Por el contrario, habían construido pequeñas casitas del mismo material que la muralla que rodeaba la ciudad.

No habían tenido tiempo de nada más. Los habían metido a los seis en una de las casetas que se anexionaban a la muralla y echado el candado a la puerta.

Se trataba simplemente de cuatro paredes, sin nada más. Se habían sentado sobre la tierra apoyándose contra la pared.

—Puedo quitar el candado sin problemas —comentó Christopher asomándose entre los barrotes de la pequeña ventana que tenía la puerta.

—Todos podemos quitar el candado sin problemas —Le recordó su jefe —, pero no es lo que quiero. Preferiría poder moverme libremente por la ciudad.

—Dirás lo que queda de ella —comentó Christopher aún asomado a la ventana. Se giró y se sentó al lado de Dean mientras un largo suspiro salía de su interior—. Menuda forma de recibir a los que en principio quieren salvar el mundo.

Nicholas chasqueó la lengua.

—Dímelo a mí —Y se señaló la frente con la brecha que comenzaba a cicatrizar.

—¿Cuánto rato piensan tenernos aquí? —preguntó Scott desquiciado—. Ya llevamos más de una hora.

—Quizá podríamos avisar a Aaron —pronunció Adrien—. Seguro que están deseando venir a ayudar.

Nicholas sonrió ante aquel comentario.

—Mejor que no. De momento estamos dentro...

—Sí, dentro de una cárcel improvisada —comentó Dean mostrándole las esposas. Se levantó como si estuviese agotado y se dirigió a la puerta asomando su cabeza entre los barrotes para mirar. Algunas personas caminaban por la calle iluminada por hogueras, incluso algunos niños corrían por ellas jugando al pilla-pilla, pero le sorprendió que uno de ellos pasó cerca, se quedó mirándolo y le sacó la lengua antes de salir corriendo—. Será maleducado.

—¿Qué pasa? —preguntó Taylor mirando la espalda de su compañero.

Dean no contestó. Se quedó observando a los cuatro hombres armados que venían en su dirección, acompañados de un hombre más. Dean dio un paso atrás alejándose de la puerta.

—Ya vienen. —Se giró hacia sus compañeros que elevaron la mirada hacia él—. Nuestros cuatro amigos y un añadido.

Todos se pusieron en pie, aún esposados, y esperaron a escuchar como quitaban el candado para abrir la puerta.

—Portaos bien —susurró Nicholas hacia ellos—. Interesa que nos dejen quedarnos.

—Ya, ¿y si no? —preguntó Dean colocándose al lado de él.

—Entonces continuaremos con el plan B.

—¿Cuál es ese? —preguntó Taylor girándose hacia él.

No hizo falta que dijese nada, la sonrisa maléfica de Nicholas ya les dio a entender lo que quería decir. Si no podían moverse libremente por la ciudad lo harían a su manera, a la fuerza.

Todos fijaron la mirada en el primer hombre que abría la puerta, el mismo que había golpeado a Nicholas en la frente con el fusil y que dejaba paso a otro de los hombres, vestido de una forma más elegante que el resto. No tenía ni un solo cabello en su cabeza y era bastante alto y fornido.

El hombre los miró a todos, estudiándolos con detenimiento, luego torció su rostro hacia los cuatro hombres armados que velaban por su protección.

Dio un paso al frente, estudiándolos.

—Me han explicado que venís de lejos.

—Sí, señor —dijo Nicholas dando un paso al frente—. Somos de Banff. Nuestro pueblo fue destruido hace varios meses por un terremoto. Estamos de camino a Los Ángeles.

—¿Para qué?

—Nuestra familia está allí —improvisó rápidamente—. Solo buscamos algo de comida y agua. Y descansar un poco. —Lo miró directamente a los ojos—. No somos ladrones ni tenemos malas intenciones. Solo intentamos sobrevivir. Tenemos dinero para pagar todo lo que necesitemos.

Aquello despertó una sonrisa incrédula en el hombre.

—Hijo... —comentó dando un paso hacia él—, el dinero ya no tiene ningún valor. En esta comunidad todos colaboramos por el bien común. —El hombre los miró de arriba a abajo y suspiró. Se volvió hacia el primero de los hombres armados y le señaló con una mano—. Caden, quítales las esposas.

A aquel hombre no pareció gustarle su decisión pero obedeció las órdenes.

—Gracias —reaccionó Nicholas mostrándole las muñecas.

—Soy Edgar, dirijo la ciudad. Podéis quedaros lo que necesitéis pero tened en cuenta una cosa... aquí, cuando quieres algo, tienes que ganártelo. No se compra, si queréis comida, bebida, alojamiento... debéis dar algo a cambio o trabajar para ello. —Todos asintieron mientras les iban quitando las esposas—. Eso sí, haced algo que no sea correcto y se os echará de inmediato. Se os vigilará en todo momento. En esta ciudad intentamos vivir en la mayor paz y calma posible dentro de lo posible —acabó susurrando.

—Se lo agradezco. Puede estar tranquilo, no causaremos problema alguno.

—Es lo que más os conviene —comentó Edgar más serio. Luego se fijó en la frente del joven con el que hablaba—. Que te miren la frente, tienes un buen golpe —Nicholas miró directamente a Caden, el responsable de aquello, pero no dijo nada—. Que lo lleven con Gabriel y le eche un vistazo.

Aquel nombre hizo que se girase hacia sus compañeros sorprendido. Gabriel. ¿Sería posible que hubiese más de un Gabriel en aquella comunidad?

—¿Gabriel? —preguntó Nicholas llamando la atención de Edgar.

—Es el enfermero, podrá ayudarte. No tiene buen aspecto —dijo señalándose la frente él mismo—. ¿Tenéis alguna enfermedad?

Nicholas miró de reojo a sus compañeros.

—No.

Edgar miró a Caden.

—Que los examine uno a uno, no quiero una epidemia aquí dentro. —Fue hasta debajo del marco de la puerta y se quedó quieto unos segundos, reflexionando—. No bromeo cuando digo que no quiero ningún tipo de problema —advirtió sin girarse—. A la mínima que mis hombres me informen de algo seréis expulsados. —Se giró y los miró fijamente mientras todos asentían.

Sin decir nada más tomó un paso rápido alejándose de allí.

Caden dio un paso hacia la división y les indicó con el rifle.

—Está bien. Andando —Le señaló la puerta para que saliesen, sin un ápice de cordialidad en su voz.

—Estúpido —susurró Taylor cuando se alejó del hombre armado, haciendo que solo lo escuchase su jefe y Dean—. Ya tendrá su merecido.

—Deja de renegar, Taylor —Le cortó Nicholas.

Caden se colocó frente a ellos y les indicó a que le siguieran.

—No quiero problemas —comentó mientras los apuntaba con el rifle.

—Mejor para ti —volvió a susurrar Taylor mientras comenzaba a caminar.

—Cállate de una vez —Le advirtió su jefe, a lo que Taylor resopló.

—Eh, eh... —comentó Scott poniéndose a la altura—. ¿Vamos a ver a Gabriel?

—Eso parece —contestó Nicholas.

—¿Será nuestro Gabriel? —preguntó Dean.

Nicholas lo miró de reojo.

—Y yo que sé... —dijo mirando de un lado a otro, observando las calles

algo sucias—. Quizá hay más hombres con ese nombre.

—Ya —intervino Dean—, y encima enfermero. ¿Crees que tendrá algún don como el de curar?

—Quizá esa es la razón por la que es el salvador —volvió a apuntar Scott—, puede que tenga el don de la sanación.

Nicholas se encogió de hombros.

—No lo sé. En breve lo sabremos. —Luego alzó la mirada hacia la espalda de Caden que caminaba delante de ellos, girando su rostro de vez en cuando para asegurarse de que le seguían—. Eh, Caden... —llamó su atención. El hombre se giró con gesto de pocos amigos y no pronunció nada, solo se limitó a mirarlo. —¿Hay muchos Gabriel en esta colonia?

—¿Por?

—Estuve una temporada aquí, trabajando... —improvisó de nuevo—. Era amigo de un Gabriel que era enfermero.

—Pues yo que sé —comentó de malos modos girándose de nuevo—. Es el único Gabriel que conozco, pero supongo que debe haber más.

—Es el nuestro, seguro —susurró Christopher.

Los condujo a través de las anchas calles, la mayoría cubiertas de escombros. Cada pocos metros había una pequeña hoguera o cubo con fuego garantizando que hubiese la suficiente iluminación para caminar por aquellas calles sin tropezar. Era increíble como había cambiado el mundo en cuestión de meses, era como si hubiesen retrocedido más de quinientos años de golpe. Sin electricidad, sin luz, sin agua potable y seguramente con poca comida. ¿Aquello era lo que le esperaba a la humanidad?

Dean se fijó en las pequeñas casas construidas recientemente, muchas de ellas sin acabar. Lo cierto es que el estado de aquella colonia era bastante lamentable, aunque suponía que como cualquier otra.

Caden los condujo por unas calles hasta que se detuvo frente a una pequeña casa y golpeó la puerta varias veces. El hombre no esperó respuesta y abrió directamente.

La casa era pequeña. Constaba de dos habitaciones. En la primera un par de personas esperaban sentadas en un banco construido con dos pequeños

troncos y uno más largo situado sobre ellos, y en una pequeña mesa una mujer lo miraba con una sonrisa.

—Hola, Sophia.

La mujer se levantó. Parecía agradable. Debía rozar los sesenta años y llevaba el pelo corto y canoso recogido en una cola alta. Llevaba un vestido azul hasta los pies y una rebeca color blanco encima.

—Hola, Caden —comentó echando la vista atrás, hacia los miembros de la división.

—Te traigo a los que teníamos encarcelados. —En ese momento todos observaron que las dos mujeres que esperaban, acompañadas de sus niños pequeños, los abrazaban con más fuerza como si se asustasen. Sophia los miró intrigada. —Edgar me ha pedido que los traiga. Quiere que Gabriel los examine para asegurarse de que no tienen ninguna enfermedad contagiosa... — Luego se giró observando a Nicholas—, y uno de ellos tiene un golpe en la frente.

En ese momento Nicholas enarcó una ceja hacia él.

Todos volvieron la vista al frente cuando la puerta al final de la pequeña sala se abrió y un hombre salió mientras se abrochaba la camisa.

—Muchas gracias, Gabriel.

Se quedaron observando al chico joven que salía de la habitación con una bata blanca y el fonendoscopio colgado al cuello.

—No te preocupes. Es un simple catarro —comentó Gabriel con una sonrisa.

—Tenía miedo de haber cogido otra pulmonía —contestó el hombre.

—No te preocupes, pero abrígate y protégete el cuello. Este tiempo es muy traicionero.

El hombre asintió y se dirigió a la puerta esquivando a Caden y al resto de la división.

Gabriel miró directamente a los dos niños que esperaban.

—¿Quién es el siguiente?

Los dos niños se abrazaron asustados a sus madres.

Sophia se giró hacia él.

—Le toca a Tom —indicó—, pero Caden acaba de traer a estos hombres.

En ese momento Gabriel volvió la mirada hacia ellos. Era bastante alto, aunque menos musculoso que ellos. Su cabello castaño oscuro destacaba con sus enormes ojos verdes. Todos se quedaron petrificados al contemplarlo. ¿Era posible que fuese él?

—Edgar me ha pedido que los examines —comentó Caden acercándose—. Son los que acaban de llegar a la comunidad.

Gabriel asintió y volvió a mirarlos, los recorrió de arriba a abajo mientras toda la división se mantenía expectante.

—Está bien, tendrán que esperar —comentó Gabriel como si nada. Se giró hacia Tom y le sonrió—. Vamos Tom, te toca.

—Nooooo —sollozó el niño.

La madre lo cogió en brazos mientras el niño comenzaba a llorar y se removía.

—¿Ha vomitado más veces? —preguntó Gabriel a la madre mientras le permitía que entrase primero en la consulta. Directamente cerró la puerta.

Toda la división se quedó estática observando la puerta que acababa de cerrar.

—¿No nos ha reconocido? —preguntó Adrien mirando intrigado a sus compañeros—. ¿No se supone que es el elegido?

—Lo mismo no sabe quiénes somos —contestó Dean.

Caden se puso frente a ellos mientras sujetaba con fuerza el rifle mostrando su superioridad. Directamente señaló el banco para que se sentasen.

—Sentaos y estaos quietos. No quiero problemas.

—Eso ya lo has dicho varias veces. Te repites —susurró Taylor de nuevo mientras se sentaba en el banco asqueado, llevándose la mirada enfurecida de su jefe.

Nicholas miró de reojo a sus compañeros. Todos se mantenían sentados en el interior de la consulta que, al igual que la primera habitación que usaban a modo de espera, era totalmente austera. Ni siquiera habían pintado las paredes. Se notaba que aquella pequeña casa era de nueva construcción, aunque no estaba diseñada por grandes arquitectos. Podían verse los pegotes de yeso entre los ladrillos mal puestos, incluso algunos un poco rotos.

La estancia se iluminaba con un pequeño camping gas situado sobre una mesa. Un banco al final de la sala donde todos esperaban y una camilla donde estaba sentado Nicholas. El poco instrumental del que disponían se encontraba en un armario con cajones.

Gabriel rebuscó en el cajón hasta que encontró lo que buscaba. Sacó una gasa y fue hacia Nicholas de nuevo.

Todos se habían mantenido callados desde que habían entrado, hacía apenas un minuto. Caden se había quedado en la sala de espera ante la insistencia de Gabriel para que le dejase hacer su trabajo de forma correcta, aún así, había accedido a dejar la puerta entreabierta para que el soldado vigilase de vez en cuando.

Nicholas miró a sus compañeros sin saber qué hacer ni qué decir, a lo que todos respondieron encogiéndose de hombros, sin saber cómo actuar frente a aquella situación.

—¿Cuánto hace que te diste el golpe? —preguntó Gabriel mientras cogía un bote de encima de la mesa y humedecía la gasa.

—Hace un rato.

Gabriel enarcó una ceja y se acercó colocándose en frente. El muchacho debía ser de su misma edad más o menos, lo que tenía claro era que no superaba los treinta años.

—¿En serio? —preguntó sorprendido—. Lo tienes bastante cicatrizado —dijo colocando la gasa empapada en la frente de Nicholas—. ¿Cómo te lo hiciste?

Nicholas dibujó una sonrisa traviesa en su rostro.

—Tu amigo... —susurró señalando hacia la puerta—, tiene la mano fácil.

Gabriel miró de reojo a Caden que se encontraba en la habitación contigua e iba paseando de un lado a otro ajeno a lo que hablaban. Chasqueó la lengua y miró a Nicholas con sorna.

—Eso dicen —comentó como si no fuese de su agrado el vigilante.

En ese momento, Dean carraspeó llamando la atención de Nicholas que desvió la mirada hacia él. Estaba claro lo que Dean quería transmitirle dado que señalaba continuamente a Gabriel con la cabeza.

—Así que te llamas Gabriel... —pronunció Nicholas mientras este cortaba otro trozo de esparadrapo.

—Sí.

—¿Eres el único Gabriel de aquí?

El joven lo miró confundido por su pregunta pero se encogió de hombros.

—Creo que sí. Por suerte no conozco a todos los hombres y niños de esta colonia. Solo acuden a mí cuando están enfermos —acabó en un tono amable.

—Ya... —Nicholas suspiró y cuando se puso frente a él para colocar el esparadrapo en su frente lo miró directamente a los ojos—. Somos de la DAE —susurró como si fuese un secreto.

Gabriel lo escudriñó con la mirada.

—¿Qué?

—De la DAE —volvió a repetir en un susurro, compartiendo aquella confidencia.

Parpadeó un par de veces y medio sonrió.

—¿Y qué es eso? —preguntó con gracia mientras cogía unos trozos de celo para pegarle el esparadrapo en la frente. Parecía que iban escasos de material.

—¿No sabes lo qué es?

—Nunca lo había escuchado. ¿Es como un funcionario? —preguntó divertido mientras acababa de colocárselo correctamente—. Bien, ya está —dijo dando unos pasos hacia atrás para coger el termómetro. Le levantó el brazo y lo colocó en la axila. Puso el fonendo en sus oídos y comenzó a auscultarle—. Respira hondo, por favor.

Nicholas suspiró y luego hizo lo que le pedía mientras volvía a mirar a sus compañeros. Todos se miraban entre sí confundidos. ¿No sabía lo que era la DAE?

Movió su fonendo hasta la otra parte de su pecho y cuando escuchó que el termómetro pitaba lo cogió directamente. Lo miró y sonrió.

—Bien, todo bien. ¿Has tenido alguna enfermedad contagiosa últimamente?

—No —respondió directamente, confundido, sin saber cómo abordar el tema, pues parecía que el chico no era consciente de lo que ocurría.

—Bien, ya puedes sentarte —Le indicó con su brazo—. El siguiente.

Dean se levantó directamente mientras se desabrochaba la camisa y se sentó en la camilla, ante la mirada confundida de todos ellos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Dean.

—¿Alguna enfermedad contagiosa en el último año? —preguntó mientras le colocaba el termómetro bajo la axila y comenzaba a auscultarlo.

—No.

Dean miró a su jefe que susurraba con sus compañeros y luego coincidió la mirada con él. Jamás se habían visto en una situación como aquella, de hecho, ni siquiera estaban seguros de que él fuese el elegido, simplemente se fiaban de las palabras de Cintya que, hasta ahora, lo había acertado todo.

—¿Seguro que es él? —preguntó Taylor de los nervios—. Ni siquiera sabe lo que es la DAE.

—Cintya nos ha dicho que es él —Le recordó Scott.

—¿No deberíamos preguntarle algo?—preguntó Adrien.

—¿Algo cómo qué? ¿Cómo si es el elegido? —contraatacó Nicholas ironizando.

—Quizá deberíamos explicarle la situación... —dijo Adrien.

—Lo mismo nos toma por locos —añadió Christopher.

—Ya, pero algo tendremos que hacer, ¿no? —insistió Adrien.

—Es él, seguro —continuó Scott—. Cintya no falla una. Joder, si sabía hablar hasta hindú —Les recordó.

—Gabriel... —comentó Dean sentado sobre la camilla mientras le quitaba el termómetro de la axila, haciendo que todos sus compañeros lo mirasen enarcando una ceja—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondió con naturalidad mientras se quitaba el fonendo de los oídos.

Dean suspiró y lo miró directamente a los ojos.

—¿Has tenido alguna experiencia extrasensorial últimamente?

Todos sus compañeros, incluido su jefe, estuvieron a punto de caerse de culo del banco. Nada como ser directo, desde luego.

Gabriel sonrió sorprendido por la pregunta, incluso divertido.

—Ammmm... no... lo más fuerte que he sentido fue el terremoto de hace un par de meses —ironizó.

—Ya... —continuó Dean escudriñándolo con la mirada.

—¿Y tú? —preguntó Gabriel cruzándose de brazos ante él—. ¿Te ha ocurrido algo extraño últimamente? ¿Has escuchado voces? ¿Visiones? —preguntó, aunque con un tono preocupado.

—No, yo no me refería a...

—A mucha gente le ocurre. Con todos los acontecimientos de los últimos meses la gente le da muchas vueltas a la cabeza...

—¿A qué? —preguntó Nicholas desde atrás.

Gabriel se giró hacia él.

—Bueno, hay un pánico generalizado con todo lo que está ocurriendo en el mundo. Muchos se vuelven fanáticos. Hay que mantener la calma ante todo.

—¿Fanáticos de qué? —preguntó Dean.

Gabriel sonrió hacia ellos incrédulo ante las preguntas.

—Es cierto que no sois de aquí —comentó—. ¿No os habéis fijado en la cantidad de crucifijos que hay en la colonia?

—La verdad es que lo único que hemos visto de momento es una pequeña casita con barrotes —intervino Taylor.

—Ya... —dijo volviendo la mirada hacia Caden, que paseaba de un lado a otro de la sala de espera con paso nervioso—. Intuyo que no habéis tenido un buen recibimiento.

—Lo cierto es que no —aclaró Nicholas.

Gabriel asintió y miró a Dean.

—Ya está Dean, está todo correcto. El siguiente.

Esta vez fue Christopher quien se puso en pie.

—¿Alguna enfermedad conta...?

—Ni enfermedades, ni visiones, ni escucho voces... —dijo Christopher mientras se sentaba en la camilla con una gran sonrisa, como si le divirtiese decir aquello.

—Bien, eso está bien —comentó mientras iniciaba el procedimiento de revisión con el poco material que tenía—. ¿Y de dónde sois?

—De Banff —volvió a explicar Nicholas.

—Eso está lejos —comentó antes de colocar el fonendo en el pecho de Christopher.

Se mantuvo unos segundos callado y finalmente se quitó el fonendo de los oídos.

—¿Y qué hacéis tan lejos de vuestro hogar?

Todos se miraron de reojo hasta que coincidieron la mirada con Nicholas, como si esperasen a que él respondiese.

—Verás... —dijo levantándose poco a poco del banco—, nos gustaría hablar contigo en privado —pronunció mientras le señalaba con un movimiento de rostro hacia la puerta entreabierta, por donde se podía ver de vez en cuando pasear a Caden.

Gabriel lo miró extrañado y luego contempló hacia la puerta. En ese momento el termómetro pitó y se lo extrajo del brazo de Christopher.

—Todo bien... —Le indicó—. Siguiendo. —Esta vez fue Scott quien se

levantó para ocupar el sitio de Christopher—. ¿Sobre qué? —preguntó mirando directamente a Nicholas mientras Scott se quitaba la camiseta.

Nicholas suspiró y volvió a mirar la puerta de entrada entreabierta. Tragó saliva y contempló a Gabriel que lo observaba intrigado.

—Es importante —susurró—. De hecho... —tragó saliva—, hemos llegado hasta aquí buscándote a ti.

Gabriel se quedó mirándolo fijamente, colocó directamente el termómetro en la axila de Scott y se volvió hacia Nicholas. Lo escudriñó con la mirada y chasqueó la lengua.

—No voy a irme a otra colonia —apuntó—. Sé que no hay muchos médicos ni enfermeros, pero no voy a abandonar Portland. Eso sí, si tenéis enfermos podéis traerlos y los atenderé gustosamente.

—No se trata de nada de eso —Le interrumpió Nicholas.

Gabriel lo miró confundido y volvió la atención hacia Scott que lo miraba atentamente. De hecho, todos lo observaban como si esperasen alguna reacción por su parte. Aquello le provocó cierto nerviosismo. Había recibido multitud de ofertas de otras colonias para que se trasladase allí, incluso le habían ofrecido abrir un dispensario entre las colonias más cercanas, pero él no quería eso. Ayudaría a todo aquel que se lo solicitase, pero no pensaba abandonar la Colonia, allí tenía gente a la que quería, que le importaba, y no pensaba alejarse de ellos. Pero lo cierto es que aquellas personas arrojaban cierto misterio. Aparecían frente a la puerta de aquella colonia, viajando según ellos desde otro país, Canadá, y, ahora... ¿querían hablar con él en privado?

—¿Qué es la DAE? —preguntó volviéndose de nuevo hacia Nicholas.

Nicholas suspiró y volvió a mirar de reojo la puerta.

—Eso es lo que nos gustaría explicarte —susurró—, pero preferiría que fuese en un lugar más...

—Privado —acabó la frase Dean.

Gabriel los miró de reojo. No conocía de nada a aquellas personas, pero estaba claro que algo ocultaban. Paseó la mirada hacia la puerta y luego se puso el fonendo en los oídos. Tras unos segundos y confirmar que tampoco

tenía fiebre indicó a Scott que se sentase en la camilla.

—Es muy importante —insistió de nuevo Nicholas mientras Taylor se levantaba la camiseta e iba hacia la camilla.

Gabriel lo miró de reojo y lo ignoró mientras reconocía a su siguiente paciente. Una vez acabó se quitó el fonendo y se giró hacia ellos mientras se ponía las manos en los bolsillos.

—Verá... no sé lo que intentan —dijo con una voz pausada—, pero...

—Es sobre lo que está ocurriendo —reveló Dean—, hay cosas que la gente desconoce.

Gabriel se giró hacia él en actitud indiferente.

—¿Cómo qué? —preguntó como si aquello le molestase en cierto modo. Les había hablado del fanatismo que últimamente inundaba la zona, incluso de un gran número de crucifijos. Podían apostar a que cada día recibía varias visitas de aquellos fanáticos—. La gente ya tiene bastante. Muchas de estas personas han perdido a más de un familiar o amigo en los últimos meses. Lo que menos quiero es que cunda el pánico. Eso no es bueno para nadie.

—Y más que perderán, créeme —dijo Nicholas—. Por eso debemos hablar contigo.

Aquello lo dejó impresionado y lo miró con aire incrédulo.

—Ya —comentó mientras se quitaba el fonendo de su cuello y lo depositaba sobre la mesa. Se giró hacia ellos y extendió los brazos en su dirección—. Está bien, soy todo oídos.

Todos se pusieron rectos, aunque Gabriel pudo intuir que miraban de reojo la puerta entreabierta, otra vez.

—No será tan importante cuando no podéis decirlo —acabó diciendo.

—El tema es que... es secreto —comentó Christopher entre dientes.

—Ya —continuó Gabriel como si le diese la razón a un loco. Se giró y, mientras se dirigía a un perchero para colgar la bata, los inspeccionó uno a uno—. Lamento mucho si habéis perdido familiares o amigos...

—No se trata de eso —insistió Nicholas.

—El padre Luper os atenderá encantado en la capilla mañana. Creo que

para estos temas él está más cualificado. Yo solo soy un simple enfermero.

Todos resoplaron ante aquellas palabras.

Gabriel abrió directamente la puerta y miró a Caden.

—Ya está. Todos están sanos, no hay ningún problema —Luego enarcó una ceja hacia él—, pero haz el favor de tener más cuidado cuando lleguen personas a esta comunidad. Que yo sepa, no somos animales —Le reprendió haciendo que todos lo mirasen sorprendidos, pues sin duda alguna le estaba echando una reprimenda por el golpe que le había dado a Nicholas.

Para sorpresa de todos Caden no dijo nada al respecto y se limitó a asentir mientras daba unos pasos hacia la habitación, donde toda la división esperaba.

—Venga, vamos —ordenó mientras les indicaba a que saliesen.

—Mierda... —susurró Dean—. Tenemos que hablar con él.

—Ya lo sé —dijo Nicholas.

—Este no tiene ni idea de quién es —susurró Taylor de malhumor.

—Pero, ¿y si realmente no lo es? —preguntó Adrien.

—Joder, que sí es —insistió Scott—. ¿O creéis que Cintya va a fallar en algo así? Os recuerdo que nos indicó el camino hasta la daga que se encontraba en el Himalaya.

—Que sí, que sí Scott... —Le cortó Dean—, que todos confiamos mucho en tu novia, no seas coñazo. Pero el tema es que parece que Gabriel no tiene ni idea.

—Pues quizá deberíamos ser más claros —Le recriminó.

—Venga... tira... —Le animó Nicholas señalándole con la cabeza a Gabriel—. Comienza a ser claro con él —Le retó.

Gabriel cogió el abrigo que Sophia le tendía y los miró a todos.

—Espero que vuestra estancia aquí a partir de ahora sea más cómoda. Encantado —pronunció antes de ir hacia la puerta—. Nos vemos mañana, Sophia.

Todos lo vieron salir mientras se abrochaba los botones del abrigo y emprendía el camino a paso apresurado hasta que Caden se interpuso en medio

quitándoles toda la visión.

—Mierda... —susurró Christopher echándose a un lado para ver el camino que tomaba.

—Quita —dijo Taylor adelantándose para ver que Gabriel giraba en la esquina de una de las calles. Luego resopló y se giró hacia sus compañeros.

Caden los miraba enfurecido, como si no le gustase el hecho de que parecía que no les imponía mucho.

—Tú —gritó hacia Taylor—. Vuelve aquí.

Taylor lo fusiló con la mirada y se colocó al lado de sus compañeros.

—Tenéis suerte de que nuestro alcalde es un buen samaritano y os dejará pasar la noche aquí. —Dio unos pasos hacia la puerta y la abrió—. Os llevaré a la iglesia. Allí os darán de comer y os dejarán pasar la noche.

—¿Con el padre Luper? —preguntó Dean.

—Sí —respondió Caden—. Supongo que si lo ayudáis con el tejado de la iglesia os dejará quedaros.

Nicholas dio un paso adelante.

—Claro, lo haremos encantados —respondió con una gran sonrisa.

3

El padre Luper les tendió unas mantas con una gran sonrisa.

—¿Cuánto tiempo lleva así el tejado? —preguntó Dean alzando la mirada, donde un enorme boquete se abría en la madera del tejado.

—Lleva más o menos un mes. No es muy molesto excepto cuando llueve —comentó mientras les pasaba más mantas.

Nicholas las cogió y se las tendió a sus compañeros.

—Muchas gracias por la cena y por alojarnos.

—No es ninguna molestia —contestó.

—Mañana mismo le arreglaremos el tejado.

El sacerdote asintió sonriente. Les había dado un buen plato de sopa caliente y un poco de pescado, más de lo que habían esperado en un lugar como aquel. Había sido amable desde un principio y les había dejado la pequeña iglesia para ellos con la condición de que a las siete de la mañana debían recoger los colchones, pues a las ocho se celebraba la misa de la mañana.

Era cierto que había decenas de crucifijos por las calles, ya no solo dibujados con cenizas en el muro que rodeaban la ciudad, sino en muchas puertas de las casas.

—Disculpe, padre —preguntó Nicholas—. No hemos podido evitar ver muchos crucifijos dibujados. ¿A qué se debe?

El padre Luper dio unos pasos hacia ellos mientras les tendía unas cuantas velas para que las encendiesen si les hacía falta.

—¿Usted que cree? —preguntó de forma retórica, aunque amable—. Con todo lo que está ocurriendo la gente se plantea si este es el fin de los tiempos.

Aquello llamó la atención de todos que se giraron para observarlo.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Adrien encendiendo otra vela.

Aquella pregunta despertó una sonrisa triste en los labios del sacerdote.

—¿Ha leído el Apocalipsis? —preguntó.

—No.

—Debería leerlo —Le animó—. Está claro que algo está ocurriendo —contestó a la pregunta—. Hay más muerte que nunca, hambre, miedo... —dijo extendiendo los brazos hacia los lados—, pero lo peor de todo, ¿sabe qué es? —Ellos negaron con su rostro—, que las personas solo se acuerdan de Dios en estas circunstancias. —Se encogió de hombros—. Quizá, al fin y al cabo, esto solo sea una muestra más de que él está ahí, vigilando, cuidándonos.

—¿Cuidándonos? —preguntó Taylor retóricamente.

El padre lo miró con una sonrisa.

—Sí. Usted sigue vivo, ¿verdad? —Taylor pestañeó varias veces y asintió—. Si necesitáis cualquier cosa estaré en la casa de al lado.

—Se lo agradecemos mucho —contestó Nicholas—. Buenas noches.

Nada más quedarse solos Nicholas comenzó a extender las mantas sobre los finos colchones que les había prestado.

—Adrien, ¿crees que podrías salir sin ser visto?

—¿Qué pregunta es esa? Claro.

—Ve a ver a la manada y explica lo que ha ocurrido. Diles que estamos dentro y, sobre todo, que no se muevan de ahí hasta recibir nuevas órdenes.

—Voy —dijo alejándose hacia la puerta de la pequeña capilla.

Nada más estirarse en el suelo los suspiros inundaron la estancia. Dean se puso una manta encima tapándose y se giró para observar a sus compañeros.

—Creo que tenemos un problema...

—¿Un problema? —preguntó Taylor—. Tenemos un problemón. El dichoso elegido no sabe que es el elegido. —Se incorporó en la cama sentándose—. ¿Qué significa eso? —preguntó a Nicholas—. ¿No tiene ningún don? ¿No se le ha despertado el poder?

—Cálmate —Le apremió Nicholas—. ¿Qué narices te pasa? Últimamente estás insoportable.

Taylor resopló.

—Estoy nervioso. Es solo eso —dijo estirándose sobre la cama.

—¿Solo eso? —insistió Nicholas.

—Sí —Le cortó.

Nicholas suspiró y miró a Dean que había iniciado la conversación.

—A la mayoría de los que tienen un don extrasensorial no se les despierta hasta que están en peligro...

—No —contraatacó Dean—. A la mayoría de ellos se les despierta en los primeros meses de vida, deben pasar la transición. —Nicholas chasqueó la lengua al recordarlo—. Aunque sí que hay casos en que ocurre lo que dices.

—¿Y este es uno de ellos? —preguntó Scott con sorna—. ¡Qué bien! Cuanto me alegro... ¡Venga ya! como si no tuviésemos bastante —rugió mientras se removía en el colchón.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Dean mirando a su jefe.

Nicholas se quedó mirándolo. De hecho, Dean, era el que más calmado se encontraba en aquel momento. Todos esperaban que cuando encontrasen al elegido fuera diferente, les estaría esperando, sabría cuál era su misión y para lo que había sido encomendado, sin embargo, se encontraban con una persona totalmente ajena a lo que estaba ocurriendo.

—Christopher, tú y yo —dijo señalando a Dean—, iremos por la mañana a buscar a Gabriel. Hay que aclarar esto. El resto —dijo mirando a sus compañeros—, os tocará arreglar el tejado.

Adrien entró en la capilla y fue hasta el colchón que estaba libre.

—Ya está. Ya he hablado con ellos. —Miró a Nicholas—. Han cenado y se iban a dormir.

—¿Y la daga?

—La tienen bien protegida.

Nicholas chasqueó la lengua.

—Está bien, descansad lo que podáis —dijo cogiendo una de las velas. Sopló y la oscuridad reunió en el interior.

Notó como su mano ardía, como se desintegraba convirtiéndose en polvo mientras el dolor más extremo que jamás había sentido se desplaza por todo su brazo. Sintió que la respiración se le entrecortaba mientras sujetaba en su mano algo que jamás había visto. No sabía qué era, solo sabía que lo que mantenía sujeto le causaba un dolor casi insoportable.

A su alrededor todo era luz, aunque esta comenzó a diluirse permitiéndole observar lo que había a su alrededor. Edificios destruidos, desierto... La nada. No había absolutamente nada en aquel lugar, solo la arena y ceniza creada del derrumbe de edificios, de las ciudades que habían sucumbido lentamente y las personas que habían sido desintegradas.

—Gabriel... —Escuchó una suave voz femenina—. Gabriel —dijo con más contundencia.

No pudo evitar incorporarse de inmediato sobre la cama mientras recuperaba el aliento y notaba el corazón palpar con fuerza en su pecho.

—Eh... —susurró Mia sentándose al borde de la cama—, ¿estás bien? —preguntó con voz dulce mientras pasaba una mano por su mejilla, notando como las gotas de sudor descendían.

Gabriel clavó su pupila en los enormes ojos de su hermana, aún con la respiración acelerada y la mirada perdida.

—Gabriel —insistió ella—, estabas gritando.

Él se incorporó un poco más y finalmente resopló. No era la primera vez que tenía un sueño así. Normalmente no solía soñar nada o no lograba recordarlos. Llegaba tan exhausto a la noche que caía totalmente rendido. Pero en contadas ocasiones había tenido pesadillas de aquel estilo y, últimamente, con más frecuencia.

—¿Una mal sueño? —preguntó ella.

Asintió y miró a su hermana.

—Una pesadilla —confirmó.

—Me has asustado.

—Perdona.

En ese momento ambos votaron cuando el despertador comenzó a sonar. Gabriel llevó su mano hasta el despertador cuadrado y lo aporreó hasta que dejó de sonar. Se llevó la mano a los ojos aunque no pasó desapercibido para ella el temblor de sus dedos.

Mía cogió la mano de él entre las suyas intentando calmarle.

—Tranquilo, solo era una pesadilla —intentó tranquilizarlo.

Sabía que eran solo sueños. Con lo que estaba ocurriendo los últimos meses era normal, pero eran tan reales. Se miró la mano, notando aún cierto dolor en ella.

Se incorporó más en la cama haciendo que su hermana tuviese que desplazarse hacia un lado para que él estuviese cómodo.

—¿Estás mejor? —preguntó preocupada.

—Sí —respondió rápidamente, luego la obsequió con una sonrisa tranquilizadora—. Ya está.

Ella asintió y miró hacia la puerta.

—He preparado café y te he hecho un par de tostadas. Las tienes en la cocina —Le indicó mientras sujetaba aún su mano.

—¿Ya? —preguntó Gabriel sorprendido.

—Y también he desayunado —indicó esta vez con una sonrisa. Luego miró el despertador al que su hermano acababa de maltratar—. Ya te lo dije ayer, hoy me voy más pronto. Aún tengo que corregir unas cuantas redacciones y debo entregarlas a las nueve.

—Es verdad —dijo recordándolo—. ¿Qué harían los niños de esta colonia sin ti?

Ella se levantó con una sonrisa mientras iba hacia su cama y cogía el bolso.

—Seguramente se divertirían más que con una maestra enseñándoles a

escribir, sumar, restar...

Mia fue hacia un pequeño espejo y se recogió el largo cabello castaño en una cola alta.

—No creo que llegue muy tarde hoy. ¿Nos vemos para cenar? ¿O llegarás tarde como ayer?

—Espero llegar antes que tú —contestó su hermano mientras se levantaba en la cama.

—De acuerdo —dijo cogiendo su bolso—. Entonces... preparas la cena tú, ¿verdad?

Su hermano sonrió.

—Hoy me encargó yo —confirmó.

—Bien —dijo con mofa—, hoy toca un par de bocadillos.

—Eh, no te quejes... —bromeó Gabriel—, también sé cocer algo de pasta, o de arroz...

Ella rio mientras se acercaba.

—Lo que hagas estará bien —dijo poniéndose de rodillas para besar su mejilla—. Que tengas un buen día. Por cierto... —recordó mientras se dirigía a la puerta de la habitación que le permitía acceder al salón en el que disponían de una pequeña cocina que consistía en un camping gas, una olla y una sartén—, parece que va a llover. Coge el paraguas.

Segundos después escuchó como la puerta de la casa de cerraba.

Se desperezó y se dirigió al salón donde, tal y como le había dicho su hermana, disponía de una buena taza de café humeante y unas tostadas. Ni siquiera se sentó para desayunar. Dio unos sorbos rápidos, se comió las tostadas en unos minutos y fue directamente al pequeño aseo. Tras asearse y vestirse se dirigió a la consulta donde cada mañana, a las ocho, comenzaba su jornada.

Realmente no había horarios, pero prefería fijarse un tiempo y crear así una rutina. Aunque muchos de los habitantes aún no se habían levantado pudo ver como algunos niños ya se dirigían a la escuela donde su hermana impartía las clases.

Se habían obligado a continuar con la vida, a que aquello alterase lo menos posible a los pequeños del lugar.

Miró hacia el cielo cuando una gota de lluvia cayó sobre su cabello.

—Mierda... el paraguas —susurró mientras aceleraba el paso hacia la consulta.

Buscó la llave en el bolsillo de su pantalón y entró directamente. Aquel día era más frío que los anteriores y estaba seguro de que caería una buena tormenta.

Fue hasta la sala donde pasaba consulta y se puso la bata. Puede que no viniese nadie durante todo el día, pero él estaría listo para ayudar si ocurría alguna emergencia.

Desde el último terremoto que había asolado el estado de Oregón su vida había cambiado drásticamente. Había pasado de llevar una cómoda vida en un piso de soltero trabajando en un importante hospital como enfermero de quirófano, a vivir junto a su hermana pequeña en aquella colonia que los supervivientes habían creado.

Siempre había estado muy unido a ella, pese que a los dieciocho años había abandonado el hogar familiar en Omaha, una bonita ciudad en Nebraska. Había comenzado a trabajar en un hospital y se había comprado un pequeño piso donde se reunía con sus amigos cada semana. Aquello, ahora, solo era parte del recuerdo. Todo había desaparecido. Pocos de sus amigos y conocidos habían sobrevivido al terremoto.

Pocos años después de su llegada a Portland su hermana había accedido a la universidad de San Francisco, donde había iniciado sus estudios de magisterio.

Cuando el terremoto sacudió toda la ciudad no había dudado en coger su moto e ir en busca de su hermana hasta allí. Le había costado tres días dar con ella pero, finalmente, lo había hecho, encontrándola en uno de los centros para los refugiados.

No había dudado en llevarla con él a Portland. Tras varios meses de trabajo habían reconstruido lo que habían podido y, tras las lluvias que habían asolado la zona e incluso los huracanes, había decidido seguir el ejemplo de muchas otras ciudades. La habían rodeado con un alto muro de contención,

intentando mitigar la fuerza del viento, las aguas torrenciales... todo era poco para mantenerse a salvo, incluso habían construido un gran búnker al final de la colonia que les permitiría estar a salvo si un huracán pasaba por la zona.

Habían hecho lo que habían podido, intentar mantener la vida tal y como la conocían, las costumbres, la sanidad, la educación... aunque era difícil no sucumbir a la desesperación cuando se salía de los muros.

Fue hacia el último documento que había escrito sobre la mesa y lo cogió. Leyó los nombres de los últimos seis hombres que habían acudido a su consulta. Debería incluir los nombres de los recién llegados en el registro que llevaban, de aquella forma era mucho más fácil controlar a todos los habitantes de la colonia.

Lo habían dejado intrigado con sus palabras. Sabía que el fanatismo reinaba últimamente pero aquellos hombres parecían diferentes.

Se giró cuando escuchó que la puerta de entrada se abría. Sophia sacudió su paraguas y entró con una sonrisa.

—Buenos días, has llegado pronto.

—Sí, he madrugado —confirmó.

Depositó el paraguas en una de las esquinas de la pequeña habitación y se quitó el abrigo.

—Me parece que vamos a tener trabajo hoy —comentó.

—¿Y eso? —preguntó acercándose a ella.

—¿No has visto cómo está el día? Se avecinan catarros —ironizó.

Gabriel resopló mientras volvía la mirada hacia la puerta entreabierta. Tenía razón, a la que hacía un poco de mal tiempo la consulta se le llenaba.

—Esperemos que no dure mucho —dijo acercándose a la puerta para cerrarla, pero antes de que pudiese hacerlo empujaron desde el otro lado.

Gabriel dio un paso hacia atrás mientras la puerta se abría del todo y enarcó una ceja hacia los tres hombres que aparecían frente a él. Directamente chasqueó la lengua.

—Hola, Gabriel —Dean fue el primero en saludar.

Gabriel fingió una sonrisa y suspiró. Luego miró directamente a Nicholas

que se había quitado el pequeño parche de la frente y se quedó impresionado.

—Veo que estás mucho mejor del golpe —dijo boquiabierto, pues prácticamente no había rastro de la herida ni de costra.

—Eres muy buen enfermero —bromeó Nicholas. Dio un paso al frente para cobijarse de la lluvia—. ¿Podemos hablar?

Gabriel suspiró y miró al resto de los hombres que le acompañaban. Christopher y Dean también habían entrado en la consulta y observaban todo alrededor.

—Con la luz del día mejora el lugar —comentó Christopher.

—Tampoco tanto —ironizó Dean.

Gabriel chasqueó la lengua y miró a Nicholas que parecía ser el portavoz de ellos.

—No tengo tiempo.

Nicholas miró a su alrededor comprobando que no había nadie en la consulta excepto la mujer que hacía las veces de administrativa.

—Hola, Sophia —Le saludó cordial. La mujer le sonrió y volvió su atención hacia el documento que Gabriel había puesto sobre su mesa—. No te insistiría si no fuese importante. Necesitamos hablar contigo.

—De forma urgente —comentó Dean mientras se acercaba y se situaba a su lado.

En ese momento Gabriel fue consciente de la altura de aquellos hombres y de su corpulencia.

—Este es mi lugar de trabajo...

—Pero ahora no estás trabajando —Le indicó Dean otra vez, a lo que Gabriel lo miró con cierto enfado.

Iba a contestar cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Gabriel? —preguntó una mujer entrando por la puerta, llevaba un niño en sus brazos.

Gabriel se alejó de ellos y fue directamente hacia la madre.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Tiene mucha fiebre —sollozó ella.

Gabriel cogió al pequeño en sus brazos. Llevaba un buen catarro. Tenía los ojos llorosos, las mejillas encendidas y la nariz cargada de mucosidad.

—Está ardiendo. Ven, pasa —Le apremió dirigiéndose a la consulta.

Nicholas, Dean y Christopher suspiraron.

—Me parece que no tiene muchas ganas de hablar —comentó Christopher.

—Pues nos va a tener que escuchar sí o sí —indicó Dean.

Nicholas miró a sus compañeros y se giró hacia Sophia que los observaba sin pestañear.

—¿Suele venir mucha gente? —preguntó hacia ella.

La mujer se encogió de hombros mientras pasaba a mano el documento que Gabriel había dejado sobre su mesa a un libro de registros.

—Cuando el día está así, sí.

En ese momento la puerta volvió a abrirse, esta vez, un hombre de mediana edad entraba tosiendo.

Los tres resoplaron al verlo dirigirse hacia Sophia para pedir cita con Gabriel.

—Me parece que va a ser complicado —comentó Dean.

—Sí —respondió con fastidio Nicholas—. Vamos, salgamos fuera —dijo acercándose a la puerta.

En ese momento las gotas de lluvia cayeron sobre ellos.

—Está claro que debe atender a esta gente —dijo Christopher.

—Ya, pero también debería salvar al mundo —bromeó Dean.

Nicholas miró hacia la iglesia donde habían pasado la noche anterior, situada al final de la calle y donde pudo distinguir que sobre el tejado sus compañeros trabajaban de prisa para cerrar el boquete.

—Está bien, Christopher, quédate aquí. Si ves que en algún momento sale, avísanos.

—De acuerdo —dijo apoyándose contra la pared del consultorio.

—Nosotros vamos a ayudar con el tejado —dijo colocando una mano en el hombro de Dean. Comenzaron a avanzar cuando ambos cruzaron la mirada con un hombre que permanecía apoyado contra la pared de una casa.

Caleb, el militar que le había golpeado ayer no apartó la mirada desafiante de ellos mientras pasaban por delante. Estaba claro que los vigilaba, pero si creía que les iba a impresionar aquello iba bien equivocado.

4

Gabriel no había tenido ni tiempo para comer. Se había comido un sándwich que Sophia le había hecho en la propia consulta, entre paciente y paciente. Tenía razón cuando decía que en los días así tenía mucho más trabajo.

Christopher les indicó la tercera puerta por la derecha.

—¿Aquí? —preguntó Nicholas situándose frente a ella.

—Sí.

Había estado todo el día plantado al lado de la consulta. Solo lo había relevado Adrien una vez para que fuese a comer. Aquello les había servido para acabar el tejado de la iglesia.

Eran casi las seis de tarde y comenzaba a esconderse el sol cuando Gabriel había abandonado la consulta finalmente. No había dudado en seguirle hasta su casa. Era pequeña, creía de debía ser más o menos igual que la consulta de la que disponía.

Nicholas miró a sus compañeros y suspiró. Aquello era difícil, más de lo que había esperado.

Llamó a la puerta un par de veces y esperó a que abriese. No iba a andarse con muchos rodeos, necesitaba aclarar las cosas y despejar las dudas.

Todos notaron que Gabriel oscurecía la mirada en cuanto abría y se daba cuenta de quiénes eran.

—¿Otra vez? —preguntó resignado.

Nicholas dio un paso hacia delante y colocó una mano en la puerta para que no pudiese cerrar.

—Escucha, necesitamos hablar contigo.

—Ya hablamos ayer —Se quejó.

—Hay más cosas que explicarte —reaccionó rápidamente.

Gabriel resopló.

—Oye, no me apetece hablar de estos temas, de verdad. He tenido un día horrible y...

Dean se adelantó situándose al lado de Nicholas.

—Eh —dijo alzando la voz un poco para que Gabriel guardase silencio—, ¿crees que es divertido ir siguiéndote por ahí? ¿o suplicándote para que nos des unos simple minutos y poder contarte algo que debes saber? —preguntó molesto. Nicholas lo miró sorprendido pero, el hecho, es que aquello causó impresión en Gabriel—. Hay gente que lo está pasando muy mal, que está muriendo. Creía que eras enfermero para intentar ayudar a la gente... — Gabriel suspiró—. Solo diez minutos. Es lo único que te pedimos y, después, no te molestaremos más, te lo aseguro.

Gabriel se removió inquieto y, finalmente, se dio por vencido.

—Está bien. Diez minutos —dijo echándose al lado para que pasasen al interior.

Nicholas avanzó despacio y se giró hacia Dean con una leve sonrisa de complicidad.

—Bien hecho.

—A servir —bromeó.

Cuando todos pasaron Gabriel cerró la puerta. Se fijaron en que había un par de velas encendidas por la casa para alumbrar y, en aquel momento, estaba preparando la cena.

Fue hasta la mesa y les indicó a que se sentasen. Todos lo hicieron y se quedaron observándolo.

—Bien, pues vosotros diréis —dijo señalándolo con los brazos.

Nicholas tomó aliento y se reclinó sobre la mesa.

—Seguramente lo que voy a explicarte te parecerá una locura, pero después te daré pruebas de que lo que decimos es cierto. —Gabriel asintió sin muchas ganas. Nicholas unió sus manos y miró fijamente a Gabriel—.

Trabajamos para la DAE, División de Agentes Externos —explicó lentamente—. Es un departamento secreto del Pentágono. —Gabriel arqueó una ceja, pero Nicholas llevó la mano hasta su bolsillo y colocó su placa en la mesa mostrándosela a Gabriel. Aquello no pareció impresionar al muchacho que se encogió de hombros, aún así, dejó la placa sobre la mesa—. Verás, lo que está ocurriendo últimamente no es normal.

—Eso ya me lo imagino —ironizó Gabriel mientras se cruzaba de brazos.

Nicholas se apoyó contra el respaldo de la silla y le señaló con el brazo.

—Antes de que vuelvas a hablar quiero que escuches todo lo que voy a explicarte, ¿de acuerdo? —Gabriel asintió a lo que Nicholas tomó aliento mientras Dean que estaba sentado a su lado lo miraba de reojo—. Hace unos meses invocaron a un ser supremo maligno.

—Brrrrrrrr.... —Se quejó Gabriel mientras desviaba la mirada hacia otro lado.

—Nosotros intentamos evitarlo, pero nos fue imposible... —continuó ignorando su mirada y sus quejidos—. A partir de esa invocación fue cuando comenzaron a darse todas estas catástrofes naturales: terremotos, inundaciones, huracanes, corrimientos de tierra, incendios...

—Ya... —dijo ladeando su rostro hacia un lado. Suspiró y se puso en pie—. No quiero ser descortés, pero no estoy para...

Dean alzó su mano hacia él.

—Pues no lo seas. Siéntate —ordenó alzando su voz—. Nos has prometido diez minutos y los vamos a tener.

Gabriel se sentó directamente, bastante tenso por el tono de voz que había empleado Dean.

Nicholas miró de reojo a su compañero y volvió a fijar su interés en el joven.

—Verás, la DAE, para la que nosotros trabajamos, está compuesta por muchas personas. Nosotros, en concreto, somos el grupo de tierra. Nos dedicamos a cortar los problemas de raíz. Y la verdad, nos había ido bastante bien hasta que invocaron a este ser. —Se echó hacia delante para enfatizar las siguientes palabras—. Este ser es muy poderoso, de hecho, solo existe un arma

con el que se puede acabar con él.

—Ajá... —dijo como si le diese la razón a un loco.

—El problema es que ese arma solo puede empuñarla una persona, el elegido.

Todos miraron a Gabriel directamente, el cual los observaba como si nada. Nicholas arqueó una ceja.

—¿Nos estás escuchando? —preguntó molesto.

En ese momento Gabriel reaccionó.

—Espera... espera... quieres decir que... ¿el elegido soy yo?

Todos asintieron lentamente.

—Sé que es un poco difícil de creer si no... —Tuvo que callarse cuando Gabriel se echó hacia delante partiéndose de la risa.

—El... ¿el elegido? —Y tuvo que llevarse las manos a la barriga, de hecho, en ese momento comenzó a toser atragantándose.

Nicholas suspiró mientras se apoyaba contra el respaldo de nuevo, esperando a que Gabriel se calmase.

—Yo... el elegido... —Y las risas inundaban toda la alcoba.

Dean suspiró mientras miraba a sus compañeros.

—Venga, va... —continuó Gabriel—. Reconozco que es un buen argumento para un libro pero...

—No estamos de broma —comentó Nicholas seriamente.

—Sí, ¿ves que alguno de nosotros se esté riendo? —preguntó Dean.

La risa de Gabriel se fue calmando, aunque tuvo que pasarse la mano por los ojos para secar las lágrimas.

—Venga ya... ¿un ser maligno?

—Se trata del Apocalipsis, seguro que si vieses a ese ser no te haría tanta gracia —dijo Nicholas.

—Se cagaría de miedo en los pantalones —sonrió esta vez Dean.

—¿Pero vosotros os dais cuenta de lo que me estáis contando? ¿Esto es una broma o qué?

—No, no es ninguna broma —contestó seriamente Dean.

—Entonces, según tú... ¿a qué se debe que de repente ocurra todo esto? —preguntó Nicholas.

Gabriel se encogió de hombros.

—No sé... ¿al cambio climático? —ironizó.

Taylor, cada vez más desesperado, se puso de pie y le señaló con la mano.

—Gabriel, nos tienes que ayudar —intervino—. Nosotros no podemos tocar la daga, solo puede el elegido, y necesitamos que vengas con nosotros, la empuñes y mates a la bestia, ¿de acuerdo?

Todos se giraron hacia Taylor enarcando una ceja. Scott fue el encargado de darle un pisotón en el pie para que se callase.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Scott molesto.

Taylor resopló mientras volvía a sentarse.

—Desde luego... —dijo Nicholas.

Gabriel los miraba petrificado, en ese momento no sabía si reírse o salir corriendo. Una broma sobre eso estaba bien pero ellos estaban insistiendo demasiado, como si fuese todo cierto, como si se lo creyesen.

—Ya, bueno... —comentó en un tono gracioso, como si quisiese quitarle hierro al asunto—. No os voy a engañar. No, no me apetece ir con vosotros.

Nicholas le devolvió la sonrisa de forma irónica.

—Ya, je je. No es una opción... —canturreó.

—Si no todos moriremos... —continuó canturreando Dean.

Gabriel se apoyó contra la mesa, estirándose con cierta gracia.

—A mí es que este rollo no me va mucho. Ya estuve un año apuntado a Greenpeace, así que ya he cumplido. —Se encogió de hombros.

Nicholas miró a Dean desquiciado.

—Es la verdad —dijo Dean en un tono más cauto.

—Está bien... —dijo Nicholas señalándolo como si se le hubiese agotado la paciencia—, como veo que no confías en nosotros...

—¿Y cómo queréis que confíe? —Le cortó—. Os conozco desde ayer y lo único que hacéis es acosarme, y ahora venís y me contáis todo esto.

—Tienes razón en todo —se sinceró—. Pero como te he dicho, tenemos pruebas. Verás, como te he explicado la división DAE se encarga de la lucha contra lo paranormal. Los que pertenecemos a esa división somos entrenados desde pequeños para luchar contra el mal y solo nosotros somos aptos para ello dado que disponemos de ciertas habilidades. Escoge —dijo señalando a sus compañeros.

—¿Qué escoja qué? —preguntó desquiciado.

—Escoge a uno de nosotros.

—¿Para qué?

—¿Quieres pruebas, no? —Le retó.

Gabriel resopló y los miró a todos, aunque finalmente se detuvo en Dean que era quien le había alzado la voz más veces.

—Él —le señaló.

—De acuerdo —dijo Nicholas—. Dean, por favor... ¿puedes mostrarle nuestra velocidad? —Volvió la vista hacia Gabriel que observaba a Dean con indiferencia—. Tenemos unas cuantas cualidades más pero... poco a poco, primero esta. Atento.

Dean se puso en pie ante la atenta mirada de todos y fijó sus ojos en los de Gabriel.

Ni siquiera tuvo tiempo a reaccionar. Pestañeó una vez y en ese momento Dean había desaparecido. Miró de un lado a otro sobresaltado.

—¿Dónde está?

—Hola —dijo Dean a su espalda.

—¡Ahhhhh! —gritó Gabriel mientras de un salto se ponía en pie y retrocedía—. Cómo... ¿cómo coño has llegado hasta aquí? —gritó.

Nicholas se puso en pie lentamente.

—Shhhh... tranquilo...

—Ya te lo hemos dicho —concretó Dean mientras daba un paso aproximándose—, tenemos cualidades que...

—¡No te acerques! —gritó—. ¡Joder!

—No vamos a hacerte daño —pronunció Christopher con voz pausada, intentando calmarlo, pues parecía que iba a darle un ataque de ansiedad—. Estamos aquí para protegerte.

—No, no, no... —dijo mirándolos a todos, nervioso—. A mí no me tenéis que proteger.

—Y tanto que tenemos que hacerlo —explicó Nicholas—. Si Mabus, el ser al que invocaron, se entera de dónde estás vendrá a por ti, y te necesitamos vivo para acabar con él.

—No, no, no... —comenzó a decir como si fuese un cántico espiritual—. Esto no puede ser real... —dijo mirando de un lado a otro—. Debe haber algún truco.

—No hay truco. Nos movemos así —explicó Dean—. Y también hacemos otras cosas, pero creo que mejor nos las guardamos o te dará un ataque.

—Creo que ya me lo está dando —susurró llevándose la mano al corazón.

Dean dio un paso hacia él para ayudarlo pero Gabriel se alejó de nuevo.

—Siéntate, por favor —le pidió.

—No voy a sentarme.

—Vale, pues quédate de pie —sonrió Nicholas—. Pero entiende esto: no te estamos mintiendo. Te hemos explicado la verdad. El mundo es más complicado de lo que tú y el resto de la humanidad cree. Lo que debes tener claro es que te necesitamos. Necesitamos que nos acompañes.

—¿Para qué?! —gritó Gabriel de los nervios.

Dean puso sus manos en la cintura y suspiró, luego miró a sus compañeros.

—Ya te lo hemos explicado. Eres el único que puede acabar con la bestia.

—¿Y por qué yo? —gritó otra vez.

Nicholas se encogió de hombros.

—¿Y por qué nosotros nos movemos así? No tengo ni idea —dijo dando unos pasos hacia él—. Lo único que debes saber es que eres la única posibilidad que tenemos. Y no solo nosotros, si no toda la humanidad.

—Esa es mucha responsabilidad —Se quejó.

Aquel comentario hizo bastante gracia a toda la división.

—Escucha... —comentó Dean dando unos pasos lentos hacia él, con voz tranquila, como quien se acerca a un animal asustado—. Nosotros somos tus amigos, ¿vale? —comentó con una sonrisa amistosa—. Vamos a ayudarte y protegerte. Por eso, necesitamos que vengas con nosotros.

—No... —susurró—, todo esto... no, no puede ser verdad...

Dean suspiró más fuerte y miró a Nicholas. Bueno, al menos parecía que poco a poco se iba calmando después de la primera impresión.

—Si no vienes con nosotros correrás un gran riesgo.

—¿Pero qué dices? —gritó de nuevo, sin dar crédito a todo lo que le explicaban y había visto.

Nicholas iba a contestar cuando la puerta de la casa se abrió. Todos volvieron su mirada hacia allí mientras se ponían en pie.

Mia entró con una sonrisa y cerró la puerta y, justo en ese momento, fue consciente de la cantidad de persona que había en el interior.

Dio un paso atrás sorprendida y buscó con la mirada a su hermano que estaba en la otra punta de la habitación.

—Gabriel... —dijo Mia con una gran sonrisa—, perdona, no sabía que estabas acompañado.

Gabriel miró a todos aquellos hombres. Le habían explicado una historia fantásica y decían que venían a protegerle y, aunque se negaba a creer en todo aquello, sabía que algo de cierto había en aquella historia, pues los movimientos por parte de aquel hombre eran sobrenaturales.

Intentó recomponerse y miró a su hermana con una sonrisa.

—No te preocupes. Ellos... ya se iban —dijo mirando directamente a Nicholas mientras se acercaba a Mia.

Llegó hasta ella y la abrazó, aunque a todos les sorprendió cuando no la

soltó del todo y la mantuvo sujeta contra él, como si así pudiese protegerla.

Todos lo miraron confundidos por su reacción. ¿Pensaba que le harían algún daño?

Dean se quedó observando a la joven. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. Debía tener un par de años menos que él. Su cabello castaño oscuro caía sobre sus hombros y contrastaba con sus enormes ojos verdes. En ese momento se dio cuenta de la similitud con Gabriel. ¿Puede que fuese su hermana? ¿Un familiar? ¿Su novia?

Se quedó observándola. La muchacha hacía gestos graciosos intentando soltarse de su brazo.

—Bien, pues... piénsalo con la almohada —pronunció Nicholas—, y mañana hablamos.

—No hace falta —respondió Gabriel directamente—. La respuesta es no, pero os agradezco mucho vuestra oferta.

Todos lo miraron fijamente.

—Mañana hablamos —repitió Nicholas con una sonrisa, ignorando el último comentario de Gabriel y mirando de reojo a la chica.

No dio tiempo a que Gabriel volviese a negarse, directamente se giró y se dirigió a la puerta.

Gabriel no soltó a su hermana mientras todos aquellos hombres salían, aunque le llamó en exceso la atención cuando Dean rodeó la mesa con la vista clavada en él, y durante unos segundos la miró a ella fijamente.

—Hasta mañana, Gabriel —dijo pasando por su lado, luego hizo un gesto hacia la muchacha despidiéndose de ella educadamente.

Ella asintió con una sonrisa.

—¿Quiénes son? No los había visto nunca —comentó Mia separándose ya de su hermano.

Gabriel tragó saliva y dudó en explicarle la historia. ¿Cómo hacerlo? Ni siquiera sabía lo que realmente había ocurrido, en aquel momento no comprendía ni entendía nada. Lo único que conseguiría sería asustar más a su hermana.

—Unos amigos.

—¿Y qué querían?

Él se encogió de hombros y desvió la mirada hacia la mesa donde había comenzado a preparar los sándwiches.

—Querían ofrecerme ir a otra colonia —improvisó.

Ella lo miró impresionada.

—¿A otra?

—Como enfermero —explicó—. Pero ya les he dicho que no.

A la que se alejaron levemente de la casa Nicholas resopló.

—Esto es un desastre —sollozó hacia sus compañeros—. Tenemos a un elegido que no sabe que es el elegido y que encima no quiere colaborar.

—Bueno, pues al plan b —dijo Scott—. Nos lo llevamos a la fuerza y ya está.

—Arggg —gritó Nicholas desquiciado—. Esto no funciona así.

—¿Cómo que no? —contraatacó Taylor—. Si no entra en razón tendremos que hacer algo —Señaló hacia la casa—. El resto del mundo no tiene culpa de el elegido sea tan... tan...

—No quiero que se haga así —continuó Nicholas—. Tiene que colaborar. Además, ¿desde cuándo raptamos a la gente?

Esta vez Adrien sí intervino.

—Desde que el mundo puede hacer pum en cualquier momento —comentó molesto también por la actitud del muchacho.

Nicholas intentó poner orden. Todos estaban demasiado alterados, era demasiada presión durante mucho tiempo.

—Pensadlo. Es normal que se sienta así. Poneros en su lugar.

—Sí, sí yo eso lo entiendo y lo comprendo —reaccionó Taylor—. ¡Lo que no entiendo es porque el puñetero universo siempre nos la juega! —gritó alterado.

—Hay que relajarse. Una cosa la tenemos clara, si es el elegido Mabus

también lo estará buscando y, de momento, nosotros llevamos ventaja.

—O eso creemos —comentó Christopher cruzándose de brazos.

—La llevamos —remarcó Nicholas—. De lo contrario estaría muerto.

—Eso sí —Le dio la razón Dean.

—Bien, pues lo primero de todo es mantener esta casa vigilada las veinticuatro horas. Y lo segundo, sabemos que Mabus dará con él tarde o temprano así que ya sea para bien o para mal, acabará confiando en nosotros. Comienzo el primer turno de vigilancia. Repartiros el resto como queráis —pronunció girando sobre sus pies—. Por cierto, Adrien... si puedes, ve esta noche a ver a la manada. Asegúrate de que están bien.

—Claro —respondió.

El resto de la división fue hacia la iglesia, donde iba a pasar la siguiente noche. Cuando llegaron el padre Luper había vuelto a poner los colchones en medio de la capilla. Todos sonrieron al ver aquello. Al menos, aquel hombre, se portaba bien con ellos.

Tras que Adrien volviese de hacer una visita fugaz a los lobos y se asegurase de que todo iba bien se acostaron.

Dean dio varias vueltas sobre el colchón hasta que encontró la posición correcta. No pudo evitar recordar el hermoso rostro de aquella mujer. Jamás había visto unos ojos tan verdes como aquellos. Notó como se le erizaba la piel de todo el cuerpo al recordarla. Solo esperaba que no fuese la pareja de él. Sabía que no podría hacer nada frente a ello, pero sería toda una decepción.

Tenían el cabello y los ojos del mismo color. No quería hacerse demasiadas ilusiones, pero casi pondría la mano en el fuego a que eran familia.

Sería todo un alivio.

Era cierto que el fanatismo había inundado aquella colonia. De buena mañana decenas de personas tomaban el camino dirección a la iglesia en silencio, rezando sus oraciones e implorando la misericordia de Dios.

Dean las había visto pasar por delante de él, muchas de ellas vestidas con ropas sucias y viejas, sin nada más con lo que vestirse. Desde luego, aquellas personas estaban en lo cierto. Aquello era el fin del mundo y solo una persona podía impedirlo.

Centró la mirada en su compañero Scott que iba en su dirección para hacer su turno. Había tenido suerte aquella noche y le había tocado el turno de siete a nueve de la mañana pudiendo dormir del tirón toda la noche.

Miró su reloj de pulsera observando que quedaban unos minutos para las nueve. Al menos todos sus compañeros eran puntuales.

—Mi turno —dijo colocándose a su lado.

Dean señaló hacia el consultorio.

—A las ocho ha dejado su casa y ha venido hasta aquí.

—Ya lo imaginaba cuando no te he visto en la puerta de la casa. —Miró al interior donde podía verse, a través de la puerta entreabierta, varias personas esperando a ser atendidas—. ¿Algún problema?

—Ninguno.

—Bien.

—¿Quién te releva luego? —preguntó dando unos pasos hacia delante.

—Taylor —comentó.

Dean se quedó pensativo.

—Oye, ¿tienes idea de lo que le pasa? Lleva unas semanas que protesta por todo.

Scott se encogió de hombros mientras se apoyaba contra la pared de la casa frente a la consulta de Gabriel.

—Supongo que la presión —comentó reflexionando.

—Ya —respondió volviendo la mirada hacia él—. Bueno, nos vemos luego. Cualquier cosa avisa.

—Por supuesto.

Se dirigió calle abajo dirección a la iglesia. No quedaba muy lejos del consultorio de Gabriel. Lo cierto es que, pese a que la colonia era pequeña solo había visitado aquella zona, ni siquiera habían realizado un reconocimiento de la zona, aunque suponía que tampoco era necesario, pues lo que debían proteger se encontraba allí.

Se apartó para dejar paso a un niño que corría calle arriba con una mochila a su espalda y cuando volvió la vista al frente se quedó totalmente petrificado. No pudo evitar tragar saliva cuando observó aquel largo cabello castaño moviéndose hacia atrás y, como ella, delicadamente, lo colocaba tras su oreja. Pronto entró en tensión cuando se dio cuenta de que estaba acompañada y hablaba amistosamente con Caden. ¿Caden? Comenzaba a odiar más de la cuenta a ese hombre. Tenía el cabello negro y de punta, con unos ojos marrón claro que destacaban entre unas largas pestañas. Era bastante alto y corpulento, incluso fornido.

Vio como ella asentía con una gran sonrisa y directamente Caden la abrazó. Aquel gesto lo descolocó. Se veía cierta timidez en el gesto de él, como si quisiese abrazarla y no se atreviese. ¿Sería su pareja? No lo creía, no parecía tener ni siquiera la suficiente confianza para abrazarla, pero si algo tenía claro es que sabía identificar cuando un hombre se sentía atraído por una mujer.

—Idiota —susurró. Menudas técnicas de seducción tenía.

Se fijó en que ella se separaba y Caden daba media vuelta y se alejaba. En ese momento notó cómo se le aceleraba el corazón al verla caminar en su dirección.

Carraspeó un poco y se pasó la mano por su abrigo negro intentando

alisarlo. No pensaba perder aquella ocasión y, menos aún, después de intuir que aquel hombre intentaba conquistarla.

Mia ni siquiera alzó su mirada cuando pasó por su lado, así que Dean se giró para ver su espalda.

—Hola —comentó haciendo que la muchacha se detuviese. Se giró hacia él y lo miró sorprendida. Al principio no pareció reconocerlo pero luego una sonrisa inundó su rostro y por Dios, qué sonrisa.

—Hola, eres el amigo de Gabriel, ¿verdad? Estabas ayer en mi casa —comentó haciendo memoria.

—Sí —dijo dando unos pasos hacia delante—. No sabía si eras tú —improvisó—, ¿qué tal?

Ella se encogió de hombros sorprendida por la conversación.

—Bien, voy de camino hacia el colegio —dijo echando la vista al frente.

—Ah, voy también para allí —respondió dando unos pasos para colocarse a su lado. Ella lo miró asombrada y asintió. —Por cierto, soy Dean —dijo extendiendo su mano.

—Mia. Encantada —respondió estrechando su mano.

Directamente Dean comenzó a caminar a su lado, durante unos segundos intuyó como ella se encontraba incómoda. Estaba claro que el hecho de que un hombre al que no conocía la abordase por la calle no era muy común.

—¿Trabajas en el colegio?

—Sí —respondió rápidamente—. Doy clases a niño de tres a seis años.

Dean le sonrió. Caminaron despacio mientras él se metía las manos en los bolsillos. Mia era realmente preciosa, todo lo que desearía en una mujer, y tenía una sonrisa tímida que le hipnotizaba.

—¿De dónde eres? —preguntó intentando dar conversación.

Ella miró hacia delante.

—De Omaha. Crecí allí —sonrió de forma tierna—. Luego me trasladé a San Francisco para estudiar magisterio. Trabajé varios años en un colegio hasta... —Tragó saliva—, hasta el gran terremoto. Mi hermano fue a buscarme.

¿Era su hermano? ¿Mia era la hermana del elegido? Aunque ya había imaginado que aquello era posible, pues poseían rasgos similares, aquel dato le impuso respeto.

—Tú eres de Banff, ¿no?

Él pestañeó varias veces.

—Bueno, nací en Denver, Colorado. Luego fui a trabajar a Banff. ¿Cómo lo sabes?

—Vaya, un Cowboy —bromeó, luego se encogió de hombros—. Mi hermano me lo explicó.

Aquello lo pilló desprevenido.

—¿Ah, sí?

—Sí, me explicó lo de la oferta de trabajo que le habíais hecho —comentó como si nada—. Para ser enfermero en una colonia de Banff.

Dean apretó los labios y finalmente asintió. Su hermano había preferido ocultarle la verdad, en parte lo comprendía.

—Sí —mintió—, pero no aceptó.

—Lo sé —Suspiró—. A Gabriel siempre le ha gustado esta ciudad y aquí tiene buenos amigos. —Se giró y saludó a un niño que corría hacia el colegio—. Ahora nos vemos, Toby —pronunció risueña.

—Los niños te adoran —comentó divertido.

Ella se encogió de hombros.

—A estas edades adoran a cualquiera que les sonría —admitió.

Giraron una esquina y llegaron hasta la puerta de una casa. Jamás había llegado hasta allí en la colonia. Aquello debía ser el colegio porque pudo escuchar los gritos de niños tras la puerta.

—Menuda te espera —bromeó.

Ella rio.

—Sí. —Se encogió de hombros—. La verdad es que me lo paso muy bien con ellos. —Miró hacia la puerta y volvió su rostro hacia Dean. Ayer ya había llamado su atención. Era un hombre alto y fuerte y tenía los ojos más azules

que jamás había visto. Su cabello rubio corto hacía que su piel con un tono bronceado destacase—. ¿Tú y tus amigos os marcháis ya?

Dean la miró fijamente y negó.

—No, aún no. Llevamos mucho tiempo caminando y a veces apetece quedarse en un lugar durante un tiempo.

Ella asintió y chasqueó la lengua.

—Bueno, pues encantada de conocerte, Dean. Ya nos iremos viendo por aquí.

—Por supuesto —respondió con una gran sonrisa.

Mia se giró y entró por la puerta. Dean pudo ver como varios niños corrían de un lado a otro jugando.

Nada más cerrarse la puerta suspiró. Había intuido bien ayer. No solo era una mujer hermosísima sino que además era encantadora.

Se alejó lentamente del colegio mientras metía las manos de nuevo en el bolsillo intentando calmar su respiración. Jamás le había impresionado tanto una mujer como ella, aunque resopló cuando vio que Caden se mantenía apoyado en la pared de una de las casas de aquella calle, de brazos cruzados y con la mirada fija en él.

¿Lo había estado siguiendo? Edgar, el alcalde de aquella colonia ya se lo había advertido, pero es que además, lo miraba con cierta furia en su rostro. Hacía pocos minutos lo había visto intentando coquetear con la mujer a la que acababa de acompañar al colegio. Estaba seguro de que no estaba muy conforme con ello.

Dean elevó su mano y lo saludó cuando pasó por su lado, como si nada.

—Caden —pronunció sin siquiera mirarle.

No echó la vista atrás, aunque supo que aquel hombre mantenía la mirada fija en su espalda siguiéndolo a través de la calle.

Gabriel aguantó la respiración y fue directamente hacia el cubo de agua que tenía en la cocina sumergiendo la mano. No entendía nada. No era la

primera vez que experimentaba aquel dolor, aquella intensa quemadura en la palma de su mano.

Hacía varios meses lo había sentido por primera vez. En un principio había pensado que podía ser una alergia, pero después todo se había intensificado con los sueños y, posteriormente, el dolor aparecía en cualquier momento del día.

Aunque no quitaba del todo el dolor que solía durar cerca de un minuto el sumergir la mano en agua fría lo calmaba en cierto modo.

Si estuviese en un hospital y contase con los medios necesarios se habría hecho unas pruebas de alergias. Lo único que podía hacer era ir descartando cosas, pero lo cierto es que el dolor le había dado en lugares diferentes, durmiendo, despierto, pasando consulta... cuando menos se lo esperaba el dolor y quemazón lo sorprendían.

Apretó los dientes cuando el dolor llegó a su punto más álgido y aguantó la respiración. Notaba una gota de sudor fría, provocada por el dolor, resbalar en su mejilla. Sabía que su rostro se tornaba blanquecino.

Una vez que el dolor desaparecía aún permanecía residente durante más o menos una hora, después, era como si nunca lo hubiese experimentado.

Se levantó y extrajo la mano del cubo de agua, observándola. No la tenía agrietada ni roja. Quizá era un dolor de un nervio.

La puerta de la casa se abrió y su hermana entró. Gabriel se puso en pie directamente aún sujetando su mano, intentando ocultar el sufrimiento que había padecido hasta pocos segundos antes. No quería preocuparla.

—Buenas noches —dijo soltando su enorme bolso sobre la mesa. Se dirigió hacia su hermano y lo besó en la mejilla, aunque la proximidad reflejó el rostro blanquecino de Gabriel—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí —Le sonrió apartándose de ella, acercándose a la cocina—. He tenido un día de locos hoy —dijo aún masajeando su mano para calmar el dolor remanente.

—Pues no te cuento el día que he tenido yo —bromeó ella mientras se quitaba el abrigo—. Hoy tenían el doble de energía los niños. —rio ella, luego abrió su bolso y puso cara de traviesa—. Mira lo que he cogido del colegio —dijo mostrándole un tablero de ajedrez.

Gabriel ladeó el rostro hacia ella.

—¿Te has traído un juego del colegio? —preguntó sorprendido.

Mia se encogió de hombros.

—He pensado que podríamos echar una partida. —Luego sonrió con cierta melancolía—. Hace mucho que no jugamos —susurró.

Aquella frase también hizo ser consciente a Gabriel del significado que tenía.

—Papá era el campeón.

—Sí, era imposible ganarle —comentó ella. Tragó saliva y depositó el tablero sobre la mesa—. ¿Nunca piensas en ellos?

—Cada día —respondió rápidamente.

Mia apretó los labios y se quedó pensativa.

—Quizá, cuando esto se calme un poco y se restablezcan las carreteras podríamos...

—Iremos a buscarlos —confirmó él—. Pero sabes que ahora es muy peligroso. Y no solo por el transporte. No queda casi gasolina y hay bandas de ladrones por todos lados.

—Lo sé —pronunció sentándose a la mesa, observando el tablero.

Gabriel se acercó y le sonrió.

—Quizá mañana podamos echar una partida. Hoy estoy agotado.

—¿Mañana? —preguntó ella con voz más animada. Él afirmó—. Me parece que mañana va a ser imposible... —bromeó. En ese momento se puso en pie y fue hacia la cocina. Abrió un cajón y sacó un paquete de arroz—. ¿Te apetece?

—Sí.... —dijo colocándose a su espalda—, ¿estás ocupada mañana?

Ella solo se encogió de hombros.

—He quedado.

—¿Has quedado? —preguntó extrañado—. ¿Con quién?

Mia chasqueó la lengua y luego miró de reojo a su hermano mientras

volcaba la botella de agua en la olla.

—Con Caden.

Su hermano puso su espalda recta y se colocó a su lado, mirando su perfil.

—¿Con Caden? —preguntó incrédulo. Ella afirmó a lo que Gabriel resopló—. ¿El Caden que yo conozco? ¿El de seguridad?

—Sí, ese Caden.

Se quedó mirando fijamente a su hermana.

—No me gusta ese tipo.

—¿Y por qué no? —preguntó sorprendida—. Conmigo siempre ha sido amable.

—Claro que es amable contigo, está coladito por ti desde que te vio —admitió haciendo que ella se asombrase por sus palabras—. Pero —Le señaló con el dedo—, para comenzar tiene bastantes años más que tú.

—Oh, vamos... tiene treinta y dos.

—Casi treinta y tres, y tú acabas de cumplir veintisiete —remarcó—. Tiene seis años más que tú... y algunos meses —reaccionó rápidamente.

Ella lo miró con sorna.

—¿Ese es tu único impedimento? —ironizó.

—No —contestó acelerado—. No. No me acaba de gustar. Tiene la mano floja.

—Oh, vamos... Gabriel...

—Eh... hablo en serio.

—Es parte de la seguridad de la colonia, es normal que se meta en peleas a veces.

Gabriel resopló y se cruzó de brazos. No pudo evitar recordar el golpe que le había dado a Nicholas, a uno de los nuevos hombres que había llegado a la colonia y al que había examinado hacía dos noches.

—No me refiero a eso. ¿Sabes los chicos que estaban aquí ayer por la noche cuando llegaste? —Ella lo miró y asintió—. Pues a uno de ellos le

golpeó en la cabeza porque sí.

Ella suspiró.

—No digas más tonterías...

—No es ninguna tontería.

Colocó la olla sobre el fuego y se giró hacia su hermano mientras se cruzaba de brazos.

—¿Vas a ser un hermano excesivamente protector?

—Solo cuando te convenga.

—¿Y eso lo decides tú? —preguntó colocando las manos en su cintura.

Gabriel rugió levemente y miró fijamente a su hermana.

—No me gusta.

—No te tiene que gustar a ti —dijo mientras se volvía hacia la mesa para coger la bolsa de arroz.

—Oh, vamos... creía que tenías mejor gusto. ¿De verdad te gusta? —preguntó incrédulo.

—Es simpático —reaccionó ella.

Gabriel se pasó la mano por los ojos, agotado.

—De acuerdo, ¿adónde vais a ir?

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Uno de sus compañeros tiene un proyector. Tienen algunas películas. Iremos a ver una.

—¿Va más gente?

—Sí —respondió como si no tuviese importancia—. Irán algunos compañeros suyos con sus novias.

—Y tú con él... —ironizó.

—Basta... —Le señaló con el dedo.

—¿A qué hora has quedado?

Ella resopló.

—Madre mía, si lo llevo a saber no te lo digo. —Aquello se llevó una mirada furiosa de su hermano—. Iremos a cenar y después veremos una película. No sé... supongo que sobre las ocho.

—Y llegarás sobre las...

—Ay, Gabriel, ya vale. No sé a qué hora llegaré. Solo te lo digo para que no te preocupes —comentó ella—, además, pasado mañana es sábado y no se trabaja.

Gabriel se cruzó de brazos y avanzó hasta la mesa con los músculos en tensión.

—Bueno, pues te aviso que ese chico no me gusta nada...

—Ya me ha quedado bastante claro, pero no tienes que preocuparte de nada.

Se giró hacia ella.

—Claro que tengo que preocuparme. Eres mi única familia.

Mia cerró los ojos y suspiró sin volverse hacia él.

—No hables así —susurró.

—¿Cómo?

—Como si papá y mamá estuviesen muertos —sollozó.

Gabriel cerró los ojos intentando contenerse y dio unos pasos despacio hacia ella. Llegó hasta su espalda y la abrazó por detrás.

—Perdona, sabes que no quería decir eso —susurró. Besó su sien y acarició su cabello.

Ella asintió y finalmente volcó el arroz en el agua hirviendo mientras su hermano volvía a distanciarse.

Ambos se mantuvieron callados unos minutos, reflexionando sobre las últimas palabras de ella. Desde el terremoto no habían podido contactar con sus padres. Ni siquiera sabía si estaban vivos o no.

Gabriel abrió un cajón y cogió dos platos y dos tenedores. Fue hacia la mesa y los puso sobre ella.

—¿El resto del día qué tal ha ido? —preguntó intentando cambiar de conversación.

Ella se encogió de hombros.

—Bien... —Se giró y lo señaló con la cuchara con la que removía el arroz —, por cierto, hoy me he encontrado a uno de tus amigos.

—¿De mis amigos?

—Sí, los que estaban ayer por la noche aquí. —Aquello hizo enarcar una ceja a Gabriel—. Creo que se llamaba Dean.

—Sí, Dean. Pero no son amigos míos —explicó—. Simplemente vinieron a verme...

—Ya, por lo del trabajo en Banff —Le recordó ella.

Gabriel tragó saliva y le dio la espalda mientras situaba un plato en cada extremo de la mesa.

—Sí.

—Me lo ha comentado...

Aquello le hizo girarse temeroso.

—¿Te lo ha explicado?

—Sí, todo —respondió encogiéndose hombros—. Me ha explicado que su pueblo también fue destruido. Buscan un médico o enfermero para su colonia.

Gabriel pestañeó varias veces. Bueno, al menos le había seguido el juego y había respetado la decisión de no explicarle a su hermana lo que le habían dicho ayer.

Recordó al chico. Era bastante alto y corpulento, rubio de ojos claro, y el mismo que le había dado órdenes varias veces elevando la voz y se había movido de aquella forma tan extraña.

—¿Dónde te lo has encontrado? —preguntó con curiosidad.

—Esta mañana, cuando iba para el colegio. —Se giró y le sonrió—. Tranquilo, le he dejado claro que no aceptas el trabajo y que te quedas aquí. —Él la miró confundido—. Ayer, antes de que se fueran te dijeron que lo pensases —Le recordó.

—Es verdad —susurró.

—Ya le ha quedado claro.

—Ah... —comentó acercándose para coger los vasos—, y... ¿te ha dicho algo más?

Ella negó.

—No, me ha explicado un poco su vida pero poca cosa. Es de Colorado. —Luego le miró y volvió a sonreír—. Es agradable.

—Ya. —Gabriel chasqueó la lengua—. ¿Hay alguien que te caiga mal? —ironizó su hermano.

Mia se encogió de hombros pero, de nuevo, aquel destello de travesura apareció en sus ojos verdes.

—A veces... y solo a veces... tú —bromeó—. Cuando te pones tan terco.

Su hermano sonrió y ladeó su cabeza.

—Incluso diciéndome estas cosas eres adorable. —Se acercó y observó como el arroz ya había consumido más de la mitad del agua que Mia había echado para hervirlo. En breve podrían cenar.

—¿Has preparado la mesa?

—Sí, ya está.

Mia se quedó observando la botella de agua.

—¿Esta es la botella que nos dieron hace tres días? —preguntó. Gabriel afirmó—. ¿Y la que nos tocaba hoy?

—La tengo en la habitación, guardada. La traeré —dijo mientras Mia sacaba la olla del fuego con un trapo.

Desde el terremoto los recursos naturales escaseaban. Pocas potabilizadoras de agua funcionaban y se habían forzado a racionarla. Al menos, aún disponían de una botella de dos litros cada tres días, para cada persona. Era poco, pero era la que usaban justamente para beber y cocinar, para el resto, usaban la que no era potable.

Gabriel cogió la vela en su mano y entró en la habitación. Nada más perder de vista a su hermana se miró la mano. A duras penas ya persistía el

dolor. La cerró y la abrió varias veces para activar la corriente sanguínea y cogió la botella de agua.

Cuando entró de nuevo en el comedor su hermana ya echaba un poco de arroz en cada plato.

Ahora era toda una mujer. Sin quererlo recordó cuando era pequeña y jugaban en el jardín de la casa de sus padres mientras hacían una barbacoa. Con dos años más que ella siempre se había sentido responsable. Recordó cuando, mientras la perseguía dando vueltas a la casa se había caído y lastimado la rodilla.

Gabriel la había ayudado a llegar hasta el aseo y le había curado con tan solo ocho años de edad, mientras ella lloraba.

—No es nada, Mia.

—Duele —gimió la pequeña mientras las lágrimas surcaban su rostro.

Gabriel acarició su cabello intentando reconfortarla.

En ese justo momento supo que quería ser enfermero.

6

—Esto es una mierda —renegó Taylor ante la atenta mirada de todos—. Yo lo cogía, lo metía en el todoterreno y se acabó el problema.

Dean y Nicholas pusieron los ojos en blanco.

—Ya, y de paso lo obligas a que coja la daga y se cargue a Mabus —comentó Nicholas. —Taylor rugió—. Necesitamos su colaboración —Le recordó.

—Por Dios, cálmate Taylor. Todos estamos nerviosos pero es que tú... nunca te había visto así.

Taylor resopló y con un gesto enfurecido se dio media vuelta y se alejó.

—Voy a sustituir a Scott.

—A este le pasa algo —susurró Christopher acercándose a ellos.

Nicholas chasqueó la lengua y miró de reojo al padre Luper que se acercaba con una sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó Dean poniéndose en pie, pues todos se encontraban sentados en las escaleras del porche a la entrada de la iglesia.

—Me lo han confirmado. Ningún problema. Podéis ayudar en la construcción del nuevo almacén y comenzar ya mismo. Es al final de la calle.

—Qué bien —susurró Adrien con ironía.

—Eso nos dará más tiempo —Le recordó Nicholas. Miró al sacerdote y sonrió—. Muchísimas gracias por todo lo que hace.

El padre Luper asintió y se dirigió a un grupo de devotos que entraban en la iglesia.

—Venga, vamos —ordenó Nicholas mientras avanzaban. A las once de la

mañana las calles improvisadas entre aquellas casas medio destruidas bullían. Era impresionante como la humanidad siempre se esforzaba por sobrevivir.

Cuando pasaron frente a la consulta de Gabriel Taylor se encontraba apoyado contra la casa de enfrente, vigilante.

—Nos han aceptado en la obra —comentó Nicholas—. Cuando Adrien venga a sustituirte ve para allí.

Taylor no dijo nada, simplemente asintió clavando la mirada de nuevo en la consulta.

Dean miró. Había bastante geste esperando.

Cuando comenzaron a caminar se acercó a Nicholas.

—¿Qué representa que vamos a construir?

—Creo que un almacén para guardar alimentos.

—Una despensa —indicó Dean.

—Si somos lentos nos puede garantizar fácilmente un mes aquí.

Dean chasqueó la lengua.

—Sabes que no tenemos un mes.

Nicholas suspiró.

—Sí, ya lo sé.

Todos se detuvieron en una esquina.

—¿Es por aquí? —preguntó Christopher mirando el cruce.

—El padre Luper ha dicho que es al final de esta calle —recordó Adrien.

—Debe ser recto —confirmó Nicholas.

—¿Seguro? —volvió a preguntar Christopher—. Las tres calles suben pero al menos, esta —señaló a su derecha—, va hacia la parte donde no hay casas construidas. Debe ser por esa zona.

Dean miró de un lado a otro intentando centrarse y notó que el corazón se le aceleraba cuando reconoció la figura de Mia a las puertas del colegio, a pocos metros de ellos.

Estaba ayudando a un niño a ponerse la mochila, luego, el pequeño salía corriendo hacia su madre que lo cogía en brazos.

Llevaba un precioso vestido largo de color azul oscuro, con un rebeca color blanco por encima. Su cabello largo formaba ondas hacia atrás impulsado por la fría brisa. Desde allí, pudo ver como sus ojos brillaban.

Mia se puso erguida y se giró, pero en ese momento se detuvo al coincidir la mirada con Dean.

—Quizá deberíamos preguntar —propuso Adrien.

—Estoy seguro de que es por aquí —volvió a señalar Christopher a su derecha.

Dean elevó su mano saludándola y directamente avanzó hacia ella, dejando a sus compañeros atrás, discutiendo qué dirección tomar.

—Hola —dijo acercándose.

En ese momento se dio cuenta de que Mia lo miraba de los pies a la cabeza, como si en aquel momento fuese consciente de su altura.

—Hola —respondió tímida.

—¿Trabajando?

Ella miró hacia el colegio y se volvió sonriente hacia él.

—Es la hora del recreo —explicó.

Ambos se giraron cuando un niño pasó corriendo a su lado, huyendo de otro que iba en su búsqueda.

—Eh, Dawson, ¡quieto! —gritó Mia dando unos pasos hacia los niños. Sujetó el brazo del pequeño y le quitó una pequeña piedra que llevaba en la mano—. No vuelvas a lanzar piedras —Le advirtió—, o la próxima vez se lo diré a tu madre.

El niño hizo un gesto como si fuese a echarse a llorar, avergonzado.

—Venga, ve a jugar, pero pórtate bien.

Dean dio unos pasos hacia ella, acercándose de nuevo.

—Menudo pieza... —susurró Dean mirando al niño que corría despavorido hacia el colegio.

—No lo sabes tú bien —rio ella. Se giró con una impecable sonrisa—. ¿Qué tal? ¿Adónde vas?

Dean se encogió de hombros y señaló con su cabeza hacia sus compañeros que en ese momento habían dejado de discutir y lo observaban intrigados.

—A trabajar.

—Vaya, ¿tienes un trabajo? —preguntó sorprendida.

—Sí, nos han cogido para hacer un almacén de comida.

—Ah, ya... llevan tiempo que quieren hacerlo. Así podremos guardar el pescado en sal y se conservará más tiempo. —Lo miró directamente a los ojos—. ¿Trabajabas antes en la construcción?

—No, no... —respondió divertido—. Soy policía —dijo como si fuese un secreto—. Todos lo somos.

Aquel dato la dejó descolocada y miró hacia atrás, donde todos ellos conversaban e iban echando miradas furtivas hacia ellos.

—¿Y no queréis trabajar en la seguridad de la colonia?

Dean negó rápidamente.

—No, ya hay suficiente seguridad, y es más necesario ahora mismo el almacén.

—En eso tienes razón —apunto graciosa. Lo miró con una sonrisa y durante unos segundos se quedó maravillada observando sus enormes ojos azules—. Así que... al final os quedáis un tiempo.

Dean puso las manos en su cintura.

—Eso parece.

Ella volvió su rostro hacia el colegio para controlar a todos los niños.

—Me alegro —dijo sinceramente.

—¡Dean! —Escuchó la voz de Nicholas.

Dean cerró los ojos y suspiró. ¿Sería posible? ¿No podían dejarle ni unos minutos hablar con calma?

—Creo que te están esperando —apuntó ella señalando a sus compañeros.

—Sí. —Chasqueó la lengua mientras Dean los miraba—. Por cierto —comentó volviéndose hacia ella—, nos han dicho que la construcción debe ser al final de esta calle, ¿sabes dónde está el lugar?

—Sí —dijo dando unos pasos por delante—. Podéis llegar por esta calle, pero es mejor que cojáis la de la derecha. Al final, antes de llegar al muro hay un espacio libre. Veréis que hay muchos ladrillos, rocas... es la zona donde tienen pensado construirlo.

—Bien, pues... habrá que ponerse manos a la obra —dijo con una sonrisa. Ella asintió. Dean dio unos pasos hacia atrás pero justo cuando vio que ella se giraba para volver al colegio no pudo evitar llamar su atención—. Mia —dijo haciendo que ella se girase—. Me alegro de verte.

Ella comenzó a sonreír sorprendida por aquella frase, con cierta timidez, notando como sus mejillas se encendían levemente.

Asintió y apretó los labios.

—Yo también —respondió casi en un susurro. Elevó su mano a modo de saludo y se dirigió directamente hacia el colegio.

Dean se quedó estático mientras la veía entrar por la puerta. Era una mujer preciosa, con la sonrisa más tierna que jamás había visto. Estuvo a punto de dar un respingo cuando notó la mano de uno de sus compañeros en el hombro.

—¿Me alegro de verte? —Se mofó Christopher.

Dean apartó la mano de su hombro con un golpe y se giró hacia sus compañeros.

—¿Esa no es la chica que estaba en casa de Gabriel? —preguntó Nicholas intrigado.

Dean asintió mientras se colocaba frente a ellos.

—Es su hermana.

—¿La hermana del elegido? —preguntó Scott—. Pues...

Dean lo señaló.

—No lo digas, Scott, por favor. —Scott chasqueó la lengua—. Es la hermana del elegido... un respeto —continuó Dean.

—Sí, un elegido que pasa totalmente de nosotros —recordó Christopher.

—Buena... —acabó la frase Scott—. Está buena.

Dean lo miró enarcando una ceja y decidió ignorar a su compañero.

—Me ha dicho que mejor cojamos la calle de la derecha para ir a la zona de la construcción —Señaló la dirección.

—Ves —comentó Christopher a Nicholas—, te dije que era mejor coger esta calle.

—Ya, ya... —dijo Nicholas dirigiéndose hacia allí, tomando la calle que les había indicado.

Mia se asomó de nuevo para observar. Las últimas dos veces que había visto a Dean no se había dado cuenta, pero era un hombre muy atractivo. Lo vio alejarse junto a sus compañeros y notó como la piel se le ponía de gallina. Aquella última mirada que le había echado había captado su atención.

Tragó saliva mientras lo veía alejarse y tuvo que volverse de nuevo cuando escuchó los gritos.

—¡Nichole quieta!

Habían pasado parte del día iniciando la construcción de los almacenes. Se habían limitado a delimitar la zona y poner algunos ladrillos. No iban a darse prisa en construirlo, no sabían cuánto tiempo deberían estar allí, así que lo mejor era ser lentos para disponer de los días que hiciese falta.

Tras el día de trabajo se habían dirigido a la iglesia donde el padre Luper les había dado la cena y, después, Dean había sustituido a Nicholas en la guardia, ante la casa de Gabriel y Mia.

Por lo que sabía, Gabriel se encontraba en casa desde las siete de la tarde, lo había visto de vez en cuando salir a buscar algo o bien asomarse a la puerta. Incluso se había llegado a plantear que no supiese que lo estaban vigilando. Después había caído en la cuenta de que Mia no estaba y aquello le había puesto en tensión.

Sabía que no debía pensar en ella de aquella forma, pues era la hermana del elegido, del presunto salvador, pero no podía evitarlo. Era recordar su

sonrisa, o la forma tan delicada en la que se ponía el cabello tras la oreja y notaba sus músculos ponerse en tensión y las palpitaciones aumentar de frecuencia cardíaca.

Cuando había pasado la hora y media de vigilancia y el reloj marcaban más de las once y media se había comenzado a poner nervioso. ¿No volvía? Había rondado por su cabeza ir a hablar con Gabriel para saber si ella estaba bien, pero se había sorprendido cuando al escuchar su voz al final de la calle.

Se escondió más en las sombras de aquella esquina y observó.

Resopló cuando reconoció que iba acompañada de Caden. ¿En serio? Aquel tipo no le gustaba nada, ella se merecía algo mejor.

—Ha estado bien —comentó ella mientras caminaban por la calle.

—Hubiese preferido otra película, pero tampoco hay mucho dónde elegir —reconoció Caden.

—Nunca la había visto.

—¿No habías visto la profecía? —preguntó asombrado. Ella negó con su rostro—. Pues es un clásico.

Caden sujetó su mano de forma delicada haciendo que se detuviese. A ella le pilló de improviso aquel gesto y se detuvo, girándose hacia él como si no lo comprendiese.

Dean se quedó observando en la oscuridad. La pareja se había detenido a varios metros de la casa.

—Lo he pasado muy bien —pronunció Caden acercándose de una forma lenta, sin soltar la mano de Mia.

Ella apartó los ojos, tímida.

—Yo también, Caden —susurró.

Dean tragó saliva ante la escena. Debía reconocer que se estaba poniendo nervioso.

Caden se situó frente a ella, sin soltar su mano, y pasó la que tenía libre por el brazo de ella acariciándola.

Ella le sonrió y se apartó levemente rehuyendo del contacto, con timidez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caden sin soltarla.

Ella negó y giró su rostro hacia su casa.

—Tengo que volver.

—¿Puedo invitarte mañana a cenar? —preguntó directamente.

Mia se removió inquieta. Una cosa era quedar con él un día como amigos, pero Caden había demostrado durante toda la cena y la visualización de la película un interés mayor. Se había acercado demasiado para su gusto.

—No sé —susurró ella aún sujeta por la mano de él.

Caden se acercó de nuevo haciendo que Mia se pusiese un poco más nerviosa.

—Mia, sabes que me gustas mucho... —Ella tragó saliva al mirarlo—, de hecho... —dijo acercándose más, rodeando su cintura con el brazo—, eres la chica más bonita de toda la colonia.

—Caden —dijo intentando soltarse—, por favor.

Caden la miró enarcando una ceja.

—No te resistas, Mia.

En ese momento ella puso la espalda recta e intentó soltarse, pero Caden aún rodeaba su cintura con un brazo aproximándola a él.

—Caden, estate quieto.

—Vamos, Mia... —susurró contra sus labios. La giró y la apoyó contra la pared de la casa—, no te haré daño.

—Pues suéltame —ordenó.

—¿No quieres? —preguntó acercándose más.

—¿A ti te parece que quiere? —dijo una voz a la espalda de Caden.

Caden se giró de inmediato. Dean se había acercado a él y esperaba a unos metros, atento a sus movimientos.

—Tú... —susurró Caden—. ¿Qué haces aquí? Vete.

Dean dio un paso más acercándose. Miró directamente a Mia que permanecía apoyada contra la pared, con gesto asustado, totalmente inmóvil.

—No pienso irme —contestó Dean y centró la mirada en ella—. Mia, ven conmigo —dijo tendiendo su mano hacia ella.

Ella miró de reojo a Caden y asintió levemente. Iba a dar un paso hacia él cuando Caden la cogió del brazo molesto por la intromisión.

—Eh, oye... —dijo mirando a Mia—, perdona. Yo solo quería...

—Te ha dicho que no —interrumpió Dean otra vez.

Caden rugió por la intromisión y soltó a Mia directamente para enfrentarse a Dean que ladeó el cuello mientras lo observaba, luego sonrió incrédulo, mientras lo veía ir hacia él con los puños apretados.

—No te conviene hacer eso —Le advirtió.

—Debes aprender a no meterte donde no te llaman.

—Y tú debes aprender a respetar un poco a las personas —respondió sin moverse del sitio.

Mia fue hacia él.

—Caden, ¡basta! —gritó intentarlo detenerlo. Pero Caden la ignoraba en aquel momento, la furia lo tenía cegado. Él era el responsable de la seguridad allí, uno de los mandamás de la colonia junto al alcalde, concretamente, su mano derecha. No iba a tolerar que un niño, recién llegado a la colonia, lo tratase de aquella forma y lo dejase en ridículo. Debía hacerse respetar. Mia lo sujetó del brazo intentando frenarlo pero Caden no cedía. Contrariamente, movió su brazo con fuerza para alejar a Mia que cayó al suelo de espaldas. Se giró para observarla un segundo, sin dejar de caminar hacia Dean. Mia permanecía tirada sobre la tierra y se incorporaba con gesto de dolor. Caden resopló y volvió la vista al frente. Tenía claro su objetivo, lo primero que debía lograr era hacerse respetar, pero lo que no esperaba es que su objetivo hubiese llegado hasta él y estampase su puño en su rostro. Al momento, Dean notó como crujía su nariz. Quizá le había dado un poco fuerte, pero aquel hombre se lo merecía.

Caden cayó al suelo llevándose las manos a la nariz de donde comenzaba a emanar cuantiosa sangre.

—Hijo de puta —gruñó—. ¡Me has roto la nariz! —gritó hacia él.

Dean lo ignoró pasando por su lado y fue directamente hacia Mia que aún

permanecía en el suelo. Cogió su mano y la ayudó a ponerse en pie mientras rodeaba su cintura con el brazo para que mantuviese el equilibrio.

—¿Estás bien?

Ella ni siquiera respondió. Tragó saliva y se limitó a asentir, aún temblando.

Ambos giraron su rostro hacia Caden cuando se puso en pie con las manos en el rostro, sollozando.

—¿Has visto lo que ha hecho? —gritó hacia Mia.

Ella apretó los labios.

—Te lo mereces —susurró.

Aquella respuesta no fue del agrado de Caden que la miró con furia y avanzó hacia ellos mientras su camisa blanca comenzaba a teñirse de rojo.

—¿Cómo te atreves a...?

—Eh —Le señaló Dean colocándose ante Mia para protegerla—, ya te he dicho que no te convenía hacer eso. ¿Quieres probar otra vez?

—Esto no va contigo —Le gritó al llegar hasta él.

Dean puso las manos en su pecho y lo impulsó alejándolo.

—¿Y con bien va? ¿Con ella? —preguntó enfurecido—. Aléjate Caden, última advertencia.

Caden se quedó contemplándolo fijamente, con odio en su mirada.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te estoy avisando, por segunda vez. La primera no hiciste caso, pero espero que esta segunda sí lo hagas... por tu bien —acabó diciendo con una mirada que le heló la sangre.

Caden lo miró con odio y volvió su mirada hacia Mia que se escondía tras la espalda de Dean.

Apretó los labios mientras volvía a cubrirse la nariz con las manos intentando frenar la hemorragia y dio unos pasos hacia atrás.

—Esto no ha acabado aquí —susurró mientras se alejaba calle abajo.

—Por la cuenta que te trae, sí.

Lo vieron alejarse hasta que Dean se giró para mirarla. Mia observaba a Caden caminar de un lado a otro, como si estuviese un poco mareado por el dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Dean cogiéndola por los brazos, mirándola de arriba a abajo—. ¿Te has hecho daño?

Ella miró hacia sus piernas y vio que tenía una rascada en la rodilla. No se había cuenta del golpe hasta ese momento, pues los nervios la habían mantenido en tensión.

—No, no es nada.

—Tienes una herida en la rodilla.

Ella lo miró y sonrió débilmente.

—No es nada, no me duele.

Dean asintió y se quedó contemplándola unos segundos. Que le matasen si no era la mujer más hermosa que había visto nunca. Aquel capullo no la merecía. Solo el pensar lo que hubiese podido ocurrir si no hubiese estado allí...

Mia iba a hablar cuando la voz de su hermano la disuadió.

—¿Mía? —preguntó mientras caminaba hacia ella. Luego centró la mirada en Dean y arrugó su frente—. Joder, tú —susurró—. ¿Qué ha ocurrido? He escuchado gritos —preguntó acercándose.

Dean se alejó levemente, pues Gabriel tenía una mirada enfurecida hacia él, y no solo porque estuviese allí, pues parecía que la proximidad que mantenía con su hermana en aquel momento lo alteraba.

—Tenías razón, Caden no es buena persona —dijo al llegar su hermano ante ella.

Gabriel la cogió directamente de la mano y miró enfurecido a Dean.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Aléjate —susurró mientras comenzaba a tirar de Mia hacia su casa. —¿Tienes una herida en la pierna?

—No es nada —explicó ella mientras se giraba hacia Dean, el cual se mantenía estático en la misma posición con las manos en los bolsillos.

—Vamos, te la curaré... —dijo Gabriel, llegó hasta la puerta y la abrió dejando que su hermana pasase primero, pero antes de entrar miró por última vez a Dean con furia y cerró tras él.

Dean se quedó quieto en aquella posición durante varios segundos. Comprendía que Gabriel quería que se mantuviese alejado de su hermana, pero ni siquiera había preguntado qué había ocurrido. Parecía que le asustaba más el hecho de encontrar a uno de los cazadores junto a su hermana que a lo que hubiese pasado realmente. De todas formas, Mia se encontraba bien, así que no se tomaría a mal que su primera reacción fuese esa.

Suspiró y caminó de nuevo hacia la esquina donde se mantenía escondido. Debía informar de lo que había ocurrido a Nicholas y a sus compañeros, estaba seguro de que Caden no iba a dejar las cosas tal y como estaban, pero aquello sería cuando acabase su turno en veinte minutos y fuese relevado. No podía permitirse dejar la casa sin vigilancia.

Gabriel ayudó a sentarse a su hermana en la silla y fue hacia uno de los cajones de la cocina. Abrió y extrajo un bote y una gasa.

—No es nada, Gabriel —dijo ella al ver el estado de nervios que tenía su hermano.

Gabriel no dijo nada, se limitó a humedecer con alcohol la gasa y se arrodilló frente a su hermana para cubrirle la herida. Mia se quejó un poco pero pronto pasó el picor.

—¿Qué hacía contigo? —preguntó preocupado.

—¿Dean?

—Sí.

Ella se removió incómoda y finalmente suspiró. Prefería ser clara y sincera con su hermano.

—Caden me ha acompañado hasta aquí y... cuando hemos llegado —tragó saliva—, ha intentando propasarse un poco.

—¿Propasarse? —preguntó con una ceja enarcada.

—No ha sido nada pero Dean estaba cerca y ha intervenido.

Gabriel se quedó contemplándola. Sabía que Caden no era buena persona,

y a la que pudiese mantendría una seria conversación con él. Una cosa era saber que tenía la mano floja pero otra muy diferente era que intentase propasarse con una mujer, y menos con su hermana. Eso no iba a permitirlo.

Secó la herida con otra gasa y se puso en pie.

—¿Te has hecho algo más? —Ella negó con su rostro mientras Gabriel le daba la espalda e iba hacia el fregadero.

Mia se quedó observándolo, parecía compungido. Se levantó y fue hacia él, aunque Gabriel ni siquiera se giró. Mia lo rodeó con los brazos por detrás y apoyó su rostro en su espalda.

—No ha sido nada... —intentó calmarlo.

—Sí ha sido —respondió con voz grave—. Si ha intentado propasarse contigo y además te ha golpeado...

—Créeme, tiene su merecido.

Aquello llamó la atención de Gabriel que se giró para observarla.

—¿A qué te refieres?

Ella chasqueó la lengua.

—Bueno... —Se encogió de hombros—, Caden se puso algo violento cuando Dean interrumpió y fue contra él. Creo que tiene la nariz rota.

Gabriel parpadeó varias veces. Recordaba la velocidad a la que le había visto moverse, y por lo que habían dicho disponían de varias habilidades más.

—¿Le ha roto la nariz? —preguntó sorprendido.

—Creo que sí.

Aquello ya gustó más a Gabriel que medio sonrió.

—Aún tendré que agradecersele —ironizó.

Mia se separó de inmediato e hizo un sollozo.

—Ayyyyy.

—¿Qué? —preguntó su hermano preocupado—. ¿Te duele algo más?

—No, no... —intentó tranquilizarlo—. Es solo que no se lo he agradecido.

Iba a girarse para dirigirse a la puerta cuando Gabriel la cogió por el brazo.

—Mia, no... —susurró.

Ella lo miró extrañada.

—¿No?

Él negó.

—No salgas más.

—Pero me... me ha ayudado —Se quejó intentando soltarse.

—Escúchame... —dijo con algo de timidez—, igual que te dije que no te acercases a Caden, te pido por favor, que no te acerques a Dean y a sus amigos.

Ella lo miró extrañada.

—¿Qué?

—Por favor —insistió.

—Acaba de salvarme. Si no llega a aparecer no se qué hubiese pasado — Se quejó ella.

—Oye, oye... —dijo cogiéndola por los hombros para que le prestase toda la atención—, te lo pido por favor. No me hiciste caso la otra vez y mira lo que ha ocurrido. Ahora, te lo pido de nuevo. No te acerques a ellos.

—Pero, ¿por qué? Si parecen muy majos.

Gabriel suspiró y la soltó cabizbajo.

—Por favor... —volvió a suplicar sin dar otra explicación—. Sabes que solo miro por ti y por mantenerte a salvo. No te lo pediría si no fuese así —suplicó.

—Dean me ha mantenido a salvo —comentó asombrada.

—Ya, pero... —reaccionó más desquiciado—, hazme caso por una vez —pronunció con tono más enérgico—. Si te lo pido es por alguna razón. No te acerques a ellos.

Dicho esto se giró y fue a la habitación sin decir nada más, dejando a su

hermana de pie en medio del salón.

Sabía que en cierto modo estaba siendo injusto, que Dean acababa de ayudar a su hermana, pero le asustaba, y no solo lo que le había visto hacer si no lo que le habían explicado. No quería estar cerca de ellos, cuanto más lejos mejor.

Adrien había llegado unos minutos antes de que acabase su turno. Había caminado tranquilo por la calle oscura, iluminada por la luz que desprendían las hogueras alejadas, recordando la suavidad de la piel de Mia cuando había tomado su mano, la fragilidad de su cuerpo cuando la había sujetado contra él para que aguantase el equilibrio... hasta que tras pocos segundos después de que entrase en la iglesia y viese a sus compañeros las puertas volvieron a abrirse de forma repentina.

—¿Dean? —gritó uno de los guardias, aunque coincidió directamente con su mirada. Dos compañeros más y el que hablaba se dirigió directamente ante la mirada asombrada de todos sus compañeros—. Estás detenido —dijo girándole directamente, con agresividad.

Nicholas corrió hacia allí colocándose a su lado mientras colocaban unas esposas en las muñecas de Dean que no dejaba de resoplar, colocando las manos a su espalda.

Uno de los guardias empujó a Nicholas hacia atrás amenazándole con el dedo.

—Apártate o te detendré a ti también.

—¿Pero qué cojones pasa ahora? —gritó Taylor hacia ellos, acercándose con cara de pocos amigos.

Nicholas se interpuso en su camino para frenarlo, Taylor estaba últimamente desatado.

—Tu amigo le ha roto la nariz a uno de los nuestros.

Todos alzaron una ceja y miraron a Dean mientras acababan de esposarlo, esperando una respuesta, pero lo único que hizo fue chasquear la lengua y encogerse de hombros.

Nicholas lo miró asombrado.

—Por Dios, Dean... ¿qué has hecho?

Dean se giró hacia el guardia, mirándolo de reojo.

—Me parece que tu querido amigo te ha explicado lo que le ha interesado.

—Seguro que hay un error —intervino Christopher en un tono tranquilo, pero se sorprendieron otra vez cuando Dean negó con su rostro y suspiró.

—Dice la verdad —respondió con indiferencia mientras volvía a encogerse de hombros.

Taylor lo miró enfurecido.

—Mira que como la hayas liado, Dean... —pronunció con los labios apretados.

—Se lo merecía —Le contestó.

El guardia que acababa de ponerle las esposas le dio una colleja bastante fuerte.

—Ehhhhh —gritaron todos a la vez al ver el abuso de superioridad.

—Las manos quietas —Le previno Nicholas acercándose a él, más enfurecido al ver el comportamiento de aquellos miembros de seguridad de las colonias.

—¿O qué? —preguntó en tono altanero el guardia que en ese momento recibía la mirada enfurecida de Dean por lo que había hecho.

Taylor dio un paso al frente.

—O te romperemos también a ti la... —comenzó a gritar.

Nicholas se giró rápidamente frenando a Taylor.

—Ya, cálmate —dijo casi sujetándolo. Christopher y Scott se acercaron a Nicholas por si tenían que ayudar a contener a Taylor.

—Estás desatado... —susurró Scott que aún no comprendía la actitud de su compañero.

Dean suspiró.

—Tranquilo Taylor, a la que se aclare el tema volveré —dijo con calma,

como si no le importase que se lo fuesen a llevar.

—¡Y una mierda! —gritó Taylor intentando esquivar a su jefe—. ¿De qué van? Suéltalo ahora mismo o te juro que...

Los guardias lo miraban asombrados. Dean puso los ojos en blanco.

—Llévároslo —ordenó el guardia que miraba fijamente a Taylor, luego lo señaló—. Y tú... más vale que te calmes o el próximo al que encarcelaremos será a ti.

—Ven aquí si tienes coj... —En ese momento Scott colocó la palma de su mano en la boca de Taylor.

—Deja de liarla —Le susurró—. Ahhhhh... Serás cabrón —dijo apartando la mano de su boca al notar el mordisco de Taylor.

Nicholas se separó un poco de Taylor al estar Christopher y Scott al lado y dio unos pasos hacia los guardias cuando comenzaron a sacar a Dean de la iglesia.

—¿Adónde lo lleváis?

—Eso no te importa —gritó el guardia dando un empujón a Dean para que bajase el primer escalón del porche.

Nicholas se giró hacia Taylor cuando lo escuchó rugir.

—Arrrrggg... sois unos hijos de putaaaaaaaaaa.

Nicholas resopló y fue directamente hacia Taylor mientras alejaban a Dean.

—Se acabo, Taylor —Le señaló con tono serio—, ¿qué narices te pasa?

Taylor miró fijamente a su jefe y luego se soltó del brazo de Christopher que aún lo sujetaba. Resopló y se pasó la mano por el cabello removiéndoselo.

—Este maldito mundo se acaba... y yo voy a tener un hijo.

Todos lo miraron sorprendido.

—¿Quéééé? —Escucharon el grito sorprendido de Dean desde lo lejos.

Taylor se removió nervioso.

—Sandra está embarazada.

Los tres se miraron y luego comenzaron a palmearle la espalda felicitándolo.

—Tío —dijo Christopher—. ¡Felicidades!

Scott estuvo a punto de tirarse encima para abrazarlo pero Taylor se apartó.

—No —Les advirtió—. Aunque estoy feliz... —Se pasó los dedos por los ojos—, me temo que no voy a conocer a mi hijo si no solucionamos esto.

¿Así que ese era el problema? ¿La causa por la que Taylor estaba tan susceptible y nervioso? Todos lo comprendieron y asintieron.

—Tranquilo, Taylor —dijo poniendo una mano en su hombro—. Lo solucionaremos.

—Y conocerás a tu hijo —dijo Christopher sonriente.

—O hija... —dijo directamente Scott.

Taylor se encogió de hombros y luego miró medio sonriente a sus compañeros.

—Casi prefiero una niña —reconoció.

En ese momento todos sonrieron y notaron como relajaba.

—Vas a ser padre —susurró Scott—. Eso hay que celebrarlo.

—Eh... —le cortó Nicholas—, como Taylor dice hay muchas cosas que resolver antes que eso.

—Como sacar a Dean de la prisión —recordó Christopher.

Dean aún seguía mirando hacia detrás mientras lo empujaban por la calle rumbo a la puerta de entrada de la colonia, donde se encontraba aquella pequeña habitación en la que los habían encerrado la primera noche que había llegado allí.

¿Había escuchado bien? ¿Sandra estaba embarazada? ¿Taylor iba a ser padre? No pudo evitar sonreír mientras lo seguían empujando.

—¿Y tú de qué te ríes? —gritó el guardia mientras le daba otra colleja.

—Arrrggg... ¡para de hacer eso! —Le gritó Dean haciendo que el guardia diese un paso atrás impresionado por su reacción.

Unos pasos que corrían hacia ellos hicieron que todos se girasen. Dean tragó saliva cuando vio que Mia esquivaba a unas cuantas personas que se habían asomado a la calle para observar qué ocurría.

—¡Eh! —gritó ella llegando hasta todos—, ¿qué está ocurriendo? —preguntó enfadada hacia los guardias.

—Nos lo llevamos detenido —comentó cogiendo a Dean del brazo para arrastrarlo.

—¿Por qué? —preguntó ella caminando a su lado bastante nerviosa.

En ese momento coincidió la mirada con Dean. No parecía preocupado, al contrario, la miraba asombrado.

—Le ha roto la nariz a Caden.

Ella apretó los labios indignada.

—Ya, ¿y Caden solo te ha explicado eso? —preguntó colocándose frente a ellos para detenerlos, pero todos la rodearon. Volvió a colocarse al lado del guardia—. ¿Quién ha dado la orden? —El guardia resopló ante la insistencia de la muchacha—. ¿Ha sido el propio Caden? —preguntó con un grito.

—Apártate, Mía —Le advirtió el guardia.

—¿Se ha notificado a Edgar? ¿O actuáis por vuestra cuenta? —preguntó provocativa.

Aquello hizo que el guardia se detuviese de inmediato y la mirase colérico.

—Por supuesto que viene de Edgar, ¿qué te has pensado? —preguntó molesto, directamente comenzó a tirar de Dean otra vez.

Mia se quedó quieta unos segundos mientras miraba como se lo llevaban, aunque Dean giró su rostro contemplándola unos segundos.

Aquello no iba a quedar así, si Caden pensaba que saldría victorioso de esta y que ella ocultaría lo que había ocurrido iba muy equivocado. No le importaba explicar que el jefe de seguridad había intentando aprovecharse de ella, ¿o es que acaso Caden pensaba que no lo haría por vergüenza?

Se giró directamente y enfiló calle arriba hacia la casa del alcalde.

Los minutos pasaban lentos. La primera hora había estado de pie, mirando de un lado a otro. Pese a que ya era tarde algunas personas se habían acercado a ver qué ocurría. Estaba claro que cuando no había televisión cualquier excusa era buena para entretenerse. Se había extrañado cuando algunas personas se acercaban a una distancia prudencial de la prisión improvisada y lo miraban temerosas mientras se santiguaban o le mostraban la cruz. Había comprobado que si emitía un pequeño rugido salían corriendo, así que se había limitado a hacer ese ruido cuando se acercaban.

Tras más de una hora se había sentado en el suelo apoyándose contra la pared. Estaba seguro de que lo sacarían, aunque en un principio había pensado que sería más rápido.

Tenía claro que Mia había ido a hablar con Edgar, el alcalde del pueblo, y si era una persona sensata lo sacaría y metería en aquella prisión a Caden, pero no podía olvidar que era su jefe de seguridad, su mano derecha, y aquello lo mantenía alerta.

Había visto una clara decisión en la mirada de Mia, sabía que iría a defenderlo pero, ¿cómo le sentaría al alcalde que su mano derecha fuese un acosador? ¿Correría peligro ella?

Se giró cuando una pequeña piedra entró entre los barrotes. Se asomó levemente y vio como un niño cogía una piedra y apuntaba hacia allí.

—Niño, vete a dormir que no son horas —Le gritó.

El niño soltó la piedra y salió despavorido.

Suspiró y se apoyó de nuevo contra la pared.

Y, por otro lado, Taylor iba a ser padre. Ahora comprendía el nerviosismo que sentía. Iba a traer una vida a un mundo que desaparecía, que estaba al borde de la extinción.

Sintió una mezcla de alegría y tristeza. Se sentía feliz por su amigo pero, a la vez, viendo la destrucción y cómo su mundo se había sumido en la desesperación, ¿qué tipo de vida le esperaba a esa criatura?

Lo que estaba claro era que todos lo protegerían de cualquier cosa... el problema, es que no sabían hasta que punto, para cuando él debiese nacer, habría un mundo que proteger.

Durante unos segundos sintió desesperación ante aquella idea y comprendió perfectamente a Taylor. Su insistencia para hacer algo, para llevarse incluso a la fuerza a Gabriel. No lo culpaba, seguramente si estuviese en su situación querría lo mismo, pero Nicholas, pese a todo, tenía razón. Necesitaban que Gabriel colaborase, si no estarían perdidos.

Se levantó de inmediato en cuanto escuchó el paso de varias personas acercarse.

Se distanció de la puerta y se puso firme mientras la abrían.

Edgar lo miró directamente y luego se giró hacia atrás. Dean se colocó frente a la puerta para observar. Mia se encontraba tras unos miembros de seguridad. Su mirada se centró en la de ella. Se le notaba preocupada y se abrazaba a sí misma con fuerza.

Edgar volvió a centrar la mirada en él.

—Soltadlo —ordenó mientras señalaba las muñecas a su espalda.

Dean se giró levemente para facilitar el cometido de los guardias, aunque centró la mirada en Edgar cuando se acercó.

—No apruebo su actitud... —Dean colocó los brazos por delante y se masajeó las muñecas—, ya le dije que si alteraba la paz de la colonia tendría consecuencias —Dean se puso erguido y respiró con fuerza—, pero Mia nos ha explicado lo sucedido —pronunció esta vez con voz más calmada—. Que sepa que no apruebo en nada lo que ha hecho, pero por respeto a ella, lo dejaremos libre.

Dean lo miró fijamente hasta que ladeó su rostro hacia él y dio un paso al frente.

—¿Y la conducta de su jefe de seguridad sí la aprueba? —preguntó con voz grave.

Aquella pregunta pilló desprevenido al alcalde que se removió inquieto.

—No, por supuesto que no, y por eso mismo será relegado de sus funciones.

—Ya —Chasqueó la lengua—, porque supongo que no es motivo suficiente el intentar aprovecharse de una mujer joven para pasar una noche en este calabozo, ¿verdad? Pero sí lo es un golpe.

El alcalde pestañeó varias veces.

—Le ha roto la nariz —Le recordó.

Dean resopló y decidió dejar la conversación. Le molestaba que a él lo hubiesen metido unas horas en aquella habitación y ahora, Caden, por tener la nariz rota fuese perdonado, aunque, bien visto, seguro que hería más el orgullo el ser apartado de sus funciones como jefe de seguridad de la colonia.

Edgar le siguió al exterior y ordenó con un movimiento de cabeza a que los guardias se marchasen.

—No se meta en más líos.

Prefirió no decir nada más, al fin y al cabo Mia se había encargado de sacarlo de allí y no quería que una mala contestación le hiciese replantearse al alcalde el volver a encerrarlo.

Vio como se alejaban mientras se masajeaba las muñecas hasta que coincidió la mirada con ella que permanecía ante él, a pocos metros, observándolo. Dio unos pasos hacia ella.

—Gracias.

Ella le sonrió y negó.

—Siento que te hayan metido en el calabozo —pronunció con pena.

—No importa —dijo intentando quitarle importancia.

—Sí, sí que importa... no han sido justos contigo.

Él cogió su mano acariciándola suavemente.

—No —enfaticó—, no importa, de verdad. —Se quedó observándola unos segundos, ella parecía intimidada por su gesto, por la suavidad de sus manos, aunque no la apartó—. ¿Tú estás bien? —Ella asintió—. Eso es lo que importa.

Acabó sonriéndole con ternura y apretó más su mano.

—Muchas gracias por lo que has hecho. Caden... —suspiró—, no es...

—No tienes que darme explicaciones de nada —Le interrumpió.

Aquel comentario la hizo quedarse unos segundos callada. No esperaba que Dean fuese a reaccionar así, pensaba que quizá le pudiese recriminar algo, pero la forma en la que actuaba la mantenía totalmente fascinada.

Asintió débilmente y se soltó de su mano.

—De todas formas, muchas gracias.

—No hay de qué. Se lo merecía —acabó diciendo con una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

Ella se la devolvió y se giró para caminar con él hacia la iglesia.

—Tienes una buena derecha —bromeó.

—Ya... —Chasqueó la lengua—, gajes del oficio.

—Sí, policía... —recordó.

Torcieron la esquina y comenzaron a subir la calle.

—Mis compañeros deben estar preocupados.

—He ido a hablar con ellos.

Aquello le sorprendió.

—¿Ah, sí?

—Les he explicado lo que había ocurrido y que Edgar iría a sacarte.

—Vaya, gracias. Me voy a ahorrar muchas explicaciones —bromeó.

Ella miró hacia delante y luego lo observó de reojo.

—No quería causarte más problemas de los que ya te he causado.

Aquello le hizo detenerse. Mia dio unos pasos más aunque se quedó quieta y se giró hacia él cuando vio que no avanzaba.

—¿Crees que me causas algún problema? —preguntó dando un paso en su dirección—. Me hubiese gustado darle más fuerte. El problema lo tiene él, no tú.

Ella pestañeó varias veces y se giró de nuevo.

—Bueno, Gabriel lo ha atendido...

—¿Tu hermano? —Ella asintió—. ¿Sabe lo que ha...?

—Sí, más o menos —interrumpió tímida—. Cuando he salido de casa mi hermano le estaba dejando claras un par de cosas...

—Espero que no se le ocurra acercarse de nuevo.

—No creo que lo haga. Después de la charla de mi hermano, de la reprimenda del alcalde y... de tu puñetazo —dijo al final con una sonrisa—, lo dudo mucho.

—Bueno, si al menos hemos contribuido a que se calme y no vuelva a repetirlo ha merecido la pena. —Ella le sonrió y luego señaló hacia delante—. La iglesia.

Dean miró hacia delante y luego echó la vista al frente, hacia la calle.

—Te acompaño a tu casa.

—No hace falta, está aquí al lado.

Dean comenzó a caminar directamente.

—Vamos, me quedo más tranquilo así... —admitió—, además, no tengo ganas de ver a mis compañeros aún.

—¿No? —preguntó ella igualando su paso. —Pues creo que tienen ganas de verte. Se han quedado muy aliviados cuando le he explicado lo ocurrido y de que en breve te sacarían.

Dean le sonrió y se acercó un poco más a ella.

—Son muy pesados —susurró como si fuese un secreto—, seguro que cuando llegue no paran de preguntarme cosas. Por mucho que tú se lo hayas dejado claro no me libra nadie del interrogatorio. —Aquello hizo que Mia riese—. Por cierto, ¿el alcalde te ha puesto algún impedimento?

—Ninguno. Bueno, al principio no quería recibirme porque decía que era muy tarde. Tras gritarle desde la calle que su jefe de seguridad había intentado aprovecharse de mí y de que el hombre que me había defendido estaba en prisión ha salido corriendo de casa para escucharme. Él y unos cuantos vecinos más.

Aquello hizo que Dean riese. Vaya, Mia tenía más carácter del que pensaba y, aquello, la hacía aún más atractiva.

—Muchas gracias.

—Qué menos —respondió ella rápidamente.

Mia se detuvo en la esquina antes de llegar a su casa y se giró para observar la iglesia, a escasos metros de donde se encontraban.

—No tendrías que haberme acompañado, está aquí al lado.

Dean asintió y miró hacia detrás, lo cierto es que estaba muy cerca, pero tras lo ocurrido y de que ella hubiese dado la cara por él era la única forma que tenía de agradecérselo, aunque cuando se giró y se fijó en sus carnosos labios se le ocurrió otra.

—Bueno, así me aseguro de que llegas sana y salva —comentó.

Mia miró hacia su casa y luego volvió a fijar la mirada en él. Dean le sacaba una cabeza y la observaba con cierto interés, con una mirada fija que hacía que se pusiese nerviosa.

—Buenas noches, Dean. Y de nuevo, muchas gracias por todo.

—No tienes nada que agradecerme —comentó sin moverse.

Ella apretó los labios sin saber que más decir y, finalmente, se dio media vuelta y fue hasta la puerta de la casa.

Se despidió de él con un ligero movimiento de mano a modo de despedida y cuando cerró un largo suspiro recorrió la garganta de Dean. Aquello iba bien aunque, realmente, no sabía si estaba actuando de forma correcta. Mia era la hermana justamente del salvador, de la persona que debía ir ante la bestia para acabar con ella y, él, se limitaba a coquetear con su hermana.

Resopló ante aquel pensamiento y cuando se giró dio un respingo hacia atrás.

—¿Que somos unos pesados? ¿Que te vamos a freír a preguntas?

—Joder —susurró Dean que no esperaba a Adrien allí—. ¿Qué coño haces aquí?

Adrien señaló hacia la esquina de enfrente.

—Estoy en mi turno de vigilancia, ¿recuerdas? —Dean se pasó la mano por su rostro. Había olvidado que Adrien estaría allí—. Así que le has pegado una buena paliza a Caden... —rio—, me gusta.

—No ha sido una paliza. Solo le he roto la nariz. Si le hubiese pegado una buena paliza no podría ni contarle —dijo pasando por su lado.

—Bueno, le has arreado, y eso me parece genial.

—Ya, y, ¿sabes lo peor? —preguntó girándose hacia él—, que me he quedado con ganas de más.

Aquel comentario hizo que Adrien sonriese más aún.

—Mía debe haberse quedado muy impresionada con tu fuerza y valentía —pronunció en un tono pomposo.

En cuanto escuchó aquello Dean se quedó estático en medio de la calle, sin girarse.

—Mierda —susurró. No había pensado aquello. Sus compañeros lo habían visto hablar ayer con ella y hoy se había metido en una pelea para defenderla y, para colmo, Adrien había escuchado la conversación. Sabía que lo hacían para picarle, pero lo cierto es que no iban mal encaminados. Mía le importaba y aquello iba a convertirse en un verdadero suplicio a partir de ahora. Se giró e hizo un gesto gracioso—. No lo creo... la pobre estaba más preocupada por levantarse del suelo cuando Caden la ha empujado.

—Qué cabrón —escuchó que decía su compañero—. Cuando quieras vamos y le arreamos juntos.

—Claro, claro... Adrien —comentó girándose otra vez y comenzando a andar rumbo a la iglesia—, para la próxima vez cuento contigo —ironizó.

—Eso es —escuchó que respondía su compañero satisfecho.

Tal y como había pensado, a la que entró por la puerta de la iglesia sus compañeros lo fusilaron con la mirada.

No se había podido quitar el abrigo que Christopher ya se dirigía en su dirección con una gran sonrisa en su rostro.

—Bien jugado Dean, la hermana del salvador...

—Y muy mona ella —apuntó Scott.

—Puede que ahora Gabriel nos haga más caso —continuó Christopher mirando a su jefe mientras se acercaba a Dean y colocaba una mano en su hombro—. Buena estrategia.

Dean puso los ojos en blanco y fue hacia su colchón.

—No es ninguna estrategia.

—Pero nos puede ayudar —comentó Christopher extendiendo sus brazos hacia ellos.

Dean negó con su rostro como si no diese crédito a lo que escuchaba. Miró a Taylor y le sonrió.

—Por cierto, felicidades. Te he escuchado a lo lejos... mientras me llevaban detenido —dijo divertido.

—Gracias.

Christopher fue hacia su colchón y se sentó mientras se quitaba las botas.

—Bueno, entonces... —miró a su jefe—, ¿crees que mañana podríamos hablar con él?

—Seguro que ahora accede —intervino Scott.

Nicholas se quedó pensativo y luego se encogió de hombros.

—Creo que puede ir en nuestro favor.

Dean suspiró mientras se sentaba también en el colchón y se quitaba las botas.

—¿Dónde ha quedado el compañerismo? —Se burló de ellos—. ¿Qué tal te encuentras Dean? ¿Cómo has pasado estas últimas horas? ¿Te han pegado más collejas? —Se formuló a sí mismo las preguntas.

—Somos cazadores... —Le recordó Nicholas—. Si de algo puedo estar tranquilo es que en una circunstancia así vas a estar bien.

Dean chasqueó la lengua.

—Bueno, entonces... ¿mañana? —preguntó esta vez Taylor nervioso.

—De acuerdo... —apuntó Nicholas quitándose el jersey y arrojándose al colchón—, mañana volveremos a insistir a Gabriel, creo que ya ha tenido un par de días para recapacitar y, además, ahora contamos con la ventaja de que Dean ha salvado a su hermana...

Dean volvió a resoplar.

—Eres el héroe —comentó Scott en plan divertido—, y seguro que Mia hablará bien de ti a su hermano.

—Eh, eh... parad el carro —dijo incorporándose—. Mia no tiene ni idea de nada...

—¿Ah, no? ¿No se lo ha explicado su hermano? —preguntó Taylor.

—No.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Nicholas enarcando una ceja.

Dean chasqueó la lengua de nuevo, quizá debería ir con más cuidado con las cosas que decía.

—El otro día estuve hablando con ella...

—¿Cuándo? —preguntó Nicholas sin comprender—. Ayer, cuando íbamos hacia la obra no comentaste nada de eso con ella.

—Ya... —Tragó saliva directamente—. Me la encontré el día de antes, iba hacia el colegio. Yo acababa mi turno y me la crucé.

—¿Te la cruzaste o hablaste con ella? —preguntó Christopher confundido.

—La acompañe al colegio. Es donde trabaja.

Todos se quedaron observándolo sin saber qué decir ante aquello.

—Así que... has hablado con ella, la acompañas a su puesto de trabajo, la salvas de un acosador... —iba diciendo Scott.

—Ah, no, no... —intervino Nicholas con voz de queda—, ni se te ocurra —Lo señaló con el dedo.

—¿Qué no se me ocurra el qué? —preguntó ofendido.

—Esta es la misión más importante que hemos tenido hasta ahora. De hecho, creo que es la más importante de nuestras vidas así que... —Dean resopló—, no quiero líos amorosos.

—¿Pero de que líos amorosos estás hablando? —preguntó extendiendo los brazos hacia él, ofendido.

—¿Crees que me chupo el dedo? —contestó Nicholas—. Tú... acompañando a una chica a su puesto de trabajo...

—Joder, no tenía nada más que hacer y es la hermana del salvador. Pensé que...

—Que estaba buena —dijo Scott.

—Eh —Se giró Dean hacia él—, si te oyese decir eso Cintya.

—Dean —volvió a llamarle la atención Nicholas—, nada de tonterías. Nos jugamos mucho.

—¿Y te crees que no lo sé? Por Dios, ¿ahora no se puede hablar con una mujer? ¿No se le puede ayudar si está en apuros?

—Te repito: no me chupo el dedo. Nos conocemos —sentenció.

—Demasiado creo yo —comentó Taylor de mala gana.

—Pues está claro que a mí no lo suficiente —sentenció tumbándose y echándose la manta encima.

Dean se acabó de poner el abrigo y miró a Nicholas.

—¿Quién sustituye a Taylor ahora?

—Yo —comentó Christopher.

Eran las ocho y media de la mañana y el día se presentaba especialmente frío.

—De acuerdo, Scott, ve con Taylor y Adrien a la obra, que no digan que no trabajamos. Haced algo... —dijo con indiferencia.

—Pero si es sábado —pronunció Scott sorprendido.

—Prefiero que Taylor esté lejos cuando hablemos con Gabriel.

—Entiendo —comentó esta vez.

Nicholas se giró hacia Dean.

—Tú, Christopher y yo iremos a hablar con Gabriel.

Adrien se acercó a él mientras se abrochaba el abrigo.

—¿No es mejor que vayamos todos? Para hacer presión.

—No es lo que quiero... Y, como he dicho, prefiero que Taylor esté lejos. Bastante nervioso está y no quiero que monte otro espectáculo.

—Ahí te doy toda la razón —comentó Adrien mientras se dirigía con Scott a la salida de la iglesia.

A la que se quedaron solos Nicholas se giró directamente hacia Dean y colocó las manos en su cintura.

—He pensado que dado que ayer ayudaste a Mia podrías hablar tú.

Dean pestañeó varias veces.

—¿Yo?

—No veo por qué no. Seguramente se sentirá en deuda contigo o quizá te tenga más respeto y se vea forzado a...

—¿No habías dicho que no querías que se sintiese forzado? —interrumpió.

—A escucharnos —acabó la frase de Nicholas.

Dean movió su rostro como si no estuviese muy seguro de ello.

—No sé yo...

—Por probar —comentó Christopher colocándose a su lado.

A la que salieron de la iglesia el viento helado casi los echó atrás. Era un día especialmente frío y nublado. Seguramente acabaría lloviendo también.

Caminaron directamente hacia la casa de ellos. Al final de la calle pudieron ver cómo Scott y Adrien habían pasado a buscar a Taylor y se dirigían a la obra, a avanzar con la construcción del almacén.

Dean elevó su rostro hacia el cielo cuando una gota de lluvia cayó en su frente.

—Ya empieza a llover.

Se situaron frente a la puerta de la casa de Gabriel y Nicholas le indicó con un movimiento de su rostro que se pusiese en primera línea y llamase a la puerta.

Suspiró e hizo lo que su jefe le pedía. No le gustaba nada aquello, pero en parte tenía razón, sabían que seguramente con él se cortarían un poco más.

Llamó a la puerta un par de veces y se giró para observar a sus compañeros.

—¿Algún plan? —susurró hacia su jefe.

—¿Que te parece convencerle para que venga con nosotros a salvar el mundo? —Y rio con sorna.

Dean resopló justo cuando escuchó unos pasos detrás de la puerta.

—No creo que le guste mucho ese plan —susurró ya sin mirarle.

En ese momento se abrió la puerta, aunque no era Gabriel quien se

encontraba bajo el marco.

Dean fijo su mirada en aquellos enormes ojos verde.

—Mia —dijo.

Ella sonrió directamente.

—Hola, Dean. —Luego miró a su espalda—. Hola —saludó al resto de la división.

—¿Qué tal? —preguntó Nicholas.

—Bien, bien... —respondió ella. Dean se alejó un poco—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Necesitáis algo? —preguntó preocupada, y luego miró directamente a Dean.

—No, no... —intentó tranquilizarla. Luego se encogió de hombros—. Veníamos a ver a tu hermano.

Ella hizo un gesto de desagrado.

—No está. Se ha marchado a la consulta hace una hora.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Dean.

Mia se encogió de hombros.

—Hay tres casos de gripe en la colonia. Es normal con el frío que hace, pero lo que menos necesitamos es una epidemia... —ironizó ella.

—Ya... —respondió Dean. No pudo evitar mirarla de la cabeza a los pies. Llevaba unos pantalones tejanos ajustados a su cadera y un jersey color crema. Su cabello castaño estaba recogido en una cola alta que permitía ver sus dulces rasgos. Sus pómulos rosados, aquellos enormes ojos verdes, su nariz respingona, sus labios carnosos. Tragó saliva e intentó controlarse—. ¿Qué tal la rodilla?

Ella le sonrió.

—Bien —dijo moviendo la pierna—. No fue nada.

—Bueno, pues... —comentó Nicholas colocando una mano en el hombro de Dean—, será mejor que vayamos a buscarlo a la consulta.

Dean se giró un segundo hacia Nicholas asintiendo pero cuando volvió su rostro hacia ella para despedirse se encontró con una mirada fija por su parte,

bastante tímida.

—Que vaya bien, Mia —sonrió Dean dando unos pasos hacia atrás.

Mia se quedó dudosa bajo el marco de la puerta. Ya había pensado que era un hombre atractivo, pero tras lo que había hecho y la forma en la que se había comportado con ella se había quedado prendada. Jamás nadie la había tratado de aquella forma.

—Dean —dijo dando unos pasos hacia delante, acercándose a la espalda de los tres miembros de la división. Los tres se giraron para mirarla y en ese momento Mia se quedó quieta y tragó saliva—. ¿Puedo hablar un momento contigo? —susurró nerviosa.

Dean miró de reojo a su jefe que emitió un suspiro, aunque no esperó una respuesta o confirmación por parte de él.

—Claro —dijo avanzando hacia ella, aunque pudo ver como Nicholas se removía nervioso.

Se colocó ante ella sin apartar la mirada de sus preciosos ojos verdes.

—Dime.

Mia se mordió el labio. Jamás había hecho algo así, pero creía que se lo debía.

—Verás, he pensado que... si te apetece, podrías venirte esta noche a cenar —pronunció sin mirarle.

Aquella actitud le resultó adorable. Si no hubiese sido porque Nicholas y Christopher se encontraban unos metros por detrás la hubiese abrazado.

Dean sonrió y la miró con ternura.

—No creo que tu hermano esté de acuerdo —comentó divertido.

Ella chasqueó la lengua y lo miró con una sonrisa tímida.

—He pensado que es lo mínimo que puedo hacer para agradecerte lo de ayer.

Dean pestañeó varias veces sorprendido. ¿Era una cena de agradecimiento? Tragó saliva sin saber cómo reaccionar, por un segundo había creído que quería tener una cita con él.

—Ammmm... bueno —dijo mirando hacia atrás. Christopher no le prestaba atención, pero Nicholas iba echando miradas furtivas—, lo cierto es que me va a ser imposible quedar para cenar —respondió. Aquello hizo que ella apretase los labios y asintiese rápidamente, avergonzada—, pero si te parece bien podríamos quedar luego, un rato —susurró esta vez él.

A la hora de la cena alguno de sus compañeros estaría vigilando la casa, pero su turno era de diez a doce aquel día, sería una buena forma de pasar el rato y tener un momento de intimidad con ella.

—¿Luego? —preguntó sorprendida.

Él chasqueó la lengua.

—Tenemos que trabajar en la construcción.

—¿Hoy también? —preguntó asombrada.

—Sí, y bueno... el padre Luper es muy amable con nosotros y nos prepara la cena. Se toma muchas molestias. Pero, si te parece bien, podríamos quedar sobre las diez y cuarto y charlar un rato. —Luego hizo un gesto tímido—, aunque preferiría que no estuviese tu hermano delante. —Ella lo miró extrañada—. Es un buen tipo —reaccionó rápidamente—, pero prefiero no tener su mirada encima todo el rato —bromeó.

Aquel comentario hizo gracia a Mia. Lo cierto es que su hermano, ayer por la noche, tras que Dean la ayudase, había sido poco amable con él. Comprendía que quizá Dean se pudiese sentir intimidado por la figura de un hermano mayor.

—Está bien —aceptó ella—. Nos vemos a las diez y cuarto entonces.

—Hecho.

Se quedaron unos segundos mirando hasta que Dean le sonrió y dio unos pasos hacia atrás. En ese momento la lluvia se volvió más intensa.

—Nos vemos luego, Mia. —Señaló hacia la vivienda—. Entra o acabarás enferma.

Ella asintió con una sonrisa y fue hacia la puerta sin apartar la mirada de él.

Le saludó con la mano y cerró la puerta tras de ella. Dean tuvo que

forzarse a recuperar el aliento. ¿Iba a quedar con Mia a solas? Aquello le parecía increíble. Se sintió flotar en una nube, jamás había sentido una sensación así, aunque esta fue rápidamente aplacada.

—Eh, Nicholas llamando a Dean —gritó Nicholas unos metros por detrás—, ¿puedes volver a la tierra?

Dean se quedó observándolo, impresionado por las palabras que había usado, aunque nada más cierto de la realidad. Resopló y fue hacia ellos.

—¿Qué? —preguntó de mala gana, aún molesto por la insinuación de su jefe.

Christopher enarcó una ceja hacia él por su tono de voz, pero no dijo nada al respecto.

—Vamos —dijo iniciando la marcha hacia la consulta de Gabriel—. ¿Qué te ha dicho?

Dean igualó su paso y miró de reojo a su jefe.

—Es privado.

—¿Privado? —preguntó Christopher, aunque luego sonrió desconcertado.

—Sí, privado. No es un asunto que vaya a influir en la misión.

—Yo creo que sí —dijo Nicholas mientras giraban una esquina—. Es la hermana del salvador.

Dean lo miró y luego le sonrió con ironía.

—Pide una orden judicial para escuchas, jefe —bromeó.

Nicholas lo cogió del brazo y lo hizo detenerse.

—Hablo muy en serio.

Dean se quedó observándolo e intentó calmarse. Miró a su compañero de reojo y suspiró.

—Solo quería agradecerme lo de anoche.

Nicholas lo miró de reojo, sin fiarse, sin dejar de avanzar.

—No sé por qué no te creo.

Dean no respondió a ello pero sonrió de forma maliciosa, así que sus dos

compañeros lo miraron fijamente conscientes de que no se lo revelaba todo.

Cuando se detuvieron ante la consulta de Gabriel aún seguían mirándolo de forma sospechosa.

—Está hasta arriba de trabajo —comentó mirando lo llena que estaba la consulta.

Se fijaron en varios niños y personas que esperaban sentadas en el banco.

Nicholas suspiró. No quería interrumpir, pues sabía que Gabriel se enfadaría y no les escucharía.

—Habrá que esperar.

—¿En serio? —preguntó Christopher.

—Por eso mismo es mejor que Taylor esté ocupado ahora.

Dean se cruzó de brazos y miró hacia el cielo. No dejaba de llover.

—Mejor que nos resguardemos o acabaremos empapados.

Gabriel fue hacia la mesa y se apoyó en ella. El frío había pasado mella en los habitantes de la colonia. Sin duda, era uno de los días que más visitas había tenido. Estaba realmente agotado, lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir durante muchas horas.

Aunque el recuerdo de aquella noche le hizo ponerse en tensión cuando volvió a su mente.

Las llamas lo invadían todo, ni siquiera reconocía aquel lugar como su planeta, parecía uno lejano. La oscuridad sumía todo, los rayos caían del cielo hacia la tierra abriendo boquetes. Sabía lo que representaba aquello. La destrucción total del mundo. Las llamas lo inundaban todo y, desde allí, desde aquella pequeña cumbre podía ver lo poco que quedaba de aquella ciudad, sus cenizas... Aquello era el fin.

Luego comenzaba aquel dolor tan intenso en su mano que iba subiendo por su brazo, un dolor insoportable y que le hacía despertar entre sudores.

Se miró la mano inspeccionándola. Aunque ya no le dolía la notaba un

poco engarrotada, como si el intenso sufrimiento que había padecido aquella noche aún estuviese un poco presente.

Eso, más el agotamiento de toda la mañana lo tenían exhausto.

Se asomó a la sala de espera y un suspiro salió de lo más profundo de su ser. Vacía. Al fin. Cinco horas para poder atender a todos aquellos que venían en su ayuda y, no le importaba, se involucraba con cada uno de los pacientes, pero debía admitir que era agotador a nivel mental.

—Sophia, aprovecha ahora para ir a comer.

La mujer se levantó de inmediato.

—¿Y tú?

—Iré ahora también. Si alguien me necesita ya sabe dónde estoy. Ve y descansa.

Sophia iba a salir por la puerta cuando tuvo que dar unos pasos atrás ante la entrada de Nicholas, Dean y Christopher.

Gabriel se quedó observándolos y resopló.

—No —suplicó—. Vosotros no —pronunció resignado mientras le daba la espalda y se dirigía a la consulta.

—Ammmm... bueno, pues... me marcho un momento —susurró Sophia.

Gabriel asintió.

—Sí, márchate. Gracias por venir.

Los tres miembros de la división atravesaron la pequeña sala de espera y entraron por la puerta de la consulta. Gabriel los ignoraba mientras se quitaba la bata blanca y la colgaba en el perchero.

Nicholas señaló a Christopher con su rostro para que cerrase la puerta, hecho que Gabriel captó y los miró resignado.

—Hoy he tenido un día horrible —dijo mientras se ponía el abrigo—. Así que por favor, dejadme —imploró. Directamente fue hacia la puerta pero Dean se interpuso en su camino haciendo que resoplase de nuevo.

—Tenemos que hablar —susurró él.

Gabriel apretó los labios y aguantó el aliento.

—Ya hablamos el otro día —respondió.

Nicholas dio unos pasos hacia él.

—Gabriel, por favor... es muy importante.

—¡No! —Le cortó—. Lo que es importante es lo que he hecho hoy. He atendido a decenas de personas que se encontraban mal, que necesitaban mi ayuda... Eso es lo importante —enfaticó—. No las tonterías sobre la destrucción del mundo y un anticristo.

—Ya viste cómo me movía —Le recordó Nicholas señalando a Dean.

—Sí, y no me gusta nada —Le señaló—. Pero eso no tiene nada que ver con lo que me explicáis.

Nicholas dio unos pasos más acercándose.

—Todos podemos hacer lo que hace Dean —explicó, se apoyó contra la mesa y lo miró—. ¿Crees que el día que me dijeron lo que yo podía hacer los creí? Ese es el problema del mundo. Solo cree si ve. Pero aquí nos estamos jugando más...

—Sí, ya... —comentó como si contestase a un loco—, el fin del mundo.

Dean se puso a su lado.

—Tú eres buena persona, ayudas a la gente. ¿Por qué te niegas a ayudarnos a nosotros?

—Eh, eh... —reaccionó señalándole con el dedo—. Yo no me niego a ayudaros, siempre y cuando sea una causa real.

—Esta lo es —intervino Christopher.

—Sí, claro... soy el salvador del mundo —comentó extendiendo los brazos hacia los lados, exagerando el tono que empleaba en sus palabras.

Dean miró a sus compañeros de reojo, la verdad es que aquel muchacho era difícil de convencer. También era cierto que la historia que le explicaban podía sonar a película de ficción, pero el hecho es que era real y que todos dependían de él.

—¿Quieres a tu hermana? —preguntó Dean.

Gabriel lo miró sin comprender la pregunta, aunque luego ladeó su rostro

hacia el lado.

—Te agradezco lo que hiciste ayer por ella —pronunció sinceramente—, pero eso no va a convencerme.

—Ahora... —dijo avanzando hacia él—, piensa por un segundo, solo por un segundo, que lo que te decimos es real. Todo lo que amas desaparecería, tu hermana moriría.

Gabriel tragó saliva mientras se quedaba pensativo.

—Yo soy la llama que extinguirá los bosques, el temblor que azotará las ciudades, el que sumirá a todo este mundo en la oscuridad más absoluta —susurró Nicholas—. Todo cuanto conocéis dejará de existir.

—¿Qué? —preguntó Gabriel sin saber a qué venía aquella frase.

Nicholas se levantó de la mesa y caminó hacia él despacio.

—Esas son las palabras que nos dijo Mabus antes de destruir Nueva York.

A Gabriel pareció entrarle un tic nervioso en el ojo y dio unos pasos atrás.

—No podéis estar hablando en serio... vamos... —volvió a decir.

—Lo hacemos —enfaticó Dean—. Mira en lo que se ha convertido el mundo. Los incendios han arrasado hectáreas, los terremotos han hecho desaparecer ciudades, las inundaciones han ahogado a millones de personas en todo el mundo. ¿Aún te planteas realmente que es el cambio climático?

Gabriel apretó los labios y lo miró enarcando una ceja.

—¿Yo? ¿El salvador? —Se echó a reír—. Pero si corro cien metros y acabo agotado —ironizó.

—Cada persona, lo creas o no, tiene un destino en la vida... —continuó Nicholas.

—¿Y mi destino es salvar al mundo? ¿Quieres decir que esa es la razón por la que nací? —bromeó—. Venga ya.

Dean fue hacia él y puso una mano en su pecho para llamar la atención. Gabriel ascendió la mirada lentamente hacia él.

—Míranos, hasta hace poco más de tres días jamás hubieses imaginado que nosotros pudiésemos existir, sin embargo, aquí estamos.

—Mírame —enfaticó Gabriel—. Tienes tú más pinta de salvador que yo.

—Pues no sé, yo te veo cara de buena persona —bromeó Christopher llevándose una mirada de mal humor por parte de Gabriel—. ¿O no? —enarcó una ceja al ver su gesto enfurecido.

—El tema —volvió a la carga Dean—, es que si vienes con nosotros podremos demostrarte que lo que decimos es real. —Se giró hacia Nicholas—. ¿Qué te parece si salimos un momento fuera y le presentamos a Alex? Quizá la presentación le convenza un poco más.

—Buena idea —apuntó.

—¿Salir afuera? —preguntó Gabriel apartándose—. Ni loco pienso salir con vosotros.

—Te darás cuenta de que lo que decimos es verdad —remarcó Christopher.

—Una oportunidad y, si después piensas que no tenemos razón te dejaremos tranquilo —reaccionó rápidamente Dean.

Gabriel lo miró son sorna.

—Eso ya me lo dijisteis el otro día.

—Tienes razón —sonrió Dean—. No vamos a dejarte tranquilo hasta que nos ayudes —Y se encogió de hombros—. Lo único que te falta es creernos, pues de acuerdo, acompáñanos y te aseguro que creerás.

Christopher miró hacia la puerta de la calle.

—Bueno, aún es muy de día... no sé yo si Alex o Aaron podrán conseguirlo. Les es más fácil de noche.

—¿De qué habláis? —preguntó Gabriel.

—Dime una cosa —intervino Nicholas hacia Gabriel—. ¿El único problema que tienes con nosotros es que no nos crees?

—No, no es el único —respondió cruzándose de brazos—. Sois extraños, un poco prepotentes... —dijo mirando de reojo a Dean—, y estáis totalmente locos.

Aunque aquello lo único que hizo fue despertar sonrisas entre los tres miembros.

—Déjanos mostrarte que es verdad —suplicó Nicholas.

Gabriel resopló y se movió por la habitación nervioso.

—¿Pero por qué sois tan pesados? —preguntó desesperado.

Dean fue de nuevo hacia él colocándose enfrente para que se estuviese quieto.

—¿Crees que ganamos algo diciéndote esto con los tiempos que corren?

—Ya sé que no ganáis nada...

—¿Entonces?

Gabriel lo miró de arriba a abajo.

—¿A qué grupo religioso pertenecéis?

—No somos de ninguna secta —remarcó Christopher.

—Te enseñamos las placas —Le recordó Nicholas—, y si para ser policía hace falta pruebas psicológicas imagínate para la DAE.

—Hablas de la DAE como si fuese el organismo más conocido del mundo. Por lo que a mí respecta podrías inventártelo y falsificar las placas. De todas formas, como tú dices, con los tiempos que corren, ¿quién se va a poner a investigar si lo que decís es real o no?

—¿Qué tal si lo haces tú? —preguntó Dean un poco más desquiciado. Sabía que lo le explicaban era fantasioso pero no podían perder más el tiempo. Se puso erguido y ladeó su rostro hacia él—. ¿Crees que pretendemos hacerte algún daño? Ya te lo dijimos, venimos a protegerte y... —tragó saliva—, a pedir tu ayuda porque sabemos que tú eres el único que puede, aunque aún no seas consciente. Tú... eres la única persona en el mundo capaz de salvarnos a todos. No venimos con ninguna otra intención que el que nos ayudes —acabó diciendo en un susurró. Quizá fue el tono de voz o las palabras que empleó pero consiguió que Gabriel suspirase y se quedase pensativo—. ¿Crees que si quisiésemos hacerte daño a ti o a alguien no lo hubiésemos hecho? Tú mismo viste como me movía —explicó muy lentamente—, y ayer salvé a tu hermana. Lo único que intento es protegerte a ti y a las personas que amas porque, eso es lo que hace la gente de buen corazón, ¿verdad? Intentar que la gente no sufra. —Se cruzó de brazos y bajó levemente su rostro para ponerse a su altura—. Déjanos mostrarte que es cierto todo lo

que decimos, que no te engañamos. La última decisión es tuya pero... al menos, déjanos que lo intentemos.

Gabriel se quedó unos segundos callado y finalmente suspiró mientras se pasaba la mano por la nuca.

—Debo estar loco pero... de acuerdo —dijo como si se encontrase agotado—. De acuerdo, enseñadme lo que tengáis que enseñadme.

—Gracias —comentó Nicholas—. Acompáñanos.

Gabriel dudó un poco pero finalmente siguió a Nicholas. Dean y Christopher caminaron a su lado.

Estaba claro que estaba un poco asustado, pues no dejaba de mirar a todos lados mientras avanzaban por la calle. En ese momento la lluvia había dado una tregua pero las calles se habían convertido en charcos y barro.

—Debería avisar a mi hermana —comentó.

—Mejor que no. No te preocupes —respondió Dean colocando una mano en su espalda para que no se detuviese.

Había un par de miembros de seguridad en la puerta de acceso a la colonia, pero al reconocerlos se apartaron.

—Menuda diferencia a cuando llegamos —ironizó Christopher mientras la cruzaban.

Gabriel se detuvo un momento y se giró hacia los guardias de seguridad.

—En seguida venimos, ¿de acuerdo? —dijo nervioso.

Dean echó un brazo sobre sus hombros para que siguiera andando.

—¿A qué viene eso? ¿Aún no te fías de nosotros que tienes que avisar?

Gabriel lo retó con la mirada.

—¿Tú qué crees? —Dean chasqueó la lengua y miró al frente—. ¿Adónde vamos?

—A que conozcas a unos amigos —explicó Nicholas. Luego se giró hacia él y medio sonrió—. Asustan un poco al principio, pero son buenos tíos.

Gabriel se giró para ver que se alejaban cada vez más de la colonia, poniéndose cada vez más nervioso.

—¿Asustan? ¿Por qué? ¿Y por qué están aquí?

Dean fue quien volvió a hablar.

—Están aquí porque es mejor que no entren a la colonia, y asustan porque... —Chasqueó la lengua y miró a su jefe, el cual le indicó que continuase con la explicación—. Ya lo verás —dijo encogiéndose de hombros.

—Al pobre le va a dar un ataque si no lo preparamos —intervino Christopher—, y nos interesa mantenerlo vivo.

—¿Un ataque? —medio gritó esta vez asustado.

—Vamos, no es para tanto... —dijo Nicholas.

Dean miró el rostro blanquecino de Gabriel.

—No sé yo, Nick. Nosotros estamos acostumbrados.

—No vuelvas a llamarme Nick —Le amenazó. Volvió a girarse hacia él mientras se internaban en el bosque y le sonrió—. Pues díselo. Por mí ningún problema. Eso sí —Señaló a Gabriel—, es totalmente secreto. No puedes explicárselo a nadie.

—¿Explicar el qué? —gritó desquiciado.

En ese momento vieron los todoterrenos aparcados enfrente.

—Lo que vas a ver... —dijo Nicholas.

—¿Y qué voy a ver? —insistió.

Dean suspiró y lo miró de reojo.

—Lobos.

Gabriel se detuvo un momento, pestañeó varias veces y miró a Dean sin comprender.

—¿Lobos? —preguntó esta vez con una sonrisa, más tranquilo—. Es normal que haya algún lobo por aquí.

—Ya... ammm... estos lobos no son muy normales —volvió a explicar Dean mientras lo cogía del brazo para que continuase andando.

—¿Y qué tienen de especial? —preguntó otra vez más asustado.

—Ammmmm....

Christopher puso los ojos en blanco.

—Son hombres lobo —dijo con un tono más alto—. Hombres lobo. —Miró a su jefe y a Dean y sonrió con ironía—. Veis, no era tan difícil. —Miró al frente acercándose a los todoterrenos y gritó—. ¡Alex! ¡Aaron!

La manada de cuatro no tardó en aparecer más que unos segundos.

—Gabriel, te presentamos a... —Se quedó callado cuando observó como Gabriel apretaba los dientes con fuerza y se cogía una mano con la otra, palideciendo de dolor. —¿Gabriel? —gritó al ver que se arrodillaba.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Nicholas corriendo hacia ellos.

—No lo sé. Gabriel —gritó colocando sus manos en los hombros para que lo obligase a mirarle.

—Ahhhhhh —comenzó a gritar sin poder evitarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dean intentando ayudarlo.

—La... la mano... —gritó mostrándosela—. Me... —tragó saliva—, me arde.

Nicholas miró a Christopher y luego a los lobos que lo miraban preocupados.

—¿Este es Gabriel? —preguntó Alex—. No parece gran cosa —acabó diciendo como si estuviese decepcionado.

Dean seguía sujetando a Gabriel que se había arrodillado sobre la tierra y gritaba de dolor, sujetando su mano con fuerza.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

Gabriel le mostró la mano como si así comprendiese la causa, sin poder articular ninguna palabra, solo gritos de dolor.

—No lo soporto —sollozó.

Nicholas se quedó observándolo.

—Es la mano derecha. ¿Eres diestro? —preguntó arrodillándose a su lado, aunque Gabriel no lo escuchaba, solo luchaba por respirar—. Gabriel, ¿eres diestro?

Él lo miró intentando no perder el sentido, era uno de los ataques más

fuertes que había tenido. No puedo articular palabra, solo asentir con su rostro.

Nicholas se giró hacia Aaron que permanecía a una distancia prudencial, observando la escena nervioso. Puso una mano en su espalda intentando calmarle y miró a la manada, centrando su atención en el alfa.

—¿Crees que puede ser por la daga? Nos hemos aproximado al todoterreno. ¿Está ahí? ¿La habéis movido?

—¿Estás loco? —preguntó Aaron—. Cualquiera toca la daga, está en el mismo sitio que la dejaste.

Dean acarició su espalda intentando reconfortarle.

—Escucha, Gabriel... ¿te ha ocurrido esto alguna vez más? —Gabriel no respondía, solo luchaba por no perder la consciencia—. Eh, eh... —dijo golpeando levemente su rostro para que no cayese inconsciente—. Estamos intentando ayudarte, pero debemos saber, ¿es la primera que te ocurre?

Gabriel meditó la pregunta y luego negó.

—No... —logró balbucear al final—. Me... —Tragó saliva—, me ha ocurrido más veces. La... la mayoría en sueños, cuando todo se destruye...

Los tres se miraron.

—¿Has tenido sueños premonitorios? —preguntó Christopher.

Gabriel lo miró sin comprender.

—¿Premonitorios? —preguntó mientras se sujetaba más la mano—. No... —gimió de dolor y respiró profundo—, es... está todo destruido, hay muchas llamas y la mano... la mano me arde. —Resopló intentando controlar el dolor—. Últimamente me pasa más a menudo...

—¿Cuándo es últimamente? —preguntó Nicholas alterado.

—Hace... hace unos tres o cuatro días.

—Cuando llegamos —confirmó Dean—. Cuando trajimos la daga hasta aquí.

Nicholas corrió hacia el todoterreno y abrió el maletero. Ahí estaba, tal y como le había informado Aaron. Cogió la caja de madera y corrió hacia él con ella. La depositó en el suelo mientras Gabriel gritaba y la abrió.

Aunque todos miraron en su interior también retrocedieron hacia atrás, pues sí cualquiera de ellos llegaba a rozarla moriría al momento.

—Cógela.

Gabriel abrió los ojos y observó el interior. En ese momento la respiración se le aceleró. Era una daga de punta brillante, bastante larga, con el mango de madera.

—Gabriel, cógela... —Le animó Nicholas mientras se ponía en pie, aunque cuando lo hizo miró a sus compañeros con una clara duda. Si no era el elegido moriría al momento, pero si era podría sujetarla en su mano y estarían seguros de que era él.

Gabriel tragó saliva y hundió la mano en la caja.

Todos aguantaron la respiración. No pudieron soltar el aire mientras veía como la sujetaba y la alzaba en su mano, sin inmutarse, incluso su respiración se volvió más tranquila.

En ese momento notó como el dolor remitía, como aquel quemazón desaparecía lentamente. Sus músculos comenzaron a relajarse, incluso comenzó a tener mejor color de cara.

Tanto los miembros de la división como los lobos se quedaron totalmente quietos observándolo, sin saber qué decir.

—Es él —susurró Nicholas dando un paso hacia atrás.

Cintya había tenido razón en todo lo que decía. Él era el elegido, ahora podían estar totalmente seguros.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dean.

Gabriel lo miró extrañado.

—Sí, me encuentro muy bien. El dolor ha desaparecido.

Dean miró de reojo a Nicholas y Christopher, que estaban prácticamente en shock.

—De acuerdo —pronunció dando un paso atrás, alejándose de Gabriel—. Vuelve a dejar la daga en la caja y ciérrala.

Gabriel lo miró extrañado.

—¿Qué es esto? —preguntó mostrándole la daga.

Todos volvieron a retroceder con sonrisas tensas, aunque ese hecho llamó la atención del joven.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

—Introdúcela en la caja, ciérrala y te lo explicaremos todo —susurró Dean a modo tranquilizador.

Gabriel los miró uno a uno y finalmente depositó la daga en la caja y la cerró. Todos suspiraron aliviados y Nicholas fue quien cogió la caja y la llevó directamente hacia el maletero, sin esperar un segundo.

—¿Alguien me va a explicar qué está ocurriendo? —preguntó Gabriel poniéndose en pie—. ¿Por qué no me duele la mano?

Dean miró de reojo al resto y se decidió a hablar.

—Es la daga del destino.

—¿La qué?

—La daga del destino —explicó Nicholas acercándose a ellos otra vez—. La lanza con la que Longino atravesó el costado de Cristo.

—¿Qué? —preguntó sin creérselo.

—La recortaron convirtiéndola en una daga para que pudiese manejarse más fácil —continuó explicando Dean, esta vez acercándose a él—. Contiene la sangre, el ADN de Cristo. —Gabriel casi desencajó la mandíbula—. Por eso eres el único que puede empuñarla. Si cualquier persona la toca y no es el elegido muere al momento.

—Y créenos, lo hemos visto —remarcó Christopher.

Gabriel tragó saliva y los miró pensativo, como si intentase hallar alguna explicación a aquello.

—Es la única arma capaz de destruir a Mabus. El hecho de que puedas sujetarla en tu mano nos indica que estamos en lo cierto. Eres el elegido —dijo Nicholas.

La respiración de Gabriel se volvió más agitada. En ese momento, cayó en la cuenta y dio un paso hacia Nicholas, enfrentándose a él.

—¿Y si no hubiese sido el elegido qué? —gritó de malas formas—. ¿Hubiese muerto?

—Ammmmmm....

Todos miraron alrededor como si la pregunta no fuese con ellos.

—Estábamos seguros —sonrió tirante, intentando mantener la calma—. No te la hubiésemos dado si no hubiese sido así.

—Además te ha curado la mano —recordó Dean.

Gabriel se giró hacia él extendiendo sus brazos.

—¡Pero según vosotros hubiese muerto! —gritó aún incrédulo.

De nuevo todos miraron hacia otro lado como si nadie se atreviese a dar respuesta a aquella pregunta.

—¡Estáis más locos de lo que imaginaba! —gritó Gabriel dando un paso hacia ellos, enfrentándose—. Primero: esta es la historia más absurda que he escuchado nunca. Segundo —Alzó el dedo—, si en todo caso estuvieseis en los cierto, cosa que no es así, ¿podría haber muerto!

—Pero no ha sido así —Le recordó Nicholas con gesto gracioso, intentando apaciguar los ánimos de Gabriel que se encontraba totalmente encolerizado.

Alex lo miró extrañado.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó señalando a Gabriel—. ¿No es el elegido? Debería tener menos mala leche —Se quejó—. Debería ser todo bondad.

Gabriel centró por primera vez la mirada en él, sin reconocerlo. En ese momento se dio cuenta de que había cuatro hombres más, hecho que no había apreciado hasta ese momento.

—¿Y quiénes son estos? —preguntó con un grito.

Alex se cruzó de brazos y resopló.

—Vaya telita con el salvador —susurró por lo bajo.

Nicholas dio un paso hacia él.

—Son los amigos de los que te hablamos. Los lobos.

Gabriel miró a los cuatro hombres y enarcó una ceja.

—Uy, sí... —Se burló—. Ya lo veo.

Nicholas suspiró.

—Bueno, a ver... creo que ya te ha quedado bastante claro que eres el elegido, ¿no?

—A mí no me ha quedado claro nada...

—Pero si estabas gritando como una nena por el dolor de mano y cuando la has cogido se te ha pasado —Se quejó Dean.

—Sí... la supuesta daga del destino, la creada con la lanza del destino, la misma que atravesó el costado de Cristo. Pzzzz... por favor —Se burló.

Nicholas cerró los ojos unos segundos y finalmente suspiró.

—Está bien, tú lo has querido. Ellos son una manada de lobos de Canadá, nos ayudaron a encontrar la daga del destino. —Se giró hacia Alex y lo miró con una sonrisa—. ¿Crees que podrías transformarte ahora?

Alex lo miró sorprendido.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y la ropa qué? Se va a romper —preguntó molesto.

—Tenemos más ropa en el matero —Le recordó Nicholas—. Además, todos te hemos visto en desnudo así que... —acabó encogiéndose de hombros.

—Vale, vale... tampoco hacía falta que recuerdes ese dato.

Gabriel se cruzó de brazos con el rostro cansado, como si todo aquello le agotase.

—A ver si ahora nos crees más cuerdos cuando veas esto —apuntó Nicholas.

Christopher se acercó a Dean.

—Se va a cagar en los pantalones.

Dean comenzó a reír.

—Sí, va a ser divertido —Le devolvió el susurro.

Alex se concentró y comenzó a hacer fuerza con sus músculos ante la mirada atenta de todos. Comenzó a hacer fuerza, y más... y más... incluso poniéndose colorado.

—Mmmm... ¿vas a explotar, Alex? —pregunto Dean asombrado por lo rojo de su rostro.

—Espera... —gimió mientras seguía haciendo fuerzas, flexionando sus rodillas y colocando sus brazos en jarras—. Ya... ya casi está.

Todos miraron de reojo a Gabriel que había comenzado a dar golpecitos con el pie en el suelo denotando impaciencia, hasta que los golpes se detuvieron y abrió los ojos de forma desmesurada.

Los ojos de Alex comenzaron a ser inundados por una tela roja, su cuerpo comenzó a engordar...

—Joder... —susurró Gabriel dado un paso atrás, aterrado.

—Y encima dice palabrotas... —volvió a quejarse Alex mientras continuaba su transformación.

—Oh... oh.... —retrocedió Gabriel alarmado.

Alex se dejó caer sobre el suelo, sujetándose con las manos que comenzaban a transformarse en garras.

—¡Diossssssss! —gritó Gabriel dando media vuelta y echando a correr despavorido por el bosque.

Todos giraron su rostro hacia atrás, viéndolo correr como si huyera de un demonio, saltando por encima de arbustos y matorrales.

—Ahhhhhh —gritaba sin cesar.

Nicholas resopló y miró a Dean.

—Haz el favor, Dean.

—Voy a por él —dijo desapareciendo de su vista y apareciendo delante de Gabriel, el cual derrapó ante la aparición de Dean y cayó sobre la tierra húmeda. Intentó incorporarse de inmediato pero tal era el temblor de su cuerpo que era incapaz de mantenerse en pie.

—Ahhhh —gritó retrocediendo al ver la figura de Dean.

—Venga... —comentó sonriente—, que no es para tanto —intentó quitarle importancia.

—¿Qué no? —gritó Gabriel gateando, huyendo de él—. ¿Qué no es para tanto? Ese tío se... se ha...

—Ya te hemos dicho que es un lobo —dijo Christopher apareciendo a su lado, lo cual hizo que Gabriel volviese a gritar. Christopher miró a su compañero y se cruzó de brazos—. ¿Necesitas ayuda?

—No —respondió Dean con una sonrisa mientras miraba a Gabriel intentar ponerse en pie y caer de nuevo. Suspiró y se acercó para cogerlo del brazo y ayudarlo a ponerse pie—. Venga, colega...

—Ahhhh... no, ¡no me toques! —gritó soltándose, aunque volvió a caer.

—Pues nada —dijo cruzándose de brazos con paciencia.

Todos se aproximaron, incluso Alex que no había finalizado su transformación y había vuelto a adoptar la forma humana. Por suerte, aún conservaba los pantalones, pero la camisa estaba hecha añicos.

Cuando Gabriel se giró dio un respingo, se levantó a duras penas y corrió hacia Dean.

—Dios, Dios, Dios...

Dean lo retuvo colocándolo a su lado.

—Que no pasa nada hombre, son amigos —Le recordó.

—Y una mierda son amigos —gritó desesperado.

Alex volvió a dar un paso hacia ellos y miró dudoso a Nicholas.

—Oye, ¿seguro qué es él? No para de decir tacos.

Nicholas ignoró el comentario de Alex y se volvió hacia Gabriel.

—Permanece tranquilo, ¿de acuerdo? —comentó con las manos hacia delante, intentando infundir calma—. Somos los buenos...

—Permíteme que lo dude —comentó desde detrás de la espalda de Dean, cobijándose de Alex.

—Si vieses a los malos lo tendrías claro —ironizó Dean sin girarse.

—Te hemos dicho la verdad en todo momento. Hemos venido a buscarte porque necesitamos que confíes en nosotros...

—¿En vosotros? —gritó aún aterrado—. En un grupo de tíos raros que se mueven a la velocidad de la luz...

—Hombre, a tanto no llegamos, pero gracias —bromeó Christopher.

—Y en un grupo de... de...

—Lobos —apuntó Alex.

—¡Ahhhhhhh! No, ahora más que nunca quiero que os alejéis de mí... —comenzó a dar pasos hacia atrás aunque aún le costaba mantener el equilibrio.

Dean suspiró y dio un paso hacia él, caminando hacia su espalda.

—Estás en peligro, Gabriel —dijo en un tono serio—. Y si tú lo estás también lo está tu hermana. —Aquello hizo que Gabriel se detuviese, aunque no se giró, simplemente se quedó quieto apoyando la mano en un árbol para aguantar el equilibrio—. Si Mabus te descubre vendrá a por ti para acabar con tu vida y con la de tus seres queridos. —Gabriel tragó saliva y, por primera vez, cerró los ojos intentando concentrarse y ordenar las ideas—. Si no lo haces por ti, hazlo al menos por tu hermana —acabó susurrando.

Se quedó quieto, sin moverse siquiera, con los ojos cerrados, reflexionado, hasta que finalmente los abrió.

—Necesito... necesito tiempo.

—No hay tiempo —Le recordó Nicholas.

Esta vez sí giró su rostro hacia ellos.

—¡Pues yo lo necesito! —gritó de los nervios, y directamente comenzó a caminar alejándose.

Christopher iba a avanzar pero Dean lo detuvo.

—Déjalo —comentó—. Necesita ordenar las ideas.

—Bueno, pues... —comentó Alex detrás de ellos—, no ha ido tan mal, ¿no? —dijo con su actitud jovial.

Todos resoplaron y volvieron a fijar la mirada en la espalda de Gabriel

que salía del bosque con un paso presto dirigiéndose a la colonia.

—Yo creo que ya nos cree, ¿no? —comentó Nicholas—. Eso es un paso.

9

Por mucho que pasasen los minutos y las horas el temblor y el susto no se lo quitaba nadie del cuerpo. ¿Aquello era real? ¿Había visto como un hombre se transformaba en un animal?

Era una total locura pero... era cierto. Lo había visto con sus propios ojos, por más que se lo negase y que no aceptase la realidad lo que había visto había sido real. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo era posible todo aquello?

Hombres transformándose en animales, personas que se movían a una velocidad sobre humana y... aquella historia sobre el anticristo. El mundo que lo rodeaba se desmoronaba, nada más lejos de la realidad, pues poco quedaba del mundo que había existido hasta pocos meses antes.

Aquellos sueños, el dolor en su mano calmado por aquella daga. ¿Cómo era posible todo aquello?

Ni siquiera había sido consciente de que su hermana se movía por la habitación e iba y venía de un lado a otro. Se había quedado petrificado, sentado a la mesa, pensando. Escuchaba que Mia le hablaba de vez en cuando, pero ni siquiera comprendía sus palabras y respondía a ellas con simples monosílabos.

Tenía claro que no le harían daño, o eso pensaba. Hasta el momento habían sido bastante amables con él, teniendo en cuenta lo que eran capaces de hacer. Realmente, aquellos hombres, con aquella fuerza y velocidad podían acabar con la vida de cualquier persona en un segundo, sin embargo, lo único que hacían con él era conversar y pedirle su colaboración.

Dudaba. ¿Cómo no iba a hacerlo después de lo que había visto? No se consideraba escéptico, pero tampoco creyente. Jamás había ido a misa, ni siquiera había recibido los sacramentos. Sin embargo, según aquellos hombres, portaban la daga que atravesó el cuerpo de Cristo. Era extraño, pero

al tocar aquella daga había remitido su dolor.

Aquello no podía ser una mera coincidencia. El dolor, los sueños... la aparición de aquellos hombres. ¿Y si era cierto? ¿Y si todo resultaba ser verdad?

“Si no lo haces por ti, al menos hazlo por tu hermana” Aquella frase se repetía en su mente una y otra vez. ¿Estaría poniendo en peligro su propia vida? Y más importante aún, ¿la de su propia hermana?

Logró reaccionar cuando Mia colocó con un golpe el plato de patatas hervidas frente a él. Alzó la mirada hacia ella que lo observaba con una ceja enarcada.

—Entonces, ¿sí o no?

Gabriel hizo un esfuerzo para concentrarse en la conversación.

—Sí o no, ¿qué? —preguntó desubicado.

Ella alzó los brazos.

—Si te parece bien —dijo en un tono que rozaba lo desesperado.

Gabriel se removió nervioso, sin saber qué contestar a aquello. Tan inmiscuido estaba en sus pensamientos que ni había escuchado lo que decía.

—Sí, sí... —dijo mientras cogía el tenedor y su hermana se sentaba frente a él.

—¿Qué te pasa esta tarde? Estás abstraído.

Gabriel la miró y chasqueó la lengua.

—Ha sido un día duro.

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—Es imposible hablar contigo hoy... —comentó en un tono más conciliador—, ¿estás preocupado por algo?

Él la miró fijamente y negó.

—No, es solo cansancio acumulado.

—Ya... —reaccionó Mia como si no le creyese—, pues espera a los siguientes días. Parece que ha entrado el frío otra vez. Últimamente no hay

quien se aclare con el clima. No debería hacer este frío en esta época del año.

—Sí —respondió Gabriel inmiscuido en sus pensamientos, lo que hizo que su hermana lo escudriñase con la mirada.

—Sí, ¿qué?

—Que hace frío —respondió directamente.

Ella dejó el tenedor en el plato y se cruzó de brazos observándolo. Prácticamente no pestañeaba y se llevaba el tenedor a la boca masticando de forma automática.

—Gabriel —susurró llamando su atención—, ¿va todo bien? —preguntó más preocupada.

Él volvió a mirarla. En ese momento notó como el miedo lo amenazaba. Si le ocurriese algo se moriría. La había querido desde el mismo momento en que sus padres le habían dicho que iba a tener una hermana. La había cuidado desde siempre, protegido, habían estado unidos... ella era la persona más importante en su vida.

Se resignó y suspiró. Tampoco podía engañarla, su hermana lo conocía demasiado bien.

—No lo sé, Mia —susurró atemorizado.

—Pues cuéntame lo que te preocupa —dijo ella mientras arrastraba la mano por la mesa hasta coger la suya.

Gabriel se quedó observándola. No, no podía explicarle lo que ocurría, se asustaría más y, seguramente, lo tomaría por un loco.

Aquello le desquició. Habían logrado sembrar la duda en él y aquello lo atormentaba. Depositó con cuidado el tenedor en el plato y se levantó de la silla.

—Será mejor que vaya a descansar —susurró.

—No has comido casi.

—No tengo hambre —pronunció mientras se dirigía a la habitación.

Mia suspiró mientras se metía otra patata en la boca y se dedicó a observarlo caminar pensativo por la habitación, dando vueltas en la pequeña estancia, meditando, absorbido por los pensamientos.

Cuando acabó recogió la mesa y tiró la piel de la patata en una bolsa. Fue hacia la habitación pero su hermano ni siquiera la miraba.

—¿Estarás bien? —preguntó mientras cogía el abrigo y comenzaba a ponérselo.

Aquello hizo que Gabriel la mirase asombrado.

—¿Qué haces?

Ella pestañeó varias veces.

—¿Cómo que qué hago?

—Con el abrigo puesto —respondió rápidamente.

—Te lo he dicho. Te he dicho que he quedado esta noche.

Gabriel la miró impresionado.

—¿Cuándo?

—Mientras preparaba la cena, te he preguntado si te parecía bien y me has dicho que sí.

Gabriel se removió incómodo.

—No habrás quedado con Caden otra vez, ¿verdad? —pregunto esta vez centrándose en la conversación.

—Te he dicho que he quedado con Esther —mintió de nuevo—. ¿Es que no me escuchas cuando hablo? —preguntó más molesta.

Gabriel se pasó la mano por su rostro, agobiado.

—Perdona —reaccionó al final—. Ammm... no, prefiero, prefiero que te quedes aquí —susurró.

—¿Qué?

—Mía —dijo acercándose a ella—, prefiero que no salgas esta noche, por favor.

—No empieces —contestó dirigiéndose al salón.

—Eh, Mía —Corrió tras ella y la cogió del brazo—, por favor... hoy... —tragó saliva al recordar los movimientos tan acelerados de la división, la transformación de aquel joven en lobo, pero, ante todo, las últimas palabras de

Dean—. Necesito que te quedes aquí conmigo.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Por qué? —preguntó de mal humor—. ¿Por qué estás tan raro?

Gabriel miró hacia el suelo pensativo.

—Estoy agotado y... no me encuentro muy bien.

Mia lo miró preocupada, su hermano además de estar demasiado pensativo se encontraba compungido.

—¿Te encuentras mal? —preguntó preocupada.

—Supongo que... que es ansiedad —reconoció al final.

—¿Ansiedad a qué?

Él se mordió el labio y apartó la mirada de ella, aunque cogió su mano.

—Necesito que te quedes aquí conmigo... —suplicó.

Ella tragó saliva, el tono que su hermano utilizaba era de ruego. Jamás lo había visto de aquella forma. Algo debía haber ocurrido para que estuviese así aunque no quisiese explicárselo por algún motivo.

Miró el reloj de muñeca y vio que marcaban las diez y veinte. Había quedado con Dean a las diez y cuarto, pero por otro lado, no podía dejar a su hermano en esas circunstancias.

Acarició su mano intentando reconfortarle y finalmente asintió.

—De acuerdo, me quedaré contigo —dijo al final haciendo que Gabriel asintiese casi al borde de las lágrimas—. Gabriel —susurró ella al verlo en aquel estado.

—No es nada, Mia. Es solo... estoy nervioso. Preferiría que no salieses por ahí por la noche.

—¿Pero ha ocurrido algo?

Tragó saliva.

—Sí... pero... no puedo explicártelo.

—¿Por qué? —susurró ella sujetando con más firmeza su mano.

—Porque no me creerías —dijo finalmente. Se soltó de su mano y se giró para dirigirse a su cama. Se tumbó lentamente echándose una manta por encima.

Se quedó observando a su hermano. Jamás lo había visto en aquel estado. Era como si se encontrase en shock, atrapado en su mente.

—De acuerdo —dijo abrochándose los botones del abrigo—. Saldré un momento a tirar la basura y vuelvo.

Ni siquiera contestó. Fue hacia la mesa y cogió directamente la bolsa. Al menos, le diría a Dean que no podía quedar.

Salió directamente de la casa y miró de un lado a otro de la calle oscura. ¿No había llegado?

Cuando dio los primeros pasos notó una presencia cercana y se giró asustada. Se llevó la mano al pecho cuando reconoció una figura a su espalda.

—Soy yo —reconoció la voz de Dean.

—¿Cómo eres tan sigiloso? No te había visto.

—Estaba esperando al otro lado de la calle —susurró. Luego la miró con una sonrisa—. Pensaba que no ibas a salir.

Ella lo observó. La oscuridad de aquel momento hacía que sus ojos tomasen una tonalidad azul marino.

—Y no puedo salir... —acabó admitiendo—. Solo voy a tirar la basura.

Dean comenzó a caminar junto a ella.

—¿Y eso?

Mia se giró un segundo para observar la puerta de su casa.

—Gabriel no se encuentra muy bien.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Dean alarmado, hecho que llamó bastante la atención de ella.

—No lo sé —dijo preocupada—, creo que... tiene ansiedad. —Dean resopló—. Es como si estuviese en shock.

Mierda. Quizá se habían excedido un poco con la demostración de aquel mediodía.

—¿Quieres o necesitas que hable con él?

—¿Tú? ¿Para qué? —preguntó divertida. Se cambió la bolsa de mano y lo miró con cierta gracia—. Mi hermano no sabe que estoy contigo. No está muy de acuerdo —admitió.

—Lo intuí el otro día —reconoció.

Mia llegó hasta una esquina donde ya se acumulaba bastante basura. El lunes, a primera hora, los encargados de recoger las calles la retirarían de allí. Dejó la bolsa en un lateral y se apartó rápidamente del lugar.

—La verdad, prefiero quedarme con mi hermano esta noche, nunca lo había visto así —dijo—. Me sabe muy mal haberte hecho venir hasta aquí para nada.

Él ladeó su rostro y se detuvo haciendo que ella parase el paso.

—Estoy contigo, ¿no? Solo por esto ya ha merecido la pena —admitió.

Se quedaron mirando unos segundos. Dean, consciente de lo que había dicho, de la clara insinuación que le había dirigido, Mia intentando comprender y procesar el verdadero significado de aquellas palabras.

Sonrió algo tímida y desvió la mirada de él avergonzada aunque cuando la volvió hacia él se encontró con la mirada más cálida que había visto en su vida. Pese al frío que hacía y el viento helado, la mirada de Dean hizo que entrase en calor. Jamás nadie la había mirado así.

No pudo evitar recordar la forma en la que le había defendido, como se había interpuesto ante ella para mantenerla a salvo. Notó como su corazón se aceleraba ante su proximidad, incluso podía notar su calor.

—Igualmente, podríamos intentarlo en otro momento... ¿mañana quizá?

Aquella pregunta le hizo gracia.

—Claro, supongo que sí —respondió aún divertida. Se movió un poco nerviosa y comenzó a caminar hacia su casa al lado de Dean. Miró las estrellas que podían intuirse en algunos claros y se giró para observar el perfil de él. Caminaba a su lado, con las manos en los bolsillos. Dean se giró levemente para observarla y le sonrió. Se sentía cómoda con él, más de lo que se esperaba. Los silencios no le resultaban un problema.

—¿La obra va bien? —preguntó directamente.

—Sí, sí... —dijo pasándose la mano por la nuca—. Hemos comenzado. Esperamos tenerlo construido antes de que llegue el calor.

—No sé yo. Este tiempo está loco... —susurró ella mientras se abrazaba a sí misma—. Por cierto... esta mañana has venido a buscar a mi hermano, has dicho que necesitabas hablar con él. ¿Ocurría algo?

Dean apretó los labios.

—No, no era nada...

—¿Sabes lo que lo puede tener tan... absorto?

Dean se detuvo antes de llegar a la puerta y se giró para observarla de frente.

—No. Hemos acudido porque uno de mis amigos se había hecho daño en la obra —improvisó.

—¿Está bien? —preguntó alarmada.

—Sí, sí, está estupendo. No ha sido nada, solo un pequeño golpe... pero es muy exagerado —bromeó.

—Ah.

—De hecho, al final, no ha hecho falta ni que lo visitase.

—¿No?

—No. Se ha recuperado rápido.

Ella asintió.

—Me alegro. —Tragó saliva y sonrió de forma tímida, desviando su mirada hacia la puerta de su casa—. Bueno, será mejor que entre —susurró.

Dio unos pasos pero la mano de Dean sujetó la suya de forma tierna. Mia se giró lentamente, sin apartar la mano, aunque notó como su corazón se aceleraba al ver que el daba unos pasos para aproximarse.

—Entonces... —susurró lentamente, sin soltar su mano, pasando su pulgar sobre la palma—, ¿quieres que nos veamos mañana? Podría pasar a buscarte si quieres. —Ella hizo un gesto gracioso—. Supongo que estaré en la obra pero podría escaquearme un par de horas para comer o...

—¿Y si me paso yo? —preguntó directamente.

Aquello lo dejó impresionado. Lo cierto es que después de las advertencias del otro día de su hermano para que no se acercase a él y visto su estado actual no quería darle ningún disgusto más, pero quedaría con él. Aquel hombre le gustaba, le gustaba muchísimo, y no iba a perder la oportunidad de estar a su lado un rato.

—Bueno, eres libre de caminar por donde quieras... —rio—. Así que, supongo que podrías pasarte y ver como llevamos la obra.

—De acuerdo —dijo con una gran sonrisa.

—Pero estaré con mis compañeros... —Le recordó.

Ella se soltó y rio.

—Ya —dijo encogiéndose de hombros. Dio unos pasos hacia atrás y se quedó contemplándolo—. Buenas noches.

—Buenas noches, Mia. Que descanses y... si necesitas algo o... tu hermano, no dudes en hacérmelo saber.

—Gracias —respondió con una sonrisa. Abrió la puerta y echó una última mirada cargada de ternura hacia Dean antes de cerrar.

Incluso su respiración iba acelerada. En un principio Caden le había parecido atractivo y amable, ahora nada de las dos cosas. Nada comparable a lo que comenzaba a sentir por Dean. No era solo su atractivo físico, sino cómo la trataba, la miraba e incluso la acariciaba.

—Has tardado un poco —pronunció su hermano incorporándose en la cama.

Ella avanzó rápido hacia la habitación.

—Me he encontrado con Tom. Hemos hablado un momento.

Gabriel asintió y observó a su hermana. Quería que fuese feliz, que se distrajese... pero tras lo que había visto aquel día no estaba tranquilo sabiendo que ella estaba paseando por la noche solo con la luz que emanaba de unas hogueras.

—Gracias por quedarte conmigo.

Ella avanzó hasta la cama y se sentó a su lado cogiéndole la mano. Lo miró

con ternura y la acarició.

—No tienes que agradecerme algo así —susurró—. Eres mi hermano. — Él le sonrió—. Tú has cuidado siempre de mí, ¿qué clase de hermana sería si cuando me necesitases no estuviese a tu lado?

Gabriel se quedó mirándola y le sonrió mientras sujetaba su mano entre las suyas.

—Oye... —recordó Mia con la voz más animada—. ¿Te apetece jugar una partida al ajedrez?

Gabriel chasqueó la lengua y la miró no muy seguro.

—No sé si voy a poder concentrarme mucho...

—Mejor, así te ganaré —respondió ella directamente, corriendo hacia el comedor. Cogió el tablero y la bolsa donde guardaba las piezas y volvió con él—. Así nos distraeremos.

No pudo negarse. Estaba manteniendo retenida a su hermana por su seguridad, por no explicarle la verdad. Sabía que no era justo pero... ella era la única persona que tenía, a la que quería con locura.

—De acuerdo —dijo sentándose en el suelo—. Una partida —comentó más animado mientras ella iba colocando las piezas sobre el tablero.

Dean había vuelto a la esquina para vigilar la casa. Aquella cita se había truncado. Gabriel no lo estaba pasando bien. Había dudado en entrar e intentar calmar al joven, pues sabía que las dudas y el miedo debían tenerlo bloqueado, pero lo mejor para él era estar solo y ordenar las ideas, ser consciente de que ellos no iban a hacerle daño y, ahora mismo, sabía que él los veía aún como una amenaza.

Se apoyó contra la pared y recordó a Mia. Por lo menos había salido para avisarle y había podido hablar un poco con ella. Con eso le bastaba. El ver que ella lo tenía en cuenta y se preocupaba por él lo había dejado con un buen sabor de boca.

Mañana tendría otra oportunidad, aunque no tan buena como esta, pero al menos, la vería. Ahora mismo, era lo único que le importaba.

10

Dean resopló mientras se ponía las botas, sentado sobre el colchón.

—Os lo digo en serio... creo que está traumatizado —insistió.

—Qué sensible —se burló Scott.

Nicholas se colocó ante él, totalmente firme.

—A mí me resulta normal todo lo que explicas. Es lógica esa reacción. —
Luego lo miró interrogante—. La duda que tengo es... ¿cómo sabes todo eso?

Dean suspiró, ya había contado con aquella pregunta, así que no le pillaba por sorpresa, pero creía que era importante que la división estuviese al corriente de ello.

—Ayer por la noche, Mia, salió a tirar la basura y...

—¿No me digas? ¿Te la cruzaste otra vez? —ironizó Nicholas.

Dean se puso en pie y sonrió a su jefe.

—No, la acompañé dado que estaba oscuro.

—Aysss... Dean... —Se quejó su jefe mientras se llevaba la mano a la cara.

—Eh, ¿qué pasa? Simplemente recorrí unos metros con ella.

—¿Y no crees que es sospechoso que justamente te encuentre ahí a esas horas?

—No —dijo encogiéndose de hombros—, que yo sepa esto es un país libre, destruido pero libre —enfaticó—, y se permite la libre circulación de personas sin problema.

Nicholas ladeó su cuello.

—Ya —dijo no muy convencido.

—Da igual, esa no es la cuestión —dijo apartándose de él mientras movía la mano como si espantase una mosca.

—Un poco sí lo es... —mencionó Christopher intentando provocarle.

—El caso... —continuó Dean sin caer en la incitación de su compañero—, es que Gabriel parece que es más consciente de lo que ocurre. —Fue hasta una mesa y bebió un poco de agua—. Creo que deberíamos aprovechar ahora para volver a hablar con él.

Nicholas se cruzó de brazos pensativo.

—Está claro que él no va a venir a buscarnos —comentó como si se diese por vencido.

—Por eso mismo —continuó Christopher—. Por lo que le dice Mia, Gabriel estaba ayer abortando, lo estaba pasando mal. Quizá podríamos explicarle todo con calma, que vea que somos sus amigos... —Se giró y cerró la botella—. No un grupo de degenerados locos —acabó susurrando.

—Está bien —dijo Nicholas avanzando hacia sus compañeros—. Haremos lo siguiente. Tú, Christopher y yo volveremos a hablar con él.

Taylor dio un paso hacia delante.

—Yo quiero ir —solicitó.

—No, ni hablar. Tú te vas con el resto a seguir con la obra. —Miró el reloj y vio que marcaban las diez de la mañana.

Taylor renegó un poco pero Adrien fue hacia él y echó una mano sobre sus hombros distanciándolo hacia la puerta.

—¿Está en casa o ha ido a la consulta? —preguntó Nicholas mientras se ponía el abrigo.

—Ni idea —contestó Christopher—. Scott está en la guardia. Él lo sabrá.

—¡Adrien! —gritó Nicholas antes de que saliese por la puerta—. Llevaros a Scott también.

—Ahora vamos a por él —contestó saliendo ya por la puerta de la iglesia con su compañero.

Nicholas se giró y miró directamente a Dean que se abrochaba los botones del abrigo. La mirada fue tan fija que llamó la atención de Dean.

—¿Qué pasa ahora?

Nicholas dio unos pasos pensativo hacia él.

—Te has cruzado con ella varias veces... —susurró.

Dean enarcó la ceja.

—¿Y? —preguntó mientras se colocaba el cuello correctamente—. ¿Algún problema? —Esta vez su tono sonó más enfurecido.

Nicholas miró a Christopher que esperaba unos metros separado de ellos, como si quisiese darles privacidad.

—Sabes que no es lo más conveniente...

—¿Y qué es lo más conveniente? Dime —Le animó.

Nicholas resopló y se alejó de él. Su amigo no tenía remedio.

—No es el momento.

—Ya —contestó sin más. Luego se encogió de hombros y miró la espalda de su jefe—. Supongo que sí era un buen momento cuando luchábamos contra Agnes, ¿verdad?

Nicholas puso su espalda recta y Christopher abrió los ojos al máximo ante aquella clara insinuación hacia su jefe.

Cuando Nicholas se giró se encontró a Dean cruzado de brazos, con cara de pocos amigos.

—Oye, Dean... me parece estupendo que esa chica te interese, la verdad es que... es muy mona, y parece encantadora —comentó mientras se acercaba a ellos—. De hecho, cuando vino a hablar con nosotros la noche que te encarcelaron todos lo comentamos.

—¿Qué comentasteis? —preguntó incrédulo.

—Pues que es muy mona —respondió Christopher.

—El tema... —continuó Nicholas—, es que Gabriel no está muy a gusto con nosotros por si no te has dado cuenta, y me da la sensación de que no le gusta nada que te acerques a su hermana... —Dean resopló—. En las

circunstancias en las que nos encontramos es mejor no disgustarle más, ¿entiendes?

Dean respiró profundo y asintió de una forma calmada.

—Lo entiendo.

—De acuerdo —dijo girándose para ir hacia la puerta.

—Pero entiende esto también... —Tanto Christopher como Nicholas se detuvieron y se giraron de nuevo hacia él—. Tú lo ves como un impedimento, pero... gracias a que hablo y me llevo bien con Mía nos hemos enterado del estado de ánimo de Gabriel, yo lo veo como una ventaja.

—Ya, Dean... pero es que tú no estás solo interesado en hablar —ironizó Nicholas. Dean puso su espalda firme al escuchar a su jefe. Nicholas suspiró y se pasó la mano por los ojos. Comprendía a su amigo. Durante los meses que llevaban juntos su amistad había ido creciendo y los conocía perfectamente. Sabía lo que sentía por Mía, y no lo culpaba, la chica era realmente encantadora, pero aquella relación podía poner en peligro la misión. Intentó calmarse—. Vamos, iremos a hablar con Gabriel.

Dean resopló y pasó por su lado.

—Bonita charla —bromeó mientras se dirigía a la puerta.

—Sí, preciosa —contestó Nicholas en el mismo tono.

Anduvieron por las calles. Aquel día era igual de frío que los anteriores pese a que el sol lucía con fuerza. La gente paseaba por la colonia. Aunque los tres fijaron su mirada directamente en Caden que avanzaba en su dirección. Estaba claro que no los había visto pero cuando lo hizo se quedó quieto en medio de la calle.

Los tres no dejaron de avanzar.

No dijeron nada, simplemente las miradas volaron entre ellos, aunque estaba claro que la de ellos mucho más divertidas que la de Caden, que parecía querer saltar sobre Dean.

—Menudo golpe —comentó Christopher fijándose en la nariz amoratada de Caden.

—Se lo merecía —respondió Dean apartando la atención de un Caden

totalmente furioso. —Así aprenderá.

Nicholas hizo un gesto gracioso. Dean se giró para observarlo, viendo como Caden no quitaba la mirada de su espalda.

—Creo que te está retando con la mirada —comentó Christopher que también se había girado y era consciente del duelo entre los dos.

—Que aproveche, es lo único que puede hacer —contestó antes de girarse de nuevo y colocarse ante la puerta de Gabriel.

—Supongo que estará en casa —comentó Nicholas.

Dean se acercó a la puerta y llamó, pero antes de que pudiese dar un segundo golpe la puerta se abrió. Retrocedió varios pasos hacia atrás, pues Mia salía de la vivienda con su rostro girado, sin darse cuenta de que él le impedía el paso.

—No tardaré mucho —comentó con su rostro girado, pero antes de que se volviese chocó contra Dean—. Ayyyyy —dijo apartándose rápidamente.

Dean pudo escuchar el suspiro de sus compañeros desde atrás.

Cuando Mia elevó su rostro se encontró con un Dean sorprendido, había estado a punto de cogerla por la cintura para sujetarla pero ella había sido bastante rápida.

—Perdona, no sabía que estabas aquí —dijo avergonzada.

En ese momento Dean sonrió.

—No pasa nada. Ha estado bien —bromeó.

Sus dos compañeros resoplaron tras él, aunque Mia se quedó pasmada ante la contestación.

—Ammm... ya... —respondió—. ¿Qué tal? ¿Necesitáis algo? —preguntó reponiéndose—. ¿Ha ocurrido algo en la obra?

—No, no... —cortó la conversación rápidamente.

—¿Quién es? —Escucharon la voz de Gabriel desde el interior.

Mia se giró para responder pero Nicholas se adelantó.

—Somos tus amigos —dijo dando un paso al frente, con un claro tono cómico en su voz.

En ese momento vieron aparecer la cabeza de Gabriel en la habitación del final, asomándose.

—Joder —Escucharon que susurraba—. ¿Qué hacéis aquí?

—Venimos a hablar contigo —respondió Dean, luego miró a Mia—. ¿Podemos pasar?

Ella se apartó a un lado para que entrasen, pero mientras ellos lo hacían Gabriel salió de su habitación.

—No, no... —dijo rápidamente.

Mia enarcó una ceja hacia él pero no dijo nada al respecto.

Nicholas dio un paso al frente.

—Venimos a pasar un rato contigo... —comentó divertido—, ¿qué tal estas?

Gabriel resopló.

—Estoy genial —exageró gesticulando demasiado.

Dean aprovechó que Nicholas y Christopher se habían adelantado para colocarse al lado de Mia.

—¿Qué tal estás? ¿ibas a alguna parte? —preguntó en un susurro.

Ella lo miró de reojo mientras veía como su hermano seguía exagerando sobre lo bien que se encontraba. ¿Pero que le pasaba?

—Iba al colegio —explicó.

—¿Un domingo? —preguntó sorprendido.

Ella se giró hacia él.

—Los profesores hemos pensado hacer mañana unas actividades, como una gymkana, para que estén entretenidos. Una especie de olimpiadas.

—Y cansados...

—Sí, eso también —reaccionó—. Vamos a dejarla preparada para comenzar las actividades a las nueve de la mañana, así no hay que madrugar.

—Bien hecho.

Ambos giraron su rostro hacia Nicholas, Christopher y Gabriel.

—Pero si no fue nada. Lo que te queda por ver aún —ironizó Christopher.

—¿Qué no fue nada? —preguntó absorto—. ¡Jamás había visto algo así en mi vida! —Aunque luego volvió su rostro hacia el lado, consciente de que Mia lo miraba sin comprender nada de la conversación que tenían. En ese momento se quedó callado, aunque le sorprendió ver la proximidad que tenía ella a uno de esos hombres. Dean se encontraba justo al lado, de hecho, parecía que estaban manteniendo una conversación hasta el momento en que se habían girado para mirarle. No era la primera vez que lo veía hablar con ella, y había intercedido por Mia ante Caleb. Además, sabía captar la mirada de él.

—Eh, ¿no ibas al colegio, Mia? —preguntó su hermano.

Ella lo miró absorta.

—Sí, me iba a ir —respondió molesta por el tono de él—. ¿Ahora tienes prisa en que me vaya? Hasta hace unos minutos no querías que saliese —Le recriminó. Todos se giraron para mirar a Gabriel como apretaba los puños y resoplaba.

Gabriel titubeó un poco.

—Bueno, pues... ve —acabó diciendo al final.

—Sí, sí, ya me voy... —comentó ella extendiendo la mano hacia él—. Aunque la próxima vez que quieras echarme de casa hazlo en un tono más amable.

Gabriel enarcó una ceja pero miró de reojo como Nicholas se acercaba y acabó centrando toda su atención en él.

—¿No os vais a quedar mucho rato, verdad? —preguntó Gabriel con algo de temor.

Christopher se encogió de hombros.

—Solo venimos a explicarte lo de ayer...

—Bufff...

—Y a pedirte perdón por si... si... te sentó algo mal —acabó diciendo Nicholas.

Gabriel lo miró extrañado.

—Bonita forma de decir que se murió de miedo —susurró Christopher hacia él.

—No fue eso, es que... —Volvió el rostro de nuevo hacia su hermana—. ¿Podéis esperar, por favor? —acabó suplicando a Nicholas.

Nicholas asintió.

—Claro... —dijo sonriente—, mientras... ¿cómo te ha ido el día? —preguntó apoyándose en la pared al lado de él, en una actitud informal.

—¿Tú qué crees?

Mia suspiró y se giró de nuevo hacia Dean que durante todo el rato la había observado.

—Será mejor que me vaya —comentó Mia mientras cogía unos documentos de la mesa y miraba de reojo a su hermano hablar con Nicholas con bastante tirantez.

—Me parece que no muy bien —respondió Nicholas mirándolo fijamente. —¿Mucho trabajo?

—Hoy no he trabajado —respondió desesperado por aquella conversación.

—¿No se pone la gente mala hoy? —preguntó Christopher con interés.

Gabriel resopló.

Dean aprovechó para dar unos pasos hasta Mia y colocarse de nuevo a su lado.

—Luego estaré en la obra. Sí te apetece de cuatro a seis tengo libre —susurró.

Ella lo miró de reojo y volvió la atención hacia su hermano viendo que estaba distraído con ellos dos.

Se giró directamente hacia Dean y asintió tímidamente.

—De acuerdo, me pasaré.

—Si quieres podemos quedar en algún sitio, ya te digo, tengo libre. ¿Quieres que te pase a buscar?

Aunque no era del todo cierto, pues era el turno que le había tocado de

vigilancia aquel día, podía sentarse en el porche de enfrente de su casa y simplemente charlar, es lo que más le apetecía.

Ella sonrió más y finalmente asintió.

—¿Sí? —preguntó Dean entusiasmado con la idea.

Ella volvió a asentir sin mirarle, como si la timidez la tuviese absorbida en aquel momento. Sin poder evitarlo desplazó su mano hasta la de ella y la acarició.

—De acuerdo —comentó mirándola fijamente, aunque ella esquivaba su mirada al acariciar su mano notó que ella también lo rozaba con suavidad. Si no hubiese estado en compañía de sus dos amigos y de Gabriel la hubiese cogido por la cintura y la hubiese besado directamente. Se encontraba en una nube en aquel momento, hasta que la voz de Gabriel los hizo despertar a ambos.

—Eh, Mia... —comentó molesto. Dean y ella se soltaron de la mano de inmediato—. ¿No te ibas ya? —insistió, y luego torció su rostro hacia Dean de una forma bastante hostil.

Mia resopló.

—Sí, sí... ya me voy —contestó desquiciada. Miró un segundo a Dean de reojo y le sonrió—. Nos vemos luego.

Él no contestó, simplemente se limitó a asentir mientras ella se alejaba y salía de la casa.

En cuanto se quedaron solos Dean avanzó hasta ellos. Gabriel permanecía nervioso, aunque pudo detectar como lo miraba más a él que al resto. Estaba claro por su interrupción repentina que los había visto cogerse de la mano, y que en nada aprobaba aquello, pero por suerte, Nicholas estaba allí para cambiar de tema y olvidar lo que había visto.

—Oye, Gabriel... lo del lobo de ayer no es nada. Piensa que hay muchos...

—¿Hay muchos?

—Bueno, a ver... no tantos —rectificó corriendo al ver su cara de espanto—. Además, son amigos, también están aquí por ti. Nos están ayudando.

Gabriel llevó la mano hasta su frente y la pasó por todo su rostro, agobiado.

—Esto ya no tiene ninguna gracia —susurró más para sí que para el resto.

Dean se acercó.

—Si nos dejas, nos gustaría explicártelo todo... —Gabriel lo miró fijamente. Si algo tuvo claro en aquel momento es que la mirada que el elegido le enviaba no era nada amistosa. Tragó saliva, lo cierto es que la mirada era realmente hostil, y estaba seguro que no era por lo que le estaban explicando —. Hasta ahora solo te hemos explicado por encima pero...

—Ah, ¿pero hay más? —gritó desquiciado.

—Vamos por partes, ¿de acuerdo? —dijo Nicholas intentando aplacar los ánimos—. Vamos a sentarnos —le animó señalando la mesa.

Gabriel se quedó mirándolos y finalmente cedió y fue hacia la mesa, aunque todos sus movimientos se veían forzados.

Nicholas se sentó a su lado y Christopher y Dean delante de él. Lo primero que hizo Gabriel fue mirar fijamente a Dean durante largos segundos.

Dean se vio obligado a apartar la mirada. ¿Pero es que ese chico no pestañeaba?

—Comenzaré por el principio... —Gabriel no dijo nada, simplemente giró su rostro hacia Nicholas—. Como te dije, trabajamos para la DAE. Hace un año aproximadamente estuvimos en Nueva York. Una manada de lobos quería hacerse con el control de la ciudad. Logramos detenerlos y acabar con la amenaza, pero uno de ellos huyó... —Gabriel iba enarcando su ceja cada vez más—. Poco después nos enteramos de que estaba en Canadá, por eso nos trasladamos a Banff.

—Espera, espera... ¿acabasteis con unos lobos? ¿No decíais que son amigos?

—Estos lo son —apuntó Christopher—. De hecho, cuando llegamos a Banff nos dimos cuenta de que la verdadera amenaza no eran los lobos, sino un aquelarre de brujas que pretendía hacerse con el control de la manada.

—Pero la cosa fue a peor —siguió Dean. En ese momento Gabriel volvió la mirada hacia él, una mirada penetrante—. Las brujas...

Gabriel resopló y se hundió un poco más en la silla.

—Ah, que hay brujas también... —ironizó.

—Las brujas fueron las que conjuraron a la bestia —acabó la frase.

—En un principio pensábamos que era un ser maligno únicamente, después fuimos conscientes de lo que habían invocado realmente —continuó Nicholas.

—Ya, el anticristo —respondió Gabriel como si nada.

—Exacto —Le dio la razón Dean—. Hemos luchado dos veces contra él y es imposible destruirlo. Es uno de los cuatro jinetes del apocalipsis, pero el único al que es posible matar.

—El mayor problema... —continuó Christopher—, es que solo hay una forma de acabar con él.

—Sí, sí... eso ya me lo dijisteis —contraatacó Gabriel—. Con la daga del destino que solo puede portar el elegido.

—¡Perfecto! —volvió a felicitarlo Dean—. Veo que lo vas pillando.

Gabriel se removió inquieto en la silla.

—De acuerdo... —Tragó saliva y miró a Nicholas—. No digo que os crea pero... para el supuesto que esto fuese cierto, que hubiese una parte de verdad, ¿Cómo se supone que yo —enfaticó—, voy a acabar con un ser como ese? Ni siquiera vosotros pudisteis.

Los tres se miraron entre sí.

—Eso es lo que hay que averiguar —explicó Nicholas.

Dean se apoyó contra la mesa.

—Ayer nos dijiste que habías tenido sueños.

Gabriel suspiró y miró a Dean de una forma más tranquila.

—Sí, pesadillas. Y últimamente van a más.

—¿Y qué soñabas?

—Ya os lo dije: destrucción, fuego... y es cuando un dolor intenso que comienza en la mano se va desplazando por todo el brazo hasta el pecho.

—El mismo dolor que desapareció cuando cogiste la daga —afirmó

Nicholas.

—Sí —Le confirmó.

—Está claro que eres el elegido, Gabriel —insistió Nicholas—, si no, no hubieses podido coger la daga. Desprende demasiada energía para que un humano normal pueda absorberla sin morir en el intento. Piensa que contiene el ADN de Cristo.

Gabriel se cruzó de brazos y tragó saliva.

—Pero si fuese el elegido debería al menos moverse como vosotros —remarcó—, ¿o cómo voy a poder acabar con un ser como ese?

—¿Te regeneras? —preguntó Dean directamente.

—¿Qué?

Nicholas se levantó directamente y fue hacia la cocina. Se desabrochó la manga de su camisa y colocó el cuchillo en su antebrazo.

Gabriel se puso de inmediato en pie, nervioso.

—¿Qué haces?

—Observa.

Clavó su cuchillo y lo arrastró abriendo la carne.

—¡Joder! —gritó Gabriel que fue directamente hacia el cajón para buscar unas gasas y contener la hemorragia—. ¿Estás loco? —gritó mientras revolvía el cajón—. No sé ni para que os escuchó.

—Gabriel, no hace falta —Se aproximó a él con el brazo por delante—. Mira.

Gabriel, aún mosqueado, miró hacia la herida intuyendo cómo esta se cerraba poco a poco.

—¿Estás sanando? —preguntó boquiabierto.

Dean se puso en pie.

—Nos regeneramos rápido.

—¿Tú también puedes hacer esto? —preguntó hacia él de forma acusadora a lo que Dean asintió—. Joder —acabó susurrando cuando vio que la herida

que Nicholas se acababa de infligir estaba comenzando a cicatrizar.

Se quedó observándolos mientras la gasa que había cogido del cajón caía de su mano.

—Pues no, tampoco puedo hacer eso —dijo al final. Todos resoplaron—. ¿Cómo es posible? —preguntó incrédulo.

Los tres se encogieron de hombros mientras se sentaban a la mesa otra vez.

—No tenemos ni idea —dijo Nicholas en plan gracioso—, pero así somos, y por eso mismo somos entrenados por la DAE para luchar contra seres que tienen características similares: vampiros, lobos, brujas...

—¿Pero los lobos de ayer son amigos o no? —insistió otra vez, obsesionado con lo que había visto el día anterior.

—Los de ayer sí, de hecho nos han ayudado en Banff a controlar a los vampiros, y luchamos juntos contra Agnes, la bruja que conjuró a Mabus, y contra el propio Mabus...

—Y además nos acompañaron a buscar la daga —remarcó Dean—. Son buena gente.

Gabriel los miraba aturdido. Demasiada información de golpe.

—Espera, que hay algo mejor... ya puestos se lo decimos todo —dijo Christopher—. La novia de Nicholas, el jefe de la división —Le señaló—, es una de las brujas más poderosas que existen, de hecho nos salvó la vida. Y Scott, otro compañero nuestro, su novia es un oráculo, es la que nos dijo donde podíamos encontrarte.

—Ammm... ahhh... —pronunció Gabriel sin saber qué decir.

Nicholas puso la mano en su hombro reconfortándolo. Sabía que era demasiada información, pero al menos, esta vez, los estaba escuchando y parecía que les creía un poco más.

—Sé que es difícil de creer, pero ya has visto de lo que somos capaces y... a nuestros amigos.

—Sí, sí... —dijo rehuyendo de su contacto, echándose a un lado—. Si eso está claro que es verdad... —pronunció pensativo—. Lo que no está tan claro es que yo sea la persona que decís.

—Lo eres. Sujetaste la daga, tienes un dolor intenso en la mano con la que debes portarla que se calma cuando la sujetas, como si algo te llamase a cogerla, tienes esos sueños...

—Y te llamas Gabriel y estás en Portland —comentó Dean—, tal y como nos dijo Cintya, la oráculo.

Gabriel resopló.

—Ya, pero... no tengo nada especial como vosotros.

—¿Te parece poco? —rió esta vez Dean—. Puedes tocar la daga del destino sin morir.

—De acuerdo, ¿cómo vas de fuerza? —preguntó Nicholas intentando encontrar alguna cualidad en él para la lucha. Gabriel lo miró con sorna—. ¿Eso es que mal?

—Muy mal —acabó diciendo.

Nicholas miró al resto de sus compañeros sin saber qué más decir.

—¿Has movido objetos con la mente? —preguntó Christopher.

—¡No!

—¿Telepatía?

—Tampoco.

—¿Puedes duplicarte? ¿Volar? —insistió Dean.

—No, y no —volvió a repetir Gabriel.

Nicholas miró a sus compañeros, nervioso.

—Lo mejor será que intentemos averiguarlo, pero en Banff.

Gabriel giró su rostro hacia él.

—No voy a irme con vosotros.

—Tienes que hacerlo —dijo Dean rápidamente—. Melanie, la bruja, y Cintya, la oráculo, pueden ayudarte.

—¿Pero ayudarme con qué? Siempre he sido una persona normal y corriente.

Deanladeó su rostro y esta vez lo miró con ternura.

—No Gabriel, no lo has sido nunca.

Él tragó saliva y agachó su rostro.

—Esto... esto es demasiado. —Resopló intentando ordenar las ideas—. Necesito aclararme.

—No hay tiempo —Le recordó Nicholas—. Lamento infinitamente que las cosas sean así. De verdad que lo siento mucho. Ojalá jamás hubiese ocurrido esto y no hubiésemos tenido que buscarte, pero el tiempo juega en nuestra contra.

—Ya has visto que el mundo va cada vez a peor —Le recordó Dean—. Y, además, Mabus te estará buscando. Si te encuentra acabará contigo —explicó intentando mantener la calma—, y nosotros, realmente, no podemos hacer nada contra él, es... —tragó saliva y suspiró—, es demasiado poderoso incluso para nosotros. Por eso tienes que acompañarnos, no solo para que podamos protegerte si no para averiguar cómo acabar con él sin morir en el intento.

Gabriel resopló, exhausto de todo aquello y se pasó la mano por la nuca.

—No sé... —apuntó sin mirar a ningún lado—. Tengo... tengo que pensarlo.

Christopher iba a insistir pero Nicholas lo disuadió con la mirada.

—Está bien. Tranquilo —susurró levantándose. Sus dos compañeros lo imitaron—. Piénsalo con calma. Vendremos a verte mañana y volvemos a hablar, pero, cualquier duda o problema, ya sabes dónde puedes encontrarnos.

Gabriel asintió, y ni siquiera giró su rostro para verlos salir por la puerta. Se quedó totalmente consternado sobre la silla, sin saber cómo actuar ni qué decir frente a eso. Si aquello era cierto, no podía quedarse al margen. Aunque fuese una locura había ciertas cosas que sabían que eran reales. Si él era realmente el elegido, ¿iba a quedarse al margen teniendo la oportunidad de salvar el mundo?

Nicholas, Dean y Christopher se dirigieron directamente hacia la obra donde sus compañeros comenzaban a trabajar.

—Tendríamos que haberle insistido más —dijo Christopher—, ya estaba casi convencido.

—No hay que abusar —respondió Nicholas—. Deja que lo asimile, que pasen las horas y lo vea todo desde otra perspectiva, que pueda analizarlo. — Luego miró a sus compañeros y chasqueó la lengua—. Pero le doy tres días. Si en tres días no acepta usaremos el plan Taylor: lo cogemos a la fuerza, lo metemos en el todoterreno y nos lo llevamos a Banff. —Aquello hizo sonreír a sus compañeros—. Id con los demás, me quedo de guardia.

Llevaba más de cinco horas poniendo un ladrillo sobre el otro. No estaba cansado pero sí tenía ganas de una buena ducha. Aquello no iba a ser posible. Con la restricción se veían obligados a consumir menos agua de la que necesitaban, así que se había conformado cuando quince minutos antes de que tuviese que comenzar su turno de vigilancia había podido ir a la iglesia y lavarse con una esponja humedeciéndola en un barreño.

No era lo que deseaba, pero al menos se sentía limpio. Se había vestido y dirigido a sustituir a Adrien que se había ido de inmediato a la obra.

Se había apoyado contra la pared frente a la puerta de la casa, aunque se había obligado a esconderse cuando Gabriel había salido de la casa. ¿Adónde iba ahora?

Gruñó cuando comprendió que debía seguirle. Miró hacia la casa con ansiedad y, justo en ese momento Mia salió buscándolo de un lado a otro.

No dudó un segundo y fue hacia ella.

—Hola —comentó con una sonrisa.

—Hola —respondió cerrando la puerta.

—Vamos a dar un paseo —Le pidió mientras la cogía del brazo y comenzaban a caminar en la misma dirección que Gabriel.

Ella rio impresionada pero pareció estar de acuerdo.

—Vale, pues vamos a pasear —contestó risueña, como si estuviese feliz de encontrarse al final con él—. ¿Cómo ha ido el resto del día? —preguntó hacia el perfil de Dean.

Dean no dejaba de mirar hacia delante, y solo recuperó el aliento cuando vio a Gabriel caminar varios metros por delante, aunque se quedó aturdido

cuando lo vio dirigirse directamente a la iglesia.

Cogió a Mia del brazo para que se detuviese y observó alrededor.

—¿Dean? —preguntó ella confundida por su actitud.

Gabriel subió los escalones y entró directamente en la iglesia. ¿Iba a buscarlos? De todas formas, si así era, el padre Luper le podría indicar que se encontraban trabajando en la construcción de los almacenes.

—Ha ido bien —respondió girándose—. Un poco cansado —mintió—. Ven —pronunció instándole a que le siguiera.

Fueron hacia una de las casas que estaban en una calle paralela, desde donde podía observar a lo lejos la iglesia y controlar la entrada y la salida de esta y se sentó en la tierra apoyándose en la pared.

Mia lo imitó.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí... muy bien —respondió más tranquilo esta vez y, para sorpresa de ella, Dean llevó su mano hasta la suya y se la tomó con delicadeza.

Sonrió ante aquel gesto, aunque notó como su mano temblaba levemente por los nervios del contacto.

—Hemos avanzado bastante —continuó explicando con naturalidad—. Ya tenemos casi hecha una de las paredes.

—¿Ah, sí? —preguntó sorprendida—. Qué rápidos sois.

—Somos seis. Nos compenetramos bien —explicó controlando la iglesia—. ¿Y tú? ¿Has preparado ya las olimpiadas de mañana para los niños?

—Sí, nos ha llevado más rato del que pensábamos pero ya está todo listo —dijo con felicidad, ilusionada por poder hacer pasar un buen rato a los pequeños—. Tendrán una competición de volteretas, salto de potro, subir por una cuerda, jugaremos al pañuelo y la clásica búsqueda del tesoro.

Él la miró sorprendido.

—¿La búsqueda del tesoro?

—Es lo que más nos ha retrasado. Haremos cuatro grupos —explicó—. A cada uno le entregaremos un mapa con unas pistas que seguir hasta encontrar

un tesoro.

—Suenan divertido.

—Lo es... —Luego lo miró con ternura—. Mi padre jugaba mucho con nosotros a eso.

Dean la miró y apretó más su mano.

—No sabes nada de ellos, ¿verdad?

Ella negó.

—Desde el gran terremoto es imposible. Se han cortado todas las comunicaciones, no hay gasolina y las carreteras están fatal. Además de la cantidad de ladrones que te encuentras. —Luego lo miró con curiosidad—. Tú venías desde Banff, ¿verdad? —Él asintió—. ¿No tuviste ningún problema?

—No, ninguno. La verdad es que está todo bastante despejado.

—La única vez que vi el exterior fue hace meses, cuando Gabriel me trajo hasta aquí.

—¿No has salido desde entonces? —Ella negó—. ¿Quieres salir? —preguntó directamente.

Mia le ofreció una mirada asustada.

—No, no... para nada.

—¿Por qué? —preguntó.

—No... —dijo tragando saliva y luego lo observó con cierto temor—, prefiero quedarme aquí, no he escuchado muchas cosas buenas del exterior.

—Si te refieres a los ladrones no tienes porque preocuparte...

—Ya, tienes una buena derecha.

—Sí, eso es verdad —respondió divertido—, pero me refería a que no es cierto que haya tantos.

—¿No? —preguntó curiosa—. Edgar nos advirtió que era mejor no salir para no correr riesgos.

Dean se movió algo dudoso.

—Bueno, riesgos puede haber... pero dudo que te encuentres unos

ladrones a pocos metros de aquí, ¿de verdad que no te apetece?

—Prefiero quedarme aquí, estoy bien —respondió directamente.

Parecía que le daba pánico salir al exterior.

—Está bien —respondió sin apartar la mano de la suya.

Mia cerró los ojos y elevó su rostro hacia el sol.

—Hoy hace mejor día —susurró mientras el sol bañaba su piel—. Se está muy bien.

—Estaría mejor en una playa paradisíaca con un daiquiri —bromeó.

Ella sonrió.

—¿Y quién no? —contestó ella. Abrió los ojos y giró su rostro hacia él. Se le venían los ojos azul claro con la luz de aquel día—. ¿Puedo preguntarte algo? —Dean asintió—. ¿Qué ocurre con mi hermano?

Él la miró de forma interrogante.

—¿A qué te refieres?

—Lo visitáis muy a menudo, y la conversación de hoy... ¿seguís insistiéndole para que vaya a la colonia con vosotros?

Ella se había dado la excusa. Dean suspiró.

—Sí.

Miró al frente y apretó los labios.

—Así que pensáis iros —susurró.

En ese momento se dio cuenta de por dónde iba la conversación.

—La verdad: no lo sé. Supongo que sí, que nos iremos. —Ella asintió e intentó apartar la mano de él pero Dean se la sujetó más fuerte—. Mia... Yo... —Por primera vez en su vida no supo qué decir. Resopló y se pasó la mano libre revolviendo su cabello—. No lo sé. La verdad es que no sé qué va a pasar. Todo es muy complicado.

—Y, ¿por qué no os quedáis aquí?

Dean la miró con ternura.

—No lo sé. Es posible pero...

—Tienes familia, ¿verdad? —Dean la miró fijamente—. Por Dios —dijo soltándose la mano de él finalmente—, ¿estás casado?

—¡No! —exclamó—. Mia, no, no estoy casado, ni siquiera tengo pareja.

—¿Y por qué os dirigís a Los Ángeles?

Desde luego tenía buena memoria.

—Algunos de mis compañeros tiene familia ahí, quiere ir para asegurarse de que están bien.

—¿Sin embargo queréis echar marcha atrás para llevaros a mi hermano a la colonia de Banff? —preguntó sin comprender.

Dean tragó saliva y se calló unos segundos hasta responder.

—Escogimos esta ruta porque lleva a Los Ángeles, por eso tomamos el camino. Nos marcamos como objetivo llegar hasta Los Ángeles. Si en ese trayecto no encontrábamos un médico o enfermero dispuesto a acompañarnos volveríamos a Banff.

Ella se quedó mirándolo, pensativa. Dean esperó con el corazón compungido. Le costaba mentirle, lo cierto es que casi se le nublaba la mente mientras estaba cerca.

Aprovechó que ella se mantenía callada para coger de nuevo su mano.

—¿Tú tienes pensado ir a algún lugar? ¿O te quedarás aquí?

Mia suspiró y volvió la vista al frente.

—Solo tengo a mi hermano. Aunque cuando todo se solucione quiero ir a buscar a mis padres —se sinceró.

Dean apoyó la cabeza contra la pared mientras echaba otra mirada furtiva a la iglesia. Esa no era la conversación que quería mantener con ella, había pensado en pasar un rato alegre junto a Mia, conociéndose, sin embargo aquello no estaba saliendo como esperaba.

Se giró para observarla.

—¿Qué aficiones tienes? —preguntó.

Ella lo miró confundida.

—¿Aficiones? —preguntó esta vez con una sonrisa.

—Sí, ¿qué te gusta hacer?

Se apoyó de nuevo contra la pared.

—Me encanta tocar el piano —reconoció—. Me relaja.

—¿Tocas el piano?

—Hice cuatro años en el conservatorio. Tuve que dejarlo cuando comencé la universidad.

—Debes tocar muy bien.

Ella hizo un gesto gracioso.

—Me defiende bastante.

—¿No tienes ningún piano aquí?

—¿Aquí? —ironizo ella.

—Ya, qué pregunta más tonta —rio mientras acariciaba su mano—. Me gustaría oírte tocar. —Ella se encogió de hombros con algo de timidez.

—Lo echo de menos —reconoció.

—¿Y cómo te entretienes ahora?

—Doy clase en un colegio —bromeó—. Y estoy con mi hermano. Esa es mi diversión —rio—. Así que imagínate qué fiesta.

—Más que la mía —continuó con la broma—. Acompañado de cinco chicos y construyendo un almacén.

—Hay que mantenerse ocupado. La mente entretenida. Así al menos nos evadimos un poco de la realidad.

—Sí... —Luego la miró de reojo—. También, en los últimos días... me he aficionado a hablar con una chica.

Ella lo miró divertida.

—Vaya... —dijo poniéndose erguida—. ¿Y te entretiene lo suficiente?

—La verdad es que sí —rio. Ella le devolvió la sonrisa—. Es bastante graciosa, sobre todo cuando le recrimina a su hermano cosas...

Ella se pasó la mano por la frente.

—Mi hermano... —rio mirando al frente—. A veces me saca de quicio.

—Como todos los hermanos.

—¿Tienes hermanos?

—No, pero es lo que dicen.

Ella asintió.

—Es la persona más terca que he conocido... —Se quejó—, pero es una bellísima persona —dijo en un tono más bajo—. Siempre ha querido ayudar a todo el mundo. De pequeña —explicó girándose hacia él más animada—, cuando me caía o hacía daño siempre venía a curarme. Me llevaba la mochila del colegio para que no la cargase. Me ayudaba con los deberes. Si me veía sola a la hora del patio venía y jugaba conmigo. —Tragó saliva y le sonrió con ternura—. Y míralo, con veintinueve años y sigue igual. Siempre que alguien necesita ayuda sale corriendo hacia él. Tengo suerte de tenerle —admitió.

—¿Tiene veintinueve? —preguntó sorprendido—. Pensaba que era más joven.

Ella chasqueó la lengua.

—Pues no.

—¿Y tú? —preguntó—. Por curiosidad.

—Veintisiete. —Dean se quedó mirándola fijamente—. ¿Qué pasa?

—Pensaba que eras más joven.

Ella pestañeó varias veces.

—Gracias.

Dean miró al frente.

—Tengo la misma edad que tu hermano —reconoció Dean—. ¿De qué mes es él?

—De julio.

—Soy un poco mayor que él. Yo soy de febrero.

—Os lleváis poco tiempo. Cinco meses —comentó más animada—. Y

explícame, eres policía, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde trabajabas?

—En la comisaría de Banff —mintió—. Junto a mis compañeros. En seguridad ciudadana.

—Ahhhh. Tú también ayudas a la gente.

—Más bien cojo a los malos... pero sí —dijo acariciando su mano—. Supongo que también es una forma de ayudar.

Se apoyó de nuevo y controló la zona de la iglesia. No sabía qué había ido a hacer Gabriel, pero entendía que no había ido a buscarlos a ellos, si no hubiese salido ya de allí.

En ese momento se dio cuenta de que Mia lo miraba fijamente.

—A mí me ayudaste.

Dean acarició de nuevo su mano y ladeó su rostro hacia un lado mientras una extraña sonrisa inundaba su rostro.

—Y es lo mejor que he hecho últimamente.

Gabriel giró sobre sus pies observando la iglesia, en aquel momento, solo unos pocos fieles se encontraban allí, sentados en los tres bancos, rezando.

No pudo evitar sentir un escalofrío cuando se fijó en la única figura que había en aquella pequeña iglesia improvisada. Dio unos pasos adelante sin apartar la mirada del crucifijo tras el altar, colgado de una pared.

Notó como el vello se le ponía de punta y no pudo evitar mirar su mano derecha. Desde que había cogido la daga no había vuelto a sentir dolor. Era extraño.

—¿Gabriel? —preguntaron a su espalda.

Despertó de un sueño y se giró para encontrarse al padre Luper tras él.

—Hola —comentó más relajado.

—¿Qué haces aquí? Nunca te había visto en la iglesia. —Gabriel hizo un gesto tímido y se giró para observar el crucifijo otra vez—. ¿Un mal día?

Gabriel tragó saliva y volvió su atención hacia el padre con una leve sonrisa.

—Si fuese solo uno... —dejó la frase sin acabar.

El padre le sonrió y dio unas palmaditas en su brazo a modo de amistad, luego se giró para alejarse pero Gabriel lo detuvo.

—Padre Luper —pronunció en un tono más alto del convenido en la iglesia. Cuando este se giró titubeó un poco pero finalmente se acercó a él—. Puedo... ¿puedo hablar con usted un momento?

—No me trates de usted —contestó de forma amable. Miró hacia los lados, hacia los feligreses que los observaban al importunar sus oraciones—. Claro, ven, vamos a un sitio más apartado. No me gusta molestar.

Gabriel asintió y siguió al sacerdote al otro extremo de la capilla. Al menos, desde allí podrían hablar con más calma sin incomodar a nadie.

—Dime, ¿qué te preocupa?

Gabriel se cuestionó en ese momento si era correcto lo que hacía, si realmente actuaba bien hablando con el sacerdote. El padre Luper le vio dudar unos segundos.

—Recuerda que todo lo que me digas está bajo secreto de confesión —susurró tranquilizándolo.

Gabriel lo miró fijamente.

—¿Todo?

—Así es —enfaticó.

Se pasó la mano por el cabello nervioso y caminó unos pasos hacia los lados moviéndose intranquilo. Realmente no sabía cómo afrontar aquello. La única persona en la que había pensado para aconsejarle y ayudarlo era él, pero no había planificado como afrontar el tema. Había ido hasta allí por un impulso.

Se detuvo ante él, ante la mirada preocupada del sacerdote.

—Usted...

—Luper —rectificó el sacerdote.

—¿Cree... —tragó saliva y se acercó un poco más—, cree que es cierto que puede ser el fin del mundo?

El sacerdote no pareció escandalizado por la pregunta, algo que sorprendió a Gabriel más de lo que esperaba. Seguramente le habrían hecho aquella pregunta durante los últimos meses cientos de veces.

—Eso es algo que yo no sé, solo Dios lo sabe.

Aquella respuesta no le gustó.

—Ya, pero... —dijo moviéndose hacia los lados—, personalmente, ¿usted cree que estos terremotos, que el mundo esté tan destruido tiene que ver con... con el Apocalipsis? —preguntó con algo de vergüenza.

Luper lo miró ladeando su cuello.

—¿Has leído el Apocalipsis? —Gabriel negó.

Se distanció al otro extremo de la sala y buscó entre unos libros que tenía sobre la mesa. Cuando volvió junto a él se lo mostró.

—Es el último libro del Nuevo Testamento, también conocido como el libro de las Revelaciones o... el Apocalipsis. Está estructurado en cuatro partes —dijo mientras lo abría, ojeando. Gabriel se acercó para mirar—. Primero hay una introducción y las cartas a la iglesia. La segunda parte se titula el cordero, los siete sellos y trompetas. El tercer apartado trata del el dragón y el combate y el cuarto la Nueva Jerusalén.

—¿Qué es eso de los siete sellos? —preguntó intrigado.

El sacerdote buscó el apartado que le pedía.

—Hace referencia a los cuatro jinetes del apocalipsis, a las numerosas plagas que llegan a la humanidad y a las visiones de cataclismos naturales.

—¿Visiones? —preguntó directamente—. ¿Cómo sueños?

—No —Le sonrió de forma amable—. La lectura de este libro te explica lo que puede ocurrir, pero hay diversas formas de interpretarlo.

Gabriel tragó saliva.

—Y... usted... ¿usted cree que esto es lo que está ocurriendo ahora?

Luper lo miró intranquilo, pues Gabriel parecía nervioso. Se compadeció en cierto modo, muchas de las personas a las que atendía cada día venían a él buscando una explicación de lo que estaba ocurriendo, de por qué sus seres queridos habían muerto, de por qué habían perdido todo lo que tenían...

—Verás —explicó apoyándose contra la pared—, con la apertura de todos los sellos y, anunciada por las siete trompetas, surge la bestia. Apartado ocho guion once —remarcó.

Gabriel se quedó clavado en el suelo.

—¿La bestia? —preguntó impresionado. La división de la DAE le había dicho el mismo nombre.

Luper pasó hoja tras hoja hasta encontrar lo que buscaba.

—El mal, el destructor —susurró explicándole—. La bestia a la que se refiere la biblia, en su apartado doce, dice que combate con una mujer y que poco después este convoca las bestias que le sirven.

Gabriel intentó ordenar las ideas. Recordaba que le habían explicado que Mabus, la bestia, había sido invocado por una bruja. Sabía que la DAE había intentado evitarlo pero había sido imposible.

—Y... —Se aproximó más para observar—. ¿Cómo se puede vencer a esa bestia? ¿Lo explica?

—No precisamente. En el apartado catorce guion quince habla de que un ejército representado por el cordero se dirigirá a la lucha dispuestos a vencer.

—¿Qué es eso del cordero?

—El cordero es el poder de Cristo, la humildad. ¿Nunca has oído hablar del cordero de Dios que quita todos los pecados? ¿Cuál es ese cordero? ¿Qué es lo que te acerca a Dios? La humildad —Explicó.

—Y... y ese ejército liderado por... por el cordero de Dios, ¿podrá contra la bestia?

—Cada uno interpreta el Apocalipsis a su manera —Le recordó el sacerdote—, pero si habla de numerosas catástrofes y de la batalla final que se inicia con la reunión de los dos ejércitos en un lugar llamado Armagedón. —Se encogió de hombros—. Y sí, según el libro de Juan, la bestia es capturada y echada al lago de fuego. Se menciona más adelante que la bestia queda

encerrada por mil años y que posteriormente volverá a resurgir reuniendo todas las naciones representadas por Gog y Magog para ser vencido de nuevo y de forma definitiva. A partir de ese momento surge la Nueva Jerusalén, la nueva esperanza.

—Vale —dijo intentando ordenar las ideas—. ¿Dónde está ese lugar donde se reúnen para la batalla final?

—¿El Armagedón? Es figurativo, es lo que conocemos como el fin de los tiempos o el mundo. —Gabriel puso cara decepcionada—. Algunos historiadores afirman que la palabra Armagedón deriva de una palabra hebrea que significa Monte Megido. En hebrero es Han Mediggo, cerca del mar Muerto.

—¿Y las naciones de Gog y Magog?

Luper volvió a ojear durante unos segundos.

—Aquí —señaló—. Satán será liberado de su prisión y saldrá a seducir las naciones, a Gog y Magog. Que yo sepa no hay ningún país o nación que se llame así, aunque de geografía no domino mucho —medio sonrió con complicidad—. Pero Magog sí se menciona en la biblia, es el segundo hijo de Jafet según la tabla de naciones del Génesis. —Se quedó pensativo unos segundos—. Hay un libro, el libro de Ezequiel, uno de los profetas mayores en el Antiguo Testamento, que asegura que Magog, esa ciudad, será el epicentro del apocalipsis y está ubicada al norte de Israel, y que este será el origen de una invasión devastadora. Según Ezequiel, Magog, junto a Gog, son naciones que se encuentran sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra y que serán engañadas por Satanás después del milenio, para la batalla final.

—Espere, espere... lo que dice del milenio...

—Habrán dos batallas como te he explicado antes, en la primera lograrán encerrar a la bestia durante mil años, pero según el Apocalipsis, mil años después resurgirá y será cuando la tierra y la humanidad sea destruida del todo.

—Y... ahora, ¿en qué momento nos encontramos? ¿En la primera o en la segunda batalla?

En ese momento el sacerdote le sonrió.

—Cuanto me gustaría poder responder a esa pregunta.

Gabriel resopló y se movió nervioso unos segundos.

—Hábleme del ejército que se une para luchar contra la bestia... por favor —acabó diciendo.

—Solo dice que se unirán para vencer a la bestia, pero no explica cómo se forja esa unión ni de que nacionalidades son. —Gabriel suspiró y se masajeó los ojos angustiado por todo lo que le había explicado, era cierto que había mucha similitud—. ¿A qué viene todo esto, Gabriel?

Él se quedó mirándolo sin saber cómo responder.

Se puso las manos en la cintura y bajó su rostro pensativo.

—¿Cree que... que... —tragó saliva nervioso y tímido—, que una persona normal y corriente podría formar parte de ese ejército para luchar contra la bestia?

Luper lo miró fijamente.

—Ninguna persona es normal y corriente, Gabriel. —Luego puso una mano en su pecho—. Todos llevamos a Dios en nuestro interior. Solo hay que saber encontrarlo.

Aquellas palabras lo dejaron un poco aturdido y, durante unos segundos, notó como su corazón se aceleraba.

Puso su mano sobre la del sacerdote y le sonrió.

—Gracias, padre —agradeció con un tono de voz más tranquilo.

Luper asintió con una sonrisa, pero antes de que Gabriel se alejase lo detuvo.

—Espera, Gabriel... —Se acercó a la mesa, abrió un cajón y extrajo un objeto. Se acercó a Gabriel y se lo mostró. Era un pequeño crucifijo ensartado en una cadena bastante sucia. El sacerdote no preguntó, directamente lo pasó por su cabeza y lo colocó en su cuello—. Sé que son momentos difíciles, que se escapan a la comprensión humana, pero hay que confiar en él —dijo—. Él jamás nos abandonará. Jamás pienses que no está contigo o cuidando de cada uno de nosotros.

Gabriel sujetó la cruz en su mano y la observó unos segundos.

—Gracias.

Luego le pasó el libro.

—Toma, léelo, te hará bien —dijo entregandoselo—. Así luego podremos mantener charlas tan interesantes como esta —pronunció con voz más animada.

Gabriel sonrió por su último comentario y lo vio alejarse, sin echar la vista atrás. Miró el libro que sostenía entre sus manos y alzó la vista hacia el crucifijo. Se quedó allí un largo rato. Jamás había ido a la iglesia, pero hacía tiempo que no hallaba una paz como la que sentía en aquel momento.

Cuando salió el sol ya se ponía en el horizonte. No sabía cuánto tiempo había conversado con el padre Luper, ni era consciente del que había pasado en aquella iglesia en silencio, rememorando las últimas palabras que había dicho, pero al final, en el horizonte, comenzaban a verse las estrellas.

Bajó los escalones y fue hacia su casa sujetando con fuerza el libro que le había entregado junto a su pecho.

Se habían levantado y recogido los colchones como cada mañana para dejar paso a todos los que acudían a misa. Mientras, habían desayunado en la pequeña casita del sacerdote y tras ello habían vuelto a la iglesia.

Adrien entró por la puerta con cara de disgusto.

—¿Qué te han dicho los lobos? —preguntó Nicholas.

—Están un poco cansados de esperar. Se les acaban las provisiones que llevábamos y Alex ha estado gritando que ha tenido que salir a cazar conejos...

Nicholas sonrió ante aquello.

—No queda mucho.

—¿Cuánto? ¿Cuánto más vamos a esperar? —preguntó Taylor nervioso—. Ni siquiera sabemos lo que Mabus está haciendo, no tenemos contacto con el Pentágono, no sabemos nada del exterior.

Adrien resopló.

—Ni siquiera sabemos cómo están ellas —comentó preocupado.

—Estarán bien —intentó tranquilizarlos Nicholas—. Cintya puede avisar si va a ocurrir algo y Melanie está con ellas. Estarán mejor que nosotros.

Taylor se pasó la mano por la nuca, preocupado.

—Quizá una llamada o mensaje...

Nicholas suspiró.

—No hay nada que me gustase más, pero sabes que no podemos. Tenemos este tiempo porque nos mantenemos ocultos, porque no nos pueden localizar. Debemos seguir así. Ya queda poco —acabó diciendo, aunque también se le

notaba preocupado.

Scott fue hasta Taylor y puso una mano en su hombro.

—Cintya debe saber que Sandra está embarazada —susurró—. Puedes estar tranquilo, la protegerán más que a nada.

Taylor tragó saliva y asintió.

—Lo sé —acabó diciendo.

Nicholas se acercó a ellos.

—Bien, iremos a por Gabriel.

—¿A por él? —preguntó Taylor con ansias.

—A hablar con él —enfaticó su jefe—. Son las... —Se miró el reloj de muñeca—, dos de la tarde. Creo que ya habrá tenido tiempo suficiente de atender a todos los pacientes y no le molestaremos.

Dean sonrió de forma maliciosa.

—Yo creo que sí le vamos a molestar —ironizó. Fue hacia el banco y cogió el abrigo. —De acuerdo, pues vamos.

Scott también cogió su abrigo y se acercó a su jefe.

—¿Nosotros tres vamos a la obra? —preguntó mientras señalaba a Taylor y Adrien.

—Será lo mejor. Nosotros nos quedamos con Christopher que está vigilando. No quiero intimidarle más, ayer ya parecía bastante convencido así que lo mejor será seguir con la dinámica que estamos usando hasta ahora. Cuando acabemos de hablar con él os informaremos de... —Se quedó callado y miró hacia el suelo. De hecho, todos hicieron lo mismo que él. Nicholas miró a sus compañeros, nervioso—. ¿Lo habéis notado también?

Se quedaron callados, totalmente quietos.

Justo en ese momento el suelo comenzó a vibrar con más intensidad, haciendo que los bancos que había al inicio de la iglesia comenzasen a votar sobre el suelo.

—Un terremoto —reaccionó Scott.

—Fuera de la iglesia. ¡Todos fuera! —gritó Nicholas.

Reaccionaron rápido. Por suerte, había pocas personas en el interior. En ese momento no les importó que los vieses moverse a aquella velocidad, pues con el temblor de tierra que iba incrementando la iglesia de derrumbaría en cualquier momento.

La cruz que se sustentaba en la pared cayó al suelo mientras todo vibraba con más intensidad.

—Vamos, ¡fuera! —gritó Nicholas mientras miraba hacia el techo y el polvo comenzaba a inundar la iglesia.

Adrien cogió a una mujer de avanzada edad mientras el resto salían por su propio pie. Fue salir de la iglesia que el terremoto incrementó su potencia.

—Mierda —comentó Dean teniendo que dar unos pasos a un lado y a otro para aguantar la embestida.

Pudieron ver como las casas se elevaban levemente cuando las fuertes ondas del terremoto llegaban hasta ellos, destruyéndose varias y cayendo.

—¡Alejaos de las casas! —gritó Nicholas corriendo hacia un grupo que había en medio de la calle, tendido en el suelo, pues la mayoría de la gente no aguantaba el equilibrio y caía. Los gritos inundaron toda la colonia cuando las casas comenzaron a caer movidas fuertemente por el temblor.

Taylor fue hacia un grupo de jóvenes apartándolos del muro mientras el resto intentaba salvar a todo el que podían.

—¡Está siendo muy fuerte! —gritó Scott mirando de un lado a otro. Corrió hasta un niño y lo cogió por la cintura colocándolo bajo su brazo—. Shhh... shhh... tranquilo —dijo mientras se arrodillaba manteniéndolo junto a él.

Miraron impresionados como varias casas caían, por suerte, la mayoría habían logrado salir de ellas a tiempo. Nicholas se giró hacia su equipo.

—Gabriel —susurró.

No hizo falta decir nada más. Todos salieron corriendo hacia el lugar menos Scott que seguía cuidando del pequeño, mientras el temblor remitía y los gritos se iban calmando, aunque en ese momento los sollozos y gritos de dolor de los heridos y desesperación comenzaban a sustituir a los de terror.

Se desplazaron hasta allí y todos respiraron aliviados. Christopher se encontraba fuera de la consulta junto a Gabriel y se había encargado de que

todos saliesen de allí.

En ese momento el temblor se detuvo. Dean miró de un lado a otro. La mitad de las casas se habían hundido. Había bastantes personas ensangrentadas, llorando o buscando a sus seres queridos.

Giró sobre sí mismo y luego miró directamente a Gabriel.

—¿Y Mia?

Gabriel permanecía en estado de shock. No pudo decir nada, simplemente miró hacia el final de la calle. El colegio, hoy era lunes y estaría con los niños allí.

—No, no, no —gritó mientras corría hacia el lugar. Tal fue la desesperación que sintió en ese momento que aceleró corriendo entre la gente sin importarle que alguno lo viese. Aunque no tardó más que unos segundos en llegar hasta allí fueron los más largos de su vida.

Se detuvo en seco y miró hacia donde debía estar colegio. No era más que un manojito de hierros y piedras.

—Dios —gritó corriendo hacia el lugar—. ¡Mia!

Varios niños corrían llorando hacia sus padres que habían ido rápidamente para buscarlos.

—¡Mia! —gritó Dean mirando entre los escombros.

Levantó una enorme piedra echándola a un lado, sin ser consciente de la gente que lo rodeaba y de poder ser visto.

Al siguiente segundo el resto de la división se encontraba allí ayudándolo. Gruñó mientras levantaba pesados trozos de pared. Si le había ocurrido algo se moriría. Ella era la única persona que le daba algo de paz y alegría en ese mundo devastado.

—¡Dean! —gritó Christopher sujetando una piedra.

Cuando echó la vista hacia allí se quedó en shock durante un segundo pero reaccionó rápidamente. Una de las paredes había caído sobre ella. Tenía una herida en la frente y profundos cortes por los brazos y piernas pero, aquello, no tenía importancia a comparación con el hierro que atravesaba su costado.

—No, no, no —gimió echándose sobre ella. Le tomó el pulso con ansiedad

mientras el resto de la división lo rodeaba—. Tiene pulso, aunque muy débil.

Nicholas gritó hacia Adrien.

—Saca la piedra que le retiene la pierna —ordenó—. Scott, Taylor... buscad a más supervivientes. —Se arrodilló al lado de ellos valorando la situación—. Vamos a sacarla de aquí —dijo cogiéndola por las piernas.

—¡El hierro! —exclamó Dean observando cómo atravesaba su costado.

—Hay que levantarla —dijo Christopher cogiéndola por la cintura.

—Mierda —comentó Dean cogiéndole la cabeza. Estaba totalmente ensartada y, lo peor de todo, es que no sabían si había atravesado algún órgano vital—. Por favor, por favor... —suplicó mientras sujetaba su cabeza en su pecho—, no te vayas.

—Lo haremos a la de tres —explicó Nicholas—. Los tres a la vez, ¿de acuerdo?

Los dos lo miraron y asintieron.

—Una, dos... tres. —Todos se levantaron llevando con ellos el cuerpo de Mia, elevándolo para sacarlo del hierro. Por suerte, estaba inconsciente y no lo había sentido.

—Dámela —susurró Dean.

Nicholas observó como Taylor sacaba a un niño de los escombros, no parecía sufrir ningún daño importante, solo algunos rasguños sin importancia. Iba a girarse hacia Dean pero este salió corriendo con Mia en brazos hacia la consulta.

—Christopher —Le llamó la atención a su compañero para que le siguiese—. A la consulta de Gabriel.

Dean corrió hacia la consulta. Ni siquiera se dio cuenta a la velocidad que iba y con los nervios tenía que se había cruzado con Gabriel que corría dirección al colegio, aunque Christopher lo cogió al vuelo llevándolo con él.

Se detuvieron justo frente al consultorio. Dean vio aparecer al resto de sus compañeros, entre los cuales Christopher soltaba a Gabriel a su lado.

—¡Mia! —gritó nervioso.

—Un hierro le ha atravesado el costado —explicó Dean mientras la

llevaba adentro, nervioso.

Corrieron hacia la segunda sala y tumbó a Mia en la camilla. Gabriel se puso a su lado y fue a tomarle el pulso.

—Lo tiene muy bajo —Le informó rápidamente Dean. Dio un paso al lado mientras el resto de la división entraba en la estancia.

Nicholas se giró señalando los armarios.

—¡Buscad antibióticos! —gritó.

—¿Tiene la tetánica puesta? —preguntó Dean.

Gabriel asintió sin poder pronunciar palabra.

—Aquí... aquí no hay antibióticos —sollozó Gabriel hacia Nicholas, desesperado. Fue hacia uno de los cajones y cogió un par de gasas. Corrió hacia su hermana y apretó en el costado de donde brotaba abundante sangre—. Por Dios —sollozó—. Mia... Mia...

—Hay que hacerle una transfusión —dijo Dean.

—No tenemos reservas de sangre.

Dean corrió hacia los cajones mientras el resto de la división también buscaba en ellos.

—¿Dónde hay una vía? —preguntó Christopher abriendo los cajones y buscando por ellos.

—¡La tengo! —gritó Taylor.

Dean se la quitó de la mano mientras se ponía al lado de Mia.

Gabriel lo miró sin comprender, aunque cuando vio que se arremangaba la camisa lo miró asustado.

—¿Qué grupo sanguíneo tienes?

—Eso no importa —respondió Dean.

—¡Sí que importa! —gritó Gabriel acelerado—. Si le transfieres una sangre que no es del mismo grupo que ella morirá —dijo avanzando hacia él.

Nicholas se interpuso en su camino para retenerlo.

—Déjanos actuar —pronunció Nicholas sujetándolo—. Podemos curarla.

Taylor cogió las gasas y apretó en el costado con fuerza intentando contener la hemorragia, aunque cuando apartó la gasa miró a Dean preocupado.

—Le ha atravesado por completo, necesitamos que cicatrice rápido.

Christopher no esperó y cogió un bisturí haciéndose un corte en la mano, directamente Taylor apartó la gasa y Christopher puso su mano en la herida, haciendo contacto con su sangre.

—¿Qué hacéis? —gritó Gabriel intentando soltarse de Nicholas.

—Tranquilo, tranquilo... —intentó calmarlo.

Dean se puso la vía y fue directamente hacia el brazo de Mia mientras Scott le tomaba el pulso.

—Va demasiado rápido —pronunció con los dientes apretados.

Dean clavó la vía en el brazo de Mia y automáticamente comenzó a bombear su mano para que la sangre fluyera con más rapidez.

—Se pondrá bien —susurró Nicholas aún reteniendo a Gabriel—. Confía en nosotros.

En ese momento notaron como otra vez el suelo volvía a moverse bajo sus pies. Gabriel dejó de luchar contra Nicholas y todos se miraron entre sí.

—¿Otro terremoto? —preguntó asustado.

—Una réplica —informó Nicholas mientras el suelo volvía a vibrar bajo sus pies.

El temblor volvió a coger más potencia haciendo que las estanterías cayesen, incluso con más fuerza que el anterior. Hasta ellos llegaron los gritos de todos los habitantes de la colonia.

Todos miraron hacia arriba cuando el techo crujió sobre ellos. Nicholas miró directamente a Dean que no dejaba de abrir y cerrar su mano para que la sangre fluyese y miraba también hacia el techo.

—¡Sácala de aquí! Se va a venir abajo —gritó mientras cogía a Gabriel de nuevo.

Dean pasó un brazo por debajo de las piernas de Mia y otro por su espalda y la elevó. Corrió hacia el exterior. Cuando salieron observaron el terror que

estaba inundando la colonia. La mayoría de la gente permanecía agachada en el suelo, gritando sobre la tierra que no dejaba de moverse.

—Debe estar cerca —pronunció Nicholas con los dientes apretados—. Hay que abandonar la colonia.

Todos supieron a quién se refería. Mabus estaba haciendo de las suyas y era posible que los hubiese encontrado.

Dean se agachó en el suelo sosteniendo a Mia entre sus brazos mientras Christopher y Scott se colocaban a su lado y vigilaban todo a su alrededor, atentos por si debían intervenir en cualquier momento para salvar la vida de alguna de aquellas personas, pero el hecho, es que la mayoría de las casas habían sido ya destruidas por el primer temblor y la gente no corría más riesgos que la de llevarse un golpe fuerte contra el suelo.

Todos echaron su vista al frente cuando escucharon un fuerte crujido y el techo de la consulta se fue abajo arrastrando las paredes.

Una nube de polvo se levantó. Dean se echó encima de ella protegiéndola.

En ese momento, cuando pensaron que el terremoto había alcanzado su mayor intensidad sintieron como se elevaban unos segundos y volvían a caer sobre el suelo por una fuerte sacudida que hizo que las pocas casas que quedaban en pie cayesen arrasándolo todo a su paso.

Nicholas que sujetaba a Gabriel entre sus brazos se giró hacia él.

—¿A cuánto estamos del mar? —preguntó mientras lo sujetaba contra él para que no cayese.

Él negó.

—A unas sesenta millas —respondió.

—No hay peligro de tsunami —corroboró Christopher que se había echado también sobre Dean y Mia, protegiéndolos del polvo del derrumbe.

En ese momento una explosión como jamás habían escuchado hizo que los gritos de la colonia cesasen, creándose un silencio aterrador.

Todos echaron la vista atrás, sin dar crédito a lo que veía.

Aquello no era posible.

El monte Hood, con sus más tres mil cuatrocientos metros, se elevaba

majestuoso a poca distancia de ellos, con su cumbre nevada. Era una imagen relajante hasta ese momento. Todos observaron como las piedras negras salían disparadas desde su cumbre y una intensa nube emanaba de su cima.

—No es posible —susurró Gabriel.

Otra explosión hizo que bolas de fuego surcasen el cielo.

—¡Ha entrado en erupción! —gritó una de las personas que permanecía cerca de ellos, intentando levantarse, pero el terremoto aún no había cesado del todo y era difícil mantenerse en pie.

De repente, otra intensa explosión hizo que la lava comenzase a brotar del cráter a gran velocidad.

—¡Hay que irse de aquí! —gritó Nicholas levantando a Gabriel.

—Mia —sollozó Gabriel que aún era sostenida por Dean entre sus brazos.

Dean iba a responder cuando otra explosión hizo que parte de la montaña Hood desapareciese y una espesa cortina de piedra fundida comenzase a bajar por la ladera a una velocidad increíble.

—¡Vamos, vamos! —gritó Nicholas cogiendo a Gabriel y corriendo entre la gente.

Gabriel se giró para ver que Dean le seguía con Mia en sus brazos.

—¿Adónde vamos?

—Hay que abandonar la colonia —rugió Nicholas—. No pasarán muchos minutos antes de que la lava la sepulte.

Gabriel luchó contra sus brazos.

—¡No! ¡Espera! ¿Y toda esta gente? —preguntó intentando soltarse de él.

Nicholas tragó saliva y miró a sus compañeros. Se mantuvo callado sin decir nada mientras seguía arrastrando a Gabriel.

—No, no, no —gritó intentando golpearle, pero de nada servía intentar luchar contra él.

—¡Eh! ¡Gabriel! —contestó Nicholas deteniéndose un segundo—. ¿Crees que no querría salvarlos a todos? —preguntó de malas formas—. Pero no puedo. ¡No puedo! —gritó con dolor, desgarrándose la garganta.

Aquellas palabras dejaron a Gabriel aturdido, en shock. Todas aquellas personas iban a morir, la lava bajaba a demasiada velocidad y recorrería las millas que separaban la colonia en pocos minutos.

Su mundo se detuvo mientras Nicholas lo elevaba levemente para coger más velocidad. No pudo evitar mirar el rostro de las personas que corrían en dirección contraria a la suya. Aquellas personas no existirían en pocos minutos. Su mirada voló hasta Mia que permanecía inconsciente en los brazos de Dean, aún con la vía puesta.

Se fijó en que una mujer corría hacia ellos con su niño pequeño en brazos, al que había visitado varias veces, el hombre al que había atendido hacía tres días, la mujer anciana que, pese a tener unos dolores horribles de huesos siempre tenía una sonrisa para él... y no pudo evitar gritar de desesperación cuando comprendió que en pocos minutos no estarían, solo pervivirían en su recuerdo. Todo desaparecería.

Su mirada voló hacia la iglesia que había visitado la tarde del día anterior y no pudo evitar llevar su mano hasta su pecho, donde notó como en el bolsillo interior de su chaqueta abultaba el libro de la biblia que le había dado el padre Luper.

Se quedó en shock mientras la gente corría asustada mirando hacia atrás, mientras escuchaba diversas explosiones del volcán al expulsar la lava.

Volvió en sí cuando Nicholas lo depositó en el suelo y dos todoterrenos derraparon ante ellos.

—¡La leche! —gritó Alex desde el asiento del conductor de uno de los todoterrenos.

—¡Alex! ¡Al otro todoterreno! ¡Ya! —gritó Nicholas mientras llevaba a Gabriel al asiento trasero. Lo metió con un empujón y cerró la puerta. Al menos, la manada había reaccionado con rapidez y habían ido a buscarlos. En aquel momento, cualquier segundo contaba y era lo que los separaría de la vida y la muerte.

Alex corrió al asiento del copiloto del otro todoterreno donde se encontraba toda la manada, mientras la división tomaba asiento en su todoterreno.

Taylor se puso al volante con Nicholas de copiloto, tras él entró Dean con

Mía en brazos, situado al lado de Gabriel. Tras ellos se colocaron Christopher, Adrien y Scott.

—¡Acelera! —gritó Adrien echando la vista atrás, a lo lejos podía ver como la cortina de humo que indicaba por donde iba a la lava se acercaba, inundando ya medio bosque.

—¡Se acerca! —indicó Scott—. Acelera, Taylor. ¡Joder!

Gabriel se giró para observar. Era cierto, la lava avanzaba sin tregua a través del bosque, demasiado líquida, por lo que tras bajar la ladera de la montaña iba a una gran velocidad, consumiéndolo todo a su paso.

Nicholas se giró para controlar mientras cogía el walkie.

El todoterreno derrapó acelerando al máximo levantando una nube de polvo. Sus compañeros tenían razón, la lava los alcanzaría en pocos segundos.

—¡Sal de la carretera! ¡Ataja por el bosque! —gritó a Taylor controlando por la ventana. Se llevó el walkie a los labios mientras apretaba el botón—. ¡Aaron! —dijo acelerado, pues había visto que él iba al volante— ¡Seguidnos!

—Recibido —escucharon la voz de Alex.

Todos se echaron hacia un lado ante el intenso giro que dio Taylor al volante. Dean sujetó con fuerza a Mia entre sus brazos y en ese momento Gabriel se giró hacia él. Se acercó y puso la mano en el cuello de su hermana. Se quedó un poco extrañado y miró a Dean sorprendido.

—Su pulso se está normalizando —Le indicó sorprendido. En ese momento se fijó en como la sangre iba desde el brazo de Dean al de Mía.

Tragó saliva y se puso erguido mirando a su hermana.

Dean miró hacia atrás comprobando el bosque y luego echó a un lado la camisa de Mia descubriendo la enorme herida de su costado.

—Necesita más sangre para cicatrizar —dijo a sus compañeros.

—Dame una daga —Le pidió Scott a Adrien.

Adrien abrió la trampa del maletero. Gabriel se asomó mirando en su interior. Podía ver decenas de armas desde ahí. Se quedó pasmado durante unos segundos, mientras miraba a cada uno de ellos.

Sin poder evitarlo las palabras que había pronunciado el padre Luper

volvieron a su mente.

“El ejército de Dios”. Desde luego iban armados como tal. Se apoyó contra el asiento totalmente abatido, sin dar crédito a todo lo que estaba ocurriendo.

—Dame —dijo Dean para coger la daga que ya sujetaba Scott.

—No te preocupes, ya lo hago yo. Tú estás perdiendo mucha sangre — contestó su compañero. Directamente se hizo un corte en la mano ante la mirada estupefacta de Gabriel y la colocó sobre la herida de Mia.

Gabriel tragó saliva observándolos a todos, con su rostro blanquecino y las pulsaciones del corazón aceleradas.

Tuvo que sujetarse con fuerza a la puerta cuando Taylor esquivó unos árboles con el todoterreno y salió sobre el asfalto bastante agrietado.

Nicholas se giró para seguir controlando cuando el sonido de la voz de Alex inundó el todoterreno.

—¡Nos va a alcanzar!

Todos echaron la vista hacia atrás, incluso Taylor miró a través del retrovisor.

A lo lejos, se venía aquella enorme masa negra y rojiza avanzando sin tregua, arrasándolo todo a su paso.

Gabriel se quedó observando petrificado.

—Por Dios —sollozó. Luego echó la vista al lado mientras las lágrimas comenzaban a inundar sus ojos. Si la lava ya llegaba hasta allí solo significaba una cosa—. La colonia. Ya... —apretó los labios y notó como la lágrima resbalaba por su mejilla—, no está.

—¡Acelera! —gritó Nicholas amenazante. Se giró rápidamente y miró hacia atrás. La manada tenía razón, cada vez se acercaba más—. Preparaos por si hay que abandonar los coches. Christopher, Adrien, Scott cargaros de todas las armas que podáis y Christopher encárgate de la daga del destino. Dean —Lo miró directamente—, tú con Mía. —Luego miró a Gabriel que permanecía en estado de Shock.

Tragó saliva y giró su rostro hacia él mientras las lágrimas bañaban su

rostro, tenía la mirada perdida en el dolor.

—Tranquilo —susurró Nicholas intentando calmarlo, jamás había visto a una persona más hundida que él en aquel momento. Se giró y miró a Taylor—. Corre —rugió.

—Voy casi a doscientos treinta —gritó Taylor desesperado, sorteaba los baches del asfalto medio destruido por el terremoto.

—El río —susurró Gabriel.

Todos centraron su atención en él.

—¿Qué? —preguntó Nicholas.

—El río —repitió centrando su mirada en él—. El río Columbia. Está a pocas millas de aquí, hay un puente que lo cruza. O al menos, antes lo había.

—¿Es esta misma carretera? —preguntó Taylor al volante.

—Sí.

—¿Sabes si sigue en pie el puente? —preguntó Dean.

Gabriel asintió.

—Supongo que sí.

—Más nos vale —pronunció Nicholas con los dientes apretados. Se llevó el walkie a los labios e informó a la manada de lo que iban a hacer. Seguiría por esta carretera, sin desviarse, hasta llegar al río, con suerte, el río Columbia frenaría la lava.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó Taylor mientras veía por el retrovisor la cortina de humo, cenizas y fuego cada vez más cerca.

—No, poco —respondió Gabriel.

Giró su rostro hacia su hermana, observándola, en ese momento vio como Dean tenía la mirada fija en ella, casi sin pestañear y pasaba la mano por su mejilla acariciándola con suavidad y cariño. Estaba claro que estaba enamorado de ella, pero tras ver todo lo que había visto no creía que fuese lo más conveniente.

Iba a hablar hacia Dean cuando Taylor gritó señalando hacia delante.

—¡El río!

—¡Y el puente! —continuó Nicholas. Se giró hacia atrás comprobando que la nube de cenizas que precedía a la lava comenzaba a rodearlos. —Joder —susurró cuando el sol desapareció oscureciendo el día.

—Mierda, mierda —gimió Taylor acelerando al máximo.

El coche comenzó a votar sobre el asfalto. Ya ni siquiera intentaba evitar los baches, solo quería llegar al puente y cruzarlo.

—¡Solo nos falta pinchar! —Le llamó la atención Scott mientras apartaba la mano del costado de Mia.

Todos se giraron mirando hacia atrás cuando comenzaron a atravesar el puente y vieron aparecer tras ellos, entre la intensa nube, el todoterreno de la manada.

—Vamos, vamos... —suplicó Taylor mientras miraba a ambos lados, atravesando el puente que comenzaba a temblar por la llegada de la lava.

Respiraron más tranquilos cuando lo atravesaron y llegaron al otro lado, pero sobre todo, cuando vieron como la lava caía en el río.

Aunque cabía la posibilidad de que no lo frenase del todo les concedería el suficiente tiempo para alejarse de allí y mantenerse a salvo.

—No dejes de avanzar —Le pidió Nicholas a Taylor—. Necesitamos distancia. —Se llevó el walkie a los labios y apretó el botón—. A salvo. Seguiremos avanzando para conseguir distancia con la erupción.

—Hecho —respondió Alex.

Se giró y miró a Gabriel y luego a Mia, aunque se fijó directamente en su brazo.

—Dean, la vía —Le recordó—. Creo que ya tendrá suficiente. O no podrá dormir en una semana.

—Sí —respondió mientras colocaba a Mia apoyada contra la puerta un segundo y se extraía la vía del brazo.

Gabriel los miró confundido, esperando una explicación.

—Con nuestra sangre en poco rato recuperará el sentido. Puede que esta noche se encuentre algo débil pero mañana estará bien.

Gabriel no dijo nada, simplemente aceptó lo que decía y cogió con

delicadeza la mano de su hermana entre las suyas mientras miraba hacia atrás. Antes de tomar una curva pudo ver como la lava caía hacia el río y el agua comenzaba a burbujear. Poco después solo vio los árboles.

Cerró los ojos e intentó calmarse mientras apretaba los puños y la mandíbula.

No podía ser, no había forma de encontrarlo. Mabus miró a los dos vampiros que tenía por delante. Se notaba que Drake estaba nervioso. Tras la pérdida de la daga del destino su misión principal era encontrar al elegido, pero aquello era realmente complicado.

—Sin su aroma es muy difícil dar con él —Se defendió en un tono de voz suave y arrepentido. Era mucho mejor no enfadarlo más de la cuenta.

Mabus dio unos pasos al frente.

—Entonces... explícame porque razón estás aquí, ¿por qué aún te mantengo con vida?

Drake tragó saliva y miró a su compañero con ansiedad.

—Lo encontraré —sentenció.

Mabus rugió y fue de nuevo hacia la ventana para observar el paisaje. El puente de la Bahía de Sídney cruzaba con majestuosidad la bahía conectando el centro financiero de la ciudad con la costa norte, de carácter residencia y comercial. Con una longitud de mil ciento cuarenta y nueve metros y ciento treinta y cuatro de altura, soportaba ocho carriles de automóviles, dos líneas de ferrocarril y una ciclovía. Era una obra de arquitectura increíble.

Se quedó observándolo y medio sonrió. Lástima que fuese a desaparecer, pensó para sí.

Ya había sometido a Australia a una gran sequía y a un terremoto, pero aún quedaba bastante en pie. No duraría mucho más.

Se giró y lo observó.

—Se te acaba el tiempo, Drake. Es mi último aviso —Le amenazó.

Drake asintió obediente y retrocedió junto a su compañero saliendo de inmediato de la sala.

Mabus se quedó contemplando el horizonte, el sol comenzaba a esconderse tras los últimos edificios que quedaban en pie. Aquella ciudad era una de sus favoritas. Sería bonito verla desaparecer. Alzó su mano mientras respiraba profundo, señalando hacia el puente de la bahía cuando notó una fina corriente de aire tras él.

Se obligó a respirar profundo para intentar calmarse y cerró los ojos intentando hallar algo de paciencia. Sabía lo que aquella brisa traía. Se giró observando a sus hermanos. Eligos, Alouqua y Gergund miraban de un lado a otro observando la habitación con curiosidad.

Mabus centró los ojos directamente en Eligos, el único que lo miraba fijamente.

—Bonita habitación. Veo que sigues teniendo buen gusto —comentó acercándose unos pasos.

Alouqua fue directamente hacia la mesa donde varias bandejas repletas de bollería y fruta permanecía sobre ella. Cogió una uva y se la metió en la boca con gracia mientras sonreía a su hermano.

—Sírvelte —ironizó Mabus. Volvió la vista hacia Eligos—. ¿Qué hacéis aquí?

Eligos se colocó ante él y se encogió de hombros.

—Hace un par de semanas que no sabemos nada de ti, desde nuestra bonita aventura en el Everest —Le recordó—. Queríamos saber cómo va la misión.

Mabus resopló y se giró de nuevo hacia la ventana observando la ciudad.

—Esos dichosos vampiros no dan una. Son incapaces de encontrar al elegido.

Eligos le siguió hasta la ventana y se puso a su lado, observando los últimos rayos del día.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Tengo a Kenai, el jefe de la manada de lobos buscando, y a Drake

también. Pero...

—¿No son eficientes? —bromeó Eligos.

Si algo detestaba a Mabus era que sus tres hermanos se tomaran aquello a broma. Ladeó su cuello hacia un lado y lo miró con cierta hostilidad.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó.

Eligos sonrió y se apartó de él, acercándose a sus dos hermanos. Fue hasta la bandeja repleta de comida y cogió un bombón mientras inspeccionaba toda la habitación con calma.

Era una estancia enorme, decorada con lujos, digno de un rey, aunque demasiado pomposo para él, pensó observando la lámpara de araña que colgaba del techo.

En medio de ella había una imponente cama con una mesita de noche a cada lado. Los muebles de madera oscura daban elegancia y distinción a la estancia y la enorme ventana estaba decorada con una tela azul eléctrico cogida por ambos lado por cordeles dorados, a conjunto con la colcha de la cama,.

—Mmmmmm... delicioso —dijo degustando durante unos segundos como se fundía el bombón en su boca—. Si algo voy a echar de menos de la humanidad es el chocolate.

Mabus resopló y se giró hacia la ventana para observar, manteniéndose en silencio.

—Dime, ¿sabes al menos en qué lugar se puede encontrar? —continuó Eligos.

—¿Tú qué crees? —preguntó Mabus sin mirarle, con la vista clavada en el puente de la bahía.

—Lo que creo es que estás agotando el tiempo, esquivándolo —dijo esta vez más furioso.

En ese momento Mabus se giró mientras apretaba los puños. Él ya sabía que el tiempo llegaba a su fin.

—No hace falta que me lo recuerdes, además, ¿qué problema hay? —rugió.

Eligos miró a sus dos hermanos que se mantenían al lado de la mesa, observando expectantes y finalmente se puso erguido y miró a Mabus.

—Quedan menos de diez días para que acabe tu ciclo y no has logrado nada —comentó con los labios apretados—. ¿Qué hay de la división? —preguntó ladeando su rostro hacia un lado mientras volvía a acercarse, aunque esta vez con una mirada que denotaba furia.

Mabus no se movió, ni siquiera apartó la mirada de él.

—Dímelo tú —comentó amenazante dando un paso hacia él. En ese momento, Alouqua y Gergund se acercaron a su hermano Eligos, como si fuesen a prestarle su ayuda—. Tú eres el responsable de DAE.

—Yo he cumplido mi parte del trato...

—¡No! —rugió—. Tú no has cumplido nada. Se supone que tú debías controlar a... a esa división de pacotilla.

—¡Y tú deberías acabar con el elegido! —gritó de los nervios, explotando al fin—. O, si no, acabará contigo y no habrá servido de nada que hayas vuelto a la vida. De nuevo, nos arrastrarás al abismo. —Avanzó con la mirada encendida—. Alouqua provoca la muerte en todo el mundo, Gergund ha llevado el hambre hasta los rincones más inhóspitos de este planeta. —Alzó su rostro con convicción—. Yo he creado la guerra en lugares donde había paz... pero tú... ¿tú que has hecho? ¿Huracanes? ¿Terremotos? ¿Inundaciones? —Le señaló—. Todo estaba perfectamente preparado para tu llegada —rugió—, pero como siempre que vuelves pasas más tiempo divirtiéndote que preocupado por la misión para que hemos sido creados, para la que estamos aquí —enfaticó—. ¿Tienes a los lobos buscándolo? ¿A los vampiros? —Fue hasta él situándose enfrente—. ¿Y mientras tanto tú qué haces? —preguntó provocativo—. Te refugias en hermosas habitaciones, te diviertes provocando el caos en vez de hacer lo que deberías hacer: acabar con el elegido antes de que él lo haga contigo. ¿O crees que no lo intentarán?

Mabus resopló y agachó la cabeza como un niño que recibe la reprimenda de su padre, aunque sin demostrar nada de arrepentimiento.

Eligos aprovechó para girarse unos segundos y mirar a su hermano y su hermana que no decían nada, solo esperaban atentos.

—Sabes que la batalla final se acerca —recordó— y, uno de los dos debe

morir.

—No seré yo —rechinó de dientes mientras elevaba la mirada hacia él.

Se quedaron mirando fijamente durante unos segundos hasta que Eligos dio un paso atrás.

—Hazlo —ordenó—. Tú eres el único que puede matar al elegido. El tiempo para que el elegido pueda acabar contigo se agota, pero tú tampoco podrás pararlo entonces. Sabes que si no es con la daga siempre encontrarán otra forma.

Mabus se pasó la mano por la frente y resopló.

—Es un simple humano —dijo.

—Sabes que eso no es así. Si no, no te sentirías amenazado y lo estarías buscando —sentenció.

Mabus miró a su hermano con odio hasta que Eligos se acercó a la mesa y cogió un par de bombones más. Señaló a Alouqua y Gergund hacia la puerta y estos marcharon hacia allí.

—Quiero estar informado de todo —ordenó antes de girarse y salir de la habitación con sus dos hermanos, dejando a Mabus frente a la ventana con una mirada cargada de rabia.

Nada más salir, los tres anduvieron por el pasillo con paso presto, dirigiéndose a las escaleras, encontrándose por el camino con algún vampiro.

Se mantuvieron callados hasta que salieron al exterior.

—Es un incompetente —pronunció Gergund deteniéndose.

Eligos se giró hacia los dos.

—Siempre lo ha sido. —Tragó saliva y miró hacia la bahía mientras el sol acababa de ponerse en el horizonte—. Encargaros de los lobos y los vampiros.

—¿Y tú? —preguntó Alouqua acercándose, mientras su vestido rojo ajustado se abría por el lateral para mostrar una pierna.

—Me encargaré de la división —informó.

En ese momento los tres miraron hacia el puente que, de repente,

explosionó derrumbándose, cayendo sobre el río. De repente notaron como el suelo comenzaba a temblar.

—Has logrado enfadarlo —ironizó Alouqua.

Eligos la miró con una ceja enarcada.

—Ni que fuese la primera vez —bromeó.

Los tres se miraron y desaparecieron del lugar antes de que el terremoto comenzase a recorrer todo Sídney, destruyendo lo poco que quedaba de él.

Gabriel pasó la página y leyó con atención. Las primeras horas las había pasado mirando por la ventana. El único viaje que había hecho tras el gran terremoto había sido para ir a buscar a su hermana y traerla con él, desde entonces, no había salido de la colonia.

Ahora, meses después, se daba cuenta de que su mundo ya no era el mismo que antes. Decenas de poblados habían desaparecido y solo intuías que habían estado ahí porque se podían apreciar los escombros. Habían pasado millas de bosque quemado, de lagos secos.

Aquello lo había hecho desesperar. Había decidido continuar con la lectura iniciada la noche anterior.

Miró de nuevo a su hermana, aún permanecía en los brazos de Dean, apoyada en su pecho. Tenía mejor color de cara pero aún no había recobrado la consciencia.

Se había fijado en como Dean cuidaba de ella las últimas horas tomándole el pulso y palpando su rostro por si su temperatura corporal ascendía. Lo único que había dicho era que estaba mejorando.

Al principio había estado nervioso pero, con el pasar de los minutos, se había calmado al comprender que tenía razón. Aún no sabía por qué, pero la sangre de Dean parecía sanarla, incluso la herida del costado comenzaba a cicatrizar.

Ni siquiera quería saber cuál era la razón. Lo único que le importaba era que ella se pusiese bien.

Scott se acercó a él por la espalda y miró el libro que leía Gabriel.

—¿El Nuevo Testamento? —preguntó sorprendido.

Gabriel se asustó cuando escuchó una voz a su lado. Lo miró unos segundos y después bajó el libro hasta sus piernas.

Miró de reojo a Dean que lo miraba sorprendido y echó la vista al frente, donde Nicholas también se había girado enarcando una ceja.

—Estoy leyendo el Apocalipsis... —susurró.

—Bonita lectura —comentó Scott.

—Nunca lo he leído. —Tragó saliva y miró a Scott con recelo—. ¿Vosotros lo habéis hecho?

—Teníamos una clase sobre eso en el Pentágono, ¿verdad? —preguntó a sus compañeros.

—En el segundo año —recordó Taylor.

—Pzzzz... hace mucho tiempo, ya ni me acuerdo —apuntó otra vez Scott.

Gabriel asintió mientras se mordía el labio y se puso más erguido sobre el asiento mientras volvía a ojear el libro y los iba mirando de reojo.

—He... —murmuró—, he encontrado unas cosas interesantes.

Nicholas lo miró interesado.

—¿El qué?

Suspiró y los miró cortado, como si sintiese timidez al explicar aquello.

—Ayer fui a hablar con el padre Luper. Él me dio esta biblia... —explicó —, me... —Se mojó los labios antes los nervios—, me enseñó unos salmos que... —continuó mientras ojeaba buscándolos. La división se miró entre sí pero no dijeron nada, esperando a que Gabriel continuase. —Ah, aquí... —dijo al hallarlo. Carraspeó un poco y acercó el libro a su rostro, pues la letra era muy pequeña—. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la bestia, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces, el dragón se llenó de ira contra la mujer, y se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardaban los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo. —Los miró vergonzoso—. ¿No me dijisteis que

había sido invocado por una bruja? —preguntó con curiosidad—. Más adelante relata que esta mujer dio a luz un hijo. ¿Puede que se refiera a la invocación de la bestia?

Nicholas se echó hacia atrás interesado.

—No recuerdo esta parte del Apocalipsis —contestó mirando a sus compañeros.

—Ni yo —respondió Dean—, pero... bueno, tiene cierto sentido, ¿no? —Miró a Gabriel—. Dice que la bestia se llenó de ira contra la mujer. De hecho, Mabus acabó con la vida de las brujas que lo invocaron y pretendían dominarlo. ¿Qué más dice? —preguntó intrigado.

Gabriel siguió leyendo, esta vez con la voz más calmada al ver que lo tomaban en serio.

—Y vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano y prendió al dragón, la serpiente antigua que es el diablo...

Dean se acercó levemente.

—¿Dice una cadena?

Gabriel lo volvió a leer para sí.

—Sí, eso dice.

En ese momento Dean miró a Nicholas.

—La única forma de contener al diablo, más o menos, es con cadenas de bronce —explicó Nicholas.

Gabriel parpadeo varias veces sorprendido. Se removió incómodo y siguió explicando.

—Dice que la bestia fue atada por mil años, arrojada al abismo, encerrada. Pero que tras el paso de ese tiempo Satanás sería suelto de su prisión, pero enfatiza que por poco de tiempo.

Christopher resopló detrás de él.

—Debería haber prestado más atención a las clases.

—Sigue — Le animó Scott.

Gabriel tragó saliva.

—Dice que pasado estos mil años Satanás saldrá de su prisión a engañar a las naciones en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog a fin de reunirlos para la batalla. Hay una guerra y Satanás rodea el campamento de los santos y la ciudad amada. Al final el diablo fue lanzado al lago de fuego y azufre.

—¿Eso significa que ganamos? —preguntó Taylor mientras miraba por el retrovisor.

—Pues... ammm... —contestó Gabriel mirando el libro—, después habla del resurgir de una nueva Jerusalén.

—Ganamos —enfaticó.

Gabriel cerró los ojos y apretó los labios.

—No lo sé... ni siquiera sé si esto es cierto —susurró mirando por la ventana.

Nicholas miró a sus compañeros al ver la expresión angustiada de Gabriel.

—Eh... —comentó en un susurro—, cada persona que lee la biblia hace una lectura diferente. Se puede interpretar de muchas formas.

Gabriel miró a Nicholas con sorna.

—Ya, pero es que... —comentó esta vez con cierta gracia—, según el Apocalipsis, fue el arcángel San Miguel quien encerró a la bestia esos mil años, y ahora, después de haber sido despertada y luchar contra él dice que un ángel será el que lo destruya. —Enarcó una ceja hacia ellos—. Un ángel —enfaticó incrédulo.

Scott lo miró sonriente.

—¿No había un ángel que se llamaba Gabriel?

Gabriel resopló.

—Ese, según el evangelio, es el que anunció a la Virgen María que estaba embarazada. Es como un mensajero —Le recordó Gabriel.

—Te equivocas —dijo Nicholas girándose—. También lo llaman en ángel de la resurrección porque fue el que fue a buscar a Jesucristo cuando resucitó, el que movió la piedra del sepulcro para que pudiese salir. A demás, era

considerado la fuerza de Dios y el encargado de misiones especiales —Se encogió de hombros.

Gabriel enarcó una ceja hacia él.

—¿Qué estás insinuando?

—También —comentó con una sonrisa algo tirante—, dicen que toca las trompetas del Apocalipsis —Se giró hacia sus compañeros y les guiñó un ojo—. De eso sí me acuerdo. —Luego miró a Gabriel con una sonrisa tirante—. ¿Te gustan los instrumentos de viento?

—Venga, va...

—Y además te llamas Gabriel —comentó Scott desde atrás con efusividad.

—Lo mismo que me podría haber llamado Arturo, y no por eso tengo la espada de Excalibur —ironizó.

—Pero tienes una daga —recordó Christopher—. Es mejor aún.

—Sí, mola más —sonrió Adrien que se había mantenido callado todo el rato.

Gabriel resopló y cerró el libro con un ligero golpe expresando su disconformidad.

—Lo que me faltaba por escuchar —susurró mirando por la ventana el paisaje desolador.

Nicholas miró al frente y se fijó en el cielo.

—Está comenzando a oscurecer —indicó. Miró a Taylor—. Será mejor que nos vistamos. Detén el todoterreno.

Gabriel arqueó una ceja.

—¿Qué os vistáis?

—Los uniformes —explicó Dean mientras sujetaba a Mia entre sus brazos.

—¿Qué uniformes? —preguntó sin comprender.

Dean depositó con sumo cuidado a Mia sobre el asiento en cuanto el todoterreno se detuvo, aunque antes de abrir la puerta volvió a tomarle el pulso. Se quedó observándola y sin poder evitarlo desplazó con una caricia el

cabello castaño oscuro de su frente. Aquel gesto no pasó desapercibido para Gabriel que se quedó observándolo con recelo mientras Dean bajaba del coche.

Los vio a todos dirigirse al maletero y decidió bajar a estirar las piernas, no sin antes tomar el pulso también a su hermana para asegurarse de que estaba bien.

Fuera hacía fresco.

Las miradas se posaron en él en cuanto bajó del coche y Nicholas se adelantó para que el todoterreno de la manada se detuviese.

—Quedaros ahí —Les ordenó.

Alex abrió la ventanilla y asomó medio cuerpo por ella.

—Necesitamos estirar las piernas —Se quejó.

Nicholas suspiró.

—De acuerdo pero... —Miró de reojo a Gabriel que observaba el todoterreno con temor—. No os acerquéis mucho o le dará un ataque —bromeó.

Gabriel resopló por la frase mientras se acercaba a la división. Abrieron la trampa y Adrien comenzó a extraer uniformes.

—Este es... el de Taylor —dijo pasándoselo—. Nicholas... Mío —dijo con una sonrisa mientras lo dejaba a un lado—. Dean... Scott... y Christopher.

Al momento, todos comenzaron a desnudarse. Gabriel miró de un lado a otro al verlos quitarse la ropa tan tranquilos. Se acercó y tocó el uniforme que había depositado Adrien al lado mientras cerraba la trampa.

—Esto debe dar calor... —comentó.

—Sí, son bastante calentitos —informó Scott mientras se quitaba la camiseta y los pantalones.

—Nos sirven para luchar contra los vampiros, lobos, brujas...

En ese momento varios pitidos que provenían del todoterreno de los lobos los alertaron, aunque cuando los miraron parecían estar dando palmas al son que pitaban.

—Por Dios... —susurró Dean—, esto no es una exhibición para que nos aplaudáis.

Gabriel lo miró. Se dio cuenta de que iba girando su rostro de vez en cuando para observar a Mia.

—En la biblia también dice que hay un ejército de Dios, el que lucha contra la bestia —explicó mientras Adrien volvía a abrir la trampa y comenzaba a poner las dagas y pistolas en el cinturón.

Todos volvieron su mirada hacia él, sorprendidos por sus últimas palabras.

—Nuestro jefe actual es un jinete del Apocalipsis... ¿guerra no? —bromeó Christopher.

—Y quien nos paga es el Pentágono —continuó Dean con la broma—. Siento decepcionarte en eso —dijo mientras se echaba la mano a la espalda para subirse la cremallera—. Nuestro jefe es de los malos. Trabajamos en secreto.

—Somos dobles agentes —continuó Scott divertido.

—Ya... —comentó Gabriel cruzándose de brazos. Luego miró a ambos lados hasta que volvió a centrar la mirada en Dean que en ese momento cogía una pistola y la ponía en su cinturón. Se giró levemente para observar a su hermana aún inconsciente y volvió la mirada hacia él. Dio unos pasos acercándose—. ¿Puedo hablar contigo un momento? —susurró mientras el resto de la división se ayudaba con los uniformes.

Dean lo miró sorprendido y asintió levemente.

Cogió otra pistola y una daga y se acercó a Gabriel, pero Gabriel le indicó que quería alejarse un poco más de la división.

Se puso frente a él mientras colocaba la daga en el cinturón y lo miró extrañado.

—Dime —comentó con una medio sonrisa. Luego se giró hacia sus compañeros. Ninguno parecía prestar atención excepto Nicholas que mandó una mirada sospechosa hacia los dos.

—Quiero... quiero agradecerte lo que has hecho por mi hermana —pronunció con sinceridad.

Dean le sonrió y asintió.

—No es nada.

Gabriel puso las manos en su cintura y se removió incómodo.

—Dean... he visto cómo miras a mi hermana —Titubeó un poco y tragó saliva, finalmente halló la valentía suficiente para pronunciar aquellas palabras—. Sé que eres un buen hombre y tienes buenas intenciones. —Dean lo miró sin comprender—. Pero no quiero que mi hermana se involucre más de lo que ya está. —La sonrisa de Dean se esfumó poco a poco—. Preferiría que te alejases de ella.

Dean tardó un poco en reaccionar.

—Vaya —comentó aturdido por sus palabras, incluso dolido. Lo miró fijamente, con convicción—. Sabes que jamás le haría daño a tu hermana, ¿verdad?

—Lo sé —respondió rápidamente—. Pero ella no se merece esto. Ella se merece llevar una vida normal.

Dean tragó saliva y apretó los labios mientras respondía. Comprendía en parte la reacción de Gabriel, todo esto era nuevo para él, y era normal lo que le pedía. No podía culparle por ello y, en cierto modo, ¿no tenía razón? ¿No se merecía su hermana una persona normal que se limitase a cuidar de ella sin tener que correr estos peligros?

—No te lo tomes a mal. Me pareces muy buena persona y como te digo: le has salvado la vida a Mia, no tengo palabras suficientes para agradecerte todo lo que has...

—No sigas. —Le cortó Dean—. Lo comprendo —respondió con voz calmada. Luego tragó saliva—. No tienes por qué preocuparte.

Gabriel lo miró durante unos segundos y finalmente asintió.

—Gracias —respondió.

Rodeó a Dean y volvió hacia el todoterreno. Dean se quedó unos segundos paralizado sobre la carretera. Sabía que Gabriel no tenía malas intención en sus palabras y, como su hermano mayor y única familia que tenía, solo quería protegerla. Mia no se merecía vivir en un mundo así, lleno de peligros, y Dean tenía justamente ese tipo de vida.

Tragó saliva notando como su garganta se había secado y tras un suspiro se giró hacia el todoterreno. Ninguno de sus compañeros parecía consciente de las palabras que Gabriel había tenido con él excepto Nicholas que lo miró fijamente y luego observó de reojo a Gabriel. Por la mirada de su jefe podía intuir que había escuchado parte de la conversación.

Se dirigió directamente al asiento y cuando entró Gabriel tenía a su hermana entre sus brazos. Se quedó observándolo unos segundos, y no pudo hacer otra cosa que respirar profundo y mirar a Mia para asegurarse de que seguía teniendo buen color de cara.

No había nada que desease más que tenerla entre sus brazos, asegurarse cada pocos minutos de que ella se encontraba bien, pero tal y como su jefe le había advertido varias veces, era mejor no jugar con fuego. Sabía que Gabriel no aprobaría una relación con su hermana, al menos, de momento, y tal y como estaban las cosas era mejor no decepcionarlo, ahora mismo había algo más importante que eso.

Nicholas cerró la puerta con un portazo y miró hacia atrás.

—¿Estamos todos? —preguntó mirando a sus compañeros.

No le pasó desapercibida la mirada que echó a Gabriel cuando vio que tenía a su hermana en sus brazos. Miró fijamente a Dean y chasqueó la lengua.

—Arranca —ordenó a Taylor que hizo rugir el motor del todoterreno.

A medida que los minutos pasaban y recorrían la carretera el asfalto se fue volviendo más difícil. Esa zona también había sido devastada por un fuerte terremoto y el asfalto se volvía casi imposible.

El todoterreno se movía de un lado a otro saltando por encima de los baches.

—Ten cuidado —Le previno Nicholas.

—Hago lo que puedo —contestó Taylor.

En ese momento, Dean pudo ver de reojo como la mano de Mia se movía. Fijó su mirada en sus ojos y comenzó a abrirlos lentamente. En ese momento no pudo evitarlo.

—Mia —comentó acercándose.

Gabriel bajó su rostro hacia su pecho, donde ella permanecía apoyada.

Durante unos segundos se sintió desubicada, como si no supiese dónde se encontraba. Miró a su hermano asustada y cuando volvió su atención hacia Dean su rostro se relajó.

Aquello tampoco pasó desapercibido para Gabriel.

Su hermana los miró a los dos y luego observó el techo del coche, hacia delante donde Nicholas se había girado para observarla y hacia atrás, donde los otros compañeros de Dean la miraban con una sonrisa.

—¿Qué tal estás? —preguntó Gabriel acariciando su frente.

Ella tragó saliva y le costó encontrar la voz.

—Tengo... tengo sed —susurró.

Christopher cogió una botella de agua y se la pasó a Dean de inmediato. La abrió y se la entregó a Gabriel. Le ayudó a incorporarse con cuidado y dio unos cuantos tragos.

Cerró los ojos durante unos segundos y miró a todos lados de nuevo.

—¿Dónde estamos? —preguntó asustada.

—Hubo un terremoto en la colonia —explicó Gabriel, luego miró al resto de compañeros mientras apretaba los labios—. Hemos escapado —dijo sin explicar nada más.

Ninguno de ellos dijo nada. Mia acababa de despertar de un terrible accidente, habría muerto si no fuese por la rápida actuación de la división, y lo que menos necesitaba en aquel momento eran malas noticias.

Ella volvió a mirar a todos lados hasta que se encontró con los enormes ojos de Dean mirándola preocupado.

—¿Adónde vamos?

Dean respondió directamente.

—A Banff. —Miró unos segundos a su hermano—. Allí estaréis a salvo.

—¿A Canadá? —preguntó sorprendida.

Gabriel la miró asombrado. Su hermana tenía más vitalidad de la que cabría esperar tras despertar de un accidente como el suyo.

—Sí —continuó hablando Dean. Se fijó en que Gabriel permanecía bastante aturdido por el bienestar de su hermana—. ¿Te duele el costado? —preguntó directamente cambiado de tema.

Ella se llevó la mano hacia su lado derecho.

—Un poco... —comentó.

—¿Mareada? —preguntó Christopher.

Ella lo miró y negó.

—No, solo cansada.

Se apoyó de nuevo contra su hermano y se quedó observando extrañada a Dean.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó recorriéndolo de los pies a la cabeza.

Todos lo miraron fijamente esperando una respuesta, incluso Gabriel.

—Ammm... es nuestro uniforme de trabajo —pronunció sin saber qué decir.

Estaba de acuerdo con no informar a Mia en ese momento, de esperar hasta que estuviese recuperada, pero le molestó que incluso Gabriel lo mirase intrigado por su respuesta, sin intervenir, dejándolo totalmente expuesto cuando hacía pocos minutos le había dicho que no quería que se acercase a ella.

—¿La policía lleva esos trajes? —continuó ella asombrada, recorriendo al resto de compañeros que vestían igual que él.

Dean miró directamente a Gabriel, el cual tragó saliva.

—¿No te parecen adecuados? —Y volvió su atención hacia Mia.

Ella seguía mirándolo extrañada.

—No los había visto nunca.

—Pues son muy cómodos —explicó.

Mia volvió a mirar hacia los lados.

—¿Y el todoterreno? ¿De dónde ha salido?

Todos miraban a Dean esperando una respuesta, incluso Gabriel.

—Es nuestro.

Ella pestañeó varias veces y miró a su hermano confundida, aunque le extrañó cuando apartó la mirada de ella para observar por la ventana.

—¿No decías que habías venido andando? —preguntó.

En ese momento, Dean escuchó el suspiro de su jefe.

—Solo un trozo, el último tramo —improvisó, y en parte, se dijo a sí mismo que era cierto, pues habían dejado los todoterrenos escondidos aunque a poca distancia de la colonia.

—Ah —dijo pensativa.

—¡Mierda! —interrumpió Taylor la conversación mientras detenía el todoterreno.

Todos resoplaron al mirar al frente. Una profunda y ancha grieta dividía la carretera por la mitad, producto de un gran terremoto.

Nicholas bajó la ventanilla para hablar con el todoterreno de la manada que se había situado al lado.

—Tendremos que buscar otro camino —dijo hacia Aaron.

Alex, que iba de copiloto se echó hacia el lado para mirarlo con una sonrisa.

—Yo creo que si cogemos carrerilla y aceleramos...

—Olvidalo —Le cortó Nicholas. Se volvió hacia sus compañeros y en concreto hacia Gabriel—. ¿Conoces esta zona?

Gabriel negó directamente provocando que Nicholas resoplarse. La grieta era muy ancha. Era imposible cruzarla, pues varios metros separaban una parte de la calzada con la otra y, por otro lado, parecía bastante larga. Aquello podía desviarlos bastante del camino y comenzaba a oscurecer, lo que no era mucho de su gusto.

—Gira a la derecha —ordenó a Taylor—. Seguiremos la grieta hasta algún punto donde podamos cruzarla. —Se giró y miró a Aaron—. Seguidnos —dijo antes de cerrar la ventana.

Mia observaba fascinada el exterior y coincidió la mirada con algunos miembros de la manada.

—¿Quiénes son? —preguntó a Dean.

—Amigos —Se limitó a responder ante la atenta mirada de Gabriel.

La última conversación que había mantenido con él y encima tener la responsabilidad de dar toda aquella información lo estaban poniendo de los nervios. Resopló y se limitó a girar su rostro para observar por la ventana, ante la mirada de soslayo de toda la división.

—En menos de una hora será noche cerrada —dijo Nicholas mirando el cielo.

—Quizá deberíamos buscar un lugar donde pasar la noche. Después de lo del terremoto y el volcán es posible que Mabus esté cerca —susurró Taylor—, preferiría no tener que atravesar esta zona a plena noche.

—Sí —respondió en el mismo tono de voz—, será mejor —dijo mirando hacia atrás, directamente a Gabriel—. Escuchad, buscaremos un lugar donde pasar la noche y continuaremos mañana a primera hora. —Gabriel iba a protestar pero Nicholas le cortó—. Créeme, es mejor, sin las calles iluminadas y tanto bosques no sabemos lo que tenemos por delante. Y no podemos encender los GPS para saber si... —Se quedó callado cuando vio que Mia lo miraba con interés—, si hay algo delante. —Resopló y se sentó de nuevo en el asiento con cara de circunstancias.

Se removió incómodo y cogió el walkie para informar de los planes a la manada.

Tras más de cinco horas de conducir Taylor detuvo el todoterreno frente a un hostel. Hacía más de tres horas que era noche cerrada, pero no habían encontrado ningún lugar donde poder refugiarse.

Nicholas miró su reloj de muñeca. Marcaban las once de la noche.

—¿Qué zona es esta? —preguntó Taylor volviéndose hacia sus compañeros.

—Nos hemos desviado bastante de la ruta actual. Hemos pasado hace unos diez minutos un cartel que ponía Everett. Vamos muy retrasados, deben quedar desde aquí unas diez horas hasta Banff. —Se giró hacia atrás—. ¿Llevamos gasolina suficiente?

Adrien miró los barriles que tenía al lado.

—Creo que sí.

—¿Crees? —Cogió el walkie y lo llevó hacia los labios—. Eh, vosotros... —dijo mirando al lado, donde a pocos metros la manada lo saludaba desde dentro del coche—. ¿Cómo vais de gasolina?

Aaron miró el panel.

—Nos queda medio depósito.

—¿Tenéis algún barril?

Todos vieron como se giraban, aunque ninguno se metió en el maletero, pues estaban forrados de plata.

—Un barril.

Nicholas resopló y se quitó el cinturón.

—Vamos un poco justos —comentó a sus compañeros. Volvió a apretar el

botón para dirigirse a la manada—. No quiero hacer más carretera a oscuras. Descansaremos aquí hasta que amanezca. —Toda la manada les hizo el gesto de elevar en pulgar hacia ellos a modo de conformidad.

Nicholas miró al resto y luego observó el motel. Era el típico de carretera. Un complejo de veinte habitaciones, de una sola planta, con su porche. Aunque la zona estaba bastante devastada, al menos, ese lugar permanecía en pie y les permitiría mantenerse a salvo.

Dean miró a Mia. Desde hacía un par de horas se había sentado entre Gabriel y él y, aunque permanecía bastante callada, no había vuelto a dormirse. La transfusión había hecho perfectamente su función y, aunque imaginaba que hasta mañana no estaría del todo recuperada, ahora podía estar ya tranquilo. Atrás quedaban los nervios y el miedo por perderla, aunque sin duda, otros nervios lo mantenían compungido.

Mia lo había mirado varias veces, observando su perfil, incluso había desplazado su mano hasta la suya, colocada entre sus dos cuerpos para cogerla. Dean se había resistido, no quería poner en peligro la misión, pero finalmente había cogido uno de sus dedos con delicadeza y lo había sujetado, acariciándolo, sin que Gabriel se diese cuenta.

—¿Habrás algo de comer? —preguntó Scott mirando hacia el motel.

Dean lo miró divertido.

—Tú y tus ganas siempre de engullir —bromeó.

—El sitio está abandonado —explicó Nicholas señalando hacia delante—. Con suerte tendremos luz.

Comenzaron a bajar junto a la manada.

—Al fin una cama donde dormir —pronunció Alex agradecido mientras Gabriel y Mia bajaban por la otra puerta.

—Después de tener que dormir en el bosque y en el todoterreno, cualquier cosa es buena —dijo Fillipe con ilusión también.

Nicholas se giró hacia su división.

—Taylor, Adrien, Christopher... —Luego señaló a la manada—. Fillipe, Aaron, ¿podéis ir a controlar que todo esté a salvo? Mirad si las habitaciones están...

Se quedó callado cuando los cuatro lobos dieron unos pasos hacia delante, olfateando.

—¿Lo hueles? —preguntó Alex a Aaron.

En ese momento un intenso gruñido salió de lo más profundo de su ser. Los cuatro avanzaron hacia delante con cara de pocos amigos.

Aaron se giró hacia Nicholas.

—Vampiros —susurró.

Justo en ese momento Fillipe salió disparado por la fuerza del golpe, apareciendo en el lugar donde se había mantenido en pie hasta pocos segundos antes la alta figura de un vampiro. Su ropa negra contrastaba con la blancura de su piel y sus largos dientes alargados.

—¡Cuidado! —gritó Dean colocándose ante Gabriel y Mia que miraban petrificados aquello, sin dar crédito.

Christopher y Scott se pusieron también al lado de Gabriel mientras controlaban la situación. En ese momento, pudieron ver como una decena de vampiros aparecían sobre el tejado del motel.

—Mierda —comentó Dean extrayendo una daga del cinturón.

—¿Qué pasa? —gritó Mia horrorizada.

Dean tragó saliva y miró a Gabriel el cual permanecía en shock. Dio un paso hacia delante para abrir la puerta del todoterreno y meterlos dentro cuando Christopher, Scott y él mismo fueron alejados con un fuerte impulso, aunque no llegaron a caer, si no que derraparon sobre la tierra elevando el polvo para frenar la embestida.

El descampado se convirtió en un campo de batalla.

Mia miró a Dean horrorizada, sin poder moverse. Si Gabriel, aún teniendo ciertos conocimientos o ideas de lo que ocurría se había quedado en aquel estado, Mia lo único que podía hacer fue quedarse totalmente estática ante el vampiro que permanecía ante ella.

Dean rugió al lograr detenerse, observando cómo cuatro de los vampiros habían rodeado a Gabriel y Mia y, concretamente, olfateaban hacia ella. Sabían que a Gabriel no le harían ningún daño, lo más lógico es que lo

llevasen ante Mabus, pero Mia, ella era diferente.

Los vampiros rodearon a ambos y lo primero que hicieron fue coger a Gabriel por los brazos.

—¡Nooooo! —gritó él intentando deshacerse.

Mia miró horrorizada como también se acercaban a ella, aunque a diferencia de su hermano la cogieron por el brazo echándola al suelo.

Dean aceleró en su dirección.

Mia elevó la mirada mientras un vampiro la cogía del cabello para ponerla de rodillas, gritando. Se colocó a su espalda elevando su barbilla justo cuando Dean llegó hasta ellos impulsándolo. Mia cayó de rodillas sobre la tierra, pero ni siquiera podía soportar el peso con sus brazos.

Dean clavó su codo en el rostro del vampiro haciendo que volase varios metros hacia detrás. Mia miró de un lado a otro mientras comenzaba a sentir los síntomas de un ataque de ansiedad. ¿Qué era todo aquello?

Sollozó y se arrastró por el suelo, sin la fuerza suficiente para poder elevarse, mientras Christopher y Scott se deshacían de los vampiros que sujetaban a Gabriel con la intención de llevárselo y eran impulsados lejos de ellos.

Los tres miembros de la división se movieron hacia los vampiros clavando sus dagas en sus pechos, a pocos metros de Gabriel y Mia que permanecían inertes.

La manada y el resto de la división controlaban y luchaban contra el resto de vampiros impidiendo que más se acercasen a los dos.

¿Qué era aquello? Estaba claro que no eran humanos, sus movimientos eran excesivamente rápidos pero... aquello no fue lo más le sorprendió. Dean, y el resto de sus amigos, se movían de una forma que jamás había visto en otra persona. De hecho, no era casi consciente de los movimientos que realizaban de lo rápidos que eran.

Lo vio desaparecer una fracción de segundo y aparecer varios metros por detrás, ayudando a su compañero Christopher a acabar con uno de aquellos extraños seres.

Notó las palpitations de su corazón aceleradas. Era como si todo lo viese

a través de otra persona. Intentó levantarse de nuevo, sin apartar la mirada de ellos, pero le fue imposible y cayó al suelo mientras sollozaba. Había pasado la tarde bastante bien pese a tener una herida en el costado que, aunque no le dolía mucho, le molestaba. Se colocó de lado sin apartar la mirada de ellos mientras tragaba saliva y se llevó la mano hacia la zona dolorida.

Fue justo en ese momento cuando un fuerte viento hizo que hasta los coches temblasen. Gabriel y Mia no estaban ni preparados ni capacitados para soportar aquellas ráfagas y se desplazaron hacia atrás arrastrados por el suelo.

Gabriel se giró hacia su hermana y miró asustado al cielo.

—¿Un huracán? —preguntó angustiado.

Otra ráfaga de aire les hizo distanciarse más el uno del otro. Gabriel gruñó mientras gateaba hacia ella intentando no salir disparado y lograba abrazarla, colocándola en su regazo. La ayudó a arrastrarse y se apoyó en el coche.

En ese momento, por arte de magia, los vampiros desaparecieron. Todos se quedaron parados, sin comprender lo que ocurría.

Los alaridos se ausentaron pasando al silencio más absoluto. Solo las cenizas de los vampiros a los que acababan de matar y su sangre eran testigos de que habían estado allí.

Aquello no era posible. Cierto que los vampiros se movían a una gran velocidad, como ellos, pero la división y los lobos eran capaces de verlos moverse por muy rápido que fuesen para poder luchar y combatir sus movimientos, sin embargo, habían desaparecido de golpe, sin dejar rastro alguno. Aquello era lo más extraño que jamás habían visto.

—¿Dónde están? —preguntó Alex mirando de un lado a otro, sin dar crédito a lo sucedido.

Todos giraron sobre sus pies excepto Dean que corrió hacia Mia y Gabriel, aprovechando el descanso.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mia cuando él se colocó frente a ellos, arrodillándose.

—¿Estáis bien? —preguntó con ansiedad. Ambos asintieron. Dean abrió la puerta del todoterreno y los ayudó a levantarse con urgencia—. Meteros en el coche.

—Dean... —comentó Mia intentando coger su mano—, ¿qué era eso? —lloró.

Dean apretó los labios mientras la metía en el interior del todoterreno, aunque introdujo medio tronco para encender la luz solar en el interior.

Los dos hermanos se cubrieron el rostro por la imponente luz.

—No os preocupéis. Aquí estaréis a salvo. No salgáis del coche pase lo que pase.

—Dean —sollozó ella mientras él cerraba la puerta, sin recibir respuesta alguna por su parte.

En ese momento notó la cálida mano de su hermano cubriendo la suya.

—¿Estás bien? —Ella asintió y se giró hacia la ventana mientras colocaba una mano en el cristal a modo de visera y observaba a través de él.

Aquellos hombres se movían por el descampado de un lado a otro, con movimientos excesivamente rápidos. Tragó saliva y notó su respiración acelerarse al ver a Dean correr de un lado a otro con una daga en la mano.

—¿Qué es todo esto? —sollozó sin apartar la mirada del cristal, con voz trémula.

La mano de Gabriel viajó hasta su hombro.

—Mia —susurró.

En ese momento se giró y lo miró de forma sospechosa.

—¿Tú sabes quiénes son? —preguntó angustiada. Gabriel se removió inquieto, buscando las palabras necesarias para explicar todo aquello. Su hermana vio como él se perdía en sus pensamientos. Lo cierto es que, últimamente, veía a su hermano perderse demasiado. —Vinieron a por ti —susurró sin comprender nada—. Tú me dijiste que no me acercase a ellos —recordó—. ¿Tú sabías de lo que son capaces? ¿Lo qué está ocurriendo aquí?

—De acuerdo, de acuerdo... —comentó su hermano sin atreverse a mirarla. Tragó saliva y controló a través de la ventana con los ojos semiabiertos por la claridad que desprendía la luz del techo, donde observó cómo Nicholas y Scott giraban la esquina del hotel para asegurarse de que no estuviesen escondidos aquellos seres, mientras el resto de la división se

distribuía por el descampado y los lobos comenzaban a revisar el interior de las habitaciones—. Te lo explicaré, pero ni siquiera yo aún lo entiendo — explicó cogiendo la mano de su hermana. Se removió incómodo y resopló nervioso—. Has oído hablar del Apocalipsis, ¿verdad?

Nicholas y Scott caminaron uno junto al otro, despacio, apuntando a cada lado y esperando la aparición de los vampiros. El resto de la división se habían quedado vigilando el descampado protegiendo a Gabriel y Mia mientras los lobos entraban en cada habitación del motel asegurándose de que no había ninguna sorpresa esperándolos. Aquello era extraño, jamás había visto la desaparición de unos vampiros de aquella forma. Si hubiese sido uno no se hubiese sorprendido tanto, pero al menos debían quedar siete u ocho vampiros vivos en ese momento.

Nicholas miró a Scott que caminaba a su lado y le indicó con un movimiento de cabeza a que esperase. Se apoyó contra la esquina del motel y Nicholas asomó la cabeza para observar la parte trasera. Miró de un lado a otro. Tras el pequeño motel había un bosque, aunque muchos árboles permanecían caídos por el terremoto o la ventisca.

—Vamos —susurró a Scott adelantándose.

Scott le siguió de cerca, buscando en la tierra cualquier indicio o prueba de lo que había pasado allí.

Se giró para observarlo mientras seguía avanzando en la oscuridad, pero este negó dándole a entender que no encontraba nada de su interés.

—Eh... —Ambos reconocieron la voz de Alex a través del pequeño auricular que llevaban en el oído—. ¿Jefe?

Nicholas apretó los labios y suspiró. Se llevó la mano al cuello para apretar el botón y contactar con él.

—Dime —susurró.

—Aquí no hay ni rastro de vampiros, pero se han pegado una buena cena en una de las habitaciones.

Ambos se detuvieron al escuchar aquello.

—¿Qué?

Al momento escucharon la voz de Taylor. Debía estar cerca de Alex.

—¿Pero qué cojones? ¡Malditos hijos de...!

—¿Qué pasa? —preguntó mirando a Scott.

La voz de Taylor les explicó.

—Hay unos... siete cadáveres en la primera habitación.

Nicholas resopló mientras sus músculos se ponían tensos.

—Joder —gritó alzando la voz—. ¿Y el resto de habitaciones?

—Limpias —contestó Taylor.

—Y ningún vampiro por la zona —continuó Alex—. ¿Dónde se han metido?

Nicholas suspiró cargándose de paciencia.

—No tengo ni idea —susurró mientras cogía de nuevo su arma con las dos manos y avanzaban con lentitud, examinando hacia el bosque. Señaló a Scott hacia los árboles caídos y ambos comenzaron a acercarse a aquella zona—. Enterrad los cadáveres.

Puede que hubiesen huido hacia el bosque, pero durante una fracción de segundos ambos se miraron intuyendo que algo no iba bien. No escucharon nada, ni siquiera una fina brisa los alertó, pero un sexto sentido les hizo girarse a ambos de golpe.

El primero que salió volando hacia un lado fue Nicholas que cayó varios metros alejado, dando vueltas por el suelo. Poco después le siguió Scott.

Ambos se levantaron de inmediato pero cuando centraron la mirada en aquella figura siniestra se quedaron congelados. No era un vampiro. Su capucha sobre la cabeza, su larga capa cubriendo un traje oscuro. Supieron quién era de inmediato.

—¡Mierda! —gritó Scott.

Nicholas ya llevaba la mano al cuello para avisar pero Eligos volvió a hacerlo volar hacia la pared del motel golpeándose con fuerza contra ella.

—¡No! —gritó Scott mientras extraía la daga de su cinturón y corría hacia

él todo lo rápido que podía.

Desapareció de la vista de Eligos para aparecer frente a él. Elevó justo su mano para clavar la daga cuando Eligos desapareció apareciendo al lado de Nicholas que elevó su rostro hacia él, sobresaltado.

De nuevo volvió a impulsarlos, esta vez, hacia el bosque. Se golpearon varias veces contra la tierra y las rocas, rodando sobre ellas hasta que se detuvieron.

Sabía lo que hacía allí. Había ido a buscar a Gabriel y acabaría con él.

Nicholas y Scott salieron disparados de nuevo contra él mientras blandían su daga en la mano cuando, a escasos metros del jinete, sus cuerpos chocaron contra un muro invisible.

Nicholas intentó avanzar pero se dio cuenta de que no podía mover sus piernas. Era como si hubiese clavado sus botas a la tierra. Miró a Scott que intentaba también moverse sin conseguirlo.

Observó a Eligos con furia y extrajo el arma de su cinturón apuntando directamente contra él. Iba a disparar cuando el arma voló hacia un lado.

—Maldito hijo de puta... —pronunció apretando los dientes al notarse desarmado.

Miró a Scott que en ese momento también perdía su arma, conscientes de que no podían hacer nada contra él.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Scott con furia.

Eligos dio unos pasos hacia ellos y los miró con una ligera sonrisa. Se retiró la capucha lentamente, como si contase con todo el tiempo del mundo.

—Tras el hotel se encuentra la división y una pequeña manada, vendrán a por ti —Le amenazó Nicholas.

Eligos lo miró con soberbia.

—Qué vengan... —pronunció provocativo.

Ambos mantuvieron la respiración acelerada por los nervios.

Eligos dio unos pasos hacia los lados contemplándolos fijamente, como quien contempla una obra de arte que acaba de adquirir.

—Solo venía a avisaros de que esta noche podéis estar tranquilos. — Nicholas y Scott lo miraron fijamente—. Los vampiros no os molestarán más —Y acabó sonriendo con ironía.

Nicholas miró a Scott sin comprender una palabra.

—¿Es cómo una despedida que pretende ser graciosa? —Se burló Nicholas—. No acabarán los vampiros con vosotros... lo haré yo —comentó Nicholas como si fuese un pensamiento de Eligos.

—Te equivocas —Le rectificó—. ¿Crees que si quisiese acabar con vosotros no lo hubiese hecho ya?

—¿Y a qué esperas? —preguntó Scott rápidamente.

—Oh, vaya, vaya... —comentó Eligos dando unos pasos hacia él, ladeando su cuello—. ¿Tanta prisa tienes en morir?

—Al fin y al cabo es lo que va a ocurrir, ¿no? —preguntó Nicholas llamando su atención—. Todos moriremos porque tú y tus jodidos hermanos sois los jinetes del Apocalipsis —gritó con asco.

A Eligos pareció hacerle gracia aquel calificativo con el que se refería a ellos y dio unos pasos atrás para colocarse ante los dos.

—Estás muy equivocado conmigo. Sí —dijo rápidamente—, es cierto que soy Guerra. Mi hermana —dijo señalando hacia el bosque—, muerte. Y mi hermano: hambre.

—Y el anticristo... —Le recordó Scott con furia—. No te olvides de tu querido hermano Mabus.

Eligos enarcó una ceja hacia ellos.

—Noto cierta hostilidad por vuestra parte —bromeó.

—Y porque nos tienes aquí retenidos... que si no... —se quejó Nicholas mientras intentaba elevar las piernas para correr hacia él, pero por más fuerza que hacía era imposible despegar los pies del suelo.

Eligos comenzó a reír y se quedó observándolos.

—Qué simples sois —susurró—. Eso es lo que me gusta de los humanos, la simpleza. No sois complicados en absoluto, la mayoría de las veces os movéis por impulsos.

—Pues menos mal que te gustamos —ironizó Scott también haciendo fuerza con los pies.

—No vais a conseguir nada —intentó disuadirlos de que dejaran de moverse e intentar despegarse, pero los dos eran cabezotas y seguían rugiendo para intentar despegarse del suelo. —¿Qué tal está Gabriel? —preguntó cruzándose de brazos. Aquella pregunta hizo que los dos cazadores dejaran de luchar contra el poder de Eligos.

—Gabriel no está aquí —pronunció Nicholas con fuerza.

—Oh, venga ya... Nicholas —rio Eligos—. Sé perfectamente donde está, en el todoterreno junto a Mia, su hermana.

—¡No lo toques! —gritó mientras intentaba de nuevo soltarse del suelo.

Eligos se quedó contemplándolos mientras ambos luchaban de nuevo. Aquellos muchachos no se rendían nunca.

—No he venido a buscarlo a él. Gabriel está donde debe estar —comentó con voz seria.

Aquella afirmación hizo que ambos dejaran de forcejear y prestaran toda su atención.

—¿Qué?

Eligos sonrió levemente ante el desconcierto de los dos y se giró para observar hacia el motel, donde sabía que tras esos muros se encontraba la división, parte de una manada de lobos que los ayudaba y el elegido junto a su hermana.

Nicholas aprovechó para mirar a Scott y le hizo un gesto de incompreensión que fue respondido con un encogimiento de hombros por parte de su compañero.

Cuando volvió a girarse hacia ellos ambos se quedaron quietos, comprendiendo finalmente que no podrían moverse hasta que él les dejase.

—Se os agota el tiempo —dijo con voz firme.

Los dos lo miraron sin comprender.

—¿El tiempo? —preguntó Nicholas sin comprender—. ¿Significa que el Apocalipsis se acerca?

Eligos caminó de un lado a otro.

—El siete de abril —comentó mirando a Nicholas con fuerza.

Lo cierto es que ninguno comprendía nada de lo que ocurría allí.

—¿Qué ocurrirá ese día? —preguntó con los dientes apretados—. ¿Es el día en que acabará todo? ¿En el que los cuatro os uniréis para destruir el planeta y a toda la humanidad? —gritó.

Eligos se quedó contemplándolos seriamente. De hecho, su aspecto era tan serio y feroz que incluso ellos se sintieron intimidados.

—Tenéis una idea muy equivocada de nuestra misión —comentó colocando las manos a su espalda. Avanzó unos pasos acercándose—. Ni mis hermanos, ni yo, hemos venido a destruirlos. —Luego se inclinó hacia delante para enfatizar las palabras—. No nos hace falta. Lo hacéis vosotros mismos y, por cierto, muy bien.

—Claro, y tú... guerra... —pronunció Nicholas con asco—, no tienes nada que ver con eso, ¿verdad?

Aquella pregunta hizo que Eligos riese y se pusiese erguido de nuevo.

—La guerra solo existe si una persona la desea... —Se cruzó de brazos—. Los humanos tenéis el libre albedrío. Existe el odio, pero tú decides si quieres odiar. La mentira, y decides si quieres mentir...

—Ya, bueno... —Le interrumpió Scott—, pues como representante de esta humanidad con libre albedrío te digo: deseamos vivir —bromeó.

Aquel comentario hizo que Eligos sonriese y dio unos pasos hacia él.

—Lo que habla de la humanidad no son las palabras, sino los hechos —pronunció mirándolo fijamente—. No seré yo quien os condene, ni ninguno de mis hermanos... serán vuestras decisiones. Deseáis vivir, pues vivid... solo tenéis que hacerlo. Una decisión, unos segundos, y viviréis o desapareceréis para siempre.

—Qué bonito, eh —ironizó Nicholas hacia Scott—. Un jinete poeta. —Nicholas giró su rostro hacia Eligos y pestañeó diversas veces con burla—. Conmover.

Eligos los miró.

—Como he dicho... tan simples, tan ignorantes... No entendéis nada.

—¿Y qué se supone que debemos entender? —Le gritó Scott—. Todo nos iba muy bien hasta que llegó ese hermano tuyo amenazando con destruir nuestro planeta y acabar con nosotros. Enviándonos a vampiros y lobos para que no pudiésemos... —Aunque en ese momento se quedó callado y tragó saliva—. Aquel atardecer en el Everest, los vampiros le quitaron la daga a Cintya. ¿Por qué se la entregaste? Es la única forma que existe de vencer a tu hermano Mabus.

Eligos sonrió de una forma misteriosa ante aquella pregunta haciendo que ambos lo mirasen intrigado.

Dio unos pasos hacia atrás y miró a ambos lados.

—Solo venía a deciros que los vampiros no serán un problema esta noche. Descansad —dijo pasando por su lado, dirigiéndose hacia el bosque.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Scott—. ¿Qué tramas?

—Eh, eh... ¡espera! —Le gritó Nicholas sin aún poder moverse. Se giro y observó que Eligos no dejaba de avanzar—. ¡Ehhhhh! —gritó intentando llamar su atención—. ¿Por qué le entregaste la daga a Cintya? —Eligos no se detenía, ¿no iba a responder a más preguntas? —Maldito hijo de... —Se calló cuando Eligos se detuvo antes de entrar al bosque y lo miró esperando—. El siete de abril —comentó esa fecha—. Faltan nueve días. ¿Qué va a ocurrir?

Eligos miró a los dos cazadores.

—La humanidad deberá decidir si quiere vivir o morir. La decisión final.

Los dos se removieron incómodos, girándose hacia detrás solo medio cuerpo dado que no podían mover sus pies.

—¿Te refieres a la batalla final? ¿Al juicio final? —preguntó Scott—. El Apocalipsis habla sobre ello. —Eligos rio y puso los ojos en blanco como si aquello le hiciese gracia. —No he explicado ningún chiste para que te rías — Le recriminó Scott de malas formas.

—Sí. —Se encogió de hombros—, se le podría llamar así. —Se giró y volvió a dar unos pasos al frente.

—¿Y dónde será? —intervino Nicholas.

—Si os lo dijese no sería tan divertido —Escucharon que respondía adentrándose ya en el bosque.

—Pues perdona que te diga... —gritó Scott—, ¡pero tienes un sentido de lo que es la diversión muy peculiar!

Justo en ese momento ambos notaron como sus pies se despegaban del suelo y podían moverse sin problemas.

Ambos se miraron. Scott fue en primero en correr hacia el arma y avanzar hacia el bosque en busca de Eligos pero Nicholas le cortó el paso reteniéndolo.

—¿Adónde vas?

—¿Dónde crees que voy? —preguntó intentando deshacerse de sus manos.

Nicholas lo empujó hacia detrás.

—No sirve de nada que vayamos tras él, no podemos hacer nada —sentenció.

Scott resopló y finalmente aceptó las palabras de su jefe. Tenía razón, no podían hacer nada frente a él.

Ambos permanecieron unos segundos respirando de forma agitada hasta que Scott lo miró con sorna.

—Así que... como resumen: nos vamos a mierda, ¿no?

—Ammmm —Nicholas no supo qué decir ante aquello.

Se fijó en la oscuridad que se adentraba en el bosque, donde varios metros por delante, aún se mantenían en pie muchos árboles sin permitir que la luz de la luna y las estrellas penetrase en el interior.

—Volvamos, hay que explicarles esto.

Mia subió las piernas sobre la cama y se abrazó a sí misma mientras se apoyaba contra la pared, totalmente abatida. Aquello que le había explicado su hermano era una locura, sin embargo, allí estaba, rodeada del grupo de hombres que habían llegado hacía pocos días, junto al hombre del que se estaba enamorando y, ahora, resultaba que venían en busca de su hermano porque según ellos: era el elegido. Aquello era de locos.

Elevó lentamente la mirada hacia Dean, apoyado contra una mesa, de brazos cruzados y charlando junto a sus compañeros. No había dicho nada desde que los habían ido a buscar al todoterreno y los habían metido en aquella habitación. Poco después habían llegado el otro grupo que, según lo que había explicado Gabriel, eran lobos.

Necesitaba ordenar todas las ideas, centrarse e intentar encontrarle algún sentido a todo aquello.

—No puede ser... —comentó Adrien.

—Y tanto que puede ser. ¿Crees que os engañaríamos con algo así? —preguntó Scott—. De hecho, Eligos ya le entregó la daga a Cintya.

—Pero espera... —comentó Christopher dando un paso hacia ellos—. ¿Eligos está de nuestra parte?

—No creo que esté de nuestra parte —contestó Nicholas—. Simplemente hay cosas que se escapan a nuestra comprensión.

—Quizá... —intervino Taylor—, es una trampa.

—¿Una trampa de qué? —preguntó Scott de los nervios.

—¿No ha dicho algo del siete de abril? —preguntó Dean intentando entender algo.

Nicholas se pasó la mano por la frente angustiado y miró a Gabriel unos segundos, permanecía con ellos, atento a todo lo que decían.

—¿Eligos? —preguntó aún sin comprender nada—. ¿Ese es el jinete de la guerra?

—El mismo —contestó Nicholas.

—Pues... —comentó como si fuese obvio—, quizá es lo que intenta. Una guerra. —Todos lo miraron con la ceja enarcada—. A ver... —continuó intentado encontrar algo de lógica—. Me explicasteis que Mabus es el único al que se puede matar, ¿verdad? —preguntó extendiendo los brazos hacia ellos—. Y yo soy el único que puede hacerlo —Se señaló a sí mismo, aunque luego se quedó pensativo—. En teoría —reflexionó. Los miró a todos nervioso—. Está intentando que haya una guerra. Que tengamos que luchar contra él.

—Eso no tiene sentido, están en el mismo bando —comentó Scott.

—No, espera... —dijo Nicholas—. Lo que dice Gabriel tiene cierto sentido.

—Ya, ¿y por qué entonces no ha ido a por Gabriel y lo ha llevado junto a Mabus para que se enfrente? —preguntó Dean directamente.

Nicholas suspiró.

Dean torció su rostro y miró a Mia, ni siquiera los miraba, permanecía apoyando su frente contra la pared y los ojos cerrados, como si intentase evadirse de todo aquello.

Gabriel lo observó de reojo y vio hacia donde dirigía la mirada.

—Quizá... —enfaticizó hacia él intentando llamar su atención—, debe ser ese día.

—¿El siete de abril? —preguntó Scott sorprendido.

—Es lo que ha dicho —Le recordó Nicholas.

—Ya, pero...

—El siete suelen asociarlo a un número divino en la numerología —comentó Taylor.

Nicholas se desesperó y comenzó a caminar nervioso por la habitación.

—Esto no tiene ningún sentido...

—Bueno —comentó Alex interviniendo por primera vez desde la puerta —, al menos el siete de abril lo sabremos —comentó con voz animada.

Todos elevaron la mirada hacia él con gesto siniestro.

—Vale, me... me voy —dijo distanciándose de la puerta.

Nicholas resopló y se acercó a la manada que esperaba fuera de la habitación.

—Eligos nos ha dicho que no nos molestarán los vampiros esta noche pero no me fio un pelo.

—Nosotros tampoco —comentó Aaron.

—¿Os parece bien si hacemos dos turnos de vigilancia? Encargaros vosotros del primero y nosotros del segundo.

—No te molestes —Le cortó Aaron—. Ya nos encargamos nosotros. Tenemos mejor olfato —recordó.

—Sin problema —corroboró Fillipe.

Nicholas los miró a todos. Lo cierto es que era mucho mejor dado que ellos, gracias a su gran olfato, podían detectar a los vampiros antes de que llegasen.

—¿No os importa?

—Para nada... venimos de no hacer nada durante días en un bosque. Tenemos ganas de divertirnos —contestó Aaron—. Haremos dos grupos y nos encargaremos de mantener esta zona limpia de vampiros.

Nicholas asintió.

—Gracias.

Dicho y hecho. Se alejaron hacia el descampado para organizarse durante aquella noche. Tenían suerte de contar con ellos.

—Yo creo que está loco... —concluyó Taylor—. Tantos años provocando la guerra se le ha ido la olla. Nos ha llamado simples, ¿no? Quizá el simple sea él —comentó mosqueado, como si le ofendiese el insulto.

—No creo que un jinete del Apocalipsis actúe así —comentó Nicholas.

—¿Ah, no? —preguntó Taylor—. Pues ya ves. Una de dos: o se la está jugando a su hermano, o realmente está loco.

Dean se cruzó de brazos.

—Yo creo que sabe muy bien lo que hace. Os ha hablado de tomar una decisión, ¿verdad? —preguntó. Nicholas y Scott asintieron. Dean se giró hacia Gabriel—. ¿En el Apocalipsis pone algo sobre eso?

—No, al menos el trozo que he leído. —Los miró a todos y tragó saliva—. Significa que soy yo quien debe decidir sobre... ¿sobre la humanidad?

—Ammmm... no creo que sea eso —comentó Dean—. Si fuese una simple decisión no existiría una daga con la que matarlo.

Nicholas suspiró y miró a todo su equipo. Se remangó el uniforme y miró su reloj. Las doce de la noche.

—Será mejor que descansemos un poco. La manada se encargará de vigilar el complejo. A las siete nos pondremos en marcha —comentó a sus compañeros—. Supongo que mañana por la tarde llegaremos a Banff. —Luego miró a Scott—. Seguro que Cintya puede aclararnos algo sobre esto.

—Eso seguro —corroboró Scott avanzando hacia la puerta—. Me pido la habitación número tres.

Dean se giró para observar a Mia. En ese momento permanecía con los ojos abiertos mirándolos a todos. Miró de reojo a Gabriel que hablaba con Nicholas y dio unos pasos hacia ella.

Mia apartó la mirada de él mientras se acariciaba los brazos. Se situó al lado de la cama y se la quedó observando. Se le veía tan vulnerable, tan inocente.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, aunque había algo más en su voz. Temor, miedo a que ella no le dirigiese la palabra, a que le tuviese miedo, pero se calmó cuando lo observó a los ojos.

—Sí, estoy bien —susurró con timidez. Miró hacia Gabriel que en ese momento los observaba—. ¿Tú estás bien? —preguntó en un susurro.

Dean tragó saliva y sonrió con ternura al escuchar la pregunta. Si su hermano no estuviese allí seguramente se sentaría a su lado y la abrazaría.

—Sí, estoy bien.

—Dean —Le llamó Nicholas—. Estaré en la habitación seis. Cualquier cosa —dijo mirando hacia Gabriel—, avísame.

Gabriel asintió y se giró hacia Dean mientras Nicholas se marchaba.

Mia miró a su hermano acercarse, caminando lentamente mientras el resto de la división salían echando miradas furtivas a Dean.

—¿De verdad eran vampiros? —preguntó Mia a Dean asustada.

Dean asintió hasta que Gabriel se colocó a su lado y lo observó de reojo.

—No te preocupes —contestó Dean—. La manada vigila, no se acercarán. Además, estamos nosotros.

Ella asintió mirando fijamente a Dean. Por Dios, estaba perdidamente enamorada de aquel hombre y, sin embargo, no sabía ni quién era.

—Será mejor que descansemos —interrumpió Gabriel la conversación—. Solo tenemos seis horas para dormir.

Dean asintió y se quedó mirando a Mia durante unos segundos. Gabriel observó aquella mirada y chasqueó la lengua. Pese a que le parecía buen chico y le debía la vida, tanto la suya como la de su hermana, aún le asustaba lo que podía hacer.

—¿En qué habitación estarás? —preguntó Gabriel.

Él despertó de un sueño y lo miró.

—No lo sé —respondió—. La que me hayan dejado libre —respondió encogiéndose de hombros. Lo observó fijamente y captó lo que su mirada decía, quería que se marchase. Suspiró y miró a Mia de una forma tierna—. Será mejor que descansemos. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Mia.

Al menos le dirigía la palabra. Sabía que su hermano le había explicado más o menos lo que ocurría. Era normal que estuviese asustada, incluso en shock, pero seguía teniendo aquella mirada de ternura que lo mantenía embelesado.

Gabriel se sentó a su lado mientras observaba la espalda de Dean.

—¿Qué haces? —preguntó Mia.

Gabriel la miró confundido.

—Ammm... hay que descansar —dijo mirando la cama.

Ella enarcó una ceja.

—Llevo meses durmiendo contigo en una habitación. Necesito... —Se removi6 inc6moda—, necesito mi espacio, Gabriel. Ahora m6s que nunca.

—Pero despu6s de lo que ha ocurrido es mejor que...

Ella se levant6 y resopl6.

—Ya basta —coment6—. Necesito asimilar esto, estar sola.

—¿Por qu6 eres tan tozuda?

—¿Por qu6 lo eres t6? Ya los has escuchado, estamos a salvo. Dame mi espacio.

Dean sonri6 antes de salir por la puerta. Puede que estuviese asustada, pero seguía teniendo ese car6cter que despertaba de vez en cuando ante su hermano. Era una chica con car6cter, aunque incluso cuando lo mostraba le parecía encantadora.

Se alej6 mientras las voces de ellos se diluía justo para ver a Nicholas asomarse un par de habitaciones por delante. Se apoy6 contra el marco de la puerta y señal6 la habitación que quedaba frente a Dean.

—Esa est6 libre —coment6.

—De acuerdo —dijo cogiendo el pomo de la puerta.

—Dean... —llam6 su atenci6n. Dean suspir6 y lo mir6 esperando a que hablase—, no hagas ninguna locura. S6 bueno.

Dean resopl6 y lo mir6 con una sonrisa ir6nica.

—Defíneme bueno —brome6 mientras abría la puerta.

No esper6 respuesta por parte de su jefe, ya sabía a lo que se refería. De hecho, toda la divisi6n había sido consciente de las miradas entre ellos, de cuando la había tenido entre sus brazos al estar herida.

Se gir6 observando el todoterreno de la manada situado en el centro del

descampado, con las ventanas abiertas para poder oler la llegada de los vampiros.

Cerró la puerta y se giró. Todas las habitaciones eran iguales. Muy simples, con una cama de matrimonio y una mesa con una silla. Al final, había un pequeño aseo.

Fue hacia este y abrió el grifo para refrescarse el rostro pero el agua no salió.

—Mierda —susurró—. La restricción de agua.

Estuvo a punto de estrellar su puño contra la pared pero se controló. Sabía que su jefe tenía razón en lo que decía, pero era tan difícil.

Salió del cuarto de baño y fue directo a la cama. Al menos, la luz funcionaba. La apagó, se quitó las botas y se tiró sobre el colchón, aunque era más duro de lo que esperaba.

—Ah, joder —dijo removiéndose y llevándose la mano a la espalda por el golpe.

Era imposible dormir. Dean miró el reloj de su muñeca y vio que marcaban las dos y poco de la madrugada. Tenía la boca seca. Se incorporó en la cama, resopló, y finalmente se sentó sobre ella. No podía conciliar el sueño tras el ataque, tras lo que Nicholas y Scott les había explicado sobre Eligos pero, sobre todo, tras la clara indicación de Gabriel a que abandonase la habitación de su hermana.

Había escuchado a Gabriel ir a otra habitación. Sabía que Mia necesitaba su espacio ahora mismo, ordenar sus ideas... No sabía realmente todo lo que Gabriel le había explicado sobre ellos, pero estaba seguro de que era bastante ya que el propio Gabriel no se había cortado un pelo a la hora de intervenir en la conversación que mantenía la división en la habitación.

Se levantó y fue hasta la ventana. Apartó la cortina y observó la noche oscura, solo iluminada por las estrellas y la luna.

El todoterreno de la manada seguía aparcado en medio del descampado. Seguramente harían turnos para dormir mientras otros vigilaban.

Se pasó la mano por la cara y decidió salir de la habitación. Necesitaba algo de beber y distraerse un poco, de todas formas, no tenía nada de sueño.

Fuera hacía bastante frío, pues corría una brisa helada. Fue directamente hacia su todoterreno y abrió el maletero. Rebuscó entre las cajas hasta que halló una pequeña botella de agua.

—Al fin —suspiró cogiéndola. La abrió y dio un buen trago.

En ese momento llegaron hasta él los susurros de la manada.

Estaban aparcados bastante lejos, pero sin duda, no estaban durmiendo. Parecía que reían y todo.

Al menos, le distraerían un rato. Cerró el todoterreno e iba a dirigirse hacia allí cuando vio que en la habitación de Mia había luz. Aquello le sorprendió. Pensaba que estaría durmiendo.

Miró de nuevo hacia el todoterreno de la manada y luego ya focalizó toda su atención en la suave luz que se filtraba a través de la cortina. El resto de habitaciones tenían las luces apagadas, incluso en la que se encontraba Gabriel.

Fue hacia allí lentamente mientras daba otro trago de agua, subió el porche y se acercó a la ventana. En un lateral de la ventana la cortina no tapaba por lo que podía ver el interior de la habitación.

Durante unos segundos no pudo ver a Mia, pero tras esperar la vio aparecer saliendo del aseo. Se había quitado los pantalones y llevaba únicamente puesto el jersey, aunque era bastante largo y le llegaba por la pantorrilla.

Notó como el corazón se le aceleraba al contemplarla. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. Recordó su sonrisa los días anteriores, cómo pese a lo ocurrido hacía unas horas se había preocupado por su bienestar.

Tragó saliva mientras la veía. Pensaba que iba hacia la cama, pero comenzó a dar vueltas por la habitación, caminando de un lado a otro. Estaba nerviosa.

Se separó levemente de la ventana, sin apartar la mirada de allí, planteándose en si debía llamar a la puerta o no.

Miró hacia atrás y contempló el todoterreno de la manada, luego miró cada

una de las habitaciones donde estaba la división.

—A la mierda —susurró colocándose ante la puerta. No lo pensó más y llamó de una forma suave.

En ese momento escuchó como los pasos de Mia se detenían.

—Soy Dean —susurró para que no se asustase.

Mia se quedó observando la puerta y notó cómo el corazón se le aceleraba. Había pasado aquella última hora caminando por la habitación, pues cada vez que cerraba los ojos aquellos siniestros seres aparecían en su mente. Se había planteado ir a buscar a su hermano y pasar la noche con él, aunque le había parecido mucha mejor idea ir con Dean. El problema era que no sabía en qué habitación se encontraba.

Fue hacia la puerta y abrió levemente.

Fuera había oscuridad, pero la luz de la habitación que se filtraba a través de la puerta iluminó los ojos azules de Dean.

—Hola —susurró ella con una sonrisa sorprendida.

—Hola —respondió Dean. Durante unos segundos se quedó sin saber qué decir. Había sido un idiota al llamar a su puerta—. He salido a buscar agua —Le mostró la botella—, y he visto que tenías la luz encendida. ¿Estás bien?

Ella hizo un gesto tímido y se encogió de hombros.

—Un poco nerviosa. No puedo dormir —admitió con un susurro. Dean asintió y miró a ambos lados, sin saber qué más decir—. ¿Están todos durmiendo? —preguntó ella sacando la cabeza a través de la puerta.

—Eso parece —respondió él apartándose un poco.

Ella lo miró y sonrió, aunque luego elevó su rostro hacia arriba y sonrió.

—Menudo cielo —dijo fascinada. Dean se giró y observó. No había sido consciente de ello hasta ese momento. Estaba plagado de estrellas, incluso podía verse la vía láctea—. Es precioso —reaccionó ella saliendo de la habitación.

Dean se colocó a su lado y miró también, aunque luego giró su rostro para observar su perfil.

—Sí —respondió al final.

Aguardaron unos segundos mirando el cielo, sin decir nada.

—¿Es cierto? —preguntó sin mirarlo—. La colonia...

Dean suspiró y se giró hacia ella.

—Lo siento —susurró.

Pudo ver en aquella oscuridad como a Mia le temblaba el labio amenazando con hacer un puchero, luchando por no echarse a llorar.

—Mis amigos, los niños... —sollozó—. No es justo.

—No, no lo es —respondió seriamente.

Apartó la mirada de él tragando saliva, intentando apartar aquellos pensamientos de su mente, pues desde que su hermano le había puesto al corriente de todo no podía quitarse la imagen de los habitantes de la colonia de la cabeza. Aquello era lo que la mantenía en aquel estado. Pero por otro lado, pese a la pena que la embargaba, se sentía agradecida de estar viva. Era una sensación extraña, ya había experimentado lo mismo el día que ante ella hubo un accidente de coche del que se salvó por pocos metros. La tristeza la embargaba, el miedo por lo que podía haber ocurrido, pero a la vez se sentía agradecida de que su madre le hubiese llamado por teléfono antes de entrar en el coche y retrasase su partida unos minutos. Era una sensación indescriptible. Pero se había dicho a sí misma que debía ser fuerte y afrontar aquello, no podía derrumbarse.

Miró a Dean de reojo, dudosa.

—Gabriel me ha explicado lo que has hecho —susurró ella. Él la miró sin comprender. Mia se llevó la mano al costado, donde tenía la herida ya prácticamente cicatrizada—. Gracias —dijo con una sonrisa—. Me has salvado la vida.

Se quedó contemplándola. ¿Gabriel le había explicado eso?

—No ha sido nada —respondió.

Ella tragó saliva y suspiró, luego sonrió.

—Tienes una sangre milagrosa —bromeó.

—Que va, para nada... —Se encogió de hombros—, creo que se debe a las plaquetas, tenemos más de la cuenta, por eso nos curamos antes.

—Y tus movimientos... —susurró ella recordándolo. Lo miró esta vez con una clara duda—. ¿Qué es lo que eres? Eres... un... ¿un ángel? —preguntó.

Dean pestañeó varias veces y rio.

—No. Créeme, no soy una ángel —dijo divertido, incluso con una mirada perversa—. Simplemente tenemos estas habilidades. —Se quedó durante unos segundos observándola y adoptó una postura tensa—. ¿Te asusta? —preguntó en un susurro.

—No —contestó directamente—. Para nada —dijo ella.

Aquella respuesta tan directa y clara hizo que Dean se relajase.

—Me ha explicado lo que hacéis, la razón por la que habéis venido a buscarlo —comentó apartando la mirada de él y volviéndola hacia el cielo.

Dean asintió y la miró de soslayo.

—¿Y qué opinas?

Ella tragó saliva contemplando las estrellas. Pudo ver como sus ojos se humedecían levemente.

—Realmente es el fin del mundo, ¿verdad? —titubeó, aunque no sonó a pregunta si no a afirmación.

Dean suspiró y cogió su mano con delicadeza.

—Tu hermano puede ayudarnos a detenerlo.

Ella se removió inquieta.

—Pero, ¿cómo va a hacerlo? Solo es un enfermero —sollozó esta vez.

Dean la atrajo hacia él y pasó un brazo por sus hombros acercándola. La miró fijamente. Incluso en aquella oscuridad sus ojos resplandecían. Sin poder evitarlo bajó su mirada hacia sus labios durante unos segundos.

—Lo solucionaremos —afirmó. En ese momento notó como el cuerpo de Mia temblaba junto al suyo y elevó la mirada hacia sus ojos. Mia no mentía cuando decía que aquello no le asustaba, al contrario, le hacía sentir protegida. Sabía que el hombre que la aguantaba junto a él la ayudaría y la salvaría de cualquier cosa—. Estás temblando —susurró.

—Hace un poco de frío y... —dijo mirando hacia abajo, pues el jersey

solo le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla.

Dean miró hacia la puerta de su habitación entreabierta.

—Será mejor que entres, aún estás un poco débil.

—No me siento débil, al contrario —reaccionó ella.

—Es por la sangre. Es normal que te sientas con bastante vitalidad, pero eso no implica que hayas perdido mucha sangre.

Se quedó observándolo, la forma en la que la mantenía firme contra él, su tono de voz, no había duda, se había enamorado de ese hombre.

—Además, quedan pocas horas para que tengamos que volver a la carretera —dijo acompañándola hacia la puerta.

Mia abrió levemente y lo miró. Dean permanecía a su lado, con una mirada fija, como si esperase alguna reacción por su parte, pues ambos ya eran conscientes del deseo que despertaba en el otro.

—No te marches —susurró ella apartando la mirada de él con timidez.

Dean dio un paso al frente y cogió su mano. En ese momento Mia elevó su mirada.

—Tu hermano se va a enfadar —comentó acercándose en exceso, comenzando a rodear con su brazo su cintura.

—Esto no es cosa de mi hermano —dijo ella convencida.

No hubo que decir nada más. Dean acabó de rodearla con el brazo mientras la acercaba y Mia rodeó su cuello con sus brazos. La empujó adentro de la habitación y nada más cerrar la puerta descendió sus labios hasta los suyos. Había esperado tanto para besarla...

En un principio había imaginado que mantenía una relación con el jefe de seguridad de la colonia. Posteriormente, había podido acercarse pero su hermano, el elegido, era contrario a ello y, ahora, la tenía entre sus brazos, pocas horas después de sostenerla entre ellos pensando que moriría. Allí estaba, besándola, expresándole con la caricia de sus labios lo mucho que le importaba.

La apoyó contra la pared mientras incrementaba el beso y colocaba las manos en su cintura, apretándola. El beso se hizo más agresivo, devorándose

el uno al otro como si no hubiese un mañana y, en parte, puede que no lo hubiese.

Las manos de Dean se introdujeron por debajo de su largo jersey hasta llegar a su cintura mientras las manos de ella bailaban por su pecho. Apartó las manos de ella y Dean se quitó su jersey directamente. Mia hizo lo mismo con el suyo.

Se abrazaron de nuevo mientras notaban como la piel se les erizaba al notar el cuerpo del otro. Dean la abrazó con más fuerza mientras se fundía en un apasionado beso con ella.

Abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello mientras acariciaba su cintura, acercándola, y ella pasaba la palma de sus manos por los brazos que la rodeaban.

Seguramente Gabriel se enfadaría, era su hermana, la hermana del elegido. Iría al infierno, pensó directamente. Aunque aquel pensamiento simplemente le hizo sonreír mientras ascendía su mano hasta la espalda de ella y desabrochaba el sujetador. Se lo quitó y directamente comenzó a descender con sus labios hasta uno de sus pechos.

Mia gimió y se apoyó contra la pared mientras acariciaba su cabello, notando como los labios y la lengua de él paseaban sobre ellos.

Tuvo que contenerse de gritar ante la sensación, ante todo lo que Dean le hacía. Cuando pensó que no podría contener los gemidos que pretendían escapar por su boca Dean se puso ante ella, la cogió por la cadera aupándola e hizo que rodease su cintura con las piernas.

Ella se sujetó a sus hombros mientras él se giraba e iba directo a la cama.

La depositó sobre el colchón y se tumbó sobre ella.

Los dos eran conscientes del deseo que los consumía, pues pese a que había delicadeza en sus movimientos estos estaban impregnados de un ansia que se matizaba en sus movimientos acelerados, sin querer retrasar más aquello.

Dean se incorporó entre sus piernas y la besó mientras se introducía. Sí, iría al infierno... pero iría bien contento.

Atrapó los labios de ella mientras comenzaba a moverse con delicadeza,

mientras tomaba su mano. Pronto inició unos movimientos muchos más rápidos.

No era momento para compasión, para ternura... ambos habían pasado por experiencias muy difíciles y duras, llevaban luchando por sus vidas meses y ahora, necesitaban desahogarse.

Mia se sujetó a él con fuerza, recibiendo de buen grado cada uno de los movimientos de él.

En ese momento Dean fue consciente de que el dosel de la cama estaba golpeando la pared y miró al frente.

—Joder —susurró mientras se quedaba quieto—. Mierda.

—¿Qué? —preguntó ella impaciente.

—La cama golpea la pared —dijo con rabia—. Nos pueden oír.

—Y qué si nos oyen. ¿Qué van a hacer? —preguntó provocativa.

—¿Quieres que tu hermano me mate? —bromeó mientras se levantaba y la cogía de la mano.

Mia se levantó y Dean la cogió igual que antes, aupándola y haciendo que Mia rodease su cintura con las piernas.

Fue hasta el escritorio con un paso presto y la sentó en él. Directamente se instaló de nuevo entre sus piernas y volvió a entrar en ella.

Mia gimió y apoyó la cabeza contra la pared mientras cerraba los ojos.

Al menos, el escritorio no golpeaba contra la pared y no hacía ruido.

Comenzó a moverse con agresividad, pasando su brazo por encima de la cabeza de ella para apoyarse contra la pared, sin dejar de moverse y ella sujetándose a la cintura de él.

Aquello era lo más excitante que jamás había hecho.

Su respiración se aceleró y los gemidos comenzaron a ser incontrollables. Jamás nadie le había hecho el amor de aquella forma.

Dean la miró y medio sonrió. Puede que los golpes de la cama no fuesen su único problema ni lo único que podía alertar a la división y a Gabriel de lo que estaba ocurriendo en aquella habitación.

—Shhhh —dijo besándola. Solo logró silenciarla lo que duró el beso, así que llevó la mano hasta sus labios intentando contener los gemidos de placer de ella.

En ese momento se dio cuenta de que su respiración también era acelerada. Pese a luchar de una forma encarnizada contra vampiros, lobos, brujas... jamás había notado el corazón latiendo a aquella velocidad.

Apoyó su frente en la de ella sin dejar de moverse, entrelazando sus dedos en los largos cabellos de ella y la besó con deseo.

Sintieron como sus cuerpos llegaban al éxtasis hasta que al final Dean tuvo que apoyarse con las dos manos en la pared mientras ella aún seguía sujeta a su cintura.

Permanecieron unos segundos en silencio, intentando recuperar el aliento hasta que sus miradas coincidieron.

Mia lo miraba con un amor increíble, jamás una mujer lo había mirado así. Descendió los labios hasta los suyos y la besó esta vez con más ternura, más lento.

Cuando se separó ella acarició su pecho.

—¿No tenías una botella de agua? —preguntó aún con la voz agotada.

—Sí —reaccionó rápidamente. Se giró y buscó por la habitación. Estaba al lado de la puerta, en el suelo.

Fue hasta allí paseándose desnudo y la cogió. Dio un trago y se la entregó.

Dean aprovechó para recrearse con las vistas. Era realmente preciosa, totalmente proporcionada, aunque tragó saliva y se excitó de nuevo cuando ella llevó la botella de agua hasta sus labios y una gota comenzó a caer por su barbilla.

—Joder —susurró quitándole la botella de las manos y colocándose frente a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó divertida mientras se colocaba de nuevo entre sus piernas.

—No dejas de provocarme —bromeó mientras atrapaba sus labios con los suyos y la abrazaba.

Unas voces a lo lejos lo despertaron. Hacía tiempo que no dormía tan profundo y tan bien. Abrió los ojos lentamente, observando como la luz de un reciente amanecer comenzaba a inundar la habitación a través de la fina cortina blanca.

Se movió y, entonces, fue consciente del peso de Mia en su pecho. Le sorprendió en un principio, pero después recordó lo ocurrido la noche anterior.

Pasó sus dedos sobre su frente, acariciando su piel, notando su suavidad, cuando las voces a lo lejos llegaron otra vez.

En ese momento se incorporó de inmediato sobre la cama echando a Mia a un lado, lo que hizo que se despertase asustada.

Tardó un poco en reaccionar, pues Mia había despertado de golpe y se pasaba las manos por su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

—Mierda —susurró él. Luego miró hacia la ventana. La luz de un nuevo día entraba por ella—. ¡Joder! —gritó Dean saltando de la cama llevándose parte de la sábana. Resbaló en el suelo y se incorporó de inmediato. Miró el reloj de su muñeca. Las siete menos cinco minutos—. Mierda, mierda, mierda... —Ella lo miraba sin comprender—. Habíamos quedado a las siete —susurró angustiado mientras corría por la habitación buscando su ropa interior y el uniforme.

—¿Y qué hora es? —preguntó ella desperezándose, sin compartir su nerviosismo, totalmente relajada.

—Las siete menos cinco —dijo mientras se ponía la ropa interior. Se giró y buscó el uniforme.

—Aún quedan cinco minutos, tranquilo —comentó sentándose en la cama.
Comenzó a ponerse el uniforme a toda prisa.

—¡Mis compañeros están fuera! ¡Y seguramente tu hermano también! —
Ella se encogió de hombros dándole a entender que no le importaba. Se subió
el uniforme metiendo las mangas y luego hizo movimientos contorsionistas
para subirse la cremallera trasera—. Si me ven en tu dormitorio me matarán.

—Qué obsesionado estás con la muerte —Se quejó ella mientras
comenzaba a vestirse despacio—. No es lo más correcto con los tiempos que
corren —Le echó en cara.

Él resopló y miró toda la habitación.

¿Qué iba a hacer? Se acercó en un movimiento acelerado a la ventana y
miró a través de la cortina. Sus cinco compañeros esperaban al lado del
todoterreno, mirando de un lado a otro, buscándolo.

—Mierda, mierda... —dijo apartándose de la ventana. Giró sobre sí
mismo ante la mirada sorprendida de Mia que se subía los pantalones. No
podía salir por aquella puerta. Intentó mantener la serenidad. Si se movía
rápido pasaría desapercibido para el ojo de Gabriel. Podía abrir la puerta,
cerrarla y aparecer al lado de la división en cuestión de un segundo. Sabía que
Gabriel no lo vería, pero sí sus compañeros y sobre todo Nicholas.

Rugió desesperado cuando, en ese momento, vio una pequeña ventana en el
aseo que comunicaba con la parte trasera. De perdidos al río.

Se puso el cinturón con las armas a la cintura y fue directo al lavabo.

Mia dio unos pasos al frente mientras se ponía el jersey.

—No serás capaz, ¿verdad? —preguntó sorprendida, viendo como abría la
ventana.

Él se giró e hizo un gesto de burla.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó tirando las botas a través de la
ventana.

Ella fue hasta el aseo y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Qué te parece salir por la puerta como las personas normales y
corrientes?

Él se aupó y se apoyó en el marco de la ventana sin ningún esfuerzo.

—Es que me gusta el riesgo —bromeó antes de saltar.

Cayó en el suelo con sigilo y suspiró. Al menos, evitaría un buen enfrentamiento. Se agachó para coger las botas cuando notó una fuerte colleja en su nuca.

Se giró asustado llevándose la mano a la zona dolorida, iba a quejarse pero cerró la boca de inmediato.

—¡Serás idiota! —susurró Nicholas mientras se le desencajaba la mandíbula.

Dean resopló y cogió la bota que le faltaba. De acuerdo, pillado.

Se puso en pie y miró a su jefe de una forma seria, luego sus labios se transformaron en una sonrisa tímida, incluso un tic nervioso apareció en su párpado.

—Hola, jefe... buenos días.

Nicholas resopló y cerró los ojos cargándose de paciencia.

—¿Buenos días? ¿Cómo se te ocurre? —preguntó más enfadado mientras se acercaba.

—Ammmm... —farfulló mientras se ponía la primera de las botas.

—¿Ammmmm? —preguntó hecho un manojito de nervios—. Como Gabriel te pille...

—¿Por qué te crees que he saltado por la ventana? —preguntó provocativo mientras se ponía la otra bota dando unos saltos—. La idea era que no me viese.

—Solo te pedí una cosa... solo una... —En ese momento escucharon una puerta cerrarse con fuerza, demasiada fuerza—, y ni así te estás quieto.

Dean sonrió con malicia ante esa reprimenda. Sabía que su jefe tenía razón, pero aún estaba demasiado contento por lo ocurrido aquella noche.

—No sonrías... —Le amenazó Nicholas.

—No puedo evitarlo —confesó divertido, sin importarle en enfado de su jefe.

Dean acabó de ponerse la bota y se puso firme cuando Mia apareció por la esquina, sorprendiendo a los dos. Había rodeado el motel y, en ese momento, los miraba con furia.

—¿Creéis que estoy sorda? —preguntó alzando la voz y señalando la ventana abierta.

—Shhhh —dijo Nicholas.

—¿Qué? —gritó—. ¿Pero qué os pensáis vosotros? ¿Que podéis disponer de mi vida como os dé la gana?

—No —dijo Nicholas conmocionado por la expresión de la joven—. Es... es solo que... —comentó sin saber qué decir.

Dean arqueó una ceja hacia su jefe. Jamás lo había visto quedarse sin palabras, aunque suponía que nunca antes lo habían pillado hablando de la vida sexual de una persona, concretamente de la que escuchaba.

Dean sonrió de una forma divertida y se encogió de hombros.

—Tu hermano nos tiene acojonados —acabó respondiendo.

Ella clamó hacia el cielo alzando los brazos y se giró directamente iniciando una marcha rápida.

Los dos tragaron saliva. Quizá no debería haber dicho eso, pues Mia no parecía estar muy de acuerdo con aquello.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Nicholas.

Dean y Nicholas se adelantaron justo cuando ella aparecía por la esquina, mientras todos volvían su mirada hacia ella. Ya la habían visto salir de la habitación, pero ni los había saludado pese a que todos habían elevado su mano en su dirección. Había desaparecido tras la esquina y ahora volvía a aparecer con gesto enfadado, junto a Dean y Nicholas caminando tensos tras ella.

El resto de los compañeros esperaban apoyados contra el todoterreno, hablando con Gabriel tranquilamente. Los lobos se mantenían también fuera del todoterreno aunque a unos metros de ellos.

—¡Gabriel! —gritó Mia sin ralentizar el paso.

—Mia... —susurró Dean detrás de ella a modo de advertencia—,

contrólate.

Gabriel la miró enarcando una ceja.

—Que se controle él, a ver si ahora va a tener que controlarlo... todo — dijo mirando hacia atrás. Aquello hizo que tanto Nicholas como Dean ralentizaran sus pasos.

—Por Dios... —susurró Nicholas mirando a toda la división.

Desde luego, estaba bastante enfadada. Centró la mirada en su hermano dando los últimos pasos.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó ella enfadada.

—¿Qué? —preguntó Gabriel sin entender nada—. ¿Qué te pasa a ti?

Mia se colocó frente a él alzando el rostro, mientras la división daba unos pasos hacia atrás distanciándose.

—¿Le has dicho a alguno de ellos o a Dean que no puede acercarse a mí? —preguntó enfadada.

La división al completo miró de forma fija a Dean y tragó saliva. Aquella muchacha parecía un huracán.

Su hermano se aclaró la garganta y se llevó la mano a la nuca con timidez.

—¡Contesta! —gritó hecha un manojo de nervios.

—Bueno, yo... no sé... son... —Miró de reojo a toda la división. Resopló y se acercó a su hermana descendiendo el tono—. Se mueven muy rápido... — dijo como si aquello no le convenciese—, y se regeneran.

—¿Y qué? —gritó ella haciendo que su hermano cerrase los ojos.

—Pues no sé... que como amigos vale pero...

—No sé, no sé... —Se burló Mia. Puso un dedo en su pecho marcándolo—. Que sea la última vez que interfieres en mis asuntos. Estoy con Dean, ¿lo entiendes? Y muy cómoda. —Gabriel la miró extrañado.

—¿Estás... estás con Dean? —Luego lo miró de forma acusatoria y lo único que pudo hacer Dean fue encogerse de hombros.

—¿Algún problema? —preguntó colérica.

—Pero, ¿qué significa eso?

—¿Tú qué crees? —preguntó colocando las manos en su cintura—. Hazte una idea, vamos... sé que puedes —ironizó.

En ese momento Gabriel miró de nuevo a Dean y resopló. No, estaba claro que no estaba conforme con la decisión que su hermana había tomado pero, en ese momento, parecía más asustado por el genio de su hermana que por la situación en sí.

Dean se quedó contemplando fijamente la espalda de Mia. Parecía tan recatada y luego le salía ese genio que... le volvía loco.

Intentó apartar aquel pensamiento de su mente mientras ella seguía gritándole a su hermano como si no hubiese un mañana. En ese momento cayó en la cuenta de sus palabras. “Estoy con Dean” “Y muy cómoda”

Se quedó observando su espalda y tragó saliva mientras su corazón volvía a latir con fuerza. Ella era lo que más deseaba en el mundo y, el hecho de que confirmase delante de todos que quería estar con él, hizo que en ese momento una sonrisa se apoderase de su rostro, aunque la borró cuando recibió el codazo de su jefe llamándole la atención.

—Deja de sonreír. La que has liado —susurró hacia él sin apartar la mirada de la muchacha.

Gabriel señaló hacia la habitación.

—¿Y entonces qué? ¿Estabas con él? ¿Has pasado la noche con él? —gritó su hermano esta vez de los nervios.

Dean abrió los ojos de forma desmesurada, más de uno de la división desencajó su mandíbula.

—Ufff... —escuchó que decía Adrien tras él—, yo ya he escuchado suficiente. —Y comenzó a dar pasos hacia atrás alejándose de la situación.

—Pues a mí me resulta entretenido —comentó Scott con una sonrisa. Luego colocó una mano en el hombro de Dean—. Machote.

Dean dio un manotazo a su compañero.

—Déjame —Le amenazó.

Mia se cruzó de brazos.

—Eso no es de tu incumbencia —respondió de malos modos—. ¡Estoy de una pieza! ¡Ves! —dijo extendiendo los brazos a los lados mosqueada.

Estaba claro que cuando los dos hermanos perdían los nervios no sabían ni lo que decían.

—De una pieza, sí señor —bromeó de nuevo Scott tras él—. ¿Te costó aguantarte, Dean? ¿Tuviste que contener tu fuerza bruta?

Dean resopló, puso una mano en el pecho de Scott para alejarlo y dio unos pasos hacia delante acercándose a Mia, ignorando el último comentario de su amigo.

—Disculpad... —comentó Dean intentando apaciguar los ánimos.

Gabriel lo miró con cara de pocos amigos.

—Esto no te incumbe.

Dean sonrió con algo de malicia y chasqueó la lengua.

—Me parece que sí, y bastante. —Gabriel resopló y miró a su hermana con los labios apretados—. ¿Crees que haría algún daño a tu hermana?

—Lo único que sé es que mi hermana se merece algo mejor —comentó—. No una persona con habilidades como las tuyas que se pase el día luchando contra vampiros, lobos... corriendo riesgos. —Luego lo miró de una forma más calmada—. Ya te lo dije —enfaticó—, me caes bien, sé que eres un buen hombre, con buenas intenciones, pero...

—Puede que se merezca algo mejor... —Le dio la razón Dean cortándole—, no te lo discuto. Pero yo soy el que está aquí ahora.

Mia rechinó de dientes y alzó finalmente los brazos hacia el cielo.

—¿Y quién eres tú para decidir qué es lo mejor para mí? —gritó hacia su hermano—. Gabriel, te quiero... te quiero muchísimo —remarcó esas palabras—, ¡pero a veces te comportas como un crío de cinco años!

Dicho esto se giró para rodear el todoterreno. Gabriel resopló y se volvió hacia su hermana siguiéndole.

—Eh, Mia... espera... —comentó con la voz más paciente—. Solo quiero lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? —preguntó girándose hacia él—. ¿Te parece poco

que me rescatase del pervertido de seguridad? ¿Qué me salvase la vida en el terremoto? ¿Qué me diese su sangre para que viviese? Dime... —preguntó acelerada—, ¿de verdad crees que no es suficientemente bueno para mí?

—No me refiero a eso...

—¿Ah, no? ¿Y a qué te refieres?

—A cómo es... lo que hace... —comentó directamente.

Ella se cruzó de brazos y miró a su hermano con picardía.

—Pues a mí me gusta lo que hace —dijo encogiéndose de hombros—, y el uniforme que lleva también me gusta... mucho —enfaticó.

La división se giró hacia Dean con una sonrisa tirante.

Gabriel enarcó una ceja hacia ella y medio sonrió sorprendido por las últimas palabras de su hermana.

—Mia... —comentó tímido, incluso sonrojándose—, por favor...

—Oye, sé... sé que en lo profundo de tu corazón solo tienes buena intención e intentas protegerme —Esta vez se acercó y cogió su mano—, pero deberás confiar en mí. —Gabriel cerró los ojos intentando calmarse. Su hermana era lo único que tenía, pero le asustaba que tuviese a una persona así a su lado. Sabía que la protegería de todo, pero también había visto su forma de luchar, su agresividad, los peligros a los que se enfrentaba... no quería que su hermana viviese en un mundo como aquel. Gabriel abrió los ojos lentamente, más calmado y miró los ojos verdes de su hermana—. Además, ¡tampoco he dicho que me vaya a casar con él!

Gabriel resopló y se soltó de su mano.

—Eso no mejora las cosas... —dijo girándose.

—Oh, vamos... ¿y qué me dices de Ada?

Gabriel se giró de inmediato hacia ella.

—¿De Ada?

—Sé que estuviste con ella...

—Estudiaba conmigo —dijo más alterado—. ¡No iba cazando vampiros por ahí ni hablando del Apocalipsis!

—¿Y qué es más efectivo ahora? —bromeó ella—. ¿Con lo que está ocurriendo cuál crees que es el trabajo del futuro?

—Oh, vamos... —comentó Gabriel haciendo un gesto con su mano, alejándose de ella. Giró en el todoterreno y se encontró de bruces con Dean. Puso una mano en su pecho y lo echó a un lado—. Quita —susurró agobiado.

Dean sujetó en ese momento su mano, sin permitirle que se alejase.

—Tu hermana me importa —comentó seriamente—. No tienes que preocuparte por eso.

Gabriel lo miró fijamente.

—No es lo que me preocupa —respondió abriendo la puerta del todoterreno de malas formas.

Dean se hizo a un lado para dejarle pasar y cerró la puerta.

Su mirada se encontró con la de Mia que en ese momento resoplaba.

Cuando Dean se giró todos sus compañeros lo miraban boquiabiertos, incluso parte de los lobos se habían acercado para observar.

—¿Nos vamos ya o qué? —gritó mientras rodeaba el todoterreno para entrar por la puerta del otro lado.

Sí, decididamente el ambiente se había crispado. Llevaban más de tres horas en silencio. Mia se encontraba sentada entre Gabriel y Dean. Ninguno de los dos había abierto la boca en ningún momento. Ambos miraban el paisaje, intentando calmar sus sentimientos.

Las miradas entre el resto de compañeros no cesaban. Miradas de soslayo, señalando con su rostro de uno a otro. La tensión se podía cortar con tijeras.

—Bien y... mmm... ¿para cuándo nacerá? —preguntó Nicholas mirando a Taylor, intentando dar algo de conversación.

Taylor suspiró como si el mantenerse callado todo el rato le hubiese producido ansiedad y necesitase hablar.

—Está embarazada de tres meses.

—¿Las chicas lo saben? —preguntó Adrien desde el maletero.

Taylor lo miró a través del reflejo del retrovisor.

—Acordamos que lo diríamos juntos... así que... haceros los sorprendidos cuando os lo digamos. —Y sonrió hacia ellos.

—Cintya seguro que lo sabe —comentó Scott.

Mia se giró hacia él y luego miró hacia delante.

—¿Quién está embarazada?

—La novia de Taylor, Sandra —explicó Nicholas con una sonrisa.

—Vaya, felicidades —dijo alegre, como si también estuviese deseando hablar—. ¿Es el primero?

—Sí, el primero.

—Y del equipo también —explicó Nicholas.

—Sí... —continuó Taylor—. A ver si os animáis —bromeó.

Nicholas se giró y observó en diagonal. Dean permanecía de brazos cruzados mirando por la ventana, sin pronunciar nada al respecto. Gabriel, al otro lado del asiento permanecía en la misma actitud.

—Supongo que es muy pronto para saber si es niño o niña, ¿no? —continuó Mia emocionada.

—No, aún no lo sabemos aunque... —Luego miró a Scott a través del retrovisor—. Cintya debe saberlo.

—¿Y quién es Cintya? —preguntó Mia girándose hacia Scott.

—Mi novia. Es un oráculo. —Ella lo miró sin comprender—. Lo sabe todo.

—Ahhh —respondió sin darle mucha importancia.

—No, de verdad. Lo sabe todo. Tiene ese poder.

Ella lo miró extrañada.

—Qué interesante —comentó asombrada. Miró de reojo a su hermano que no parecía tener la intención de entrar en la conversación. —¿Y tú qué prefieres?

—Me da igual. Casi prefiero una niña —comentó con una sonrisa.

—Son más bonitas... —comentó ella—, más cariñosas.

—Y problemáticas —susurró Gabriel.

Mia observó su perfil con una ceja enarcada. Resopló y decidió ignorarlo.

—¿Has pensado en nombres?

Aquella pregunta hizo que Taylor pegase un respingo en el asiento.

—No, la verdad es que no. Con todo esto...

—¿Algún favorito?

Se quedó pensativo unos segundos.

—Si es niña me encanta Amber. Y si es niño Brian —contestó con una sonrisa.

—¿Amber? —preguntó Christopher.

—Sí, ¿qué pasa?

—No me gusta nada ese nombre —comentó Christopher—. Había una chica en el Pentágono que se llama así, era insufrible.

—Bueno, el nombre no te tiene que gustar a ti... —comentó con una sonrisa—, sino Sandra y a mí.

—Ni hablar —comentó mirándolo fijamente—. No dejaré que llames a tu hija de esa forma —bromeó.

Nicholas sonrió y miró hacia delante. A lo lejos, se veía un poblado destruido, atravesado por esa carretera.

—Easport —dijo Nicholas—. Está en la frontera con Canadá.

—Al fin —comentó Taylor—. ¿A cuánto estamos de Banff?

—Unas cuatro horas —indicó Nicholas—. ¿Cómo vas? ¿Cansado?

Taylor se encogió de hombros.

—No, no mucho.

—Pararemos en el pueblo unos minutos a estirar las piernas. —Se giró hacia atrás—. ¿Algún voluntario para conducir?

Todos levantaron la mano excepto Dean que parecía inmerso en su mundo.

—Adrien, tú mismo —indicó Nicholas.

Comenzaron a avanzar por el poblado. No tenía edificios altos, a lo sumo tres plantas. La calle principal estaba totalmente destruida. Taylor tuvo que reducir la velocidad puesto que el asfalto estaba muy quebrado.

Muchos edificios permanecían en ruinas, otros solo conservaban la primera planta. Nicholas miró hacia el cielo, estaba despejado, aunque al final, en el horizonte, había varias nubes que seguramente descargarían una tormenta.

—Detén el coche ahí.

Se giró para observar a sus compañeros.

—¿Qué hay de comer por ahí?

—No mucho —dijo Scott—. Algunas bolsas de patatas, latas de maíz...

Nicholas resopló y miró hacia las casas.

—Dudo que encontremos algo de comer por aquí, debe estar todo podrido —comentó Christopher.

A la que el todoterreno se detuvo bajaron todos.

Nicholas fue hacia el otro todoterreno.

—Aparcad ahí —dijo a Fillipe que en ese momento conducía—. Estiraremos las piernas unos minutos.

—Menos mal —susurró Alex—. ¿Cuánto queda para llegar?

—Unas cuatro horas —explicó mientras se separaba y volvía con su equipo. En ese momento Dean bajó del todoterreno. Nicholas fue directo hacia él colocándose a su lado—. Buscad por esta calle por si encontráis algo. Y aprovechad para... —Se fijó en Mia—, para hacer vuestras necesidades.

—Que fino eres cuando quieres, jefe —comentó Adrien mientras Taylor le pasaba las llaves del todoterreno.

Nicholas se puso frente a Dean que aún seguía sin pronunciar nada.

—¿Cómo estás? —susurró.

Dean lo miró y luego observó de reojo a Gabriel.

—Bien.

—Ya —dijo dando una palmada en su espalda, echando un poco hacia delante a su compañero—. Supongo que no le queda otra que aceptarlo. Ya se acostumbrará. Poco a poco.

Dean lo miró fijamente.

—Si no fuese el elegido... —susurró amenazante—. ¿No soy lo suficiente bueno para ella? —preguntó indignado.

—No te lo tomes a mal. Está nervioso —Le recordó—. Y tío, te has tirado a su hermana —acabó bromeando.

Dean resopló y miró de reojo a Gabriel y a Mia que estaban hablando.

—Si tú no hubieses aparecido en la parte traera del motel —dijo entre dientes a su jefe.

—¿Yo?

—Me había escapado por la ventana, podría haber aparecido por el otro lado del motel y no hubiese ocurrido nada.

Nicholas rio.

—Ya, puede que Gabriel sea más inocente, pero nosotros no —apuntó—. ¿Por qué te crees que fui a buscarte a la parte trasera? ¿Te crees que no sospechábamos que estabas con ella? Además, mi habitación estaba al lado de la de Mia y los golpes en la pared sobre las dos de la madrugada eran bastante sospechosos.

—Vale, mensaje captado —dijo cruzándose de brazos.

Nicholas suspiró y dio otro golpe en la espalda de Dean.

—Todo irá bien —pronunció reconfortándolo.

—Deja de darme golpes, joder —Se quejó.

—¿Por qué? —preguntó con ironía, dándole otro golpe—. ¿No te gusta? ¿Te molesta? ¿No te dejan dormir? —acabó riendo.

—Menudo incordio de jefe estás hecho —dijo distanciándose hacia el resto de sus compañeros.

Se alejó directamente, aunque no pudo evitar mirar de reojo a Mia y Gabriel que hablaban bastante más calmados que la última vez y, aunque no podía escucharlos desde allí sabía sobre lo que discutían.

Mia suspiró y miró a su hermano fijamente.

—No estás siendo justo con él —Le recriminó—. Dean es buena persona...

—Sé que es buena persona —afirmó Gabriel—, es solo que... —Su hermana arqueó una ceja hacia él.

—Ni se te ocurra volver a decirme que como es un cazador...

—Es que es justamente eso, Mia —dijo su hermano acercándose—. No sé —reaccionó desesperado—. Siempre he pensado que acabarías con un profesor de colegio aburrido, o uno de esos amigos que tenías en la facultad de ingeniería, pero esto... Ellos se arriesgan mucho.

—Se arriesgan por protegernos a nosotros.

—Lo sé, pero no quiero que estés con alguien que corre tantos riesgos, que vive la vida tan al límite. —Su hermano suspiró—. Sé... sé que puede sonar injusto pero no quiero que sufras, que vivas rodeada de todo esto. —Extendió los brazos hacia los lados.

—Por mala suerte, Gabriel, es lo que nos ha tocado vivir. No soy yo la que lo elijo —Dio un paso al frente y apretó los labios intentando relajarse—. Dean me gusta, me gusta muchísimo —reconoció—. Y sé que quizá no es lo más apropiado, que habrá peligros pero, ¿acaso el mundo ya no es peligroso de por sí? —Gabriel suspiró y se cruzó de brazos—. ¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó con algo de pena—. Quien me hace sufrir eres tú. —Aquello hizo que su hermano la mirase fijamente y tragase saliva—. ¿Crees que es fácil para mí la situación en la que me pones?

Gabriel se removió nervioso.

—Lo siento —comentó arrepentido, como si en aquel momento fuese consciente de ello—. No pretendía eso. Jamás... —dijo cogiendo su mano—, jamás querría hacerte daño.

Ella le sonrió de forma cariñosa.

—Lo sé.

Se quedaron mirando unos segundos.

Aunque no estuviese de acuerdo con aquella relación debía respetarla. Él solo quería calma para su hermana, que no tuviese que sufrir más de lo que ya había pasado, pero aquellas últimas palabras le habían hecho comprender que no solo se sufría físicamente o emocionalmente, sino también por amor.

—De acuerdo —comentó Gabriel.

Ella lo miró sin comprender.

—¿De acuerdo con qué? —preguntó divertida—. No te estoy pidiendo permiso para estar con Dean, lo único que te pido es que... —Se acercó sin soltar su mano—, seas amable, por favor —suplicó.

Gabriel resopló y se pasó la mano por los ojos, como si aquello le costase.

—Está bien.

—Gracias —dijo más alegre.

Pero Gabriel la señaló.

—No te estoy diciendo que vaya a ser amable, solo que... lo toleraré.

—Es un paso —Se acercó y le besó la mejilla.

Gabriel le sonrió y acarició su brazo.

—Voy un momento al lavabo —bromeó.

—De acuerdo —dijo ella distanciándose. Se quedó observando las casas destruidas mientras su hermano cruzaba la calle para colocarse tras un muro derribado, de donde en ese momento Adrien y Taylor salían.

El lugar sería aterrador si no fuese porque era pleno día y estaba acompañada de ellos.

—¿Todo bien?

Mia se giró hacia Dean que se había colocado a su espalda.

Ella asintió y le sonrió de una forma tierna.

—Perdona por lo de mi hermano, él solo...

—No hay nada que perdonar —pronunció intentando calmarla—. Lo

comprendo. Te quiere mucho.

Ella le sonrió y volvió a asentir.

—Sí —dijo mientras observaba a Gabriel que se había colocado tras el muro y que hablaba con Adrien y Taylor que esperaban al otro lado, haciéndole compañía—. Y yo a él, pero también me pone de los nervios —acabó riendo.

—Pues como todos los hermanos —reaccionó.

Ella suspiró y se acercó un poco más, como si quisiese hacerle una confidencia.

—Me ha dicho que intentará calmarse un poco —susurró.

—Me alegro —dijo con sinceridad. Luego miró hacia la esquina y señaló—. ¿No tienes que ir tú también a...? Ya sabes... —comentó—. No pararemos más hasta dentro de cuatro horas.

—Mejor iré —comentó avanzando hacia el lugar que Dean le proponía.

Fue tras de ella y señaló tras unas rocas.

—No te apartes mucho. Me quedo aquí —dijo dándole la espalda.

—¡Al fin! —exclamó Adrien al ver aparecer la casa ante ellos.

Eran las ocho de la noche cuando habían atravesado el pueblo de Banff y tomado el camino que los conducía hasta su casa.

No se habían sorprendido cuando al abrirse la valla del jardín delantero las chicas estaban allí, esperándoles. Cintya les debía haber avisado que llegaban.

La puerta del garaje se abrió e introdujeron el todoterreno seguidos por la manada.

Nada más salir del garaje cada uno fue en busca de su pareja para abrazarse.

—Ya era hora —comentó Laurel fundiéndose en un abrazo con Christopher.

Melanie fue directa a por Nicholas y este la besó mientras pasaba una mano por el cabello.

—¿Te acabas de duchar? —preguntó al notar su cabello rubio mojado.

—He estado entrenando toda la tarde con la manada.

Nicholas sonrió.

—¿Y cómo va?

—Mañana si quieres te hago una demostración —comentó emocionada.

Todos miraron a Gabriel y Mia que bajaban del todoterreno con timidez. Nicholas fue quien señaló hacia ellos.

—Os presento a...

Cintya que estaba abrazada a Scott se separó de él y dio unos pasos al

frente, impactada.

—Gabriel —susurró ella. Gabriel la miró y enarcó una ceja—. Eres tú —susurró.

—Ammm... sí, hola. ¿Nos conocemos?

Scott se puso a su lado.

—Es Cintya, mi novia. Él oráculo.

—Ahhh... —comentó él impresionado.

Cintya dio unos pasos adelante.

—Hola, Mia —La saludó directamente a lo que ella también la miró extrañada. Luego volcó toda su atención en Gabriel de nuevo—. ¿Cómo estás?

Gabriel miraba a toda la división como sin comprender nada. Se encogió de hombros y titubeó un poco a la hora de sonreír.

—Bien, algo cansado, y con bastante hambre —dijo como si no supiese qué otra cosa responder.

Melanie también se adelantó hacia Gabriel.

—Hemos preparado la cena cuando Cintya nos ha dicho que llegaríais esta noche y con bastante hambre —sonrió a todos sus compañeros. Luego torció su rostro hacia Mia que se había quedado un poco más atrás. Dean estaba a su lado—. Hola, Dean... —dijo sonriente mientras se acercaba para abrazarle, luego miró a Mia con una gran sonrisa y extendió la mano hacia ella—. Hola, soy Melanie, la novia de Nicholas.

Mia dio unos pasos hacia delante y estrechó su mano.

—Soy Mia, la hermana de Gabriel —sonrió ella.

Todas las chicas la miraron con una sonrisa.

Nicholas se dirigió a la manada que esperaban alejados. Bethany en ese momento hablaba con su hermano Alex.

—Id con vuestros amigos esta noche, descansad, os lo merecéis. —Luego se giró hacia sus compañeros—. Quedamos mañana a las nueve de la mañana aquí, ¿de acuerdo?

Los cuatro lobos asintieron y salieron corriendo de la casa felices,

deseando encontrarse con la manada para explicar lo sucedido.

Nicholas se giró hacia sus compañeros.

—Yo no sé vosotros pero a mí me apetece una buena ducha y cenar algo.
—Miró a las chicas—. Luego os pondremos al corriente de todo. —Miró el reloj viendo que marcaban las ocho y cuarto—. A las diez y media en la oficina.

Dean abrió la puerta de su cuarto y dejó que Gabriel y Mia pasaran.

—Bonitas habitaciones —comentó ella mientras miraba de un lado a otro.

—Podéis ducharos, el aseo está allí.

—No hay nada que desee más que una ducha —susurró Mia sonriendo a ambos.

Gabriel sonrió a su hermana.

—Tu primera —dijo indicándole el aseo.

—Gracias. —Fue directamente a la puerta que Dean había indicado.

Dean miró de reojo a Gabriel mientras Mia se encerraba ya en el cuarto de baño.

—Te buscaré algo de ropa para que puedas ponerte —comentó a Gabriel mientras iba hacia el armario.

—Gracias —Se limitó a decir mientras miraba de un lado a otro.

Dean abrió y miró entre las perchas. El encontrarse a solas con Gabriel después de lo sucedido aquella noche con Mia y de la discusión que habían tenido le hacía sentirse incómodo.

Cintya y Laurel que caminaban por el pasillo se quedaron frente a la puerta.

—Gabriel —comentó Cintya haciendo que tanto Dean como él se girasen—. Puedes usar la ducha de Scott —ofreció ella—. Él ya ha acabado.

Gabriel se miró y asintió de inmediato. Necesitaba darse una ducha de

verdad. Llevaba meses aseándose con una esponja y un barreño.

Dean cogió unos tejanos y una camiseta y se acercó a Gabriel.

—Creo que te irán bien —comentó entregándoselo.

Gabriel lo cogió y volvió a asentir.

—Vamos —dijo Cintya indicándole que le siguiese con un gesto de la mano.

Gabriel miró a Dean unos segundos haciendo un gesto de agradecimiento con su rostro y salió de la habitación seguido por Dean.

Lo vio caminar por el pasillo junto a Cintya y justo cuando abrió la última puerta del pasillo Scott salió solo con una toalla atada a su cadera.

—Gabriel se va a duchar en nuestra habitación —Le explicó Cintya.

Scott se echó a un lado.

—Toda tuya —respondió sonriente—. Hay más toallas en el armario —Le indicó mientras Gabriel se dirigía al aseo con ansiedad.

Cintya fue de nuevo junto a Laurel y volvieron a pasar por delante de Dean que en ese momento cerraba la puerta de la habitación y se dirigía al comedor.

—Yo de ti aprovecharía, Dean —comentó Cintya con inocencia, y luego le sonrió abiertamente.

Dean enarcó una ceja.

—A ti no se te escapa una, ¿verdad? —preguntó absorto.

—Tienes veintiocho minutos antes de que Gabriel salga por la puerta de la habitación de Scott —rio divertida.

No hizo falta decir más.

—Gracias —susurró mientras abría la puerta de su dormitorio y entraba.

Cerró tras de él y echó el pestillo. Directamente miró el reloj de su muñeca. Las nueve menos cuarto. Disponía hasta las nueve y cuarto aproximadamente.

Escuchó el agua caer en la ducha. Durante unos segundos se imaginó a Mia enjabonándose pero... ¿para qué iba a imaginar?

Fue directamente al aseo mientras se desabrochaba la cremallera trasera del uniforme. Antes de llegar se quitó las botas tirándolas al otro lado de la habitación, con ansiedad.

Debía aprovechar cada segundo que se le ofrecía, pues no sabía cuándo podría tener de nuevo esa suerte.

Se bajó el uniforme hasta la cintura y entró en el aseo.

Mia estaba en el interior de la ducha, con los ojos cerrados, de espaldas a él y enjabonándose el cabello. La visión le hizo tragar saliva. Su piel brillaba al contacto con el agua.

Se quitó del todo el uniforme dejándolo sobre la pica y fue hacia la ducha. No dijo nada, simplemente abrió la mampara.

En ese momento, Mia dio un brinco girándose y apoyándose contra la pared. Dean rio al ver su reacción y la cogió rápidamente por la cintura para que no resbalase.

—¡Qué susto! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida, aunque con una gran sonrisa—. ¿Y Gabriel?

Dean besó sus labios directamente.

—En la habitación de Scott, se está duchando allí. Tardará una media hora —comentó con una sonrisa.

Mia sonrió más y pasó sus brazos por sus hombros sujetándose a él.

—Ammmm... qué bien —dijo a escasos centímetros de sus labios.

Dean la miró fijamente a los ojos mientras ella se mantenía muy cerca. La apretó más contra él y estrelló sus labios con los suyos, atrapándolos.

Aquella, sin duda, era la experiencia más excitante que había tenido nunca. Cierto que la noche anterior, en el hotel, había estado genial, pero ahora, el agua caliente, el vaho que se formaba en la ducha, la piel resbaladiza de Mia... hacían que superase la experiencia de la noche anterior.

La besó y la apoyó contra la pared mientras comenzaba a descender por su cuello, mientras el agua caía también sobre él mojándolo.

Pese a que sabía los minutos con los que contaba sus ansias por estar dentro de ella lo superaban. Se agachó y la cogió por los muslos elevándola,

apoyándola contra la pared y permitiendo que Mia lo rodease con sus piernas.

Mia se quedó observándolo unos segundos. Sus ojos azules brillaban y contrastaban con el cabello rubio oscuro de Dean. Pasó su mano por su mejilla, comprobando que no estaba tan suave como la noche anterior.

Bajó hasta sus labios y los besó con pasión mientras se agarraba con fuerza a él. Estaba total y perdidamente enamorada de aquel hombre. Todo lo que había hecho por ella, la forma en la que la trataba, lo deseada que se sentía entre sus brazos... era todo lo que deseaba que un hombre le aportase, y él lo hacía.

Dean se introdujo en su interior esta vez más despacio, saboreando el momento, mientras la estrechaba contra la pared y sentía como las manos de ella se agarraban con fuerza a sus hombros.

La besó de nuevo tras recuperar el aliento por la sensación y comenzó a moverse lentamente.

Mia comenzó a gemir sin poder evitarlo.

—Shhhh —susurró Dean.

Aunque sabía que era casi imposible que la escuchasen no quería jugársela.

La abrazó con fuerza e incrementó sus movimientos mientras el agua caía sobre ellos.

Aunque allí y en esa postura se limitaban muchos sus movimientos, sin duda, era la mejor experiencia que había tenido nunca. Si por él fuera la llevaría a la cama y le haría el amor allí, pero dejaría todas las sábanas mojadas. Sabía que nadie podría entrar en la habitación, pues había echado el pestillo, y aquello de daba más tranquilidad, pero lo mejor sería no dejar pruebas del delito.

—Me vuelves loco —susurró contra su oído mientras escuchaba cómo ella intentaba contener sus gemidos.

Aquello hizo que Mia girase su cuello y lo besase con fuerza mientras pasaba sus dedos por su cabello mojado, acariciándolo.

Aquel hombre la volvía también loca a ella, pero en ese momento no encontraba las fuerzas para poder verbalizarlo. El placer que le hacía sentir le

nublaba la mente.

Se abrazó con fuerza a él mientras besaba su hombro, sin que Dean dejase de moverse hasta que él resopló y apoyó su frente en la suya, ambos respirando con rapidez, intentando recuperar el aliento.

Cuando Mia abrió los ojos Dean pasaba una mano por su mejilla y miraba sus labios. Ella acarició su cabello y ambos coincidieron la mirada. No hacía falta que se dijese nada con palabras, los gestos, los sentimientos que expresaban a través de sus ojos lo decían todo.

La depositó en el suelo de la ducha sin soltarla de la cintura y volvió a besarla.

Con el pelo mojado y pegado a su rostro estaba adorable. Ella miró hacia arriba y rió.

—No me había dado cuenta de que eras tan alto —comentó apoyándose contra la pared.

—Ni yo de que tú eras tan pequeñita —rió él. Ella golpeó divertida su brazo—. Me tenías engañado con esos taconcitos...

—Ya. —Se encogió de hombros—. Es lo que hay.

—Y a mí ya me parece bien. —Se acercó de nuevo colocando un brazo a cada lado de su cuerpo y se dejó caer hacia ella—. Más manejable —susurró contra sus labios.

Ella resopló y Dean acabó besándola otra vez. Suspiró y se distanció un poco de ella.

—Será mejor que te duches y salgas, o tu hermano...

—Ya —dijo cogiendo el bote de gel—. Creo que no dirá nada después de la conversación que he tenido con él.

—Ya, no dirá nada a no ser que te encuentre en mi ducha... conmigo dentro —apuntó.

Ella asintió mientras volvía a echarse el gel en el cabello y enjabonaba. Dean se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos, observándola.

—¿Tú no te duchas?

—Cuando acabes, ahora prefiero mirar.

—Vaaaaleeee —respondió ella lentamente mientras cogía la esponja y la pasaba por su cuerpo—. ¿De dónde sacáis el agua?

—Tenemos depósitos.

—¿No se gastan? —preguntó pasándole la esponja y metiéndose bajo el chorro de agua para enjuagarse.

—Nos los rellena el Pentágono —explicó—. Aunque de momento no ha hecho falta, tenemos una pequeña potabilizadora de agua y la cogemos de los ríos.

—Ahhhh —contestó ella.

—También tenemos muchas reservas de comida congelada —dijo con una sonrisa—, y un generador de electricidad propio.

—Qué preparados estáis —comentó asombrada, con los ojos cerrados mientras se quitaba el jabón del pelo.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Ya... —Se apartó del chorro y se escurrió el cabello.

—Será mejor que salgas de la habitación —comentó divertido mientras se metía bajo el chorro de agua.

—Ya, o Gabriel se enfadará...

—No, o acabaré lanzándote sobre mi cama —sentenció él.

Ella enarcó una ceja.

—No me tientes, Dean —pronunció con los dientes apretados.

Salió de la ducha y se enrolló el cabello con una toalla mientras se secaba todo el cuerpo.

—Antes habéis dicho que a las diez y media había una reunión —comentó.

—Sí, aprovecha ahora y ve a la cocina a comer.

Depositó la toalla sobre la pica y cogió la ropa que Melanie le había dejado.

—¿Para qué es la reunión?

—Tenemos que aclarar con Cintya lo ocurrido. Necesitamos que nos dé

información.

—Ah, sí... la oráculo —comentó ella vistiéndose.

Dean se acercó a la mampara y pasó la mano quitando las gotas y el vaho que empercudía los cristales.

—¿De dónde has sacado esa ropa?

—¿Quieres que vaya desnuda? —bromeó ella.

—No me importaría.

—Me la ha dejado Melanie —respondió directamente.

—Ah... sí, debéis tener la misma talla más o menos —comentó girándose de nuevo hacia el grifo—. Aunque creo que ella es un poco más alta.

Ella miró fijamente la espalda de Dean a través de la mampara.

—Ya, pero me parece más delicada. No creo que llegue a golpear a Nicholas si le insinúa muchas veces que es un tapón —ironizó.

Dean comenzó a reír, incrédulo por sus palabras mientras se giraba.

Apagó la ducha y abrió la mampara, cogió una toalla y la colocó en su cintura.

—Es mejor no meterse con ella. —Y chasqueó la lengua mientras salía.

Mia se puso los vaqueros, un jersey fino color crema y se apartó para darle espacio a Dean.

—¿Lo sabes por experiencia? —ironizó.

—Pues sí. —Se giró para observarla—. Creo que no te lo había dicho. Melanie es una bruja.

Ella enarcó una ceja hacia él.

—¿Una bruja? —preguntó divertida, como si Dean le estuviese tomando el pelo.

—Y de las poderosas. Creo que hoy por hoy, es la más poderosa que existe.

—¿Pero qué dices? Si es muy maja.

Dean la miró divertido.

—Mejor no la enfades. —Se pasó otra toalla por el cabello removiéndoselo para secarlo—. A nosotros ya nos dio para el pelo una vez, pero luego nos ayudó. Le debemos la vida.

Mia parpadeó un par de veces.

—¿Estás hablando en serio?

—En estas cosas nunca bromeo.

—¿Sabes? Sois muy raritos... —dijo acercándose a él. Rodeó su cintura con sus brazos y se puso de puntillas para besar su mejilla—. Todos —rio.

Él la cogió por la cintura y la besó también.

Mia se separó de nuevo y fue hacia el dormitorio.

—Te espero en el comedor.

—De acuerdo. No tardo. Cuidado que está puesto el pestillo de la puerta.

Mia se pasó la mano por el cabello húmedo revolviéndoselo y fue hasta la puerta.

—Hasta ahora —comentó abriendo.

Cuando salió Nicholas y Scott estaban hablando tranquilamente en el pasillo.

—Hola —dijo ella.

—Ey, ya te has duchado —comentó Scott.

—Sí, muchas gracias. Hacía meses que no podía ducharme en condiciones.

Ambos sonrieron y Nicholas señaló en dirección contraria.

—En el comedor está la cena. Las chicas están allí. Ve con ellas y come todo lo que quieras.

Estuvo a punto de dar unas palmadas de felicidad, pero se contuvo, aunque Nicholas y Scott intuyeron la alegría en su rostro y sonrieron ante ello.

Mia fue directa hacia el comedor mientras ambos se quedaban al lado de la habitación de Scott hablando.

—No creo que sea lo mejor... —continuó Scott apoyado contra la pared.

—Quizá sea la única opción —insistió Nicholas.

—Déjame que lo hable con ella, pero no creo que el que Cintya vaya al otro lado para conseguir información sea lo que más nos conviene. Mabus podría descubrir que Gabriel está aquí.

Nicholas resopló. Scott tenía razón. Si Cintya se concentraba para acceder al otro lado, el lugar donde hallaba las respuestas más difíciles, corría el riesgo de que la localizasen o quedase atrapada. Ya se había forzado a hacerlo una vez, para saber qué era lo que ocurría y el arma que debían usar para matar a la bestia, y ya habían tenido suficiente. La experiencia no había sido agradable para nadie.

—Es verdad —acabó diciendo—. Pero, ¿crees que no lo sabe? Ya viste a Eligos, él lo sabe.

—Ya, Eligos, pero no creo que Mabus lo sepa, si no, ¿qué hace que no viene?

Ambos suspiraron. Había demasiadas respuestas sin resolver y necesitaban saber lo que estaba ocurriendo para poder actuar.

Los dos se giraron cuando la puerta del cuarto de Dean se abrió y él salió tan tranquilo.

Nicholas y Scott arquearon la ceja.

Dean sonrió hacia ellos con inocencia.

—¿No ha salido hace unos minutos Mia de la misma habitación? —preguntó Nicholas con ironía.

—Y con el pelo mojado también —recalcó Scott.

Dean los miró de una forma traviesa y dio unos pasos hacia ellos.

—¿Gabriel está aún dentro? —Señaló la habitación de Scott.

—Sí —respondió este.

—Bien, puesto que no hay peligro lo diré —bromeó él—. Sí. Nos apetecía una ducha... juntos —dijo divertido. Y tal y como lo pronunció se giró dirigiéndose al comedor.

—Joder... —escuchó que decía Nicholas.

Alex y sus compañeros habían llegado con la manada hacía poco más de media hora. Era todo un lujo volver a disfrutar de la compañía de sus amigos y de la comodidad que les brindaban las caravanas.

Nada más llegar Alex cogió su móvil. Tenía tres mensajes. No pudo evitar sonreír cuando vio que eran de Stella.

Aunque no se habían visto aquellos últimos meses no dejaban de escribirse. Ella se lo había pedido muchas veces, no le importaba que fuese un lobo, estaba enamorada de él. Los sentimientos se entremezclaban, por un lado felicidad, por otro tristeza, pues sabía que lo que le había dicho la división era cierto y estando a su lado corría un gran riesgo. Un simple descuido y ella acabaría siendo un lobo. No era lo que quería, ella no se merecía ese tipo de vida por mucho que los dos desearan estar juntos.

—Ey —dijo Fillipe—, Aaron va a explicar lo sucedido, ¿vienes?

Alex apartó la mirada de la pantalla de su móvil y asintió.

Llevó los dedos hasta su móvil y tecleó un rápido mensaje.

“Estoy bien. Me encantaría verte pero es complicado”

Inspiró cogiendo fuerzas y envió el mensaje. Depositó el móvil sobre la barra de la cocina de su caravana y salió afuera.

—¿Dónde vas? —preguntó a Fillipe.

—Necesito un momento de intimidad —respondió yendo hacia el bosque—. Ahora voy con vosotros. De todas formas ya sé lo que ha ocurrido —bromeó mientras se introducía en el bosque.

Corrió hacia el interior alejándose de la manada. Llevaba muchos días sin poder estar solo, necesitaba unos minutos de relax y hacer sus necesidades sin

que uno de sus compañeros estuviese cerca.

Se detuvo y miró de un lado a otro. Prácticamente no podía intuir la luz de la hoguera en medio del descampado. Allí no había nadie, al fin estaría solo. Iba a desabrocharse los botones cuando un olor llamó su atención.

Elevó su rostro concentrándose en su olfato cuando lo reconoció. Comenzó a rugir pero no fue lo suficientemente rápido. Los vampiros no eran tontos, sabían la dirección del viento y moverse para ser descubiertos en el último momento.

Se agachó, pero no lo suficiente para esquivar la patada del vampiro y salir disparado hacia el árbol.

Chocó con fuerza quedándose sin aire y cayó sobre la tierra. Iba a ponerse en pie cuando observó como decenas de siluetas aparecían ante él.

Se levantó poco a poco, analizando la situación, con la respiración acelerada y rugió hacia ellos.

Drake dio un paso hacia él con el brazo extendido.

—Cálmate, solo venimos a hablar.

Fillipe rugió más fuerte.

—La manada no tardará en darse cuenta de que estáis aquí —dijo con asco, mirando de un lado a otro.

—Seré rápido entonces. Habéis vuelto y eso solo puede significar una cosa ¿la división tiene a Gabriel?

Fillipe rugió y miró hacia el lugar donde estaba la manada. El viento no lo favorecía en aquel momento, pero no pasarían un par de segundos más antes de que ellos pudiesen captar ese olor.

—No —sentenció con rabia.

—¿No? —preguntó Drake ladeando su cuello. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo un objeto. Directamente se lo lanzó a Fillipe que lo cogió al vuelo—. Te lo volveré a repetir, ¿la división tiene a Gabriel?

Fillipe abrió la palma de su mano viendo lo que el vampiro le había lanzado. Notó como los ojos se le humedecían. Conocía aquel colgante de oro. Era pequeño y redondo, con una A tallada por una cara y por la otra una F.

Apretó la palma de la mano mientras cerraba los ojos intentando calmarse, justo cuando escuchó los aullidos de la manada. Un segundo después todos pudieron escuchar las pisadas de los lobos acercarse.

—No le hagas daño —suplicó.

Drake sonrió de una forma maléfica.

—Dime si está con ellos y la liberaré.

Fillipe tragó saliva mientras miraba con odio al vampiro, haciendo un esfuerzo supremo por no transformarse.

Se quedó fijamente mirándolo, sin saber cómo reaccionar. Aquel vampiro lo estaba chantajeando, si no se lo decía la matarían pero, por otro lado, sabía lo que se jugaban.

Inspiró intentando aclararse, pero tal eran los nervios que tenía que no lograba pensar con claridad.

Drake dio un paso hacia él amenazante, mientras el resto de vampiros comenzaban a correr en dirección contraria a los lobos que se dirigían hacia ellos.

—¡Dímelo! —gritó.

Fillipe lo miró fijamente mientras se guardaba el medallón en el bolsillo y se puso directamente a cuatro patas comenzando la transformación.

Drake dio un paso atrás y de repente desapareció.

Cuando los lobos llegaron hasta donde él se encontraba lo miraron preocupados.

—¿Vampiros? —preguntó Aaron.

—Sí —dijo mirando de un lado a otro—. Me han hecho una emboscada —gritó de los nervios.

—¿Estás bien? —preguntó Alex. Fillipe asintió—. ¿Por dónde se han ido?

Fillipe no respondió, directamente echó a correr en una dirección seguido por sus compañeros.

Tras cenar todos habían subido a la parte alta, sin excepción. Aquel era un tema que debían abordar entre todos.

Se habían acomodado en la oficina. Mia se había sentado junto a Gabriel y Dean se había apoyado en la mesa.

Nicholas esperaba de pie a que todos tomaran asiento.

—Bueno, la situación es bastante... desesperada —comentó. Miró a Cintya—. ¿Te ha explicado Scott lo que ha ocurrido?

—Por encima —contestó ella—. Aunque no hace falta —recordó.

Nicholas asintió y se cruzó de brazos mientras se apoyaba contra la mesa principal.

—Hay varios frentes abiertos. —Miró a toda la división y en especial se refirió a las mujeres, para aclararles todo lo ocurrido—. De camino para aquí Mabus nos cogió por sorpresa a Scott y a mí. En un motel de carretera.

Bethany dio unos pasos adelante asustada.

—¿Mabus?

—¿Estamos hablando del cuarto jinete? —intervino Sandra—. ¿El anticristo? —Miró a Taylor asombrada—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Taylor puso cara de circunstancias.

—Era para no repetir lo mismo —Se excusó—. Nicholas lo iba a explicar ahora y...

—¿Qué paso? —preguntó ella directamente hacia el jefe.

Nicholas inspiró con fuerza.

—Nos dijo varias cosas a tener en cuenta. —Desvió su atención hacia Cintya—. Algo que ya sabemos, que el tiempo se agota, como es de suponer puesto que el día del Apocalipsis se acerca pero, nos dijo una fecha. —Miró a Cintya con intensidad—. El siete de abril. ¿Puedes saber qué ocurrirá en esa fecha?

Ella se quedó pensativa.

—Nos dijo que es nuestra decisión desaparecer, que es algo que debemos decidir —intervino Scott hacia su novia—. Nos dio a entender como si

tuviésemos alguna opción.

—El libre albedrío —recordó Nicholas.

Cintya tardó un poco en responder.

—No sé qué va a ocurrir este siete de abril —comentó en un susurro—, pero... —dijo alzando la mirada hacia todos—, hace dos mil dieciocho años es el día que señalan como la muerte de Jesús de Nazaret.

—¿El día que lo crucificaron?

Gabriel la miró fijamente y, sin poder evitarlo, se llevó la mano a su cuello, donde aún tenía la cruz que el padre Luper le había regalado el día antes del terremoto.

—Sí.

—Ammmm... vaya —comentó Nicholas—, no había caído en eso —comentó conmocionado—, y... tiene sentido.

Cintya se levantó.

Gabriel titubeó antes de hablar.

—Significa que... ¿qué tengo que morir? —preguntó asustado.

—No —contestaron todos a la vez.

—Aquí el único que va a morir es la bestia, tranquilo —dijo Nicholas.

Cintya que se había mantenido callada esos segundos volvió a intervenir.

—Hay un ciclo... y ese día es cuando acaba este. El siete de abril.

—¿Un ciclo de qué? —preguntó Scott.

Ella tragó saliva y miró a Gabriel unos segundos.

—La daga —susurró. Luego miró a Nicholas—. La daga solo puede ser usada hasta ese día. Es como si el ADN que contiene esa daga...

—El de Cristo —intervino Dean.

Ella asintió.

—Como si al partir de ese momento no tuviese el mismo efecto. —Luego miró a Nicholas con intensidad—. Solo existe un arma para poder acabar con

la bestia, y ese arma tiene fecha de caducidad. Si no se usa antes no habrá forma de frenar a la bestia, al menos hasta que encontremos otra arma, y eso puede llevar años, mientras tanto, la bestia seguiría campando tan ancha. Pero también es el día que todo comienza...

—¿Qué todo comienza? —preguntó Gabriel más interesado. Tragó saliva y miró a Cintya con curiosidad. Parecía que era cierto que aquella chica tenía mucha información—. En el Evangelio pone que el día señalado habrá una batalla y que de ahí surgirá la nueva Jerusalén —recordó a todos.

—Sí, pero de la humanidad depende qué tipo de Jerusalén sea —contestó ella.

—¿De qué depende? —preguntó Nicholas—. ¿De acabar con la bestia? Eligos dijo que no es solo eso... es una decisión que hay que tomar.

Cintya tragó saliva mientras cerraba los ojos.

—No, no lo sé... esa información está cifrada —comentó mosqueada—. Quizá, podría ir al otro lado y preguntarlo.

—Ya lo hemos hablado —comentó Scott señalando a Nicholas—. No creemos que sea lo más conveniente. Al otro lado nos puede localizar, y también existe el riesgo de que te quedas atrapada.

—Ya, pero si no lo hago no sabremos cómo actuar...

—No —reaccionó Nicholas de una forma tajante—. No es seguro. Te necesitamos. No correremos ese riesgo. Además, como dice Scott no sabemos si podrían localizarnos.

Ella se pasó la mano por los ojos angustiada.

—¿Podrías localizar a Mabus? —preguntó Dean poniéndose en pie—. Si hay que matarlo debemos saber dónde encontrarlo.

Ella tragó saliva.

—No, todo... todo está cifrado. Cuando formulo preguntas sobre esa fecha, el siete de abril, todo está... protegido —gimió—. Y respecto a Mabus no, no puedo localizarlo. Sabe esconderse demasiado bien. Es un jinete muy escurridizo.

—Y... ¿puedes saber qué pasos debemos seguir hasta ese día? —insistió,

pero Cintya negó con su rostro antes de que acabase la pregunta.

—Lo siento. Lo único que sé es que Eligos dice la verdad. El siete de abril es el día en que todo se decidirá. Y me temo que es una información que tengo porque él la ha revelado antes.

Gabriel volvió a insistir.

—¿Te suenan las ciudades Gog o Magog?

—Sé que en el evangelio, en el Apocalipsis —enfaticó ella—, dice que Satán será liberado de su prisión y saldrá a seducir las naciones, a Gog y Magog. Pero no existe ningún lugar en el mundo que se llame así.

Dean intervino esta vez.

—También dice que el día de la batalla final Satán rodea el campamento del ejército de Dios en la tierra amada... —Todos lo miraron impresionados, así que Dean señaló a Gabriel con un movimiento de cabeza—. Lo dijo en el coche viniendo hacia aquí —recordó. Miró a Cintya—. ¿Cuál es esa ciudad amada a la que se refiere el apocalipsis?

Ella apretó los labios.

—Los evangelios hablan de la tierra prometida, no de la ciudad amada.

—Quizá se refiera a la misma... —apuntó Christopher.

Cintya lo miró no muy segura.

—No lo veo muy claro. Uno es la tierra, otra la ciudad, y una es prometida y otra amada. No creo que se refiera a la misma cosa pero... —dijo encogiéndose de hombros—. La tierra prometida es uno de los nombres que se usa para decir la Tierra de Israel. Es decir, la región que según la biblia fue prometida por Dios a Abraham y sus descendientes.

—¿Se corresponde a Israel? —preguntó Laurel.

—Concretamente entre la costa de Egipto y la orilla del río Éufrates. Esta promesa fue pasando de generación en generación. De Abraham a Isaac, de Isaac a Jacob... incluso Moisés habla de esa tierra prometida en el Éxodo, cuando tuvo que cruzar todo un desierto. —Se quedó pensativa—. Espera... —comentó al ver que Nicholas iba a intervenir—. Según el Tanaj...

—¿Qué es el Tanaj? —volvió a preguntar Gabriel.

—Vosotros habláis solo del Nuevo Testamento, el Tanaj es el antiguo testamento. Y en este dice que el pueblo de Israel será el elegido por Dios para la revelación de los principios fundamentales y los Diez Mandamientos. En... en el Génesis dice textualmente: *Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás la bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré al que te maldiga, y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra*”

—¿Es un mensaje subliminar para nosotros? —preguntó Scott—. ¿Hay que ir a Israel?

Ella se encogió de hombros.

—A mí personalmente me intriga más lo que dice el Éxodo: *La tierra prometida se la daré a tu descendencia. Enviaré delante de ti un ángel para que eche del país al cananeo, al amorreo, al heteo, al fereceo, al jeveo y al jebuseo.*

—¿Son insultos? —preguntó Nicholas extrañado.

—No, o bueno... sí. Cananeo se refiere a la descendencia de Cam, el hijo de Noé.

—¿Hizo algo malo? —preguntó Scott como si no comprendiese nada.

—¿Qué si hizo algo malo? —preguntó indignada—. Se burló de su padre, Noé, que ya es suficientemente malo, pero además abusó de su sobrina, Siquem. De hecho, todos los pueblos que mencionan provienen de Canaán, es decir, la descendencia de Cam. En la biblia eran los pueblos malditos, los engendrados por el mal. Es más, los Jebuseos también provenían de una tribu cananea que habitaba una región de lo que es la ciudad de Jerusalén. Fueron los fundadores de esta ciudad, primero le llamaron Jebús, sobre el tres mil antes de Cristo y luego cambiaron el nombre a Ur-Salem, en el dos mil quinientos antes de Cristo. En los Libros de los Reyes, afirman que Jerusalén era conocida como Jebús.

—Jerusalén fue donde murió Jesús crucificado, ¿verdad?

—Sí, y Jerusalén es parte de la tierra prometida.

—A ver, que me estoy liando... ¿Y qué tiene que ver eso con el siete de abril y la decisión que hay que tomar? —preguntó Taylor de los nervios.

—Muy fácil —dijo Cintya girándose—. El Apocalipsis dice que finalmente la tierra prometida será entregada y una nueva Jerusalén surgirá de ella. Antes, dice que la batalla será en la ciudad amada. Jesús nació en Nazaret y murió en Jerusalén, está a una hora y cuarenta y tres minutos en coche la una de la otra. Esa es la tierra prometida y puede que la tierra amada donde se vaya a celebrar el juicio final.

—Las escrituras hablan de ciudad... —comentó Adrien—. Amaría más la ciudad donde nací que donde morí.

—Nazaret entonces —concluyó Cintya.

—Espera... espera... hay que... ¿hay que viajar hasta allí? —preguntó Taylor otra vez desesperado.

—Son solo conjeturas —dijo Nicholas, luego resopló y cerró los ojos—. Estamos muy perdidos en esto.

—Lo digo en serio, si hace falta que vaya al otro lado para... —insistió Cintya.

—Esperaremos —ordenó Nicholas—. Aún quedan ocho días. Quizá podamos averiguar algo más.

—¿Cómo lo vamos a averiguar? —preguntó Christopher.

Nicholas apretó los labios.

—Buscad información en la web del Pentágono...

—Podrán rastrearnos —recordó Dean.

—Eligos ya sabe que estamos aquí y que Gabriel está con nosotros —Le recordó—. Si no ha venido ya a buscarlo por algo será.

Todos miraron a Cintya otra vez.

—No lo sé... información personal de los jinetes que no puedo obtener.

Dean volvió a intervenir.

—De acuerdo —dijo señalándola con la mano—. ¿Y cómo acabamos con él? Ya hemos luchado antes y es imposible. También se comentó lo de las cadenas de bronce.

Nicholas miró a Cintya.

—¿Podríamos atraparlo con bronce?

Melanie intervino.

—Por si no lo recordáis, mi tía ya lo intentó...

—Pero no lo encadenó —dijo Nicholas—. Ellas llevaban puestos los medallones. Yo digo atarlo.

Ella se cruzó de brazos.

—¿De verdad crees que vas a poder acercarte y encadenarlo?

Nicholas suspiró y extendió los brazos hacia ella.

—Algo tendremos que hacer —contestó desesperado.

Todos volvieron a mirar a Cintya.

—Según la información el bronce sirve para atrapar al diablo. Y el Apocalipsis habla de cadenas... puede ser que sí.

—Habrá que buscar bronce y hacer cadenas —comentó Dean.

—Nosotras nos encargamos de buscar el bronce —dijo Sandra.

Todos la miraron, enarcaron una ceja y miraron a Taylor esperando una respuesta.

Taylor les envió a todos una mirada que indicaba que parasen de hacer eso, aunque cuando giró su rostro hacia Sandra ella lo miraba con una ceja enarcada.

Dio un golpe en la mesa.

—¿Lo has dicho? —preguntó amenazante.

—Lo siento, cariño... —dijo colocando las manos ante él.

—Quedamos en que lo diríamos los dos juntos —dijo indignada.

—Ya... —tragó saliva—, lo siento.

—¿Qué pasa? —preguntó Bethany.

Cintya sonrió hacia Sandra, estaba claro que ella también lo sabía.

Sandra suspiró y miró a sus amigas.

—Estoy embarazada —dijo, y luego sonrió.

—¿Qué? —preguntó Bethany.

Melanie dio unos pasos hacia delante conmocionada.

—¿Hablas en serio?

Sandra asintió con una gran sonrisa.

—¡Qué fuerte! —gritó Laurel.

Todas corrieron hacia Sandra y la abrazaron, excepto Mia que aprovechó para girarse y mirar a su hermano preocupada.

—¡Es fantástico! ¡Felicidades! —gritó Laurel otra vez.

Scott fue hacia Taylor y pasó una mano por encima de sus hombros, atrayéndolo hacia él.

—¡Vamos a tener un niño! —gritó Scott alzando el puño.

Taylor lo miró de reojo.

—No te equivoques. El niño es mío. Si quieres uno... —comentó riendo de un forma pilla hacia él—, fabrica uno.

Scott tragó saliva y soltó a Taylor.

—¿De cuantos meses estás? —preguntó Melanie cogiendo la mano de Sandra.

—Tres meses —contestó ella.

Dean se giró con una sonrisa y miró a Mia. En ese momento hablaba con su hermano, con tristeza en la voz. Aquello le dejó descolocado, mientras todos celebraban la buena noticia Mia parecía estar a punto de echarse a llorar.

Fue directamente hacia allí.

—Si no pueden ellos ni con esa Bestia... —comentó al borde del llanto—, ¿cómo vas a poder tú? —Gabriel tragó saliva mientras acariciaba la mano de su hermana—. Es muy peligroso.

Ambos alzaron su rostro hacia Dean que se había acercado. Se perdió durante unos segundos en los hermosos ojos verdes de Mia, que en ese momento estaban llorosos.

—No estará solo, Mia.

Ella apretó los labios y lo miró angustiada.

—Pero... vosotros habéis luchado antes. Eso ha dicho Nicholas... — recalcó—, y no pudisteis ni acercaros.

Dean se agachó al lado de ella, ante la mirada atenta de Gabriel y cogió su mano con delicadeza. Gabriel tragó saliva cuando vio el gesto de él. Aunque no le gustaba, no podía ignorar el hecho de que parecía que ambos se querían.

—Nosotros somos los que lucharemos contra él. Lo protegeremos más que a nada —explicó de forma delicada.

Ella lo miró y durante unos segundos su labio inferior tembló. Demasiada información de golpe que procesar.

—¿Y tú? —preguntó hacia Dean.

Dean le medio sonrió. Pero aquella pregunta llamó en exceso la atención de su hermano. La forma tan delicada en la que se lo había preguntado, con tanto miedo.

—Ya has visto lo que podemos hacer. No te preocupes —dijo colocando una mano en su mejilla.

Ella puso la mano sobre la suya y cerró los ojos como si así encontrase un lugar donde calmarse.

—Todo saldrá bien —continuó Dean.

Giró su rostro hacia su hermano que lo observaba con cierta ternura. En aquel momento, observó como calmaba a Mia y aquello lo conmovió. Estaba claro que quería a su hermana.

Gabriel asintió sin soltar la mano de ella y Dean se puso en pie.

—Gabriel —comentó Nicholas a unos metros de él—. Mañana comenzaremos el entrenamiento.

Gabriel soltó la mano de su hermana y lo miró extrañado.

—¿Entrenamiento?

—Mejor darte unas lecciones de lucha —explicó Dean. Aquello lo pilló desprevenido—. Por cierto... Cintya, ya vimos que Gabriel puede coger la daga, pero no sabemos si puede tener algún poder más.

—Ya os lo dije —comentó Gabriel poniéndose en pie—. Ni me muevo rápido, ni me regenero, ni tengo súper fuerza, ni vuelo...

Cintya lo miró unos segundos, haciendo que Gabriel la mirase nervioso, hasta que ella suspiró.

—Está codificado —rugió—. ¡Todo está codificado! —gritó desesperada.

—Tranquila... —comentó Scott colocando una mano en su hombro—, aún nos quedan días.

—No tantos —pronunció enfadada.

Nicholas cogió a Melanie de la mano.

—Mañana comenzaremos. Vosotras... —señaló a las chicas—, buscad bronce por el poblado. —Miró a Taylor y a Adrien—. Quiero que vosotros dos rastreéis toda la red y el Pentágono buscando información. El resto... tocará entrenar. —Y miró con una gran sonrisa a Gabriel.

Gabriel se metió en la ducha. Dos días entrenando y lo único que había conseguido eran unas buenas agujetas. Por más que intentase estirar las piernas era imposible que igualase la velocidad de ellos, los golpes tampoco sanaban antes... si al final tenía que luchar contra la bestia iba a ser un suicidio en toda regla.

Por lo que le habían explicado la bestia tenía más poder y más fuerza que ellos. ¿Cómo iba a poder enfrentarse?

Aunque todos no dejaban de decirle que no tenía que preocuparse, que aquello era solo como medida de protección, no podía dejar de pensar en ello. Si él, realmente, era el único que podía sujetar aquella daga y dar el golpe final debería acercarse.

Había entrenado su puntería en la parte superior de la casa, en un gimnasio y no era nada buena. Por Dios, él era enfermero, no policía. Ni siquiera conseguía clavar las dagas de plata en el muro de corcho, siempre rebotaban por el mango.

Así que la medida extrema que estaban planeando era que la división se encargase de encadenar a la bestia mediante cadenas de bronce y así, facilitarle a él el trabajo. Pero aquello no parecía que fuese la mejor idea de todas, pues ni ellos mismos se ponían de acuerdo.

Las chicas habían buscado bronce, incluso desplazándose a pueblos cercanos con los todoterrenos. Por suerte, tenían una buena cantidad.

Se enjabonó el cabello y dejó que el agua resbalase por todo su cuerpo intentando liberar la tensión acumulada.

Habían comenzado a fundirlo y Adrien y Taylor comenzaban a construir unas gruesas y largas cadenas precedidas por unas manillas. Si podían ponérselas y rodearlo quizá consiguiesen retenerlo el tiempo suficiente para

que Gabriel asestase la puñalada final.

Aquello era una locura, pero todo encajaba. Aquellos últimos días la ansiedad había comenzado a apoderarse de él pero, algo en su interior le decía que aquello era lo correcto, que era su destino. ¿Cómo podía ser aquello?

Los primeros días pensaba que no eran más que unos locos fanáticos y, ahora, era como si aquella idea hubiese cobrado importancia y se diese cuenta de que era para lo que había nacido.

Salió de la ducha y tras secarse y vestirse con las ropas que tanto Dean como el resto de la división le habían prestado salió fuera del cuarto. Dean se había trasladado a la parte alta de la casa con un colchón en la oficina y Gabriel dormía en el gimnasio. Ya le habían comentado que en caso de emergencia debía introducir una clave en un pulsador que había en la pared y esta se corría apareciendo una habitación secreta cargada de armas donde poder esconderse. Nicholas y el resto le habían ofrecido su habitación pero él no quería aceptarlo. Mia, finalmente, y tras mucha discusión se había quedado en la habitación de Dean.

Al menos, el poder dormir en un cómodo colchón le hacía reponerse rápidamente de los dolores después de entrenar todo el día. Aunque solo habían pasado dos días desde que había comenzado el entrenamiento se notaba más fondo. Puede que no pudiese contra la bestia, pero desde luego iba a aguantar más corriendo para huir de ella.

—Ey —dijo Cintya que iba en compañía de su hermana, parecía que todas habían hecho buenas migas—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento? ¿Mejor?

Gabriel hizo un gesto de desagrado.

—Voy a tener que tomar la sopa con una pajita —Se quejó—. No puedo ni mover los brazos con las agujetas que tengo.

Cintya rió.

—Vamos, ven... te daré un vaso de leche con azúcar. Te ayudará contra las agujetas.

—La verdad es que no me apetece nada de leche.

—¿Y agua con limón y azúcar? Es más refrescante.

Gabriel dudó un poco pero finalmente asintió.

—De acuerdo, pues... ahora bajo.

—¿Dónde vas? —preguntó Mia.

—Quería ir arriba a mirar unas cosas —comentó mirando hacia las escaleras. —Se pueden usar los ordenadores, ¿verdad?

—Claro, todos los usamos —dijo Cintya—. Ningún problema.

Mia puso una mano en su brazo aunque la apartó en cuanto Gabriel hizo un gesto de dolor.

—De acuerdo, pues ahora te llevaré un vaso de remedio casero para esas agujetas —comentó su hermana con una sonrisa.

—Gracias —dijo mientras se giraba e iba a las escaleras, aunque luego vio el ascensor y fue directo hacia él.

Subir los escalones sería un suplicio.

Pulsó la segunda planta y fue hasta ella.

Nada más abrir la puerta se encontró de bruces con Christopher que esperaba el ascensor.

—Hola, Gabriel. ¿Cómo van esas agujetas? —preguntó con una sonrisa.

—Bufff... no me las recuerdes, por favor —comentó saliendo del ascensor, arrastrando los pies.

—Lo estás haciendo bien. Aguantas más que el primer día ya —dijo colocando su dedo pulgar hacia arriba—. ¿Vas a acostarte ya? —preguntó.

—No, me gustaría mirar unas cosas. He visto que en la oficina tenéis muchos libros y los ordenadores. ¿Puedo usar uno?

—Claro, usa lo que necesites —dijo entrando en el ascensor, sin darle más importancia.

—¿Tienen clave de acceso?

—El mío no. Es el segundo pegado a la ventana. Usa ese.

—Gracias —dijo girándose.

—Eh, ¿necesitas ayuda para algo? —preguntó intrigado.

—No, solo quiero mirar unas cosas —comentó sin darle importancia.

—De acuerdo —pulsó el botón del ascensor que lo conduciría hasta el garaje—. Cualquier cosa que necesites estábamos abajo trabajando con las cadenas.

—Gracias —repitió mientras la puerta del ascensor se cerraba.

Fue directamente a la oficina y encendió la luz. Aquella sala era enorme y con aparatos tecnológicos que no había visto en su vida.

Fue directamente hasta el segundo ordenador que le había indicado Christopher y lo encendió. Se sentó y cuando estuvo preparado accedió a internet y abrió el buscador que solía usar.

Tenía tantas cosas que investigar, aunque sabía que nada de lo que viese por ahí merecía del todo su confianza. Además, con la destrucción de prácticamente toda la red eléctrica a pocos servidores se podría conectar. Sabía que ellos accedían a la web del Pentágono donde contaban con información fiable, pero también sabía que no habían encontrado nada que solucionase el problema. Por otro lado, las leyendas, fábulas... muchas veces aquellos cuentos contenían más de cierto que de falso.

Colocó las manos en el teclado y directamente pulsó “La bestia apocalipsis”.

Muchas páginas aparecieron, aunque sabía que a la mayoría no podría acceder puesto que el servidor donde se ubicase habría desaparecido.

Intentó entrar en la primera pero le salió cancelada.

Suspiró e intentó tomarlo con calma. Alguna página encontraría.

Una de ellas llamó su atención: ¿Quién es o qué es la bestia del Apocalipsis? Pulsó sobre el enlace y, aunque tardó bastante en cargarse, finalmente lo hizo.

Gabriel se acercó a la pantalla. Aquella página hablaba de los capítulos trece y diecisiete del Apocalipsis donde aparece la bestia.

Todo aquello ya lo había leído, además, varias veces. Había comenzado a aprenderlo incluso de memoria intentando hallar una explicación o simbología oculta que le revelase algo, pero nada. Un apartado llamó la atención de Gabriel: imágenes de la bestia.

Bajó el ratón y observó los dibujos. Había de todo tipo y para todos los

gustos. Animales con siete cabezas. Otro que parecía un rinoceronte pero con más cueros, otro que se asemejaba más a un zombi...

Una de aquellas imágenes sí le llamó la atención. Había un hombre con unos pequeños cuernos tirado sobre la tierra, con el cuerpo desnudo y, sobre él, un ángel con enormes alas y una espada en la mano.

Gabriel tragó saliva y pulsó sobre esa foto para verla mejor y leer la explicación. La imagen del cuadro se hizo más grande. Le sonaba haber visto aquel cuadro antes. El cuadro se hizo más grande pero en ningún momento hubo una explicación sobre este.

Retrocedió hasta el buscador principal y buscó “cuadros de ángel matando a la bestia”.

Las imágenes que aparecieron ante él, la gran mayoría, eran muy desagradables.

Hombres mordiendo la garganta de otros, una bestia que aterraba, pero, finalmente... encontró el cuadro que buscaba.

Pulsó la imagen y lo condujo hasta una web.

“Arcángel San Miguel matando a la bestia” Se quedó observándolo. La imagen era imponente, pero aquello le hizo pensar. Si todo lo que había leído era cierto, el arcángel san Miguel fue el que desterró en la primera batalla a la bestia, encerrándola. Ahora, esta era la segunda y definitiva batalla.

Se quedó mirando al arcángel San Miguel y arqueó una ceja.

—La división debe estar loca para pensar que yo soy el ángel que puede matarlo —susurró observando los largos cabellos rubios de aquel ángel, sus enormes alas tras él, su porte. —Ni de coña. —Si ni siquiera podía mover el ratón sin gemir por las agujetas que tenía.

De todas formas aquello le hizo reflexionar. Si bien, en el evangelio anunciaba el nombre del arcángel como el vencedor de la primera batalla, en la segunda solo mencionaba un ángel, sin dar ningún nombre.

Retrocedió en el buscador y esta vez sonrió mientras escribía las palabras: ¿Qué ángel matará a la bestia en la segunda venida? Debía estar loco para acabar preguntando a internet aquellas cosas, pero se quedó sorprendido cuando observó que un montón de webs hablaban sobre el tema.

Una le llamó en especial la atención, pues parecía un estudio que habían hecho precisamente del Apocalipsis.

Comenzó a leer y se quedó de piedra al leer uno de los apartados de aquel estudio.

—El lugar de la batalla del Apocalipsis —susurró.

Justamente hacía un par de noches habían discutido aquello.

Leyó con atención. Aquella persona situaba con bastante claridad que el Armagedón, es decir, el lugar donde ocurriría la batalla se encontraba en el valle de Megido, junto al monte Carmelo. Aquella persona aseguraba que ese sería el lugar del cuartel del anticristo. Algunos profetas llamaban a aquel valle como el valle de Josafat, o el propio profeta Joel, lo denominaba el valle de la decisión.

En ese momento se quedó paralizado, notando como el corazón se le aceleraba. Siguió leyendo.

Los dos nombres con los que se llamaba a aquel valle tenían mucho que ver dado que Josafat significa “el rey juzga”.

Abrió otra nueva página, sin cerrar la anterior, y buscó información sobre el monte Carmelo.

Leyó con atención.

El monte Carmelo tenía forma triangular. Unos veintiséis kilómetros de largo y unos siete de ancho, con una altura máxima de quinientos cincuenta metros. Era el lugar donde se había visto, por parte de muchos peregrinos, la aparición de la Virgen del Carmen, de ahí que recibiese ese nombre.

Aquello no podía ser. No creía que si las apariciones de la virgen fuesen ciertas hubiese sido en el lugar donde ahora, según aquel estudio, iba a ocurrir el Armagedón.

Aquella información lo desinfló un poco y decidió volver atrás y buscar alguna otra página. Igualmente, se detuvo unos segundos contemplando el cuadro de nuevo. Aquella pintura le daba paz. Ver como el arcángel San Miguel vencía a la bestia consiguió que se calmase levemente.

Se giró cuando escuchó unos pasos rápidos por el pasillo y que abrían la puerta que había al lado, la de la enfermería.

—Joder —escuchó que susurraban.

Se levantó de inmediato y fue hacia allí. La puerta de la enfermería estaba abierta. Corrió hasta el lugar y se colocó bajo el marco de la puerta.

Dean rebuscaba en los cajones con algo de urgencia, en ese momento vio que tenía una herida en la mano.

—Dean —dijo entrando en la enfermería.

Dean se giró y lo saludó con un movimiento de cabeza mientras volvía a rebuscar en el cajón.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó observando su mano. Tenía una gran quemadura en la palma.

—Scott no tiene mucho pulso que digamos —Se quejó mientras cogía finalmente un tubo de pomada.

—Es una buena quemadura —dijo cogiendo su mano para observar. Dean se quejó levemente pero no apartó la mano de él. —Déjame —dijo cogiéndole el bote de la mano.

—No te preocupes, mañana estará curada —comentó Dean.

—Ya, ya lo sé, pero mientras tanto supongo que debe doler, ¿verdad?

—Verdad —comentó rápidamente.

Gabriel abrió el bote y puso un buen chorro de crema en la palma de su mano. Luego miró por los cajones.

—¿Tenéis vendas o gasas?

—En el cajón de allí. —Gabriel fue directo—. No te molestes, de verdad.

Abrió el cajón y cogió una de ellas.

—No es molestia —respondió sin mirarle—. Es mi trabajo, ¿recuerdas?

Dean asintió y finalmente decidió callarse y dejar que hiciese lo que quisiese.

Gabriel abrió una venda y comenzó a enrollarla en la mano de él. Entre los dos hubo silencio, como si en aquel momento ambos fuesen conscientes de que estaban el uno con el otro a solas. Tras lo vivido era una situación embarazosa.

Dean dejó que le envolviese la mano.

—¿Qué haces aquí arriba? —preguntó con curiosidad.

Gabriel se encogió de hombros y respondió sin mirarle, atento al vendaje.

—Estaba buscando información. Christopher me ha dicho que podía usar uno de los ordenadores.

—Claro, esta es tu casa ahora —respondió. Luego ladeó su rostro hacia un lado mirando de forma intrigada a Gabriel—. Pero si estás buscando cosas sobre profecías, el fin de los tiempos y todo eso, no deberías fiarte mucho de lo que encuentres.

—Sí, ya soy consciente de ello —respondió en un tono amable. Ató la venda y dio un paso hacia atrás mientras Dean se observaba el vendaje. Había hecho un vendaje digno de un profesional. —Quítatelo mañana —comentó como si se tratase de un paciente.

En ese momento Dean rio.

—Ammm... creo que con un par de horas tendré suficiente —dijo divertido.

En ese momento Gabriel sonrió como si fuese consciente en aquel instante de que Dean se regeneraba con rapidez.

—Es verdad... —comentó dándole la razón.

Se apoyó contra el mueble y cerró los ojos unos segundos, agotado.

Dean se quedó observándolo. Realmente tenía aspecto de cansado, pero no físicamente, sino psicológicamente. Puso una mano en su hombro y apretó levemente.

—Todo saldrá bien, Gabriel.

Gabriel resopló y negó.

—La verdad, no lo sé, Dean —reconoció hacia él totalmente abatido—. Esto se escapa a mi comprensión —confesó, tragó saliva y lo miró con tristeza—. No sé ni que hago aquí, en esta casa, con vosotros.

—Nos estás ayudando —dijo directamente, intentando infundir algo de calma en Gabriel.

Gabriel tragó saliva y se removió inquieto. Se pasó la mano por la nuca de forma angustiada y volvió a mirarle.

—Y mi hermana... —susurró. Dean lo miró fijamente—, la he arrastrado hasta aquí. —Suspiró y cerró los ojos unos segundos—. Ella, ella es lo que más quiero en este mundo —pronunció con una sonrisa triste—. Siempre la he cuidado y protegido —sonrió—. Es lo que hace un hermano mayor —tragó saliva—. Dios, recuerdo cuando se caía en la calle y yo la curaba, cuando tenía once años y ella ocho. Menudos golpes se pegaba —sonrió con ternura—. La cogía, la llevaba al aseo y le curaba las heridas. Creo que por eso me hice enfermero —reconoció pensativo. Tomó aire lentamente—. Y ahora, con todo lo que está ocurriendo, veo... que las cosas se escapan a mi control. No puedo cuidarla ni protegerla como querría... no puedo Dean —acabó reconociendo con los ojos entelados.

Dean lo miró fijamente, comprendiendo el dolor que sentía. Mia era su hermana pequeña, la quería más que nada y ahora, todo se escapa a su control.

—Pues déjame a mí que me encargue de eso —susurró con convicción.

Gabriel se quedó sorprendido por la respuesta y miró fijamente a Dean. En ese momento Dean vio como modificaba su mirada, donde antes había habido recelo, ahora había súplica, como si de aquella forma le pidiese ayuda.

Ambos volvieron su rostro hacia la puerta cuando escucharon la voz de Mia por el pasillo.

—¿Gabriel?

Gabriel se pasó la mano por los ojos rápidamente, intentando secar las lágrimas mientras Dean se dirigía a la puerta para avisarla, y así, de paso, dándole unos segundos a Gabriel para que se recuperase.

—Estamos aquí —dijo él saludándola, pues acababa de salir del ascensor y estaba mirando en el interior de la sala de interrogatorios.

—Ah —respondió sorprendida—. ¿Está Gabriel ahí contigo? —pregunto con una sonrisa.

Dean le enseñó la mano vendada directamente.

—¿Qué te ha pasado? —gritó Mia.

—Nada, Scott no tiene pulso y me ha caído un poco de bronce líquido en

la mano.

Ella llegó hasta él y observó su vendaje.

—Pues menos mal que cicatrizas rápido —susurró aliviada.

—Sí —dijo Dean con una sonrisa, apartándose de la puerta para dejarle pasar.

Gabriel en ese momento estaba metiendo en el cajón el trozo de venda que había sobrado y guardaba las tijeras. Se quedó sorprendida al ver a su hermano y Dean juntos, aquello le gustó.

—Te traigo la bebida para tus agujetas —comentó divertida.

Gabriel se giró y la miró con una sonrisa, aunque al momento se tornó serio.

—¿No me has traído pajita? —preguntó mirando el vaso asombrado.

Ella miró de un lado a otro sorprendida.

—Pensaba que era una broma.

—No es ninguna broma, por Dios, no puedo subir el brazo más de aquí —dijo logrando poner el brazo en posición recta.

—¿En serio? —preguntó ella entregándole el vaso—. ¡Qué exagerado eres!

—No soy exagerado —dijo agachando su espalda para llegar al vaso, sin poder elevarlo.

Mia miró de reojo a Dean que observaba la escena con una sonrisa de incredulidad.

—Creo que mañana cambiaremos el entrenamiento —propuso.

—Te lo agradecería —dijo entregándole el vaso a su hermana otra vez, al que había dado un simple sorbo.

—Tienes que tomártelo todo —Le indicó ella.

—Ya, bueno, sujétamelo tú, por favor. No puedo.

—¿De piernas que tal vas? —preguntó Dean dando un paso al frente.

Gabriel chasqueó la lengua y resopló.

—Igual.

Gabriel resopló y se giró hacia toda la división extendiendo los brazos.

—¿Seguro que estáis en lo cierto? —preguntó. Luego señaló a la pared con el corcho y a la daga que había rebotado contra el—. Me parece a mí que os habéis equivocado de persona.

—No nos hemos equivocado —dijo Christopher cogiendo la daga y entregándosela de nuevo—. Vuelve a intentarlo.

—Sería perfecto que pudieses clavársela a distancia, así no deberías acercarte —explicó Nicholas mientras se apoyaba otra vez en la pared.

Toda la división y las chicas habían subido al gimnasio aquella tarde. Dean permanecía sentado al lado de Mía.

Gabriel suspiró y volvió a mirar la pared de corcho.

—¿No podía ser una metralleta? —preguntó con ironía mientras tiraba el brazo hacia atrás, tomaba impulso y arrojaba la daga hacia delante.

La daga salió disparada hacia delante y volvió a rebotar contra el corcho.

Gabriel se giró hacia ellos con cara de circunstancias.

—Nada, que no hay manera. Lo mío no es la lucha ni la puntería. Llevo varios días intentando clavarla y no hay manera.

Dean se puso en pie para coger la daga.

—Y mira que tu posición es buena —comentó.

—Ya, pero la práctica... —Dejó la frase sin acabar mientras cogía la daga que Dean le ofrecía.

Dean miró a Nicholas.

—Quizá con la daga del destino pueda hacer algo más —propuso a su jefe—. Quizá así se despierta su lado... —Se giró y lo miró con un gesto de broma—, bélico.

Nicholas dio unos pasos hacia delante.

—Puedes tener razón —susurró. Se giró hacia sus compañeros y miró a Adrien—. ¿La daga del destino está aquí guardada?

Adrien asintió mientras iba hacia la pared y marcaba el número.

—Sí, en el almacén.

La pared comenzó a correrse a un lado. Mia se levantó sorprendida, pues hasta ese momento no había sido consciente del arsenal que había escondido allí.

—Madre. Mia —susurró con los ojos como platos.

Dean le sonrió y le guiñó el ojo.

—Mola, eh.

—Ammmm... —Hizo un gesto como si no supiese qué responder.

Adrien salió del almacén con la caja y la depositó en la mesa. Luego señaló a Gabriel.

—Toda tuya —Le ofreció.

Gabriel suspiró y fue hacia la caja.

—¿Qué es? —preguntó Mia colocándose al lado de Dean.

Dean la miró.

—Es la lanza del destino —explicó girándose hacia ella.

Mia se quedó sin palabras y abrió de forma exagerada los ojos.

—La... la misma con la que...

—Sí. —No hizo falta que acabase la frase.

Mia miró directamente la espalda de su hermano. En ese momento Gabriel abrió la caja.

Mia fue hacia allí pero Dean la interceptó cogiéndola del brazo y alejándola.

—Quiero verla... —suplicó. Dean negó con su rostro y la llevó al otro lado del salón, junto al resto de la división que habían tomado distancia.

—No, mejor que no.

—¿Por qué? —pregunto indignada mientras se soltaba de su brazo.

—Por que un simple roce suyo y estarás muerta.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué? —preguntó al fin extendiendo los brazos hacia los lados.

Cintya se acercó colocándose a su lado.

—La lanza la transformaron en una daga para esconderla y manejarla mejor. Solo puede tomarla el elegido, si alguien la toca y no lo es muere al momento.

Ella pestañeó varias veces y miró como su hermano metía la mano en la caja.

—¿En serio? —Cintya asintió—. ¡Gabriel! —exclamó ella asustada. Gabriel se giró hacia su hermana—. No... —Tragó saliva—, no...

—No es la primera vez que la coge —Le indicó Dean.

Ella se giró hacia él.

—¿Cómo que no es la primera vez? —preguntó asombrada.

Dean suspiró y se encogió de hombros.

—En la colonia ya la cogió.

—Ammm... mi... mi hermano, ¿ha cogido anteriormente esa daga? —preguntó sorprendida. Dean asintió con una sonrisa, aunque la borró de su rostro cuando vio que el rostro de Mia se contraía—. ¿Y cómo que la cogió? —preguntó hecha una furia, haciendo que toda la división centrara la mirada en ella unos segundos, incluso Gabriel desde el otro lado del salón—. ¿Y si no hubiese sido el elegido? ¿Hubiese muerto?

—Sabíamos que era el elegido —Se defendió Dean—. Si no, no le hubiésemos dejado...

—¿Y cómo estabas tan seguro? —Le reprochó ella.

—Eh, Mia —dijo Gabriel desde el otro lado—. Mira... —dijo mostrándole la daga en la mano—. Ves, no pasa nada —siguió encogiéndose de hombros, intentando calmarla.

Ella rugió y se giró de nuevo hacia Dean.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Claro que te lo hemos dicho. Lo hemos dicho cientos de veces: solo el elegido puede portar la daga.

—¡Pero no me habías dicho que si no hubiese sido él estaría muerto! —gritó desesperada.

Gabriel dio un paso al frente.

—Pues yo no me noto nada raro, eh —miró a Nicholas—. No noto ningún superpoder —comentó mosqueado.

—Bueno, intenta... —dijo Nicholas indicándole que se situase más lejos del corcho—, intenta clavarla esta vez.

Dean se acercó más a Mia con los dientes apretados.

—Perdona, pero pensaba que estaba claro —susurró.

Ella lo miró de reojo y se cruzó de brazos mosqueada, estaba claro que los nervios le podían en ese momento.

—Venga, allá voy —dijo Gabriel dándose ánimos a sí mismo.

—Eso, vamos Gabriel —palmeó Taylor, luego miró a sus compañeros—. Joder, motivadlo —sugirió.

Gabriel echó su brazo hacia atrás, tomó impulso y lanzó la daga hacia el corcho. La daga voló los metros que lo separaban de aquella pared dando vueltas sobre sí misma. Contuvieron la respiración hasta que la daga chocó contra la pared y... cayó al suelo.

Todos resoplaron, durante unos segundos habían pensado que el tener la daga en su mano le daría cierto poder.

Gabriel se giró hacia ellos.

—Soy un elegido muy torpe —dijo rendido.

—Eh, eh... —comentó Nicholas—, nada de rendirse —Le animó.

Gabriel resopló y esta vez cogió la daga él mismo y la llevó a la caja.

—Soy un ser humano corriente —dijo introduciéndola en la caja—, lo único que puedo hacer es sujetar la daga.

—No es poco —comentó Dean—. Ya es más de lo que nosotros podemos hacer, y realmente es lo más importante.

—Ya, pero... —dijo acercándose hacia ellos—, ¿un elegido no debería poder enfrentarse a la bestia sin ayuda? Quiero decir, ¿mi única función es clavarla? —Todos arquearon la ceja al escucharle decir aquello—. Vamos que... no entiendo cómo si soy el encargado de matar a esa bestia, no puedo ni acercarme por mí mismo. ¿Y si no estuviésteis vosotros? No tiene sentido —extendió los brazos hacia los lados.

Todos se quedaron pensativos, en parte, Gabriel tenía razón. Aquello no tenía lógica ninguna. Había algo que se les escapaba.

Cintya fue directamente hacia él y cogió su mano. Gabriel se quedó observándola fijamente, nervioso.

—Déjame probar una cosa —comentó Cintya mirando a la división, luego señaló a Melanie—. Ven —Le animó.

Melanie fue hasta allí no muy convencida.

—¿Qué pasa? —preguntó sin comprender.

—Estoy pensando... —comentó Cintya—, que el resto de mortales no podemos coger la daga porque el poder que contiene es demasiado fuerte. No somos capaces de soportarlo. —Cogió a Gabriel por el brazo y tiró de él hacia el otro extremo de la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó sin saber lo que ocurría.

—Quédate aquí —Le pidió Cintya.

Corrió hacia la división otra vez y se situó al lado de Melanie. Todos miraron a Gabriel fijamente, frente a ellos, situado varios metros por delante y con cara de circunstancias.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Nicholas a Cintya.

—Gabriel tiene la capacidad de absorber el inmenso poder de la daga —Miró a su amiga—. Melanie, lánzale una de tus ondas.

Ella lo miró asustada.

—¿Pero qué dices? —preguntó con un grito.

—Vamos, lánzalo hacia atrás —Le animó.

—¿Estás loca? —volvió a gritarle de los nervios—. ¿Quieres que me lo cargue?

Aquello hizo que a Gabriel le entrase un tic en el ojo. Por lo que le habían explicado Melanie era una de las brujas más poderosas del planeta.

—Es una prueba —continuó Cintya—, pero necesito que le lances una de tus ondas...

—Chicas... —dijo Gabriel—, que tampoco hace falta, eh —ironizó.

—Necesito saberlo —continuó Cintya.

—Puede salir herido —volvió a repetir Melanie, sin estar conforme con lo que su amiga le pedía.

—Pero es que si no lo haces no lo sabremos.

—¿Y no hay otra forma? El otro día me cargué el pico de una montaña, ¿recuerdas?

—Ammmm... que... que si eso continuamos mañana —intervino Gabriel.

—Pues no hace falta que le lances una tan potente, la casa debería seguir en pie —recordó ella. —¡Vamos! ¡Empújalo!

Mia se acercó a ellas.

—Perdonad, ¿seguro que es buena idea?

—No te preocupes, Mia —dijo Cintya intentando calmarla—. No pasa nada...

—Hombre, no sé... —Se quejó Gabriel—, ha dicho que se cargó una montaña.

—Eso fue porque se emocionó —dijo Cintya—. Vamos, Melanie... lanza una onda contra él. Una pequeñita.

Melanie resopló y colocó la mano hacia Gabriel desquiciada.

—¡Pero tranquilízate antes! —gritó Gabriel extendiendo los brazos hacia ella.

Melanie lo miró fijamente y entonces bajó la palma de la mano.

—¿Le vas a disparar o qué? —preguntó Cintya.

Melanie tragó saliva y miró a sus compañeros de división.

—Ya... ya lo he hecho —comentó boquiabierta. Luego miró asombrada a Gabriel—. ¿Cómo... cómo puede ser? —preguntó extendiendo la mano de nuevo hacia él. En ese momento las mesas salieron volaron hacia atrás pero Gabriel permaneció en su sitio aunque cubriéndose la cara con los brazos—. No le afecta mi poder —susurró Melanie.

Cintya sonrió hacia la división que aún miraban impresionados lo que estaba ocurriendo.

—Ahí tienes a tu elegido. Puede absorber el poder sin inmutarse. —Luego miró a Gabriel sonriendo y volvió su atención hacia Nicholas que no apartaba la mirada de Gabriel—. No os pudisteis acercar a la bestia por su poder. Él podrá. Él no se verá afectado.

—Es impresionante —comentó Nicholas dando unos pasos hacia delante—. ¿Has sentido algo?

Gabriel negó directamente.

—Nada.

Se giró hacia Melanie y el resto de la división y luego miró por la ventana. Era plena noche ya.

—Mañana a primera hora saldremos a hacer pruebas al exterior. Quiero saber hasta dónde puede aguantar.

Los nervios habían podido con ella aquella noche. No había dejado de dar vueltas en el colchón. Ahora estaba segura, su hermano era especial. Hasta el momento solo había creído en ello porque veía lo que la división hacía, sus poderes, pero ahora estaba segura.

A la que había amanecido se había levantado, dado una ducha y salido de la habitación.

Se había sorprendido al encontrar en pie a toda la división, pues al contrario que ella, todos estaban ansiosos por hacer las pruebas de aguante con Gabriel.

Nada más verla aparecer en el comedor Dean se había acercado a ella.

—¿Qué haces despierta a esta hora? Son las siete y media de la mañana —comentó mientras colocaba una mano en su brazo.

—No he podido dormir en toda la noche —susurró con desagrado.

—¿Nerviosa? —preguntó directamente.

Ella lo miró a los ojos y resopló.

—Muy nerviosa —enfaticó.

En ese momento vio como una sonrisa demasiado sensual se apoderaba de sus labios.

—Si estabas tan nerviosa, haberme llamado... podría haberte calmado.

Aquella respuesta se llevó un golpe en su hombro mientras Dean reía.

—Me alegro de que estés de tan buen humor por la mañana... —comentó fastidiada.

—Ajá —Le interrumpió.

—Pero a mí no me hace ni pizca de gracia todo esto.

Dean suspiró y puso sus dos manos sobre sus hombros intentando relajarle. Comprendía por todo lo que debía estar pasando. No solo el hecho de las catástrofes que habían acabado con todas las personas que conocía y amaba sino que además, el descubrimiento de qué era lo que provocaba aquellas catástrofes y la implicación de su hermano en todo ello.

—Todo saldrá bien —susurró con ternura.

—¿Cómo lo sabes?

Dean se tomó unos segundos.

—Porque los buenos siempre ganan —contestó como si fuese lo único que se le ocurría en aquel momento.

—No siempre —respondió—. ¿Y los asesinos en serie? ¿Los terroristas? No siempre es así, Dean —acabó intentando apartarse de sus manos.

Dean la retuvo y esta vez se puso más serio.

—Tu hermano está con nosotros —dijo más serio—. Para ti todo esto es nuevo, pero nosotros llevamos casi toda nuestra vida conviviendo con esto. Sabemos lo que hacemos. No digo que sea fácil, pero siempre hemos salido victoriosos. La humanidad —dijo mirándola fijamente—, jamás se ha rendido y esta vez no será menos. Lucharemos hasta nuestro último aliento.

Ella lo miró fijamente y arqueó una ceja.

—Lo del último aliento no me convence.

Dean iba a contestar cuando Gabriel apareció con Christopher por la puerta del comedor.

—Buenos días —dijo el resto de sus compañeros con una gran sonrisa.

Gabriel resopló agotado.

Dean lo miró con una sonrisa, aún al lado de su hermana.

—¿Cómo van esas agujetas?

Gabriel lo miró con cara de pocos amigos.

—Nada bien —se sinceró.

—Ven —Le indicó Nicholas que presidía la mesa—. Necesitas un buen desayuno.

—Y azúcares —comentó Dean cogiendo a Mía por el brazo y colocando una mano en la espalda de Gabriel, empujándolo hacia la mesa.

—Yo no tengo hambre —Se quejó Mia. Luego miró a Dean que no dejaba de empujarla—. Tengo el estómago cerrado.

—Yo también —comentó Gabriel.

Igualmente se sentaron resignados mirando todo el desayuno que tenían.

—Desayuna algo e iremos a practicar —Le indicó Nicholas.

—¿Tan pronto? —preguntó Gabriel mientras cogía la tetera, aunque hizo un gesto de dolor por las agujetas en el brazo y suspiró.

Christopher fue quien le sirvió la taza.

—Hay que aprovechar todo el día —comentó Nicholas mientras todos engullían.

Mia miró a Dean que se sentó a su lado.

—¿Puedo ir? —Le preguntó mientras este dejaba un trozo de bizcocho sobre su plato.

—¿Con nosotros? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó molesta.

Dean cogió otro trozo de bizcocho y lo sirvió en su plato.

—Vamos a entrenar, no de acampada.

—Ya sé que vais a entrenar —dijo más enfadada—, y por eso mismo. Me gustaría ver lo que hacéis y a mi hermano.

Dean la miró de reojo y luego se giró hacia Nicholas.

—Pregúntale a él —dijo con una sonrisa pilla.

Ni corta ni perezosa Mia se giró directamente hacia Nicholas.

—Perdona, Nicholas... —llamó su atención, él la miró con una sonrisa—. ¿Puedo acompañaros? Aunque sea un rato. Me gustaría ver cómo entrenáis y... —miró de reojo a su hermano—, y lo que hace Gabriel.

Nicholas la miró fijamente y luego miró a Dean, pero este permanecía con la mirada clavada en el plato dándole a entender que él sería quien tomase aquella decisión. Aquello le molestó en cierto modo y chasqueó la lengua.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros—. Por mí no hay problema.

Aquella respuesta hizo que Dean elevase su mirada hacia él con gesto de pocos amigos, enfadado por la contestación de este, aunque Mia, al contrario que él, comenzaba a dibujar una gran sonrisa en su rostro.

—¿No va a venir Melanie? —preguntó Dean entre dientes.

—Sí, ahora baja. Se está dando una ducha.

—Y... —dijo alargando aquella letra—, ¿no dijiste que vamos a entrenar a Gabriel con ella?

—Eso dije, sí —contestó con una sonrisa.

Dean apretó la mandíbula.

—¿Y crees que es buena idea que ella esté cerca?

Nicholas se encogió de hombros y dio un sorbo a su café muy tranquilo.

—Bueno, no te separes de ella y no habrá problema —contestó guiñándole el ojo. Luego miró a Gabriel que en ese momento tenía la respiración acelerada por el esfuerzo de coger un trozo de bizcocho. Nicholas volvió a chasquear la lengua y miró a Dean que aunque seguía con una mirada asesina lo ignoró—. ¿Tenemos antiinflamatorio?

—Creo que sí, algo queda en la enfermería —contestó con voz de queda.

Le señaló con un movimiento de su cabeza hacia Gabriel que bajaba su espalda para morder el bizcocho. El pobre tenía unas agujetas de caballo.

—Mejor que se tome algo. Puede que le alivie un poco.

—Iré a por él —comentó Christopher levantándose de la silla.

Nicholas se cruzó de brazos y miró alrededor.

—¿Ya estamos lo suficientemente lejos? —ironizó Dean soltando a Mia a su lado que parecía bastante descolocada. Ni siquiera había tenido tiempo a reaccionar. Nicholas había ordenado alejarse de la casa y ella había comenzado a caminar hacia el bosque tranquilamente cuando había notado como Dean la cogía de la cintura. Pocos segundos después se encontraban en un enorme descampado, sin saber lo lejos que se encontraban ni en qué lugar. Se giró y miró fijamente a Dean aunque durante unos instantes perdió el equilibrio y la sujetó rápidamente por los hombros—. ¿Estás bien?

—No me lo esperaba. La próxima vez avisa —susurró ella aún un poco mareada.

Se giró y vio que Adrien había sido quien había transportado a su hermano hasta allí. Melanie también había acudido, y para sorpresa de ella, sin necesidad de que la transportasen. Aquella chica se movía casi a la misma velocidad que ellos.

Tragó saliva y volvió a mirarlo sorprendida, pues hasta ese momento no había sido consciente de la velocidad que alcanzaba.

—Qué rápidos sois —dijo aún sujeta por Dean.

Dean sonrió y la soltó poco a poco comprobando que podía aguantar ya el equilibrio.

—Esto ha sido un paseo tranquilo —dijo divertido y le guiñó el ojo.

Mia tragó saliva por lo que aquellas palabras implicaban. Si aquello era un simple paseo no quería ni saber la velocidad que podían alcanzar.

—¿Estamos todos? —preguntó mirando a su equipo, asegurándose de que todos lo rodeaban. Miró directamente a Gabriel—. Es sencillo. Melanie —La señaló—, irá enviándote ondas de poder, de más suaves a más fuertes. Así veremos hasta que punto aguantas. —Sonrió a Gabriel—. Esta tarde ensayaremos con la daga, ya sabemos que no tienes puntería pero no te iría mal hacer un poco de bíceps para usarla con fuerza.

Gabriel enarcó una ceja.

—¿Bíceps? —preguntó horrorizado—, pero si no puedo ni sujetar ahora

mismo un vaso de agua.

Aquello hizo sonreír a Nicholas y miró de reojo a Melanie.

—¿Preparado?

—No —dijo directamente, tragando saliva.

—Bien, así me gusta —bromeó Nicholas dándole un golpe en su espalda. Señaló hacia el otro lado del descampado—. Aléjate. Poco a poco nos iremos acercando.

Gabriel resopló y obedeció mientras atravesaba el descampado, aunque se detuvo y, al igual que todos, miró hacia el cielo buscando la causa de aquel trueno. A lo lejos, pudo ver una gran tormenta dirigirse hacia ellos.

—Acelera Gabriel, no creo que quede mucho antes de que empiece a llover.

Gabriel se giró mientras seguía caminando.

—¿Si llueve volvemos a casa? —preguntó con cierta esperanza.

—No, cuando acabemos los ejercicios iremos a casa —respondió sonriente—. Así que cuanto antes comencemos, mejor. —Se giró y miró a Dean—. Dean, apártala —dijo señalando a Mia con un movimiento de cabeza—. Quedaros a una distancia prudencial de nosotros. Bajo esos árboles —Señaló.

Dean asintió y ambos se dirigieron al lugar indicado. Mia iba girando su cuello, viendo como su hermano cada vez estaba más alejado.

—Vale —gritó Nicholas—. Ahí ya estás bien.

Gabriel se giró y miró de un lado a otro nervioso, como si valorase la opción de huir.

—Si hechas a correr sabes que te cogemos —bromeó Christopher.

Dean y Mia se situaron entre los árboles. Ella apoyó su espalda en el tronco y Dean se colocó a su lado.

—¿No le harán daño, verdad?

—No, tranquila —respondió con la mirada clavada en la lejana figura de Gabriel que se removía nervioso—. Son solo pruebas, pero debemos

asegurarnos del poder que soporta.

Ella tragó saliva y miró de reojo a Dean.

—Así que tienes amigos lobos, una amiga bruja, otra vidente...

—No es vidente, es un oráculo, no es lo mismo —explicó con ternura—. Una vidente tiene visiones sobre el futuro. Cintya tiene información actual.

—Ahhhh... y vosotros tenéis poderes sobrenaturales como la velocidad, la fuerza y la regeneración, ¿algo más que deba saber?

Dean valoró aquella pregunta.

—Sí, supongo que hay algo que te interesa —comentó con una sonrisa más traviesa, acercándose demasiado. Ella enarcó una ceja al ver su gesto—. Cuando tenemos una pareja y... nos unimos a ella...

—¿Unirse? ¿En santo matrimonio? —bromeó.

—No precisamente... —rio entre dientes.

—Ya, entiendo.

—Podemos sentir lo que ellas.

Aquello le hizo parpadear varias veces confundida.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender nada—. ¿Quieres decir que cuando me besas es como si te besases a ti mismo? —preguntó elevando un poco el tono de voz.

—¡No! —respondió asqueado por la pregunta—. Puedo saber cómo estás de salud, si tienes alguna dolencia, enfermedad... tus días fértiles... —Ella volvió a mirarlo confundida—. Va bien para cuando quieres tener hijos —apuntó con una sonrisa.

Ella se quedó mirándolo fijamente, sin saber cómo reaccionar ante aquello.

—No quiero tener hijos de momento.

—Ni yo —respondió él encogiéndose de hombros—, con la que está cayendo ahora. —Resopló y se giró hacia la división mirando la espalda de Taylor—. No sé ni cómo se atreve.

Ella suspiró.

—Debe querer mucho a Sandra. Debían tener ilusión.

Él la miró y sonrió.

—Sí, supongo.

Ambos prestaron atención a la división varios metros por delante.

Melanie se colocó al lado de Nicholas.

—Comienza con una ráfaga suave como la de ayer. —Miro a Gabriel—. Vamos a empezar, dinos si notas algo —Giró su rostro hacia Melanie—. Vamos.

Melanie suspiró y alzó una mano hacia delante. Segundos después la bajo.

—Ya está —dijo encogida de hombros.

Todos la miraron como si bromease.

—Vamos —rio Scott—, ¿en serio? Pero si no es nada eso.

—Eh —Se quejó ella—, me habéis pedido que sea suave, si prefieres destruyo el bosque.

—¿Podrías? —preguntó Scott sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Sí —respondió como si no tuviese importancia—, incluso más. Llevo ensayando meses y he mejorado mucho —Luego sonrió divertida—, así que cuidadito —bromeó.

—Dejaros de cháchara —comentó Nicholas que señalaba a Gabriel—. Ni se ha enterado. Necesito un poco más de potencia.

—Vale —dijo elevando la mano hacia la posición de Gabriel otra vez. Esta vez sí pudieron identificar una luz dorada emanar de su mano en forma de onda, incluso como movía los árboles situados tras Gabriel.

Todos miraron al muchacho.

—No se ha movido, ¿verdad? —preguntó Taylor intrigado.

Gabriel ascendió los brazos desesperado.

—¿Empezamos ya o qué? —gritó de los nervios.

—No se entera —comentó Nicholas fascinado—. ¡Ya hemos comenzado!
—Le gritó—. Acércate un poco más —gritó indicándole con el brazo a que avanzase unos metros—. ¿No has sentido nada?

Gabriel avanzó varios metros acercándose y luego miró a Melanie.

—No, nada... ¿me has disparado?

Ella tragó saliva.

—Sí, y la segunda vez ha sido más fuerte —comentó.

Gabriel se encogió de hombros.

—Pues no. —Luego sonrió abiertamente—. No noto nada —dijo con gran alegría—. Eyyy... ¡qué pasada! —dijo señalándolos a ellos. Luego extendió los brazos hacia los lados—. Venga, dame caña, Melanie —dijo emocionado.

Todos sonrieron sorprendidos por la reacción del joven que parecía ir ganando confianza.

Melanie miró a Nicholas y este asintió divertido.

—De acuerdo —dijo ella con una sonrisa, como si aceptase el reto—. Esta vez voy a ser más fuerte, Gabriel.

Él asintió sin decir nada, esperando atento a que ella le enviase una onda.

Melanie extendió el brazo hacia delante, señalándolo y lanzó otra. Todos miraron boquiabiertos como unos cuantos árboles, al final del descampado salían despedidos, arrancados de cuajo, pero Gabriel permanecía impassible, sin moverse lo más mínimo. Melanie lo miró fijamente y sin detener la onda cogió más fuerza.

—Ammmm... Melanie... —susurró Nicholas dando unos pasos hacia atrás impresionado al ver que más árboles salían despedidos.

—Pero es que no se mueve —Se quejó ella dando un paso hacia delante, intensificando su poder.

En ese momento notaron como comenzaba a temblar la tierra.

—¿Eres tú? —preguntó Christopher asustado.

—Sí —respondió ella mirando fijamente a Gabriel.

Gabriel elevó una mano y señaló al suelo.

—Está vibrando —dijo boquiabierto. Aunque desvió la mirada hacia atrás, al final del descampado y observó como varios árboles volaban hacia atrás, chocando con otros y arrancándolos de raíz. Se le desencajó la mandíbula al ver lo que estaba provocando y se volvió para mirar a Melanie —. ¿Eres tú? —preguntó señalando los árboles que seguían surcando el cielo, sin inmutarse él lo más mínimo.

Melanie resopló.

—¿¡Pero tú por qué no te mueves!?! —gritó desesperada, avanzando más hacia delante e incrementando más su poder, como si no diese crédito a que Gabriel estuviese tan tranquilo, sin que ni siquiera su cabello volase hacia atrás.

Él se encogió de hombros.

—Pues... es que no noto nada —respondió con inocencia.

Melanie apretó los dientes y esta vez creó un escudo anaranjado a su alrededor, formado por rayos.

—Joder, ¡Melanie! —gritó Nicholas dando pasos hacia atrás, al igual que el resto de la división.

Dean cogió a Mia del brazo y la acercó a él colocándola a su lado y rodeando la cintura de ella por si tenían que huir de allí.

—Melanie —volvió a decir Nicholas mientras colocaba el brazo ante su rostro para que la tierra, piedras y hierba que volaba alrededor de ellos no le molestase—, no te pases.

Gabriel también daba pasos hacia atrás, aunque asustado por lo que estaba viendo. Alrededor de Melanie se había formado una bola de luz anaranjada cruzada por rayos. Melanie volvió a colocar su brazo derecho hacia delante, señalando a Gabriel que la miró asustado.

—Ay, ay, ay... —susurró mientras daba pasos hacia atrás—. Madre mía...

Dean resopló y colocó su brazo ante su rostro también, colocando a Mia en su pecho, protegiéndola.

Un viento huracanado les hizo casi perder el equilibrio y en ese momento, una luz estalló, saliendo decenas de rayos hacia Gabriel.

—¡Ahhhhhhh! —gritó cuando vio toda aquella electricidad recorriendo la distancia entre los dos, en su dirección.

De nuevo, volvió a quedarse quieto y cuando aquella luz lo atravesó se miró a sí mismo sorprendido.

Melanie tenía los ojos como platos, fue descendiendo su mano poco a poco y luego lo miró con admiración.

Gabriel no dejaba de mirarse el cuerpo hasta que elevó los brazos hacia ellos con una gran sonrisa.

—¡Estoy vivo! —gritó loco de contento.

Todos se pusieron erguidos otra vez, contemplando a Gabriel con los brazos hacia el cielo, agradeciendo no haber acabado electrocutado.

Nicholas se puso al lado de ella y la miró un poco mosqueado.

—No tenías que haberle dado tan fuerte para comenzar.

—¿Fuerte? —preguntó ella enarcando una ceja—. Has estado demasiado tiempo fuera, Nick —bromeó ella—. No he hecho más que comenzar, esto solo era el calentamiento —sonrió satisfecha.

Todos miraron a Melanie impresionados y luego volvieron su rostro hacia Gabriel que iba hacia ellos corriendo, con la adrenalina por las nubes.

—Bua... no me he enterado de nada —dijo cogiendo la mano de Melanie, realmente feliz.

—Genial —Le felicitó ella. Luego lo miró intrigada—, ¿y por contacto? —preguntó sin soltar su mano. Cerró los ojos y luego los abrió—. ¿Has notado algo?

—¿Tenía que notar algo?

Ella parpadeo seguido.

—Tendrías que estar frito —respondió alucinada.

—Pues... no lo estoy, ni siquiera noto cosquillas —dijo tan ricamente, soltándose ya de su mano.

Nicholas miró a Gabriel de arriba abajo.

—Vale, quiero hacer una prueba contigo.

—Dime —dijo motivado.

Dean se acercó esta vez junto con Mía.

—Ya vemos que el poder no te afecta, así que Mabus no podrá alejarte con sus ondas pero... sabe pelear. Golpea más fuerte que nosotros, créeme, pero claro... nosotros cuando usamos la fuerza también, de alguna forma, es un poder paranormal. Necesitaría saber si lo sientes.

En ese momento la mirada de Gabriel se volvió asustada.

—Eh, eh... que los puñetazos sí los noto... y las palmaditas en la espalda...

—Ya —dijo Nicholas acercándose a la vez que Gabriel daba pasos hacia atrás—, pero eso es contacto físico normal, sin nada paranormal.

—No —dijo señalándole—, ni se te ocurra.

Dean avanzó y se colocó al lado de Nicholas.

—Yo creo que físicamente sí que nota, eh —Le advirtió—. Lo que no nota es el poder.

—Exacto —respondió Gabriel rápidamente—. Un puñetazo lo noto. —En ese momento comenzó a caminar hacia Dean, como si buscara su protección, hecho que dejó algo descolocado a Dean.

—Además... —continuó Dean mirando a Gabriel con gesto gracioso—, no se regenera como nosotros. Bastantes agujetas tiene ya —Le recordó a su jefe.

—Eso mismo —dijo Gabriel colocándose al lado de Dean.

Nicholas suspiró y chasqueó la lengua.

—Ya, supongo que tienes razón —comentó Nicholas pensativo.

Gabriel hizo una sonrisa tímida y se dirigió directamente hacia su hermana, huyendo de la conversación.

Mía lo cogió de la mano, temblorosa.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, perfecto. ¿Tú lo has notado? —preguntó señalando a Melanie.

—Claro, lo que no entiendo es, ¿cómo no lo has notado tú? —exclamó.

Gabriel se encogió de hombros.

—Ni idea, no entiendo nada, pero lo cierto es que no noto ni siquiera viento, o frío, o calor... nada.

Toda la división escuchaba atenta la conversación de ambos hasta que Dean se giró un poco enfurecido hacia su jefe.

—Tío —dijo Dean girándose hacia él—, qué bestia eres. ¿Ibas a pegarle un puñetazo? —preguntó incrédulo.

Nicholas se quedó pensativo, reflexionando.

—Supongo que no era muy buena idea.

—Era una idea pésima —confirmó Dean mientras daba unos pasos hacia Gabriel y Mia. Se colocó al lado de él y puso mano en su hombro—. Gabriel, quiero proponerte una cosa...

Gabriel lo miró no muy convencido.

—Nada de puñetazos, te aseguro que los noto.

Dean sonrió.

—No se trata de nada de eso pero, dado que no te afecta el poder pero sí pueden golpearte deberías aprender un poco de defensa personal.

Gabriel lo miró como si se tratase de un loco.

—Oye, vale con que no me afecten esos poderes, pero es imposible que en algún momento pueda esquivar algún puñetazo o patada vuestra —comentó nervioso.

Scott se acercó colocándose al lado de Dean, mirando a Gabriel.

—Dean tiene razón. Si hay una batalla es mejor que estés más entrenado.

—No todo es coger fondo —intervino Dean de nuevo—, nosotros hemos luchado un par de veces contra la bestia, sabemos cómo se mueve, lo que hace... podemos enseñarte la teoría e intentar ponerlo en práctica.

Gabriel suspiró y se encogió de hombros conforme con lo que escuchaba.

—De acuerdo, a lo de la teoría me apunto —dijo más animado.

Dean dio un paso hacia delante con una gran sonrisa.

—Y a la práctica —recordó.

Gabriel lo miró esta vez fingiendo tristeza.

—Pero si no puedo ni moverme... —sollozó.

—Bueno, comenzaremos por la teoría —dijo Dean—. Vamos.

Habían parado las explicaciones solo para comer y, ahora, cuando comenzaba a atardecer habían decidido salir a entrenar y enseñar un par de movimientos a Gabriel. Mia había permanecido casi todo el día con las chicas, explicando cada una sus historias. Estaba claro que todas habían intuido su relación con Dean.

Gabriel había permanecido atento a las explicaciones de la división.

Fueron por el pasillo rumbo al comedor.

—Necesito un vaso de agua —comentó Scott.

—No me extraña, debes tener la boca seca de tanto hablar —respondió Nicholas.

—Entonces —comentó Gabriel intentando ordenar las ideas—. Si la bestia hace luz... malo.

—Los terremotos, recuérdalo —dijo Adrien señalándole.

Todos fueron hacia la cocina excepto Dean que se separó del grupo cuando vio que Mia salía de la habitación. Miró hacia delante observando que todos iban hacia allí inmiscuidos en la conversación, incluso Gabriel permanecía absorto con todas las explicaciones, intentando asimilar el mayor número de datos.

Dean se giró y fue hacia Mia que en ese momento cerraba la puerta de la habitación y tenía la intención de dirigirse al comedor. Se puso ante ella cortándole el paso, en ese momento ella elevó su mirada, sin haber sido consciente de que él se lo cortaba.

—Ey —dijo Dean con una agradable sonrisa, mirándola fijamente. Se giró para ver como todos estaban ya en la cocina cogiendo vasos y se giró hacia ella aunque esta vez desvió su mirada sus labios.

—Ey —respondió ella al ver lo que insinuaba.

Dean se echó un poco hacia delante y abrió la puerta de su dormitorio

mientras colocaba la otra mano en el estómago de ella y la empujaba al interior con un sutil movimiento.

Mia no opuso resistencia, si no que comenzó a reír en cuanto Dean cerró la puerta tras de él.

—¿No tienes que ir a entrenar con Gabriel? —preguntó provocativa.

—Sí —respondió acercándose decidido—, ahora iré.

La cogió directamente de la cintura y la empujó hacia el escritorio apoyándola contra él. Si al menos pudiesen dormir juntos sería diferente, podría contar con unas horas de intimidad, pero con el ritmo de vida que llevaban en ese momento debía buscar cualquier ocasión libre que tuviesen para intentar acercarse.

Bajó sus labios hasta los suyos fundiéndose ambos en un apasionado beso, mientras ella rodeaba sus hombros con sus brazos y él su cintura, presionándola contra la mesa.

—Van a ver que no estás... —susurró ella entre besos.

—¿Y? —preguntó antes de abandonar sus labios y comenzar a descender por su cuello. Mia reprimió un suspiro cuando notó los labios calientes de Dean bajando por su cuello y sus manos paseando por su cintura de forma sensual—. Llevo todo el día con ellos, sobrevivirán unos minutos sin mí.

Subió de nuevo hacia sus labios y volvió atraparlos haciendo que ella se curvase hacia atrás agarrándose a su nuca y paseando sus dedos por su cabello rubio.

Dean la cogió por la cadera y la subió al escritorio sin apartarse de sus labios, pasando las manos por sus piernas.

—Esta noche podría bajar sin que nadie se diese cuenta... —susurró contra su oído.

—Mmmmmm... —susurró de placer cuando notó como volvía a descender por su cuello.

—Si quieres... —continuó él.

—Vale —susurró volviendo a sus labios.

Dean se puso recto de repente y dio un paso atrás cuando la puerta de la

habitación se abrió sin esperarlo. “Mierda, el pestillo”, fue lo primero que pensó. Se giró hacia la puerta y se encontró la mirada contrariada de Gabriel que observaba en su dirección sorprendido.

Dean miró a Mia que aún permanecía con los ojos cerrados, sin ser consciente de lo que había ocurrido. La cogió de la mano y la hizo bajar del escritorio. En ese momento fijó la mirada en los ojos asombrados de Gabriel.

—Gabriel —dijo, aunque Dean detectó más enfado que sorpresa—, ¿no te han enseñado a llamar a la puerta?

Gabriel resopló y volvió su gesto poco amistoso hacia Dean.

—No sabía que él estaba aquí, ¿o crees que hubiese entrado si no? —volvió la mirada hacia Mia y resopló—. Joder —susurró esta vez más cortado. Se removió inquieto y miró de una forma tímida a Dean, aunque se notaba que la situación le desquiciaba un poco—. Me han dicho que coja algo de manga larga, hace fresco.

Dean asintió y le señaló el armario.

—Coge lo que necesites —respondió con naturalidad. Miró a Mia y le sonrió de una forma tierna, sin darle importancia a que los hubiese pillado—. ¿Quieres venir a vernos entrenar ahora?

Gabriel les dio la espalda mientras rebuscaba en el armario.

—¿Puedo?

—Supongo que sí, no habrá problema.

Gabriel comenzó a pasar las perchas de una forma poco cuidadosa, desplazándolas con fuerza hasta el otro extremo.

Mia miró a Dean y le indicó que saliese de la habitación, en sus ojos había una clara súplica para que les permitiese hablar un momento. Asintió y miró la espalda de Gabriel que permanecía en tensión. Estaba claro que no estaba cómodo.

—Os espero fuera.

Gabriel ni siquiera se giró para asentir.

Mia le sonrió mientras salía y dejó la puerta entornada. Se giró hacia Gabriel que en ese momento cogía una cazadora negra. A Dean seguro que

tenía que irle entallada, pero a él le iría bastante suelta, lo cual le permitiría moverse sin problemas y le abrigaría.

Cuando cerró el armario y se giró se encontró a su hermana mirándolo fijamente. Gabriel suspiró y comenzó a ponerse la cazadora mientras avanzaba, estaba claro que no quería hablar del tema pero Mia le cortó el paso colocando una mano en su pecho, aunque una cosa llamó su atención.

—¿Qué tienes aquí? ¿Llevas un colgante? —preguntó sacándolo de debajo de la camiseta.

Gabriel metió las manos en los bolsillos mientras Mia extraía la cadena. Se quedó observándolo y lo miró asombrada.

—¿Llevas una cruz? —preguntó elevando la mirada hacia él, sujetándola en su mano.

Él la miró a los ojos y le sonrió algo tímido.

—El padre Luper me la regaló —comentó. La cogió con delicadeza en su mano y esta vez le sonrió con ternura a su hermana—. Me dijo que me protegería. —En ese momento observó los hermosos ojos de su hermana, mirándolo con amor. Cogió la cadena en sus manos comenzando a sacársela por la cabeza.

—¿Qué haces?

—Toma —dijo.

—No, no... —comentó ella volviendo a bajar sus brazos y haciendo que se introduje la cadena de nuevo en el cuello—. Llévala tú. Estaré más tranquila.

Aunque aquello no pareció ser del gusto de Gabriel no protestó y obedeció. Mia se quedó observándolo y pasó una mano por su mejilla con gran cariño.

—Gabriel —comentó algo tímida—, Dean me gusta —confesó. Gabriel no apartó los ojos de ella—. Me gusta muchísimo.

Gabriel suspiro y asintió.

—Eso parece... —comentó con una ligera sonrisa desagradable mientras le señalaba el escritorio, justo donde los había pillado.

Ella estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Cogió sus manos entre las tuyas, acariciándola.

—Y... yo le gusto a él... —siguió diciéndole.

—¿Y cómo no le vas a gustar? —preguntó su hermano de una forma cariñosa.

Ella sonrió ante aquella pregunta.

—Me siento protegida con él y sé que...

—Que te mantendrá a salvo —acabó la frase su hermano. Ella asintió—. Siento no ser yo el que lo haga.

Ella lo miró directamente a los ojos, asombrada por esas palabras.

—¿Pero qué dices? —Y le sonrió con tristeza—. Tú siempre lo has hecho, y lo sigues haciendo. —Dio un paso atrás y se cruzó de brazos aunque con cierta gracia—. Solo hay que ver la cara de pocos amigos que le has echado hace unos minutos.

Su hermano se removió inquieto y chasqueó la lengua.

—Te he curado las heridas de pequeña... y ahora, te veo... ammm... en...

Ella lo miró asombrada al ver que su hermano no encontraba las palabras para definir lo que había visto. Aquello le divirtió y le conmovió en cierto modo. Se acercó de nuevo y puso una mano en su brazo.

—Puedes seguir curándome las heridas —dijo cariñosa, lo que hizo que su hermano riese—. El hecho de que tenga a una persona que me quiere a mi lado no implica que tengas que alejarte de mí.

—Ya lo sé —pronunció cogiendo la mano de su hermana—, pero es que...

—Él es bueno contigo —reaccionó ella directamente—, ¿por qué te opones tanto? —preguntó sin comprender.

—Si es muy buen tío... —dijo directamente—, y sé que te mantendrá a salvo pero...

—¿Sus poderes, no? —preguntó. Él suspiró y se removió inquieto—. Tú también tienes un don increíble.

—Ya, pero no lucho contra vampiros ni tengo amigos lobos —bromeó—.

Yo solo esperaba que pudieras tener una vida tranquila y segura.

Ella lo miró con cariño.

—Hoy por hoy es imposible tener una vida tranquila, pero segura sí.

—Con él —concluyó como si aceptase la idea.

Ella lo miró de una forma tímida.

—Quiero que sea con él.

Gabriel suspiró y cogió a su hermana por los hombros, se agachó levemente para poner su rostro a la altura de sus ojos y la miró fijamente.

—Solo quiero que seas feliz —confesó.

—Él me hace feliz —respondió.

Gabriel asintió, tragó saliva y se puso erguido de nuevo. Se quedó observándola y, sin poder evitar la imagen de ella con cinco años sentada sobre la taza del váter mientras él le limpiaba la herida con un algodón volvió a su mente.

Sonrió y asintió.

En ese momento llamaron a la puerta repetidas veces. Ambos se giraron para observar.

Nicholas abrió con cuidado.

—Perdonad. Gabriel, tenemos que ir a entrenar antes de que anochezca.

Gabriel miró a Mia y se abrochó la chaqueta.

—De acuerdo. Vamos —dijo mientras pasaba un brazo por encima de los hombros de ella.

Dean miró a Gabriel que caminaba a su lado. Comenzaba a anochecer y habían decidido volver a casa.

—Bien —dijo poniendo una mano en su espalda.

Gabriel lo miró de reojo, aún un poco receloso con él.

—¿Bien? No consigo esquivaros, ni siquiera me doy cuenta de por dónde atacáis.

—El truco está en intentar anticiparte, en pensar. Lo más lógico es que siempre atacemos con la derecha —recordó.

—¿Y la bestia también es diestra?

—No me acuerdo. —Se giró y miró a sus compañeros que les seguían—. ¿Recordáis si la bestia ataca con la derecha o la izquierda?

Todos arquearon su ceja hacia él.

—Dean —dijo Scott—. Ni siquiera logramos acercarnos.

Dean puso cara de circunstancias y miró a Gabriel con una sonrisa tirante.

—Pensaremos que es diestro.

Gabriel resopló y entró tras Adrien y Christopher en la vivienda. En ese momento les llegó a todos el olor a café. Justo cuando Scott cerró la puerta tras ellos un trueno hizo que todo vibrase.

—Ufff... —dijo Nicholas acelerando el paso hacia el salón, donde todas esperaban.

Melanie se encontraba sentada junto a todas. Mia había permanecido la primera hora con ellos pero, posteriormente, cuando la temperatura había bajado Dean la había llevado a casa.

—Menuda tormenta se acerca —comentó Melanie mirando por la ventana. Se giró hacia Nicholas y lo miró intrigada—. ¿Crees que puede ser...?

—No creo —comentó colocándose a su lado, cogiéndola por la cintura y besando su cuello.

Todos fueron hacia sus parejas, excepto Dean que miró a Mia con una sonrisa y luego observó a su hermano de reojo. Aunque Gabriel era agradable con él sabía que no le hacía ni pizca de gracia verlo acercarse a ella.

Gabriel tuvo que darse cuenta de que él se contenía porque lo miró y luego miró a su hermana.

Suspiró y se centró finalmente en Dean.

—Voy a darme una ducha —susurró como si estuviese agotado—. Voy a... a tu habitación.

—Claro —Le indicó Dean.

Mia se acercó.

—¿Ha ido bien el entrenamiento? —preguntó acercándose a Dean.

Aunque no fue él quien respondió, sino Gabriel desde la puerta de la habitación de Dean.

—Fatal —dijo sinceramente.

—Poco a poco —contestó Dean animándole.

Mia llegó hasta él y cogió su mano de forma delicada.

—¿Pero no os dijo el jinete que el día siete...?

Escucharon el suspiro de Gabriel al oír la pregunta.

—Todo irá bien —respondió Dean cogiendo su mano con fuerza.

En ese momento la luz de la casa se fue quedándose prácticamente a oscuras, pues el sol ya se ponía.

—¿Qué pasa? —Escuchó que decía Taylor.

—La luz volverá en seguida —dijo Nicholas—. Tenemos los generadores automáticos.

Dean cogió la mano de Mia más fuerte y miró en dirección a Gabriel,

donde solo aparecía una sombra.

—Gabriel... —Le llamó.

—Dime —contestó sin moverse.

—Ven —ordenó preocupado. Tiró de Mia y fue hasta Gabriel cogiéndolo del brazo para tenerlo localizado. Se volvió hacia el comedor nervioso—. ¿Por qué cojones no vuelve la luz?

—Joder —escuchó que decía Scott.

En ese momento las luces se encendieron, aunque rápidamente todos las apagaron excepto un par de lamparitas pequeñas.

—Creo que la ducha va a tener que esperar —comentó Dean a Gabriel mientras arrastraba a los dos hacia el comedor.

Nicholas miró de un lado a otro.

—Christopher, Scott —miró hacia ellos—, aseguraos que están apagadas todas las luces de las plantas superiores. Necesitamos ahorrar toda la energía posible, no sabemos cuándo volverá la luz.

Directamente los dos desaparecieron.

Dean les indicó a Mia y a Gabriel que se sentasen mientras miraba hacia el enorme ventanal, donde en ese momento un rayo atravesó el cielo.

—¿Por qué narices se ha ido la luz? Aún no está lloviendo. —En ese momento todos pudieron ver como una tromba de agua comenzaba a caer. Dean chasqueó la lengua—. Si lo llevo a saber me callo.

—Adrien —dijo Nicholas señalándolo—, ¿puedes asegurarte de que los generadores de energía están bien? Me parece raro que haya tardado tanto en volver la luz.

—Claro, enseguida voy —dijo soltándose de la mano de Bethany.

Mia miró de un lado a otro, aunque Nicholas hablaba en un tono de voz pausado sabía que algo ocurría, pues todos parecían nerviosos.

Se levantó y fue hacia Dean.

—¿Crees que puede ser...?

En ese momento todos giraron su rostro hacia las ventanas, como si algo

les llamase la atención.

—Mierda —susurró Taylor cogiendo a Sandra de la mano, retrocediendo hacia atrás.

Dean cogió directamente la mano de Mia, haciéndola retroceder y le indicó a Gabriel que se pusiese a su lado.

—¿Qué es eso? —gritó Mia asustada—. ¿Vampiros?

Una nube de vampiros se dirigía hacia ellos directamente. Gabriel se puso al lado de su hermana también.

—Muchos vampiros —contestó Dean.

En ese momento, todos los allí presentes miraron a Gabriel. Sabían lo que ocurría, a lo que iban. Mabus les había ordenado que encontrasen al elegido, a Gabriel y, ahora, todos se dirigían hacia allí.

—Mierda, mierda... —comentó Nicholas corriendo hacia el pasillo—. Christopher, Scott... ¡La daga! ¡Coged la daga del destino!

—¿Qué ocurre? —escucharon la voz de Christopher desde la planta de arriba.

—¡Vampiros! ¡Centenares de ellos! —respondió Nicholas—. Tranquilos —dijo intentando mantener la calma, pues Mia comenzaba a gemir al igual que todas—. Aquí no pueden entrar —recordó—. Es imposible, la casa está forrada con plata.

Justo en ese momento Christopher y Scott aparecieron en el comedor. Scott llevaba la caja donde guardaban la daga del destino bajó su brazo y en las manos, al igual que su compañero, llevaban más dagas y armas.

—Joder —dijeron al verlos acercarse a la casa a gran velocidad.

Justo en ese momento varios vampiros se estrellaron contra los cristales. Todos sacaron sus armas, incluso Adrien que había ido a mirar el generador y que llegó en ese momento apareció en el comedor apuntando directamente hacia los cristales.

Mia gritó y dio unos pasos hacia atrás, pero Dean lo cogió rápidamente de la mano colocándola a su espalda.

—No pueden entrar —recordó Nicholas de nuevo. Miró a Gabriel y le

indicó la caja—. Coge la daga —ordenó.

—¿Crees que vienen a por ella? —preguntó corriendo hacia la caja de madera. La abrió y la observó, aunque desvió los ojos hacia los cristales cuando los alaridos de los vampiros se incrementaron al observarlo.

—No precisamente —pronunció Nicholas mientras miraba de un lado a otro.

Todos elevaron su mirada hacia el techo, donde podían escuchar las pisadas de estos por el tejado.

Gabriel cogió la daga y la colocó en el cinturón de su pantalón.

Nicholas se giró hacia el resto sin perder de vista a todos los vampiros que comenzaban a rodear la casa.

—Linternas —ordenó Nicholas.

Dean se separó de Mia y fue hasta Gabriel indicándole que se pusiese al lado de ella. Directamente se llevó la mano al cinturón y extrajo una linterna.

—A la de tres —dijo Nicholas mientras cada uno de ellos se colocaba cerca de las ventanas.

Los vampiros tenían ambas manos sobre los cristales y acercaban su rostro enseñando los colmillos, en actitud agresiva.

Dean se giró para observar a Mia, miraba asustada de un lado a otro. Gabriel había cogido su mano y se colocaba un poco por delante, como si así pudiese protegerla.

—Uno... —dijo Nicholas dando un paso hacia delante, con la linterna detrás, fijando la mirada en los vampiros que no dejaban de golpear el cristal—. Dos... ¡tres! —gritó.

Todos elevaron sus linternas y apuntaron hacia delante.

Los gritos se hicieron más fuerte mientras la potente luz que emanaba de ellas hacía que varios vampiros se desintegrasen.

Mia gritó y dio pasos hacia atrás igual que Gabriel, asustados por la gran cantidad de vampiros que veían aparecer.

—Melanie —dijo Nicholas—. Necesito que traigas más linternas. Quiero a todos iluminando.

Ella desapareció de inmediato.

Mia se cogió al brazo de Gabriel mientras observaba al resto de chicas a su alrededor. Todas estaban asustadas, pero estaba claro que no era la primera vez que se veían en algo así, como si ya estuviesen más acostumbradas o... al menos, sabían esconder su miedo mejor que ella.

Todos giraron su rostro hacia la derecha cuando vieron como un vampiro se precipitaba contra el cristal, aunque este comenzó a gritar cuando se movió de un lado a otro compulsivamente, obviamente, no por voluntad propia.

Dean iba a enfocar hacia allí justo cuando vio que un lobo tenía al vampiro cogido por la pierna. Reconoció la figura de Alex. El lobo giró su cuello y expulsó al vampiro lejos de aquella casa. Segundos después pudo ver como Aaron cogía al vampiro y se tiraba sobre él.

—¡Cuidado con las linternas! —gritó a sus compañeros—. Han venido los lobos.

Solo faltaba que después de que fuesen a ayudarles acabaran fritos por la luz solar.

—Apagadlas —ordenó Nicholas consciente del peligro que corrían los lobos al estar manejando ellos aquella luz.

Dean corrió hacia Mia que directamente se abrazó a él y la rodeó con sus brazos. En ese momento fue consciente de que Gabriel lo miraba bastante tenso, aunque más por la situación que por el hecho de que estuviese abrazando a su hermana.

Todos corrieron hacia las ventanas para observar lo que ocurría.

Alex, Aaron, Fillipe y Bob habían llegado y luchaban contra todos los vampiros, defendiendo la casa.

—No podemos dejarles solos —comentó Adrien mientras cogía la daga de su cinturón.

En ese momento vieron como tres vampiros se tiraban sobre Alex reteniéndolo entre todos. Bethany gritó al ver a su hermano.

Ninguno se hizo esperar, incluso Dean soltó a Mia y corrió hacia la puerta.

Adrien tenía razón, no podían dejarlos. Ellos venían a ayudarles, pero eran

demasiados vampiros para cuatro lobos e incluso para toda una manada.

—Nooooo —gritó Mia al ver a Dean salir el último por la puerta. Gabriel corrió hacia ella sujetándola. Dean coincidió la mirada con ella antes de cerrar la puerta y agacharse para esquivar las zarpas de un vampiro—. Dean —sollozó ella entre los brazos de su hermano.

Dean dio una patada al vampiro que pretendía degollarlo alejándolo cuando otro vampiro se tiró sobre él arrojándolo al suelo, aunque nada más caer sobre el charco se movió rápidamente empuñando la daga y alzó el brazo para clavarla en el centro de su pecho. Ni siquiera espero a que el vampiro desapareciese pues tres más iban hacia él.

Se movió esquivando zarpas y colmillos. Jamás había visto tanto vampiro junto, realmente Mabus se estaba tomando muchas molestias para atrapar a Gabriel, pero mientras estuviesen allí resguardados no podrían entrar.

El grito de Alex le hizo girar su rostro hacia la derecha mientras derribaba a otro vampiro. Pudo ver como el vampiro clavaba sus colmillos en la pierna de Alex justo cuando Adrien se abalanzaba contra él, sacándoselo de encima.

Aquello era un suicidio en toda regla, pues los vampiros no dejaban de salir de todos sitios y a duras penas podía dar un paso sin tener que esquivar a alguno.

—¡Llévadlo adentro! —gritó Nicholas a Adrien y a Taylor que cogían a Alex del suelo, aunque Taylor fue derribado cayendo sobre el barro.

Dean sacó su arma y disparó hacia el vampiro que atacaba a Taylor atravesando su corazón, pero de nuevo fue impulsado al suelo. En ese momento notó cómo uno de ellos lo cogía de la pierna. Dean se giró y clavó la daga en el brazo de vampiro que intentaba arrastrarlo. Elevó su pierna y golpeó sus colmillos alejándolo de él varios metros.

Se puso en pie y miró directamente hacia la casa. Estaba totalmente rodeada. Aquella noche iba a ser muy larga.

—Por Dios —susurró cuando vio que otra nube de vampiros se dirigía hacia allí.

—Vamos, vamos... ¡a la casa! —gritó Nicholas, pues aquello era imposible, aunque en ese momento Nicholas salió despedido. Christopher se materializó al lado de él y golpeó al vampiro alejándolo mientras Nicholas se

ponía en pie con cara de pocos amigos, aunque tuvieron que moverse rápidamente de nuevo.

—¡Vamos! —gritó Nicholas hacia el resto de los lobos—. ¡Adentro! ¡Es imposible!

Dean miró hacia la casa, estaba totalmente rodeada, incluso la puerta.

—Mierda —rugió mientras se agachaba para esquivar a otro, lo cogía del cuello, lo impulsaba contra el barro formado por la lluvia y disparaba a su pecho.

Corrió hacia Taylor y Adrien que arrastraban a Alex.

La división se dirigía hacia la casa pero era prácticamente imposible avanzar un paso sin tener que hacer algún movimiento para no ser dañado.

—Joder —gritó Nicholas mientras se agachaba intentando llegar hasta el resto de la división para ayudar a Alex.

Dean llegó hasta Taylor, Adrien y Alex y fue intentando despejar el camino, mientras Nicholas conseguía también llegar a su lado.

La multitud de vampiros les hacía demasiado difícil el avance. Nicholas fue a dar otro paso cuando salió despedido hacia atrás. Cayó sobre el barro y tuvo que rodar para no ser ensartado por las uñas de los vampiros que iban a por él.

Dean miró hacia allí.

—¡Nicholas! —gritó mientras elevaba su arma y disparaba hacia el lugar derribando a uno de los vampiros.

En ese momento, todos notaron un golpe seco, como si se golpeasen contra algo saliendo despedidos hacia atrás. Cayeron al suelo justo cuando vieron una gran cantidad de vampiros frente a ellos, formando un muro. Querían prohibirles entrar en la casa.

Dean fue el primero que se levantó, esta vez cogió la pistola con una mano y la daga con la otra y comenzó a disparar, pero el avance de los vampiros, aquel muro era realmente casi infranqueable.

Miró a Nicholas que se había levantado y luchaba contra los vampiros mientras intentaba acercarse.

Aquello era demasiado, no iban a conseguirlo.

En ese momento escucharon cómo una puerta se cerraba. Ni siquiera pudieron ver lo que ocurría, pues los vampiros, por más que empujaban y luchaban contra ellos no les dejaban pasar, no conseguían encontrar el hueco.

—¡Al suelo! —Escucharon la voz de Melanie.

Dean se giró y miró a Scott y Christopher a su lado.

No lo dudaron. Sabían lo que haría.

Se tiraron al suelo justo cuando notaron que la tierra temblaba. No pasaron más que unos segundos en que todos los vampiros que tenían por delante salieron disparados por encima de sus cabezas. Una luz anaranjada pasó sobre ellos, formada por rayos.

Dean se puso la mano sobre la cabeza, cubriéndose. Melanie sabía lo que hacía. Lanzaba su poder por encima de ellos, asegurándose de no dañarlos. Un grito conjunto estalló en el descampado mientras los vampiros desaparecían.

Dean elevó su rostro, mientras la lluvia caía sobre él empapándolo por completo. Sus compañeros aún permanecían también sobre el barro.

Recuperó el aliento y miró al frente. Melanie permanecía unos metros por delante de la casa, bajando los brazos.

—Vamos —dijo ella—. Solo tenemos unos segundos —gritó mirando al frente.

Dean se incorporó y miró hacia atrás, observando como otra nube de vampiros se acercaba.

Rugió y se puso en pie acercándose a Alex y a sus compañeros para ayudarlos a ponerse en pie.

—Vamos, vamos —gritó Nicholas acercándose a Alex, cogiéndolo por la cintura. En ese momento se fijó en que tenía un buen corte en la pierna, seguramente le habían diseccionado algún músculo. —Bien hecho —felicizó a Melanie que abría la puerta para que pasasen.

Todos corrieron al interior. Scott fue el último en entrar y cerró la puerta con un portazo.

Nicholas y Dean depositaron a Alex en el suelo mientras el resto de la

manada lo rodeaba.

Taylor dio unos pasos hacia delante.

—No os acerquéis. —Señaló a todas y a Gabriel, luego miró a Sandra—. Aléjate.

Bethany fue la única que pudo acercarse y poner una mano en el pecho de su hermano.

—Alex... —gimió pasando una mano por su rostro blanquecino por el dolor.

Adrien se agachó a su lado.

—Te pondrás bien, sanarás rápido.

—¡Noooo! —sollozó Alex—. Con lo que me gusta el pan con ajo.

Adrien enarcó una ceja.

—No te vas a convertir en un vampiro —contestó desquiciado—. Deja de decir tonterías.

Dean se miró el cuerpo, no tenía sangre de Alex. Solo en ese momento se acercó a Gabriel y Mia.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel colocando sus manos en sus hombros y, por primera vez, vio la preocupación en los ojos de él.

—Tranquilo, estoy bien.

Mia se acercó y lo abrazó.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Nicholas desesperado—. Está claro que saben que Gabriel está aquí... —dijo señalando hacia la ventana—. Joder, mierda... —susurró dando unos pasos hacia delante, viendo la gran cantidad de vampiros que volvía a acercarse—. ¿Y el resto de la manada? —preguntó hacia los lobos.

—Nos han atacado —explicó Aaron mientras cogía una venda que Adrien le ofrecía y la ataba con fuerza en la pierna de Alex—. Están intentando contener a los vampiros del bosque.

Dean los miró preocupado.

—¿Hay más?

—Nos han sorprendido en las caravanas. Ha sido cuando nos hemos dado cuenta de que os estaban atacando. Hemos venido hacia aquí mientras el resto intentaba contener el avance de los que vienen por tierra.

—Esos... —gimió Alex señalando a la ventana—, son otros.

Dean soltó a Mia que parecía estar al borde del llanto y dio unos pasos hacia ellos.

—¿Así? ¿De repente? ¿Cómo sabe Mabus que tenemos al elegido? —preguntó cargado de rabia.

Gabriel tragó saliva y los miró preocupado.

—Puede que Eligos se lo haya dicho... —contestó Nicholas—. Mierda... no, no... las linternas. ¡Se acercan otra vez! —gritó mientras cogía una y el resto de la división lo imitaba—. Ni se os ocurra salir de esta casa... —dijo apretando los dientes, viendo la que se les venía encima, aunque giró su rostro cuando vio que Cintya daba unos pasos hacia atrás, asustada.

Nicholas la miró intrigado. Dean y todos se giraron hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicholas mirando de ella a la ventana. Luego señaló a sus compañeros—. No encendáis las linternas hasta que estén aquí. —Volvió su rostro hacia ella preocupado—. ¡Cintya! —insistió con un grito realmente nervioso—, ¿qué ocurre?

Ella tragó saliva y dio unos pasos atrás mientras clavaba la mirada en la zona donde estaban los lobos. Todos intuyeron que ocurría algo, sobre todo cuando Fillipe se puso en pie lentamente, con la mirada clavada en ella.

—¿Cómo has podido? —susurró Cintya apretando los puños.

Nicholas la miró nervioso y luego miró a Fillipe que permanecía en pie, con una actitud tensa.

—¿Fillipe? ¿Qué está pasando? —gritó Nicholas mientras la división formaba una línea ante ellas para protegerlas.

Dean soltó a Mia empujándola hacia atrás y Adrien cogió a Bethany directamente colocándola a su espalda, alejándola de Fillipe.

—Él lo hizo... —sollozó Cintya—, ¡Él fue quien dijo a los vampiros que Gabriel estaba aquí!

Todos centraron su mirada en él, aterrorizados por lo que decía. Fillipe la miró fijamente y luego miró a Aaron, Alex y Bob que lo miraban sin comprender.

Aaron fue el primero en reaccionar y cogió a Fillipe del cuello estrellándolo contra la pared.

—¿Cómo has hecho eso? —gritó acabando con un rugido, como si aquello lo alterase tanto que estuviese a punto de transformarse allí mismo.

Adrien dio un paso hacia delante intentando frenarlo.

—Aaron... —intentó calmarlo.

Dean miró hacia atrás donde todas permanecían tras los sofás. Se fijó en Mia que lo miraba horrorizada. Si Fillipe era el culpable, si él era quien lo había dicho, habían metido al enemigo en casa, a un lobo. Miró a todas las chicas, a Gabriel... aquello era realmente peligroso.

Aaron apretó el cuello de Fillipe y lo lanzó hacia el otro lado del salón estrellándolo contra la barra de la cocina.

—¡Eh! —gritó Dean moviéndose hacia allí para intentar frenar a Fillipe por si se transformaba.

—Me obligaron —sollozó Fillipe mientras intentaba ponerse en pie, pero Bob llegó hasta él y le dio una patada impulsándolo hacia atrás, estrellándolo contra la pared.

Dean volvió a girarse.

—Alejaos —dijo a todas y a Gabriel que se movieron hacia el otro lado mientras la división volvía a crear otra línea de defensa con sus parejas y Gabriel.

—¡Y una mierda! —gritó Aaron estrellando su pie contra el estómago de Fillipe—. ¡Nos has traicionado!

Nicholas apretó los labios y miró hacia la ventana. En breve estarían rodeados de vampiros y, en ese momento, tenían una guerra interna entre los lobos. Debía acabar con esto rápido y concentrarse en defender la casa de todos los vampiros.

Extrajo su daga y en un movimiento rápido se movió entre Aaron y Bob,

cogió a Fillipe por el cuello y lo elevó estrellándolo contra la pared.

El aire se escapó de sus pulmones, aunque elevó su barbilla cuando Nicholas puso la daga en su cuello.

—¿Lo sabe Mabus?

Fillipe tragó saliva y sollozó.

—No lo sé —gimió.

Dean dio un paso al frente con la daga en la mano.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Somos amigos!

En ese momento Fillipe comenzó a llorar desesperado.

—Lo siento. Mi madre... —Luego se llevó la mano al bolsillo y extrajo una cadena. Miró directamente a los ojos de Nicholas que aún no apartaba la daga de su cuello—. Me dijeron que o les decía dónde estaba el elegido o la matarían. Este es el colgante de mi madre... —Tragó saliva—, me lo entregó un vampiro. —Nicholas resopló y apartó lentamente la daga de él—. Lo siento... —sollozó hacia todos—. Jamás os hubiese traicionado pero... —Miró a Nicholas mientras las lágrimas bañaban su rostro—, la matarán.

Nicholas dio un paso atrás y miró a Aaron que también permanecía en actitud expectante, sin saber cómo reaccionar ante aquello. Miró directamente a Cintya buscando una confirmación.

—Dice la verdad —susurró ella. Luego miró a Aaron—. Los vampiros la tienen retenida, solo la dejarán libre cuando tengan a Gabriel.

Gabriel los miró desesperado.

—Lo siento —volvió a sollozar Fillipe. Luego miró a Gabriel—. Lo siento de veras, jamás querría que...

—Lo comprendo —contestó Gabriel—. Es tu madre —intentó calmarlo.

Nicholas suspiró y miró directamente a Cintya.

—¿Dónde la tienen?

—Vive en Calgary.

—¿De cuántos vampiros hablamos? —preguntó Scott.

Cintya se quedó callada unos segundos.

—Doce vampiros.

Nicholas se giró y miró al frente, hacia todos los vampiros que se acercaban a la casa.

Volcó su atención en Fillipe aún con cierto enfado y luego miró a Aaron.

—Aaron, Bob, Fillipe... id a buscarla. Id a por su madre.

Fillipe los miró boquiabiertos.

—Pero tenemos que...

—¡Id! —gritó—. No seremos los culpables de la muerte de ningún inocente —comentó hacia él. Luego miró a Aaron—. Sacadla de allí y alejadla de esta zona. Tranquilos por nosotros, los vampiros no pueden entrar en la casa.

—¿Y Alex? —preguntó mirando a su compañero.

—Se queda aquí, no os preocupéis. —Miró hacia la ventana—. Daos prisa o no podréis salir.

Aaron miró a Fillipe y a Bob y asintió. Dio un paso hacia Nicholas y puso una mano en su hombro.

—Suerte —susurró con cariño.

Nicholas le medio sonrió también.

—También para vosotros —miró a Fillipe y le señaló que se fuesen.

Aaron miró a sus dos compañeros convencido.

—Fillipe, guíanos, rápido... —comentó mientras se dirigían a la puerta, mientras todos los observaban alejarse. Aunque cuando el lobo pasó al lado de Gabriel le hizo un gesto con la cabeza en señal de saludo.

—Tened cuidado —comentó Dean mientras los veía abrir la puerta.

Aaron salió al exterior con sus dos compañeros y suspiró mientras una media sonrisa de cordialidad inundaba su rostro.

—Nos vemos pronto —comentó antes de cerrar la puerta.

Todos los vieron alejarse mientras se transformaban en lobos para coger

más velocidad, adentrándose en el frondoso bosque en dirección contraria a los vampiros.

Nicholas se giró para mirar a Gabriel. Dean estaba a su lado sujetando a Mia. Él era el elegido, el único que podía salvarlos.

Se giró y observó el enorme ventanal. Dio un paso al frente y miró a sus compañeros que aún permanecían con la mirada clavada en el bosque, hacia donde habían visto alejarse a sus compañeros, conscientes de lo que se les venía encima y de que si aquello no salía bien no volverían a verlos.

—Preparaos —comentó Nicholas cogiendo la linterna—. Hay que defender esta casa como sea —rugió mientras daba pasos hacia delante, acercándose a la ventana.

Dean soltó levemente a Mia, notando que no dejaba de temblar y besó su frente.

—Tranquila —susurró mientras pasaba una mano por su mejilla, intentando calmarla. Fue hasta Nicholas y se situó a su lado mientras cogía una linterna solar con cada mano—. No pasarán —dijo convencido mirando hacia el exterior, justo antes de que varios vampiros se estrellasen contra la ventana.

Nicholas asintió convencido y miró a Adrien y Scott.

—Subid a la planta de arriba e iluminad las ventanas —Luego miró a Melanie—. Acompáñalos —ordenó. Dean tocó su brazo nervioso para llamar su atención—. No van a entrar —volvió a afirmar mientras miraba a Dean.

Dean señaló hacia delante.

—Esto no me huele nada bien —comentó con los dientes apretados.

En ese momento todos miraron al exterior. Los vampiros volaban en su dirección pero de sus manos colgaban unas bolsas que caían hacia abajo. Cuando tomaron tierra todos fueron conscientes de que aquellas bolsas debían pesar mucho e iban cargadas.

—Piedras —dijo Nicholas dando un paso hacia atrás.

Scott y Adrien fueron hacia la ventana totalmente impresionados.

—¿Nos van a lanzar piedras? —preguntó Christopher nervioso.

Aunque hubo un grito generalizado cuando vieron como estas se

incendiaban, seguramente las habían embadurnado con gasolina o petróleo y uno de los vampiros iba prendiéndoles fuego.

Los cinco vampiros cogieron las bolsas ardientes por unas largas asas y comenzaron a hacerlas rodar para tomar impulso.

—Mierda —gritó Nicholas retrocediendo hacia atrás.

—No pueden entrar, pero nos quieren hacer salir —gritó Dean girándose hacia atrás—. Agachaos.

Nicholas corrió hacia el otro extremo del salón apartándose de las ventanas.

—¡Melanie! ¿Puedes hacer algo?

Ella lo miró asustada.

—Debería salir —dijo con urgencia, mientras comenzaba a correr hacia la puerta—. Las paredes frenaran la onda de poder.

Nicholas miró hacia la ventana donde podía observar los cinco vampiros dando el último impulso a aquellas bolsas.

—¡No! —Corrió hacia Melanie interceptándola y se tiró sobre ella para retenerla.

Dean fue hasta Mia y también la echó al suelo.

—Gabriel, ¡al suelo! —ordenó antes de cubrir a los dos con su cuerpo y escuchar que los cristales estallaban en mil pedazos.

Comenzaron a toser por el humo que se creaba en el interior de la casa.

—Mierda —susurró Dean colocándose sobre Mia mientras escuchaba los cristales de las ventanas estallar y caer sobre ellos ante la intrusión de las bolas de fuego.

Dean miró al lado, Gabriel se había agachado tapándose la cabeza con los brazos.

Las bolas de fuego estaban haciendo estragos, pues la mesa y el sofá comenzaban a arder, llenando toda la estancia de humo.

Nicholas se incorporó mirando de un lado a otro hasta que centró la mirada en la ventana.

—¡Vienen más! —gritó cogiendo a Melanie por el brazo para apartarla.

Estaba claro que los vampiros sabían lo que hacían. Ellos no podían entrar en la casa, pero les obligarían a salir o acabarían muriendo ahogados por el humo y las llamas.

Dean puso en pie a Mia cogiéndola por la cintura y cogió a Gabriel del brazo. Se desplazó al pasillo en un movimiento excesivamente rápido, mientras el resto de la división hacía lo mismo con sus parejas.

—¡Hay que apagarlo! —gritó Taylor mientras iba hacia las llamas que comenzaban a expandirse de la mesa a las sillas. Cogió un cubo y comenzó a llenarlo de agua.

Dean dejó a Mia apoyada contra la pared del pasillo y corrió al comedor.

—No os mováis de ahí —Les señaló antes de volverse y colocarse al lado de Taylor y el resto de sus compañeros que intentaban sofocar el fuego.

Dean escuchó a Mia y a Gabriel toser.

—Hay que salir de aquí —dijo mirando a Nicholas.

—¿Adónde? —preguntó con un grito mientras de una patada echaba el sofá a un lado para que las llamas no se propagasen al siguiente.

Christopher se giró.

—¡Ya vuelven! —gritó.

Dean se giró directamente mirando a Mía que permanecía al lado de Gabriel y ambos se tapaban la boca intentando no respirar el humo.

Dean tragó saliva y miró al frente. Esta vez traían más bolas incendiadas.

Notó una mano apartándolo, pasando entre Nicholas y él.

—Dejadme a mí —dijo Melanie poniéndose ante ellos.

Todos centraron la mirada en ella. Los vampiros comenzaron a hacer rodar las bolas prendidas para darles impulso.

—Melanie —susurró Nicholas acercándose a ella mientras se situaba frente al cristal de la ventana hecho añicos.

—¡Apártate! —ordenó Melanie mientras prestaba toda su atención a los vampiros.

En ese momento arrojaron las bolas desde la lejanía con un fuerte impulso para que rompiesen los cristales que aún se mantenían.

Melanie dio un paso al frente y alzó su mano. Todos permanecieron quietos, atentos a lo que hacía.

Las bolas se quedaron paralizadas en el aire, a escasos metros de la vivienda. Melanie dio un paso más al frente e impulsó con su mano.

—Tomad de vuestra propia medicina —rugió mientras hacía que las bolas saliesen disparadas hacia los vampiros, cambiando su trayectoria.

Dos de las bolas cayeron sobre un par de ellos que comenzaron a gritar mientras el fuego se expandía por sus ropas.

—No pasarán —sentenció ella con fuerza.

Nicholas miró el sofá y la mesa, el fuego comenzaba a extenderse por las estanterías.

—¿Puedes apagar el fuego? —preguntó nervioso.

Ella se giró un segundo, sin perder la concentración ni apartar la mirada del exterior.

—No —dijo ella.

Todos iban hacia el fuego cuando escucharon que los cristales de la planta superior se rompían.

—Mierda —gritó Dean corriendo hacia Mia y Gabriel—. ¡La planta de arriba!

Nicholas miró directamente a Gabriel.

—¿Y la daga?

—La tengo yo —contestó Gabriel.

Nicholas fue hacia Adrien.

—Encargaos del fuego de arriba —gritó Nicholas señalando a Christopher también—. Deben estar lanzando las bolas por el otro lado de la casa.

—¡Ya vuelven! —gritó Melanie. Dio un paso al frente para contener las bolas cuando un estallido en medio de la casa hizo que todos saliesen volando hacia los lados. Ni siquiera ellos pudieron permanecer en pie.

Dean sujetó a Mia contra él y a Gabriel por un brazo intentando que el impulso no los derribase, pero era imposible. Se estrellaron contra la pared. Ni siquiera sabía lo que ocurría.

—¿Estás bien? —preguntó a Gabriel que estaba tirado a su lado. Él asintió. Dean cogió a Mia por la cintura y con la mano libre apartó el cabello que caía sobre su rostro—. ¿Estás bien? —preguntó nervioso.

Ella asintió, aunque se quedó paralizada mirando hacia delante, observando con terror.

Dean se giró. Todos sus compañeros permanecían quietos, aunque la mayoría llevaba su mano hacia las dagas y armas del cinturón con cierto disimulo.

Eligos permanecía arrodillado en medio del salón, con su túnica negra movida por un viento invisible, rodeado de llamas que no le quemaban. Comenzó a ponerse lentamente en pie ante la mirada acongojada de todos.

Recorrió a todos con la mirada, incluso a Alex que se arrastraba por la cocina. Luego desvió su atención hacia los vampiros que se encontraban fuera de la casa, preparados para lanzar el fuego en su dirección.

Melanie que estaba más cerca comenzó a retroceder, gateando. Nicholas se acercó a ella y la colocó tras él.

Dean miró directamente a Gabriel.

—Mierda —susurró cogiendo a Gabriel y situándose por delante para protegerlo.

Sabía que aún quedaba poco más de veinticuatro horas para que llegase el día siete, que no era el momento de tomar la decisión, pero el tener a un jinete en el mismo salón que el elegido no le hacía ninguna gracia.

—No te muevas —susurró.

Eligos avanzó hasta la ventana y luego se giró observando directamente a Dean.

—Sé que está ahí —dijo con una sonrisa bastante perversa.

Dean extrajo la daga de su cinturón por si se atrevía a acercarse pero Eligos no hizo eso, se giró de nuevo hacia la ventana, mirando a todos los vampiros y analizando los estragos de la vivienda. Directamente alzó los brazos.

Dean situó también a Mia tras él cuando los gritos agonizantes de los vampiros llegaron hasta ellos.

¿Vampiros agonizando? Miró a su jefe sin comprender. Nicholas permanecía igual de incrédulo que él.

Se levantó poco a poco indicando a Gabriel y a Mia que se quedasen quietos y dio unos pasos adelante, confundido.

Pudo ver cómo los vampiros se desintegraban y sus cenizas eran arrastradas por el viento.

¿Qué estaba ocurriendo ahí?

Eligos bajó los brazos a la vez que el silencio se hacía presente. Dean tragó saliva mientras observaba a través de las ventanas rotas que no había ningún vampiro por los alrededores.

Eligos se giró y miró las llamas que, al momento, se extinguieron. En ese momento hubo más oscuridad, aunque la luz de emergencias seguía encendida. Se giró hacia todos, observándolos, incluso a Gabriel, aunque detectó que Dean se ponía frente a él protegiéndolo.

Eligos ladeó su cuello.

—¿De verdad crees que vas a poder protegerlo? —preguntó con cierta mofa—. Suelta la daga, no vengo a atacaros. Si quisiese hacerlo no os daríais ni cuenta —comentó molesto porque todos sujetasen sus dagas, e incluso Christopher y Taylor extraían sus pistolas del cinturón y se acercaban a él apuntándolo.

Nicholas miró a Eligos con una daga en cada mano.

—¿Y a qué has venido? —preguntó con un grito.

—Bonita forma de agradecerme lo que he hecho —contestó Eligos. Se giró y sonrió ligeramente hacia todos, deteniéndose en Gabriel que permanecía escondido tras la espalda de Dean—. Se acaba el tiempo.

Gabriel tragó saliva. Dean dio unos pasos hacia delante en actitud amenazante.

—Deja de hablar en clave —Le señaló con la daga—. ¿Por qué nos ayudas?

Eligos miró a su alrededor, toda la división avanzaba poco a poco rodeándolo, como si intentasen contenerlo. Volvió a centrar su atención en él.

—Yo no os ayudo —contestó—. Me limito a hacer que las cosas destinadas a ocurrir ocurran.

—¿Cómo el fin del mundo? —contraatacó Dean de nuevo.

Esta vez se llevó una sonrisa sorprendida por parte de Eligos.

—No —contestó dando en su dirección. Todos alzaron sus armas como si así pudiesen frenarlo, acercándose mientras este avanzaba hacia Dean que no retrocedía en absoluto, sino que sujetaba con más fuerza la daga en su mano dispuesto a defenderse si fuese necesario—. Esa no es mi misión... —explicó de nuevo—, mi misión es que la profecía se cumpla, pero de él... —continuó señalando con un movimiento de su rostro a Gabriel, el cual sí retrocedió—, sí que depende el fin del mundo.

Dean rugió y dio un paso más adelante.

—¡Eso no nos ayuda!

—Yo... —dijo Eligos con voz de queda—, al igual que mis hermanos, nos limitamos a asegurarnos de que cada uno esté donde debe estar. El resto, es cosa de él y de Mabus —dijo señalando a Gabriel.

Dean se giró hacia él. Gabriel miraba a Eligos sin comprender.

—No lo entiendo... —comentó atemorizado.

Eligos lo miró fijamente.

—Lo entenderás cuando llegue el momento.

Nicholas dio unos pasos más al frente apuntándolo con el arma.

—¿Te refieres a la batalla que se tiene que librar? —gritó atrayendo la atención de Eligos—. Sabemos que la daga solo tendrá efecto hasta el día siete de abril, pero ni siquiera sabemos dónde está Mabus.

—Localizadlo —dijo señalando a Cintya, dando a entender que sabía que se trataba de un oráculo.

Ella miró a la división temerosa.

—No puedo... mi poder no llega a tanto. Es imposible localizaros a alguno de vosotros. Mabus sabe protegerse muy bien.

Eligos no hizo nada, simplemente miró a todos, reflexionando.

—De acuerdo —dijo centrando la mirada en Gabriel.

Aquel gesto hizo que toda la división se moviese rápidamente colocándose ante él para protegerlo.

—Si no puedes localizar a mi hermano, Mabus —comentó mirando de reojo a Cintya—, dame una hora y localízala a ella.

Todos pusieron su espalda recta, sin comprender.

—¿A ella? —preguntó Nicholas.

En ese momento, Dean se giró hacia Mia. Comprendió a qué se refería. La opción de acabar con Mabus, la batalla que debía librarse debía ser el siete de abril, para eso quedaban pocas horas. Deberían enfrentarse a Mabus pero, el

problema era que no sabían dónde se encontraba y, estaba claro, que Mabus no iba a ir a buscarlo, pues la daga perdería efecto y él ganaría tiempo. Por eso mismo Eligos deseaba el enfrentamiento, no le importaba el desenlace, su misión, tal y como había dicho, era conseguir que lo que las escrituras decían se llevase a término: conseguir que Gabriel y ellos se enfrentasen a Mabus. A Cintya le era imposible localizar a un jinete, pero no a un civil.

—Mia —susurró Dean antes de salir corriendo hacia ella.

Mia permanecía al otro lado del pasillo, apartada. Ascendió sus ojos hacia él sin entender lo que ocurría mientras Dean corría en su dirección y la división se echaba encima de Eligos para intentar contenerlo.

Sabía lo que haría para conseguir unir a Gabriel y Mabus. Sabía que de aquella forma irían a por él.

No dejó de correr hacia ella cuando Eligos desapareció del salón apareciendo a la espalda de Mia y la rodeó con un brazo.

Ella gritó.

—¡No! —gritó Dean mientras apuntaba con su pistola.

Mia centró los ojos en Dean mientras sollozaba.

—¡Dean! —gritó ella echando su brazo hacia delante, intentando liberarse del brazo de Eligos y llegar hasta él.

—Una hora —repitió este antes de desaparecer con ella, justo cuando Dean llegaba hasta donde se encontraban.

Dean se detuvo en seco y miró de un lado a otro.

—Mia —susurró girando sobre sí mismo.

Gabriel también miró hacia todos lados.

—¿Dónde está? —gritó desesperado.

Dean lo contempló con los labios apretados, notando cómo el miedo más extremo que había conocido hasta el momento se apoderaba de su cuerpo y de su mente.

—¡Se la ha llevado! —gritó Gabriel corriendo de un lado a otro—. ¡Mia!

Dean intentó calmarse, necesitaba pensar con claridad.

—Eh, eh... —dijo cogiendo a Gabriel por los hombros—. Tranquilo.

—¡Se ha llevado a mi hermana! —gritó desesperado, con terror.

Dean apretó los labios y miró a sus compañeros.

—La encontraremos y la pondremos a salvo —sentenció antes de soltarlo—. Necesitamos un mapa —dijo mientras abría la puerta del pasillo para subir por las escaleras a oficina de la planta superior.

Se quedó cegada durante unos segundos. Aquella era la peor experiencia de su vida. Cuando se había movido a aquella velocidad junto a Dean había sido diferente, pero aquel ser superaba en velocidad a la división.

Cayó al suelo sin poder soportar el peso de sus piernas y echó la espalda hacia delante sujetándose sobre las palmas de las manos, recuperando el aliento.

Giró su rostro para ver las botas del ser que la había arrastrado hasta aquel lugar, mientras su túnica negra seguía moviéndose como si una suave corriente de aire la acariciase.

Gimió un par de veces y finalmente miró hacia delante.

Aquella zona estaba totalmente devastada. Ni siquiera sabía dónde se encontraba, solo que unas largas calles con casas de piedra medio destruidas se encontraban ante ella aunque, pudo apreciar, en las construcciones que aún se mantenían medio en pie, un estilo arabesco.

Unas explosiones le hicieron girar su rostro, sin encontrar aún las fuerzas para poder levantarse. Miró hacia detrás, al final de la calle había una colina. Le llamó en exceso la atención. Aquello parecía una gran ciudad y, en medio de esta, se erigía una gran colina de piedra.

Eligos se acercó a ella lo que hizo que Mia elevase su rostro hacia él, mientras las lágrimas comenzaban a surcarlo.

—En pie —pronunció Eligos, aunque no sonó autoritario, más bien fue una petición.

En ese momento la tierra tembló bajo ella y tuvo que apretar los dientes.

Unas luces cegadoras la deslumbraron desde aquella colina, de un azul eléctrico intenso que hacía que la noche pareciese día. ¿Qué era todo aquello?

Desvió su mirada hacia los lados cuando vio unas personas salir de una casa cercana y correr hacia el final de la calle, gritando con desesperación, huyendo. De nuevo, las luces cegadoras y el aire huracanado le hicieron encogerse en el suelo.

—Vamos —dijo Eligos otra vez dando un paso hacia delante, aunque se giró para observarla.

Mia inspiró con fuerza y tras reunir todo el valor posible se puso en pie, aunque sus piernas temblaban en exceso. Miró a Eligos que la observaba fijamente.

—¿Qué hago yo aquí? —sollozó con temor.

Eligos volvió su mirada hacia la colina justo cuando el temblor de la tierra aumentó haciendo que Mia estuviese a punto de caer al suelo.

—Ayudarme a cumplir la profecía —pronunció.

Ella logró mantener el equilibrio y dio un paso atrás mientras se secaba una lágrima.

—¿Qué profecía? —gritó desesperada.

Eligos dio un paso en su dirección, aunque cuando Mia retrocedió él se quedó quieto, como si no quisiese asustarla más.

—Realmente lo sabes, Mia —dijo Eligos.

Ella miró de un lado a otro intentando aún ubicarse y, finalmente, centró su mirada en Eligos, a pocos pasos de ella.

—¿El Apocalipsis? —preguntó desesperada.

Eligos no respondió de inmediato, sino que volvió su atención hacia aquella colina, donde las luces de la destrucción iluminaban toda la ciudad. Sabía lo que estaba sucediendo, su hermano, Mabus, había comenzado con la destrucción de la ciudad sagrada.

—Precisamente para saber si sois merecedores de la vida —explicó.

Ella negó con su rostro.

—¿Qué significa eso?

La miró durante unos segundos y luego elevó su capucha cubriendo parte de su cabeza. No contestó a su pregunta, simplemente se giró y comenzó a caminar, aunque se detuvo de nuevo pocos pasos después.

—Sígueme.

Ella dudó pero finalmente accedió a seguirle, de todas formas, ¿qué iba a hacer? Aunque intentase huir no lo conseguiría.

Caminaron por la ciudad en ruinas, en aquella calle en la que los edificios amenazaban con derrumbarse con el próximo temblor de tierra. Las grietas se abrían paso en el asfalto.

Cada pocos minutos un temblor sacudía la zona haciendo que todo se llenase del polvo ante el derrumbe de otro edificio.

Llegaron hasta la falda de la colina y tomaron un camino de tierra ascendente. No dijo nada, se mantuvo callada siguiendo a Eligos a una distancia prudencial.

Aquella zona tenía una pendiente pronunciada. El camino de tierra ascendía entre un jardín que aún se conservaba casi intacto, solo la caída de algunos árboles promovido por los temblores le hacían consciente de la destrucción de la zona.

No pudo evitar detenerse cuando ascendieron un poco más y pudo ver la ciudad o, más bien, lo que quedaba de ella. Algunas partes de estas permanecían en llamas, otras simplemente habían desaparecido.

El aire meció sus cabellos hacia atrás mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas y un escalofrío recorría todo su cuerpo.

Un relámpago cruzó el cielo y estalló a la vez que otro pequeño terremoto le hacía perder el equilibrio. Aquella imagen era realmente escalofriante, apocalíptica. Si hasta ahora había tenido alguna duda en ese momento quedaba todo claro.

Giró su rostro y miró a Eligos. Él también se había detenido y miraba la ciudad con anhelo, en silencio.

—¿Qué lugar es este? —Se atrevió a preguntar.

Eligos la miró de reojo y luego se giró al frente, recorriendo todo el horizonte mientras el aire hacía que su capucha amenazase con desplazarse hacia atrás.

—El Gólgota. —Ella lo miró sin comprender—. Jerusalén.

Dean miró su reloj de muñeca con impaciencia. Faltaban pocos minutos para que marcasen las diez de la noche, lo que implicaba una hora desde la partida de Eligos con Mia.

Se removió inquieto por la sala, mirando de reojo a Gabriel caminar de un lado a otro mientras se pasaba las manos por su rostro, agobiado.

—¿Por qué se la ha llevado? —gritó de nuevo.

Nicholas extendió el mapa mundial que habían encontrado sobre la mesa mientras toda la división se acercaba.

—¿Por qué no me ha cogido a mí? —preguntó cargado de dolor.

Dean se acercó a él.

—Eh, daremos con ella y la salvaremos —intentó infundirle algo de calma, pues parecía que iba a sufrir un ataque de ansiedad en cualquier momento.

Gabriel agachó su rostro y apretó los parpados intentando contener el llanto.

—No es justo. Yo debería ser el que se hubiese ido con Eligos. ¿Por qué ella?

—Porque quiere que vayamos todos —dijo Nicholas mientras le entregaba un colgante a Cintya.

Dean fue directo hacia la mesa, situándose al lado de Christopher.

—¿Significa que quiere que detengamos a su hermano?

Scott lo miró.

—A Eligos le da igual —pronunció con rabia—, lo único que le interesa

es que se cumpla el Apocalipsis, pero el desenlace me parece que le da lo mismo.

Nicholas indicó a Cintya que se pusiese a su lado.

—Hazlo —Le pidió—. Ya es la hora.

Gabriel se acercó de inmediato colocándose al lado de Dean.

Cintya cogió el colgante con sus dedos y lo fue pasando sobre todo el mapamundi. Comenzó por Canadá y América, seguida de Sudamérica. Luego fue a Europa. Todos miraban atentos, esperando a que el colgante marcara un punto.

Dean notó sus pulsaciones aumentar mientras ella la buscaba. Mia, no se quitaba su rostro asustado, cómo había echado la mano hacia delante intentando salvarse de Eligos. Tuvo que controlar sus emociones. Si por él fuese hubiese comenzado a lanzar objetos por toda la casa, a golpear las paredes, pero aquello no era lo más conveniente ante Gabriel.

Daría con ella aunque tuviese que dar su vida, la salvaría. No lo dudaba. Si algo había tenido claro desde un inicio es que si debía dar la vida por alguien sería por ella.

—¡Aquí! —gritó Cintya señalando un punto del mapa. Todos miraron atentos. Ella elevó su mirada y tragó saliva—. Están en Jerusalén.

Gabriel resopló y se pasó las manos por el cabello con desesperación.

—Como el Apocalipsis dice —susurró temeroso.

Cintya asintió.

—Concretamente en el Gólgota —anunció ella.

Todos la miraron como si no comprendiesen aquello pero Gabriel dio un paso hacia atrás, comenzando a temblar. Aquello llamó la atención de todos.

—Es donde crucificaron a Jesús de Nazaret —susurró con lágrimas en los ojos.

Nicholas miró directamente a Cintya.

—¿Eso es cierto? —preguntó directamente.

Ella asintió preocupada.

—Es una colina situada en medio de Jerusalén. Es donde crucificaban a todos los condenados para que se viesen desde cualquier parte de la ciudad.

Gabriel tragó saliva con los ojos llorosos, pensativo.

—El Gólgota, el día siete de abril... el lugar y la fecha cuando murió...

—Eh, eh... —Le cortó Dean viendo por dónde iba su reflexión—. Todo saldrá bien. Sabemos dónde está, lo que hay que hacer. Tenemos las cadenas para contenerlo y tú tienes la daga, ¿verdad? —Él asintió. Dean miró a Cintya directamente—. ¿Cómo llegamos hasta allí?

Cintya se quedó callada unos segundos ante la atenta mirada de todos. En ese momento Dean fue consciente de que Gabriel estaba al borde del llanto. Pasó un brazo por encima de sus hombros y lo atrajo contra él.

—Gabriel, todo saldrá bien —susurró contra su oído—. Te prometo que no permitiré que le ocurra nada a Mia ni a ti.

Gabriel lo miró y asintió agradecido.

—Está bien —dijo Cintya llamando la atención de todos—. Solo hay una opción. Teniendo en cuenta que a duras penas faltan unas horas para que sea el día siete y que el día siete es cuando la daga pierde su poder contamos con unas veintisiete horas para llegar hasta allí y acabar con él. —Miró a Nicholas con determinación—. En el aeropuerto de Calgary hay varios aviones abandonados, tres de ellos se podrían usar pero tienen que llenarse de queroseno. No hay problema... —dijo al ver que Scott iba a cortarla—, hay el suficiente queroseno en un depósito subterráneo como para llegar a Israel y... —incrementó su voz al ver que intentaba interrumpirla otra vez—, sé hacerlo.

—De acuerdo —dijo Nicholas—. ¿Cuánto se tarda en llegar?

—Si usamos el Boeing 747, que es el que recomiendo, desde el despegue, en vuelo continuado, unas catorce horas y trece minutos.

—De acuerdo —dijo Nicholas girándose hacia la división—. Coged las cadenas y cargad en los todoterrenos todas las armas que...

—Hay un problema —interrumpió Cintya—. Aunque sé que todos sabéis pilotar un avión los radares no funcionan. No os indicarán el rumbo, ni las bajas presiones...

—No —susurró Scott al ver por dónde iba.

—Tengo que acompañaros para indicaros el camino.

Nicholas miró de reojo a Scott.

—Cintya —comentó Scott acercándose a ella—. Tenemos mapas, con que nos indiquéis el rumbo que hay que tomar...

—¿Y las turbulencias qué? ¿Recuerdas que el mundo está siendo azotado por constantes catástrofes naturales? ¿Y si aparece un huracán? Yo puedo indicaros los rumbos que debéis tomar.

Nicholas intervino antes de que Scott se negase.

—Tiene razón —dijo, aunque Scott no dijo nada, pues sabía que aquello era cierto, por mucho que no le gustase la idea sabía que era la única opción real que existía, sin Cintya no lograrían llegar a tiempo—. La necesitamos.

Aunque no dijo nada el gesto que hizo dejó patente su disconformidad. Elevó sus brazos hacia el cielo y dio un fuerte rugido.

—Vale —dijo Cintya poniendo los ojos en blanco—. Ahora que Scott ha aceptado la idea, debemos partir ya. atravesar Hay que atravesar el Pacífico lo antes posible.

—¿Por? —preguntó Nicholas preocupado.

—Habrá un maremoto en unas doce horas. Si salimos en menos de dos horas no nos afectará.

Nicholas miró a toda la división.

—Las cadenas, todas las armas que podáis... —Miró a Gabriel un segundo, el cual esperaba expectante—, necesita un uniforme.

Dean asintió y cogió a Gabriel por el brazo.

—Ven, te daré uno —dijo arrastrándolo, corriendo por el pasillo—. Estarás mucho más cómodo y resistirás mejor los golpes. Creo que uno mío te servirá, aunque te irá un poco grande.

—No importa —contestó Gabriel directamente.

Nicholas miró a sus compañeros.

—Llevadlo todo a los todoterrenos. Salimos en diez minutos.

Todos se pusieron en marcha, incluso las chicas comenzaron a ayudar

cargando armas y llevándolas hasta la planta baja.

Melanie fue hasta Nicholas y cogió su mano.

—Quiero ir —dijo frenándole.

Nicholas miró a sus compañeros bajar las escaleras a toda prisa y suspiró, luego se giró hacia Melanie cogiendo su mano con cariño.

—Melanie, necesito que te quedes aquí... —susurró él.

—No —protestó en un tono más alto—. Sabes que puedo ayudar, que con mi poder...

Nicholas la cogió por los hombros.

—Necesito que te quedes aquí y las protejas a ellas —dijo mirándola fijamente. Resopló y la miró con ternura—. Solo estaré tranquilo si sé que todas vosotras estáis protegidas. Sandra está embarazada... —Ella lo miró con lágrimas en los ojos—. El mundo necesitará hijos. No sé lo que va a ocurrir, pero sé que contigo aquí, al menos, vosotras, estaréis a salvo.

—No me pidas eso, por favor... —suplicó.

—Necesito que cuides de ellas. —Pasó una mano por su mejilla acariciándola y directamente la besó—. Encárgate de protegerlas y, si ocurre algo, buscad un sitio seguro.

—Nicholas... —sollozó.

Nicholas la abrazó directamente y pasó una mano por su cabello rubio.

—Todo irá bien —susurró contra su oído.

Ella asintió y se separó. En ese momento Adrien y Taylor entraron de nuevo en la oficina para buscar más armas.

—Vamos —dijo Nicholas.

Los dos se repusieron y comenzaron a coger armas para dejarlas en los dos todoterrenos. Diez minutos después habían vaciado la despensa y lo habían cargado todo.

Taylor se acercó a Sandra y la besó, luego llevó la mano hasta su vientre mientras lo acariciaba. Miró a Melanie suplicando con la mirada y ella asintió dándole a entender que cuidaría de ella y del bebé.

—Me gustaría saber si es niño o niña —susurró Taylor con una sonrisa, mirando directamente a Sandra—. He pensado que... —tragó saliva—, si es niño me gustaría Brian.

—Me gusta —contestó Sandra acariciando su mano.

—Y si es niña Amber.

En ese momento ella enarcó una ceja.

—¿Amber? —preguntó como si no le gustase—. Brian me gusta pero Amber... —dejó la frase sin acabar expresando así su disconformidad—, me gusta más Judith —acabó ella con una sonrisa.

—Si queréis saber si es niño o niña os lo digo —interrumpió Cintya pasando por su lado, soltando las últimas linternas que había bajado.

Los dos se giraron hacia Cintya totalmente tirantes y de repente se miraron de reojo.

—¿Quieres saberlo? —preguntó Taylor emocionado.

Sandra lo miró y asintió directamente.

Cintya se encogió de hombros.

—Será Judith —dijo con una sonrisa.

—¿Una niña? —preguntó Taylor emocionado, y directamente abrazó a Sandra—. Eh, eh... —dijo hacia la división—, va a ser una niña.

—Judith —dijo directamente Sandra.

Taylor asintió con una sonrisa increíble.

—De acuerdo, Judith.

Todos le correspondieron con una sonrisa mientras cerraban los todoterrenos y se despedían de sus parejas, excepto Dean que acompañó a Gabriel directamente al todoterreno y le abrió la puerta. Dean hizo un movimiento de rostro hacia las chicas a forma de saludo y entró por la otra puerta para sentarse, dándoles los minutos a sus compañeros para despedirse de sus parejas.

Ellos se despedían de las personas a las que amaban, con la duda de si volverían a verlas. De hecho, solo había dos opciones, o conseguían detener el

fin del mundo o jamás volverían a estar juntos.

Notó cómo el corazón se le aceleraba al ver a sus compañeros abrazarlas. Ellos al menos las tenían allí, él ni siquiera había tenido tiempo de despedirse, de abrazarla por última vez y de decirle lo mucho que la quería. Era algo que no le había dicho, un simple “te quiero”, aquellas simples palabras que tanto significaban en aquel momento.

Se quedó observándolos hasta que Nicholas dio la orden de partir.

Cintya les había indicado el rumbo durante todas las horas. Se habían intercambiado y pilotado un par de horas cada uno a fin de poder descansar y prepararse para la batalla que tendría lugar.

—Mi turno —dijo Adrien colocando una mano sobre el hombro de Dean que pilotaba en ese momento.

Dean asintió y dejó que Adrien se pusiese al mando. Al menos, el vuelo, hasta el momento era tranquilo y solo habían encontrado alguna que otra turbulencia, pero sabían que aquello cambiaría en breve tal y como había anunciado Cintya, pues al aproximarse al epicentro de lo que sería el lugar de la última batalla incrementaría la inestabilidad atmosférica.

Dean salió de la cabina y caminó por el pasillo del Boeing 747. Todos se habían situado al inicio de este, en la zona de primera clase. La mayoría permanecían tumbados en los espaciosos asientos o bien mirando por la ventana, como Gabriel.

Dean fue directamente hacia él y se sentó en frente. Gabriel lo miró unos segundos y luego volvió su atención a la ventana.

—Cintya ha dicho que estamos pasando por encima de la región de Calabria, en Italia —explicó Gabriel.

Dean miró por la ventana observando cómo pasaban por encima de tierra, aunque desde aquella altura no podían identificarse los edificios.

—Falta poco más de cinco horas para llegar —indicó Dean.

Gabriel suspiró y lo miró directamente, preocupado.

—¿Qué habrá hecho con ella? —preguntó Gabriel.

Dean tragó saliva y se echó hacia delante, apoyando sus codos en sus piernas.

—Estará bien. No es a ella a quién quiere.

—Me quiere a mí —reaccionó rápidamente.

—Nos quiere a todos nosotros —dijo acelerado. Suspiró y se echó de nuevo hacia atrás apoyando su nuca en el reposacabezas, cerrando los ojos.

Gabriel se lo quedó mirando. Desde que Eligos se había llevado a Mia, Dean había permanecido nervioso. Había intentando disimular delante de él, pero podía verlo en sus ojos, en su mirada cargada de miedo y dolor, en sus gestos tensos.

—Te importa de verdad —susurró. Dean abrió los ojos—. Mia —indicó—. Estás enamorado de ella de verdad.

Dean tragó saliva y durante unos segundos miró por la ventana.

—Muchísimo —Se sinceró. Luego volvió a mirar a Gabriel—. Ella es la única persona que me da esperanza en estos momentos.

Gabriel tragó saliva y se quedó durante unos minutos mirando por la ventana, pensativo.

—Prométeme que si algo no sale bien...

—Gabriel —le cortó—. No pienses en eso.

—No —dijo indicándole con la mano—. Necesito decírtelo. —Suspiró e intentó recomponer su compostura—. Prométeme que si algo no sale bien la pondrás a salvo. Es lo único que me importa —dijo al final. Dean resopló angustiado—. Dean, por favor...

Al final asintió levemente.

—Te lo prometo —susurró al final. Iba a hablar cuando Scott pasó a su lado con un vaso en una mano y la botella en otra. Se quedó observándolo y arqueó una ceja—. ¿Scott? —preguntó sorprendido—. ¿Qué haces?

Scott se sentó en el asiento de al lado, bajó la bandeja y depositó sobre ella la botella de coñac.

—Me estoy bebiendo un cubata —dijo. Luego los miró—. ¿Queréis?

—No, ¿de dónde lo has sacado? —preguntó Dean mirando hacia atrás.

Scott se echó un poco más de la bebida en el vaso.

—Al final del avión hay una despensa. En uno de sus cajones hay bebidas alcohólicas —Y le dio un buen trago.

—Deja de beber. Necesitamos estar sobrios —Le regañó Dean.

Scott resopló y dio otro trago.

—Quedan más de cinco horas para llegar —Le recriminó—. Y vamos a luchar contra un jinete para evitar el Apocalipsis. Déjame, lo necesito.

Dean resopló.

—¿Tienes otro vaso? —preguntó Gabriel.

Dean lo miró sorprendido, pero más cuando Scott le dio uno. Cogió la botella y vertió un buen chorro de coñac.

Gabriel cogió el vaso y dio un buen trago ante la mirada asombrada de Dean.

En ese momento Nicholas pasó por su lado y se quedó contemplándolos. Directamente cogió la botella observándola.

—¿Quieres, jefe? —preguntó Scott.

Nicholas resopló y apartó la botella de su compañero mientras ponía los ojos en blanco.

—Poneos los cinturones —Les indicó con la mano—. Cintya me ha dicho que en diez minutos comenzarán unas fuertes turbulencias. —Todos obedecieron ante la mirada de su jefe que una vez que se pusieron los cinturones dio unos pasos al frente—. Menudas horas nos esperan —comentó sentándose ante Scott, anudándose también el cinturón. Volvió su rostro hacia el lado, donde Christopher miraba atento por la ventana—. Eh, Chris...

—Joder —comentó molesto porque le recortase el nombre—, ¿qué quieres, Nick?

—Cinturón. Turbulencias —contestó secamente.

Gabriel se quedó mirando a Dean unos segundos y luego volvió la vista al

resto.

—¿Será así hasta llegar a Jerusalén?

—Sí —contestó Nicholas—. Me temo que va a ser un trayecto final movido.

Christopher suspiró agobiado.

—Necesito salir de aquí ya.

Nicholas se giró hacia Gabriel.

—Tienes la daga, ¿verdad?

—Sí, todo el rato —contestó.

Nicholas asintió.

—No la pierdas bajo ningún concepto —Le recordó—. A ver, antes de que comiencen las turbulencias, repasemos el plan de nuevo.

Christopher se giró hacia Cintya y Scott, con las manos en los mandos.

—¿Seguro que no nos estrellaremos? —gritó subiendo el volante del avión para estabilizarlo.

Hacía varias horas que las corrientes de aire movían el avión de un lado a otro. Aquello complicaba la misión de aterrizar el avión y más en un terreno como aquel.

—Sí —contestó ella sujeta al asiento—. Pero es necesario aterrizar aquí. —Se sujetó con fuerza—. Está a tres horas a pie de Jerusalén, pero con vuestra velocidad llegaréis mucho antes. Si nos acercamos más puede que nos vea... —sollozó ella.

—¡Pero si solo hay montañas! —gritó Christopher apretando los dientes.

—Un poco más adelante hay un descampado donde puedes aterrizar.

Scott golpeó el hombro de Christopher y señaló hacia delante.

—¡La montaña! —gritó desesperado—. ¡Asciende!

Christopher echó hacia abajo los mandos del avión consiguiendo los suficientes metros para pasar por encima de la montaña, aunque pudieron escuchar los árboles rascar la parte baja del avión.

Christopher tragó saliva e intentó concentrarse. Pese a que eran las siete de la tarde hora local no había sol. El día estaba muy nublado, las espesas nubes negras no dejaban filtrar prácticamente los últimos rayos del sol.

—¡Ahí! —gritó Cintya señalando un lugar.

Scott y Christopher miraron con curiosidad hacia donde señalaba. Christopher se giró hacia ella con cierta rabia.

—¿Ahí? —gritó.

—¿Estás segura? —insistió Scott.

—Es muy pequeño, ¿esto no llega a ser ni un descampado! ¡Es un cultivo de olivos!

Cintya señaló hacia la zona de nuevo, enfurecida.

—¡Aterrizá ahí! —ordenó.

—¡Sujetaos! —gritó Scott alertando al resto de sus compañeros. Directamente apretó el botón del tren de aterrizaje.

Suerte que llevaban los cinturones abrochados porque cuando el avión tocó tierra impulsó a todos hacia delante. Christopher consiguió dominarlo hasta que al final lo detuvo poco a poco.

Todos se dieron unos segundos para relajarse tras el aterrizaje.

Christopher miró hacia delante. Ante él había pequeñas colinas con cultivos y un poblado de piedra.

—¿Qué lugar es este?

Cintya se levantó a toda prisa.

—Battir. La Unesco lo declaró patrimonio de la humanidad en peligro en dos mil catorce. Es un pueblo palestino situado a cinco kilómetros de Belén, al suroeste de Jerusalén.

Christopher la miró enarcando una ceja por los datos. Cintya salió de la cabina.

Todos se habían puesto en pie, incluso Gabriel.

—Estamos a dos horas y cincuenta y tres minutos a pie del Gólgota, pero con vuestra velocidad podéis estar en menos de veinte minutos. —Miró a Nicholas—. No hay combustible en el avión para volver. Como mucho para el despegue y media hora de vuelo.

Nicholas resopló mientras comenzaba a ponerse armas por el cinturón. Miró a Gabriel que se había puesto el traje que Dean le había prestado.

—Dadle un par de armas y linternas solares.

Dean se acercó a él y se las comenzó a poner por el cinturón. Gabriel lo miró con sorna.

—Sabes que tengo una puntería pésima.

Dean le sonrió.

—Al menos lo entenderás —Se giró hacia Cintya—. ¿Hay vampiros?

Ella se quedó pensativa y finalmente negó.

—No. No hay nada.

—¿Nada? —preguntó Dean—. ¿Pero Mabus?

—A los jinetes no puedo localizarlos —recordó mientras Christopher y Scott comenzaban también a prepararse. Cintya fue directa hacia el mapa y sacó el colgante que llevaba en el cuello. Lo pasó sobre la zona de Jerusalén y el colgante volvió a señalar la zona del Gólgota—. Mia sigue ahí, supongo que acompañada.

Aquellas palabras hicieron que Gabriel y Dean cerrasen los ojos intentando calmarse.

—¿Está bien? —preguntó Gabriel.

Cintya se removió inquieta.

—No lo sé —Tragó saliva—. Al estar tan cerca de los jinetes me anula el poder. Supongo que sí, la sigo detectando.

Aquella respuesta mantuvo su esperanza.

Nicholas caminó por el pasillo central y fue hacia el final, donde había acumuladas cientos de armas y las cadenas que habían hecho con bronce.

—Necesitamos un coche —propuso.

Cintya fue hacia él.

—Si vamos con coche tardaremos más —recordó Dean—. Y no queda mucho tiempo.

Nicholas se giró hacia él nervioso.

—Necesitamos transportar todas las armas.

Cintya intervino de inmediato.

—En Battir se pueden conseguir un par de camionetas.

—¿Cuánto tardas en tenerlas aquí? —preguntó Dean con impaciencia.

—Diez minutos —dijo ella dirigiéndose a la puerta. En ese momento se detuvo y miró hacia ellos asustada. El avión comenzó a vibrar cada vez con más fuerza. Scott corrió hacia ella cogiéndola mientras todos intentaban aguantar el equilibrio ante la intensa sacudida.

—¿Un terremoto? —preguntó Gabriel mientras se cogía a los asientos intentando no caer.

—Es Mabus —contestó Cintya sujeta por Scott—. Está destruyendo la ciudad.

Gabriel se giró hacia Dean.

—La ciudad prometida —recordó—. Todo es tal y como dice el Apocalipsis.

Dean se sujetó más fuerte y luego puso una mano en la espalda de Gabriel intentando animarlo.

—Las escrituras también dicen que ganamos —recordó intentando animarlo.

El terremoto fue rebajando su intensidad hasta que todo dejó de temblar.

—¿Y dices que el terremoto es porque está destruyendo Jerusalén? —preguntó Scott mientras la soltaba. Ella asintió—. ¿Y se nota aquí con esta intensidad? —preguntó retóricamente.

Abrieron la puerta del avión y Scott cogió del brazo a Cintya directamente. Había bastante distancia desde la puerta del avión hasta la tierra. Un par de metros.

La cogió de la cintura y saltó con ella.

—Taylor —dijo Nicholas—. Acompáñalos.

Taylor salió directamente del avión dando un salto.

—El resto iremos sacando todas las armas del avión. Dean, baja a Gabriel.

Dean cogió a Gabriel directamente y lo bajó del avión con un salto.

—No te muevas de aquí. —Directamente se giró y con un salto volvió al

avión.

Fueron sacando todas las armas, dejándolas en el suelo, al lado de Gabriel.

Gabriel miraba hacia todos lados, examinando el paisaje y el poblado situado a pocos metros de donde se había detenido el avión. Varias personas corrían huyendo de ellos.

Tal y como Cintya había dicho, tardaron diez minutos en aparecer con dos camionetas. Una de color verde y otra de un color que en su momento debía haber sido amarillo, pero que ahora se asemejaba más a un blanco roto. Tenían la chapa abollada por varias partes, pero al menos les permitía llevar un gran número de armas.

Nicholas fue directamente hacia Taylor.

—¿Tienen gasolina?

Cintya intervino mientras salía por la puerta de copiloto de la camioneta que conducía Scott.

—Nos servirá para llegar hasta Jerusalén. —En ese momento todos la miraron con una ceja enarcada—. ¿Qué? —preguntó extendiendo los brazos hacia ellos.

Las miradas de todos se posaron en Scott que en ese momento comenzaba a cargar las cadenas en una de las camionetas.

—No —dijo soltando la primera cadena.

Ella dio unos pasos al frente.

—Tengo que ir. —Señaló hacia donde se suponía que debía estar la ciudad.

—No tienes por qué venir —Se quejó él—. Es mejor que te quedes aquí.

—No, te equivocas... —Le señaló con el dedo—. Debo ir y voy a ir. Necesito ir informándoos de todo mientras nos acercamos. A medida que te aproximas a Jerusalén hay carreteras cortadas y debe hacerse un rodeo... —Scott resopló y miró a Nicholas directamente—. Además, no voy a ir a la batalla. En Jerusalén aún hay gente escondida. Sé donde están. Iré con los refugiados.

—¿Y qué vas a hacer tú con los refugiados? —preguntó Scott de malos modos.

—Pues estar acompañada al menos —dijo extendiendo los brazos hacia los lados.

Dean se atrevió a intervenir.

—Siento interrumpir... —dijo bastante acelerado—, pero Cintya tiene razón. Lo siento Scott... —dijo mirando a su compañero que en ese momento resopló—. No estoy para perder el tiempo —zanjó la conversación—. Cintya nos tiene que indicar el camino para llegar lo antes posible.

Scott se pasó la mano por la frente, agobiado. Cintya le medio sonrió y se encogió de hombros.

—Piensa que de todas formas si al final no conseguís destruir a la bestia no habrá forma de acabar con ella y el mundo se acabará.

Scott la miró con sorna mientras el resto de compañeros cargaban todas las dagas, pistolas, linternas, granadas, fusiles y cadenas de bronce en los maleteros.

—Eso no tiene gracia.

—No pretendo que la tenga —dijo cruzándose de brazos—, lo digo para que entiendas lo cabezota que eres.

Nicholas dio un paso hacia delante.

—Está bien, está bien... —Señaló a Cintya—. Tú, Gabriel, Dean, Scott venís conmigo en esta camioneta. Adrien, Christopher y Taylor en la otra. —Volvió a mirar a Cintya—. Tú indicas.

—Yo conduzco —dijo Scott subiéndose al asiento del conductor.

Cintya se puso de copiloto y Nicholas, Gabriel y Dean se sentaron en la parte trasera.

A medida que se acercaban a la ciudad se daban cuenta de la destrucción de esta. Identificaron rápidamente el lugar en cual que se encontraba Mabus. Era totalmente obvio. El monte Gólgota podía verse desde cualquier punto de

la ciudad y, en ese momento, era el epicentro de la destrucción. Los rayos de luz azul eléctrico brotaban del monte despedidos hacia la ciudad, destruyendo los pocos edificios que quedaban en pie. Los rayos eran de una fuerza tan considerable que dejaban boquetes de un gran diámetro. La ciudad, ya a oscuras, iluminada únicamente por la potente luz que emanaba del monte, estaba en ruinas. Las carreteras ya no eran transitables, no solo por los grandes boquetes sino por los edificios que habían caído en medio de la calzada impidiendo el paso.

Las dos camionetas se detuvieron al inicio de una de las calles desde donde podía verse el monte. La imagen los impactó a todos. Era como si un árbol compuesto por rayos hubiese brotado en medio del monte y sus ramas se expandiesen hacia toda la ciudad.

—Dios mío —susurró Gabriel.

Todos tuvieron que cerrar los ojos cuando uno de los rayos impactó cerca, cegándolos momentáneamente. Por si fuese poco, los rayos también recorrían el cielo, pasando de una nube a otra.

Cintya se giró y miró a Dean directamente.

—Mia está allí.

—¿En el monte? —gritó Gabriel.

Cintya lo miró y asintió.

En ese momento otro temblor hizo que la camioneta comenzase a moverse de un lado a otro. Desde luego, estaba claro que aquello era el Apocalipsis. Primero caería la ciudad prometida y, luego, todo el mundo. Si no conseguían acabar con Mabus en las próximas horas el poder de la daga para destruirlo desaparecería, sería imposible matarlo y, por lo tanto, Mabus podría campar a sus anchas por todo el mundo, sin que nada ni nadie pudiese hacerle frente. El mundo sucumbiría a la oscuridad y a la destrucción.

—¡Salid! —ordenó Nicholas abriendo la puerta, viendo que uno de los edificios que quedaba en pie, cerca de ellos, amenazaba con derribarse. De todas formas, era imposible seguir circulando por aquella carretera, pues las paredes de las casas destruidas y los coches calcinados por los rayos hacían imposible el avance.

Dean ayudó a Gabriel a salir de la camioneta aguantando el equilibrio

mientras el viento huracanado y un nuevo temblor hacían que casi perdiesen el equilibrio.

Dean sujetó del brazo a Gabriel para que no cayese mientras fijaba su mirada en el Gólgota, al final de aquella calle. La imagen era realmente impactante, jamás había visto ni sentido una fuerza igual. Incluso le costaba mantener el equilibrio con la potencia del terremoto y el viento huracanado y, lo peor de todo, es que sabía que Mabus solo se estaba preparando.

Ya habían luchado con anterioridad contra él y había sido imposible. Sin embargo, todos intuían que Mabus solo había demostrado un pequeño porcentaje de su poder. No podían olvidar que se trataba de uno de los jinetes del Apocalipsis, con tal poder y fuerza como para destruir el mundo.

Scott cogió a Cintya por la cintura mientras miraba los rayos caer sobre el asfalto.

—Hasta aquí has llegado —dijo mirándola fijamente.

Ella se sujetó a él mientras el suelo temblaba bajo sus pies y asintió, aunque Scott tragó saliva cuando vio que los ojos de ella se empañaban. Sabían lo que debían hacer. Se marcharía a luchar por la supervivencia de la humanidad y, si no salía bien, seguramente, morirían en el intento.

—Te quiero, pelirroja —susurró Scott pasando una mano por su cabello, apartándolo de su rostro.

Ella sonrió al escuchar aquella palabra y se abrazó a él, pero Scott se separó levemente para buscar sus labios fundiéndose en un beso.

Dean resopló y les dio la espalda mientras seguía manteniendo a Gabriel cogido del brazo.

—¿Sabe que estamos aquí? —preguntó Dean sin girarse hacia Cintya.

Estaba claro que se estaban aún despidiendo porque la respuesta de ella tardó un poco más de lo que esperaba en llegar.

—No lo sé. Pero si no lo sabe se lo espera. Quedan pocas horas.

Dean tragó saliva y miró a Gabriel, aunque le sorprendió no ver el miedo en sus ojos, sino la determinación y la rabia contenida.

Nicholas fue hasta Cintya caminando a duras penas, pues las corrientes de

aire eran tan intensas que amenazaban con llevárselos volando.

—¿Dónde te quedarás? —gritó para que su voz se escuchase por encima del viento huracanado.

Cintya se apartó el cabello de la cara y señaló una tienda.

—Ahí hay una familia escondida en un subterráneo. Me dejarán quedarme con ellos —explicó. Los miró a todos con cariño y no pudo evitar hacer un puchero—. Os quiero mucho a todos. —En ese momento el temblor se intensificó y una corriente de aire hizo que varios coches que había por delante de ellos saliesen disparados en su dirección. Todos se agacharon esquivándolos—. ¡Acabad con él! —gritó Cintya como si diese una orden a la que todos asintieron.

Scott se acercó, la besó de nuevo y luego la empujó.

—Ve, escóndete —dijo acelerado.

—Os estaré vigilando —respondió antes de alejarse corriendo hacia una puerta. Abrió y entró directamente.

Todos se volvieron hacia delante, mientras el suelo temblaba bajo sus pies, observando los intensos rayos eléctricos que destruían todo cuanto tocaban.

Nicholas miró los vehículos.

—No podemos acercarlos más. Cargad todo lo que podáis y el resto de armas las dejaremos al pie de la colina.

Todos fueron hacia las camionetas que se desplazaron hacia atrás por las intensas corrientes de aire. Dean agarró con fuerza a Gabriel contra la camioneta mientras esperaba a que aquella corriente cesase levemente.

—Las cadenas —recordó Nicholas señalando a Christopher. Cagaron todo lo que pudieron y miró a Gabriel que no apartaba la mirada de la colina—. Lo primero es poner a tu hermana a salvo... —Gabriel y Dean asintieron de inmediato—. Gabriel, te quedarás un poco más apartado. Todos distraeremos a Mabus mientras tú, Dean —enfaticó—, sacas a Mia de allí. Cuida de los dos hasta que logremos poner las cadenas a Mabus. —Todos asintieron con determinación—. Vamos allá.

Scott había mirado todo el rato hacia detrás, nervioso porque Cintya se quedase allí, tan cerca de la zona cero.

Habían subido la colina lentamente, con mucha dificultad, observando cada rincón. Tenía razón, ahí no había ni vampiros ni lobos, solo estaba Mabus y, al final, donde aún quedaban unos pocos árboles en pie, pudieron ver a Mia.

Dean notó cómo el corazón se le aceleraba al verla. Estaba apoyada contra uno de los árboles, llorando, pero no parecía estar atada, simplemente permanecía ahí, esperando.

Maldito fuese Eligos, de aquella forma se aseguraba que fuesen a buscarla. La hermana del elegido y la mujer que amaba uno de los cazadores.

Supo que Gabriel había visto a su hermana porque hizo la intención de ponerse en pie pero Dean se echó encima de él.

—Shhhh... —susurró contra su oído—. Ni se te ocurra moverte.

—Ella está ahí —gimió Gabriel intentando deshacerse de Dean, pero este le contuvo.

—Ya sé que está ahí, pero tenemos que atacar por sorpresa. —Se fijó en que Mabus se encontraba en medio del gran descampado, donde pocos arbustos quedaban, con su mirada hacia las nubes que no dejaban de ser atravesadas por rayos. Todos tuvieron que cubrirse la cara y hacer presión contra la tierra cuando un viento huracanado amenazó de nuevo con llevárselos por los aires. La respiración de Gabriel era demasiado acelerada y nerviosa—. La pondré a salvo, te lo prometo —susurró Dean colocándose a su lado.

Gabriel volvió a mirarlo con terror en los ojos. En ese momento Dean se dio cuenta de lo asustado que estaba, y ya no solo por la situación, sino por su

hermana, volvió a colocar una mano en su hombro, intentando darle el valor necesario.

—Te lo prometo —volvió a repetir.

Gabriel apretó los labios y asintió, pues la mirada de Dean y la forma en que había pronunciado aquellas palabras le daban la certeza de saber que aquello era cierto. Puede que no lo hubiese aceptado en un principio, pero ahora estaba agradecido de que Mia hubiese encontrado a un hombre así. No solo por el amor que veía en los ojos de Dean cada vez que este miraba a su hermana, sino porque si había alguien capacitado para salvarla era él, y sabía que haría cualquier cosa con tal de ponerla a salvo.

Nicholas avanzó hasta ellos arrastrándose por el suelo e indicó con el dedo hacia delante. Dean y Gabriel miraron en la dirección que les indicaba.

Dean tragó saliva y cerró los ojos unos segundos intentando calmarse.

—Hijos de puta —susurró.

Al final del enorme descampado, en la lejanía, podía intuir las tres figuras del resto de jinetes controlando la zona. Dean resopló y miró hacia Mia. No parecía ser consciente de que ellos se encontraban allí. Se encontraba totalmente inmóvil, abrazada al tronco de árbol, seguramente llorando, ya que podía ver como su cuerpo convulsionaba de vez en cuando.

Por Dios, estaba total y perdidamente enamorado de aquella mujer. La pondría a salvo y luego volvería junto a sus compañeros para detener a Mabus.

Nicholas le indicó con un movimiento de cabeza que procedieran con el plan. Dean le indicó a Gabriel que le siguiese.

Comenzaron a arrastrarse sobre la tierra, mientras notaban cómo esta temblaba bajo sus cuerpos, debiendo detenerse algunas veces por el movimiento.

Dean se giró para observar que Gabriel lo seguía de cerca, imitando sus movimientos, mientras se alejaban del grupo.

La intención era clara, estaban preparados.

Cuando ellos dos estuviesen en posición, cerca de Mia, la división atacaría mientras Dean se encargaba de la protección de ellos dos. Una vez

consiguiesen retener a la bestia con las cadenas Dean acompañaría a Gabriel hasta ella para que usase la daga.

Aquello, repetido en su mente sonaba muy bien, pero sabía que no iba a ser tan fácil.

Bajaron un poco el precipicio, y ya ocultos de la vista de Mabus, si es que no sabía ya que estaban en el lugar, comenzaron a caminar a un paso más rápido en dirección a donde se encontraba ella, rodeando la colina.

El lugar era enorme y las vistas de la ciudad eran espectaculares si no fuese porque Jerusalén estaba prácticamente destruida.

Incluso desde allí, pudo ver a algunas personas, en la lejanía, correr alejándose de la zona.

Comenzaron a ascender, aún agachados hacia la parte alta del descampado. Dean se asomó levemente observando que ya se acercaban al lugar.

Detuvo a Gabriel y miró de un lado a otro agachándose. Se llevó la mano al cuello y susurró.

—Nos acercamos.

La voz de Nicholas no se hizo esperar.

—Estamos preparados, a tu señal —respondió a Dean.

Dean miró a Gabriel el cual también llevaba un pequeño auricular en el oído y había escuchado las palabras de Nicholas. Mía no se encontraba muy lejos, con su velocidad llegaría en nada hasta ella, pero necesitaba a Mabus distraído.

Se acercó a Gabriel poniéndose de rodillas.

—Espera aquí, voy a por ella —susurró.

Gabriel asintió y puso una mano en su hombro. Dean llevó la mano al cuello, tomó aire intentando centrarse en lo que iba a hacer y, durante unos segundos más, fijó la mirada en ella. Sí, la salvaría costase lo que costase.

—Ahora —dijo Dean apretando su cuello.

Nicholas miró a sus compañeros mientras en su mano llevaba una de las cadenas que habían fabricado. Christopher, Scott y Adrien llevaban otra en

cada mano, mientras Taylor llevaba un par de dagas recubiertas con bronce también.

—¡Ya! —dijo poniéndose en pie de golpe.

Ni siquiera esperó a sus compañeros. Salió todo lo rápido que le daban las piernas hacia aquella figura central, en medio del descampado desde donde emanaban aquellos rayos. Todos corrieron en aquella dirección, moviéndose lo más rápido que podían, pues solo contaban con el factor sorpresa, si los veía, acabaría con ellos en un periquete.

No gritaron, simplemente corrieron, pero estaba claro que no luchaban contra un vampiro u hombre lobo.

Nicholas arrojó la punta de la cadena de bronce hacia él intentando golpearlo con ella, pero esta se detuvo suspendida a escasos centímetros de su rostro. De hecho, las cuatro cadenas que habían arrojado hacia él, sujetándolas por el otro extremo, se pusieron rígidas, sin siquiera llegar a tocarlo.

Mabus ni siquiera se movía, aunque en ese momento sí que lo hizo, ladeando su rostro hacia la derecha con una sonrisa escalofriante en su rostro.

Nicholas intentó arrastrar la cadena hacia él de nuevo, igual que sus compañeros, pero era como si aquellas cadenas estuviesen sujetas por el otro extremo.

—Veo que ya estáis aquí —susurró como si la idea no le disgustase.

Dean aprovechó que Mabus estaba de espaldas para salir corriendo en la dirección de Mia, que en ese momento se ponía de rodillas, sorprendida por verlos allí.

Fue hasta ella y sin decirle nada la cogió por la cintura.

Mia se giró asustada pero cuando comprobó que era Dean quien la sujetaba colocó rápidamente su frente contra su pecho y rompió a llorar desconsolada.

Dean la sujetó con fuerza y comenzó a recorrer con ella la distancia que los separaba de Gabriel, el cual miraba atento todo lo que ocurría. Ahí, fue cuando escuchó unas palabras que lo dejaron helado.

—Que comience el juego —pronunció Mabus con voz grave. Se giró directamente hacia Dean que corría con Mia en brazos y alzó levemente la

mano. La corriente de aire que se originó hizo que la tierra del descampado se elevase dificultando la visión, pero eso no fue todo, el impulso fue tan grande que arrojó a Dean y Mia hacia el otro lado del descampado.

—¡No! —gritó Nicholas que en ese momento logró recuperar el control de la cadena, al igual que sus compañeros.

La movió por encima de su cabeza y le dio impulso, pero Mabus era rápido, demasiado rápido incluso para ellos y ladeó su espalda hacia atrás evitando cada una de las cadenas con las que intentaban someterlo.

Dean rodó sobre la tierra sin soltar a Mia. A la que se detuvo se incorporó sobre ella colocando una mano en su mejilla.

—¿Estás bien? —preguntó mientras volvía su mirada hacia la lucha que mantenían sus compañeros.

Ella no dijo nada, solo asintió. Dean se puso en pie y volvió a cogerla en brazos. Necesitaba alejarla de allí, llevarla junto a Gabriel para que estuviese más a salvo. La cogió por la cintura poniéndola en pie, notando que ella se agarraba con fuerza a sus hombros mientras todo su cuerpo temblaba. Iba a iniciar la carrera cuando tuvo que detenerse.

Mabus alzó sus brazos hacia el cielo y luego los descendió con velocidad hacia la tierra haciendo que un destello de luz brotase, impulsando a toda la división que estaba a su alrededor varias metros hacia atrás, despedidos con fuerza hacia la tierra. Se giró y miró directamente a Dean. Dean tuvo que detenerse cuando Mabus se materializó frente a él, cortándole el paso.

—¿Dónde está? —preguntó Mabus dando un paso hacia delante, mientras el resto de la división se ponía en pie.

Dean retrocedió unos pasos con Mia entre sus brazos.

No había duda, sabía que preguntaba por Gabriel, pero él era la única esperanza que tenían, aunque esta se diluía cuando ni ellos mismos eran capaces de poder detenerlo.

Tuvo la intención de correr en dirección contraria pero Mabus apareció al otro lado cortándole el paso de nuevo.

—¡Dime dónde está! —rugió de nuevo con una mirada cargada de odio.

En ese momento la cadena sí lo alcanzó. Scott se había aproximado desde

atrás y lanzado la cadena con una fuerza brutal hacia él.

Dean no esperó y aprovechó ese momento para salir corriendo con Mia hacia el otro lado del descampado.

El rostro de Mabus se desplazó levemente hacia un lado. Todos pudieron ver cómo el bronce se fundía con su piel, produciéndole una quemadura en su rostro. Mabus gritó.

Scott recogió la cadena para voltearla por encima de su cabeza mientras Christopher, Adrien y Nicholas lanzaba sus cadenas hacia él. Estaba claro que lo habían pillado en un descuido, pero este no iba a volver a repetirse.

Esquivó las cadenas sin problemas esta vez, aunque todos pudieron ver la marca morada que había dejado el bronce en su mejilla. Ahora estaban seguros de que el bronce funcionaba, el problema iba a ser atraparlo.

Esta vez no hizo falta que Mabus elevase sus brazos, lanzó otra onda de luz desplazándolos a todos, pero Christopher se agachó lo suficiente para esquivarla, rodó en el suelo y lanzó la cadena hacia él aunque esta no volvió a tocarlo.

Para cuando Christopher era impulsado sus compañeros tocaban el suelo.

Dean llegó con Mia hasta Gabriel y miró de un lado a otro. Mabus no sabía dónde se encontraba Gabriel, seguramente no podría detectarlo, pero estaba claro que ahora lo descubriría.

—Refugiaos en la basílica —ordenó Dean.

Mia lo miró aterrada, pero Gabriel la cogió directamente por la mano y asintió mientras comenzaba a tirar de ella. Aunque Mia se resistió un poco a abandonarlo comenzó a correr con su hermano rumbo a la basílica, o más bien, a lo poco que quedaba de ella, mientras el viento los iba impulsando de un lado a otro amenazando con derribarlos.

Dean se giró justo cuando otra onda le extrajo el aire de los pulmones expulsándolo hacia atrás.

Cayó al suelo y observó en ese momento cómo Mabus coincidía la mirada con Gabriel unos segundos. La división fue consciente de ello. No podían dejar que se acercase a él o lo mataría.

Mabus se dirigió hacia allí cortándoles el paso. Gabriel colocó a su

hermana detrás de él mientras tragaba saliva. Justo en ese momento la división al completo apareció ante Mabus protegiéndolos.

—¡Corred! —gritó Nicholas hacia ellos mientras esta vez intentaba cortar a Mabus con una daga.

Dean cogió la cadena que Nicholas había soltado y la lanzó hacia él al igual que sus compañeros, excepto Taylor que se acercó con otra daga de bronce para herirlo.

Mabus se movió sin ningún esfuerzo, lo justo para esquivar primero a Nicholas con la daga e impulsarlo con un golpe en el costado hacia la pared de la basílica. Se estrelló y cayó con fuerza en la tierra, luchando por respirar.

Esquivó la daga de Taylor moviéndose a la izquierda y no hizo falta ni el contacto para que este saliese también disparado.

Se giró justo para evitar la cadena que Christopher le lanzaba directa a su cuello, pero esta vez la cadena no se puso rígida, sino que siguió su curso. Aprovechó para agacharse y esquivar la cadena de Scott y con un pequeño salto evitó la que le lanzaba Dean hacia los pies. Esta vez, Dean, con un movimiento excesivamente rápido rodeó el cuerpo de Mabus enviándole por el otro lado el otro extremo de la cadena, intentando arrojarlo al suelo. En ese momento Christopher y Scott volvieron a atacar viendo lo que su compañero hacía, lanzando las cadenas hacia su cintura, intentando rodearlo y detenerlo.

—¿Cuándo comprenderéis que no tenéis nada que hacer frente a mí? —gritó Mabus.

Taylor, Christopher y Dean salieron despedidos hacia atrás cayendo sobre la tierra rodando, aunque se incorporaron de inmediato.

En ese momento, Adrien llegó hasta él apareciendo a su espalda con una cadena, intentando rodearlo por el cuello pero tampoco pudo hacer nada, sino que acabó al lado de Dean que ya estaba de rodillas en el suelo dispuesto a atacar otra vez.

Mabus los miró como quien mira a un insecto insignificante.

—¿Agotado? —preguntó a Dean al ver su respiración acelerada—. No he hecho más que comenzar.

En ese momento la tierra comenzó a temblar provocando que parte de la

montaña cediese.

Dean miró hacia Christopher.

—Es imposible —susurró con los dientes apretados mientras se mantenía agachado sobre la tierra, sujetando la cadena con fuerza en su mano e intentando no perder el equilibrio. Se giró hacia Gabriel y Mia que en ese momento se agachaban al lado de Nicholas que se encontraba junto a la basílica, recuperándose del fuerte golpe.

Gabriel se puso a su lado ayudándolo a levantarse, pero Nicholas lo apartó de inmediato y señaló hacia la parte baja de la montaña, ordenándoles que tomaran esa dirección.

—¡Corred! —gritó.

Tuvo que girarse de inmediato cuando notó una presencia a su lado. Mabus se materializó ante él. Nicholas extrajo la daga y se agachó para esquivar el puño de Mabus.

—¡Corred! ¡Vamos, corred! —gritó intentando detenerlo.

Mia y Gabriel comenzaron a correr hacia el lugar que les indicaba.

Mabus se vio obligado de nuevo a agacharse para esquivar las cadenas que le lanzaban desde atrás, lo cual produjo un segundo de distracción que Nicholas aprovechó para clavar la daga en su estómago. Aunque aquello no pareció importar a Mabus que siguió esquivando las cadenas y dagas de la división.

Se alejó levemente mientras Dean se acercaba por un lado, lanzó su cadena y volvió a esquivarla sin problemas. En ese momento se detuvo y miró a Nicholas con odio. Llevó la mano hasta la daga que permanecía en su estómago y la extrajo sin problemas. Directamente la lanzó al suelo.

La división volvió a rodearlo, excepto Nicholas y Taylor que se quedaron un poco más atrás cubriendo el camino que habían tomado Gabriel y Mia para bajar de la colina.

Mabus miró hacia Gabriel y luego a la división con odio.

—Estáis agotando mi paciencia y... eso no os conviene —pronunció. En ese momento alzó los brazos y los rayos comenzaron a surgir de sus manos, pero eso no fue todo, como si las nubes lo sintiesen decenas de rayos cruzaron

el cielo, algunos de ellos, saliendo disparados hacia la tierra, estrellándose contra edificios y calles, incluso con la parte baja del Gólgota.

—Mierda —susurró Dean retrocediendo unos pasos, ante la inmensa muestra de poder.

El suelo volvió a temblar con fuerza, incluso una luz brillante, de un azul eléctrico comenzó a inundar el cuerpo de Mabus.

—El tiempo se os agota y nada podéis hacer —rugió mientras se incrementaba el temblor y el aire—. Jamás lograréis vencerme insignificantes mortales.

En ese momento un estallido de luz hizo que todos saliesen despedidos. Cayeron al suelo justo cuando vieron un aro de luz se formarse alrededor del cuerpo de Mabus y este se agrandaba. Segundos después salía despedido incrementándose, haciendo más amplio su diámetro.

Las pocas construcciones que quedaban en pie se destruyeron como si hubiese una bomba en su interior, arrasando todo a su paso. Scott se giró hacia atrás observando cómo aquella luz iba destruyendo todo a su paso, sin dejar nada en pie. Era imposible que cualquier persona sobreviviese a aquello. Su mirada voló directamente hacia la casa donde se encontraba escondida Cintya, aunque se calmó cuando recordó que le había dicho que se escondería en un subterráneo.

La onda era tan potente que no se extinguía, y podían ver cómo arrasaba todo a su paso, perdiéndose en el horizonte.

Gabriel tuvo que frenar en seco y coger a Mia por la cintura cuando la tierra que tenían por delante y por la que iban a bajar de la montaña se deshizo creando un precipicio.

—Mierda —dijo Gabriel mirando de un lado a otro, cogiendo a su hermana por el brazo.

—El momento se acerca —escucharon la voz de Mabus—. Y nadie va a impedirlo. Ha llegado el momento —sentenció mientras el terremoto se incrementaba más.

La división intentó levantarse pero aquello era imposible. No podían contra él, por mucho que lo intentasen era imposible.

Scott miró al frente. En ese momento identificó a los tres jinetes al otro lado de la ladera, sobre una parte más elevada, observando como meros espectadores. Eligos, Alouqua y Gergund, observaban expectantes, alejados de la lucha.

Aunque una voz lo distrajo. En ese momento pudo ver a Nicholas y Taylor correr hacia él asustados. Scott elevó la mirada justo para ver cómo parte de la basílica caía sobre él.

No tuvo tiempo de reacción. Gritó cuando la enorme piedra de la basílica cayó sobre su pierna atrapándolo.

Nicholas y Taylor llegaron hasta él. Dean iba a acercarse pero Nicholas le disuadió.

—¡Ve con ellos! —gritó en dirección a Gabriel y Mia que permanecían metros por detrás, agachados en el suelo.

Dean hizo caso a lo que le ordenaba colocándose ante Mia y Gabriel que permanecían tumbados sobre la tierra.

—¿Estáis bien? —preguntó Dean mientras sujetaba la daga en sus manos con fuerza, preparado para defenderlos si Mabus se acercaba.

Lo primero que hizo Nicholas fue empujar la piedra, pero era demasiada pesada.

—¡Scott! —gritó.

—La pierna —respondió él con dolor.

—¡Taylor! —gritó Nicholas al verlo cerca—. ¡Vamos! ¡Ayuda!

Taylor se giró y miró hacia el lugar, viendo que Nicholas intentaba levantar la enorme piedra de la pierna de su amigo para liberarlo.

Cintya se había resguardado en aquel subterráneo, junto a un grupo de veinte personas. La batalla les había pillado de improviso y lo único que habían podido hacer era refugiarse en aquel lugar.

Se fijó en las mujeres abrazadas a sus hijos, en los hombres que miraban aterrados la estancia cuando temblaba con fuerza.

No podía ver nada desde allí, pero sabía que no iba bien. El sonido del viento huracanado en el exterior, el derrumbe de los edificios, los intensos terremotos cada vez más fuertes...

Centró la mirada en un niño de tres años que lloraba contra el pecho de su madre mientras ella lo mantenía abrazado.

Necesitaba hacer algo o aquello no acabaría bien. Era conocedora de la fuerza de los jinetes, y en concreto, de Mabus. Sabía que iba a ser muy difícil derrotarlo. Necesitaba hacer algo, pues los chicos ya se habían enfrentado alguna vez a la bestia y les había sido imposible acercarse. Ahora, solo tenían aquella oportunidad. Si no lo lograban, la bestia podría campar a sus anchas por todo el mundo, y no creía que pasasen más que unas horas antes de que todo desapareciese.

Miró hacia el techo cuando una sacudida hizo que todo el edificio amenazase con caer sobre ellos.

Sin poder evitarlo gritó mientras se tumbaba sobre el suelo. Quizá era demasiado esperar unas horas, seguramente Mabus intentaría la destrucción a la que la daga del destino perdiese su efecto.

Solo había aquella oportunidad. Necesitaba hacerlo, pues tras ver la destrucción que estaba sembrando Mabus y comprender que aquello no había hecho más que comenzar necesitaban jugar todas sus cartas.

Llevó la mano al bolsillo de su pantalón y extrajo una pulsera. La colocó en el suelo y miró a los allí presentes.

—No os asustéis —advirtió antes de cerrar los ojos y comenzar a susurrar.

Taylor llegó hasta Nicholas y Scott que aún permanecía aprisionado y comenzó a empujar la piedra, haciendo un esfuerzo sobrehumano y rugiendo para liberar a su amigo aunque los tres echaron su mirada al frente cuando Mabus apareció ante ellos, sonriente.

—Se acabó —sentenció mientras ascendía sus manos de nuevo creando una cúpula de luz azul eléctrico, surcada por rayos. Sabían lo que ocurriría, hacía pocos segundos ya lo había hecho y la ciudad de Jerusalén había desaparecido casi por completo. Realmente, no sabían hasta dónde alcanzaba aquella onda, pero de lo que estaban seguros era que acabaría con todos. Es más, aquella luz era la destrucción personificada, si seguía creando ese tipo de energía arrasándolo todo no dejaría supervivientes en todo el mundo.

—Mierda —gritó Nicholas cogiendo la piedra igual que Taylor para intentar liberar a su amigo.

—¡Marchaos! —gritó Scott consciente de lo que iba a ocurrir—. ¡Iros!

Nicholas lo miró mientras apretaba los dientes, igual que Taylor, intentando elevar la piedra antes de que Mabus despidiera toda aquella electricidad.

—No se abandona a los amigos —rugió Taylor haciendo toda la fuerza posible.

Los tres volvieron a mirar a Mabus justo cuando extendía los brazos hacia los lados haciendo que aquella cúpula se extendiese, expandiéndose y destruyendo de nuevo todo a su paso, incluso abriendo grietas en la tierra por el fuerte terremoto que se causaba ante el brutal avance de aquella energía.

—Oh, no —gimió Nicholas antes que la luz los cegase.

Los tres observaron cómo la luz llegaba hasta ellos mientras las piedras y

los pocos arbustos que quedaban se volatilizaban, desintegrándose.

Nicholas y Taylor pusieron sus brazos por delante para cubrirse, aunque sabían que aquella onda acabaría con sus vidas. Estaban demasiado cerca para intentar esquivarla esta vez.

—¡Nooooo! —gritó Dean al lado de Christopher y Adrien, observando todos paralizados lo que ocurría, aunque rápidamente se agacharon para evitarla.

Nicholas, Taylor y Scott comenzaron a rugir de dolor ante el inminente impacto, aunque iba a una velocidad desorbitada lo apreciaban de una manera diferente, como si cada segundo se alargase siendo consciente de cada pequeño detalle.

La luz cegadora que quemaba sus retinas, el calor que amenazaba con desintegrarlos en pocos segundos...

Nicholas agachó su rostro mientras colocaba un brazo por delante ante el inminente impacto de poder cuando una luz aún más cegadora hizo que tuviesen que cerrar los ojos. Ni siquiera podían alzar su vista, pues seguramente aquella luz los hubiese dejado ciegos totalmente.

Algo no iba bien, pese a que sentían el calor asfixiante de la electricidad no la notaban en su cuerpo. Varios segundos después esa luz desapareció.

Los tres alzaron la vista hacia delante. Nicholas fue el primero que tragó saliva, quedándose los tres totalmente consternados.

—¿Melanie? —preguntó Nicholas sin moverse de su sitio.

Ella ni siquiera se giró. Permanecía unos metros por delante de ellos con los brazos extendidos y la respiración acelerada, fruto del sobreesfuerzo que había hecho para detener aquella onda de poder.

Melanie apretó los dientes y directamente, sin responder, comenzó a formar un muro anaranjado de electricidad ante ella, donde los rayos iban de un lado a otro.

Mabus la escudriñó, sorprendido de verla ahí.

Melanie gritó cuando expulsó toda la energía hacia él, con todas sus fuerzas, haciendo incluso que Nicholas y Taylor diesen unos pasos hacia atrás perdiendo el equilibrio por el impulso de aquel poder al salir despedido.

Para sorpresa de todos, Mabus rugió cuando el poder chocó contra él e hizo que retrocediese, arrastrándolo. Se inclinó hacia delante frenando con las manos en la tierra el embiste, agachándose.

—¡Tú otra vez! —rugió Mabus cuando logró recuperar el equilibrio.

Nicholas miró totalmente impresionado a Taylor, sin dar crédito a lo que ocurría, aunque rápidamente reaccionó saliendo de su aturdimiento pues no tenían tiempo que perder.

—Taylor, la piedra... —dijo señalando a Scott que aún permanecía atrapado.

Mabus se puso firme tras recuperar el equilibrio, aunque Melanie había conseguido alejarlo de sus compañeros lo suficiente. Ladeó su rostro hacia un lado y la miró con una sonrisa, aunque estaba claro que no era de placer.

—Volvemos a vernos... —pronunció con voz grave.

—Así es —comentó ella.

Aunque Mabus tuvo que agacharse de nuevo cuando Dean, Christopher y Adrien le atacaron por la espalda obligándolo a moverse de un lado a otro para esquivar las cadenas.

Melanie aprovechó aquel momento para girarse hacia Nicholas y Taylor que intentaban alzar la piedra para que Scott pudiese salir. Alzó su mano hacia el enorme bloque y este salió despedido sin ningún esfuerzo.

Nicholas alzó una ceja hacia ella mientras Taylor ayudaba a ponerse en pie a Scott, aunque a duras penas podía apoyar la pierna en el suelo.

—¿Cómo estás? —preguntó Melanie acercándose a él rápidamente.

—He estado mejor —contestó Scott.

—¿La tienes rota? —preguntó Taylor.

—No, solo me duele, pero aguataré —respondió mirando a su jefe con convicción, aunque solo pudo observar su perfil, pues Nicholas miraba a Melanie totalmente desubicado. Melanie llevaba su largo cabello rubio suelto, creando suaves ondas hacia atrás por el viento. Vestía el uniforme negro de la división.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Nicholas con un grito, saliendo

de su aturdimiento al final.

Ella lo miró enfurecida.

—¿Tú qué crees? —gritó de los nervios.

—¿Pero cómo has llegado hasta aquí? —preguntó en el mismo tono de voz.

—Es una bruja —Le recordó Taylor como si aquella fuese la respuesta.

—Sé que es una bruja —contestó Nicholas con sorna.

Melanie señaló a Scott.

—Cintya me ha conjurado —explicó encogiéndose de hombros.

Nicholas parpadeo varias veces.

—¿Te ha conjurado? —preguntó enfadado.

—Yo se lo pedí —Le recriminó ella—. Me necesitáis. Así que le dije que si la cosa se ponía fea me conjurase —admitió.

Taylor asintió rápidamente.

—A mí me parece estupendo —añadió, aunque se llevó la mirada enfurecida de Nicholas.

Aunque sabía que tenía razón y que tenían toda la buena intención del mundo no podía engañarse. Aquella batalla estaba perdida. Nada podrían hacer contra la bestia.

En ese momento vieron que Christopher y Adrien lograban empujar a la bestia hacia atrás, logrando que perdiese el equilibrio.

Se giró para observar que Dean permanecía cerca de unas cuantas piedras caídas de la basílica. Tras las piedras se escondían Mia y Gabriel, Dean se encontraba delante de ellos, con una daga en cada mano preparado para atacar si fuese necesario.

Christopher y Adrien corrieron hacia el resto de la división.

—Melanie —dijo Christopher sorprendido de verla allí.

—Menos mal —susurró Adrien situándose al lado de Nicholas. Ella le devolvió la sonrisa.

Nicholas suspiró y miró al frente, donde la bestia se levantaba. Al menos, Melanie parecía tener el suficiente poder como para soportar aquellos embistes de energía, que ya era mucho. Sabía que su velocidad era muy similar a la suya y, aunque no era igual en fuerza, era diestra y su poder compensaba con creces la falta de ella.

—Está bien —dijo Nicholas observando a Mabus ponerse en pie, con la mirada fija en ellos. Desde luego, si alguien podía ayudarles a derrotarlo era Melanie. Le tendió a Melanie una daga de bronce y la miró con determinación—. Vamos a... —Se quedó callado cuando vio que Mabus alzaba sus brazos de nuevo creando otra cúpula, amenazando con acabar con todo el mundo en pocos segundos—. ¡Melanie! —gritó dando unos pasos hacia atrás.

Ella se giró para observar mientras sus cabellos volaban a cada lado, observando que Mabus creaba otra enorme cúpula destructora a su alrededor.

—¿Podrás pararlo? —preguntó Adrien desde atrás.

Ella se adelantó a la división rápidamente, justo cuando Mabus extendió sus brazos de nuevo haciendo que la energía volviese a avanzar a su alrededor haciendo que las grietas formadas en la tierra por el terremoto se abriesen más.

Melanie apretó los labios y elevó sus brazos hacia delante.

—Melanie —Le advirtió muy lentamente Nicholas mientras retrocedía más. Se giró hacia Dean que permanecía varios metros por detrás de ellos, cerca de Mia y Gabriel—. ¡Agachaos! —gritó hacia ellos.

Todos adoptaron posturas defensivas mientras el viento huracanado que traía aquella brutal corriente de energía amenazaba con tirarlos. Hicieron presión con su pierna hacia atrás y cuando la onda llegó hasta las manos de Melanie la detuvo, aunque la potencia era tan fuerte que les hizo retroceder a todos, aunque estuviesen situados por detrás de ella.

—¡Aguanta! —gritó Nicholas mientras la fuerza los desplazaba y se veían obligados a inclinarse hacia delante, haciendo presión con sus piernas para no salir volando.

Pudieron ver la energía que salía despedida por detrás de Mabus y que arrasaba de nuevo con toda la ciudad hasta que se perdía en el horizonte.

Melanie aguantó mientras gruñía, notando las palmas de sus manos arder,

hasta que la energía desapareció lentamente.

Melanie tenía la respiración acelerada cuando bajó los brazos, aunque su mirada estaba determinada a acabar con aquello. Así lo tuvo que comprender Mabus que gruñó hacia ella, ante la amenaza que representaba. Con aquella bruja allí se reducían sus posibilidades. Aunque sabía que realmente su poder no era comparable al de él, sí podía amenazar su misión.

Rechinó de dientes y miró con odio a Melanie y la división que se ponían firmes, con la mirada también clavada en él.

Mabus tomó aire cargándose de fuerza. Si algo tenía claro, era que debía acabar con ellos lo antes posible o podían complicarle demasiado aquellas últimas horas. Giró levemente su rostro para observar a sus tres hermanos sobre una pequeña colina, alejada varios metros de allí. Eligos permanecía en medio de ellos con la capucha puesta, sin perder detalle, al igual que sus otros dos hermanos.

Nicholas y el resto de la división cogieron las cadenas de bronce y Melanie la daga en su mano.

Si Mabus tenía la mirada encendida en odio la de la división no era menos. Allí solo habría un vencedor, y ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a ceder.

—Acabemos con esto —gruñó Nicholas sujetando con fuerza la daga en su mano. Miró un segundo a Melanie—. ¡Todos juntos! —gritó.

Ella asintió convencida.

Mabus gruñó más fuerte al escuchar aquello.

—¡Ahora! —gritó Nicholas.

A la que dio la orden todos salieron disparados hacia él, excepto Dean que permanecía al lado de Mia y Gabriel y que se giró hacia ellos.

—¿Todo bien? —preguntó de inmediato.

En ese momento se dio cuenta de que Gabriel estaba abrazando a su hermana para protegerla, hasta ese momento no había sido consciente de que aquellas rachas de energía a él no le afectaban, pero sí a Mia. La miró y se agachó al lado de ella observando una brecha que tenía en la frente.

Dean sujetó su rostro entre sus manos preocupado.

—Estás herida —susurró con dolor.

—No es nada —respondió ella—. Es solo un rasguño.

Dean se hizo un corte en la mano y directamente pasó su sangre sobre la herida ella. Gabriel observó sus movimientos delicados hacia su hermana y tragó saliva. Realmente estaba enamorado de ella, podía detectarlo en sus gestos y su mirada.

Tuvieron que desviar su atención cuando escucharon los gritos de la división al avanzar hacia Mabus sin tregua. Aunque Mabus tampoco se quedó quieto, fue hacia ellos a toda velocidad, colocándose en medio del descampado, deteniéndose en el centro para esperarlos.

Hizo un movimiento con su mano enviando una racha de poder para desequilibrarlos mientras corrían hacia él, pero Melanie la detuvo permitiendo el avance de todos ellos, destruyendo aquella barrera.

Todos derraparon rodeándolo, levantando polvo ante la brutal frenada, pues llevaban mucha velocidad en aquella dirección, arrastrando las cadenas sobre la tierra, aunque a la que se detuvieron se pusieron firmes volteando las cadenas por encima de sus cabezas y tirándolas con una gran impulso hacia él.

Mabus esquivó la primera que le lanzaba Adrien pero lo que no esperaba es que Melanie se acercase hasta él derrapando también y golpease su pierna en un movimiento muy rápido haciendo que cayese al suelo.

La cadena de Nicholas se enroscó en el brazo de Mabus mientras caía al suelo.

Christopher y Taylor se lanzaron hacia el otro brazo intentando rodearlo también pero los esquivó rodando en el suelo y arrodillándose directamente.

Mabus gritó por la quemadura que le producía en bronce de la cadena que tenía en el brazo, pero lejos de lo que esperaban, la agarró con la otra mano y tiró con fuerza de ella haciendo que Nicholas saliese volando quitándose la cadena del brazo. Christopher y Taylor se obligaron a agacharse cuando la cadena salió despedida con una fuerza brutal, amenazándolos con degollarlos.

En ese momento Melanie volvió a crearse un escudo de protección y en un movimiento muy rápido se desplazó hasta él pasando a su lado cortando la

carne de Mabus con la daga de bronce, haciendo que este inclinase su espalda hacia atrás mientras un fuerte grito de dolor atravesaba todo el descampado.

Melanie se giró para ver a Nicholas rodar por el suelo llevándose por delante a Adrien, saliendo despedidos los dos, aunque ambos se incorporaron de inmediato centrandó una mirada cargada de fuerza en Mabus, preparándose para salir corriendo de nuevo hacia él y atacar.

Aunque cuando Melanie se giró observó que Mabus la miraba con furia y extendía su mano hacia ella, sin duda, con su poder, era la que más problemas iba a darle. Hasta ese momento se las había arreglado bastante bien, pero la aparición de aquella potente bruja le estaba complicando el finalizar la misión para la que estaba destinado.

Expulsó una fuerte onda hacia ella compuesta de rayos azul eléctrico, intentando alejarla, pero Melanie colocó sus brazos por delante frenando el embiste sin muchos problemas.

—Vas a tener que hacer más que eso para detenerme —pronunció ella con fuerza.

En ese momento extendió sus brazos hacia los lados creando otra onda de poder anaranjada en cuestión de un segundo y la arrojó directamente hacia Mabus, haciendo que perdiese el equilibrio hacia atrás, aunque se incorporó de inmediato, luchando contra el poder de ella. Melanie incrementó su potencia aunque supo que aquello no iba a funcionar cuando vio que Mabus se ponía en pie sin muchos más problemas y sonreía, como si la situación le divirtiese.

Alzó su mano en su dirección y sus ondas chocaron con fuerza. Melanie se echó hacia delante intentando dar más vigor a su poder pero en ese momento, Mabus ni siquiera se inmutaba, era como si no le costase nada reprimir el poder de ella.

La bestia incrementó su poder y dio un paso adelante para dar impulso. Melanie salió despedida llevándose de nuevo por delante a Nicholas y Christopher que salieron rodando junto a ella.

Los tres chocaron con fuerza contra una roca, aunque el golpe se amortiguó bastante para Melanie que fue a parar en el pecho de Christopher. Aunque no tuvo tiempo de recuperar el aliento.

En ese momento Mabus se encontraba a varios metros de ellos pero al siguiente segundo, con un movimiento acelerado, se encontraba justo en frente. Colocó sus manos hacia delante para golpearlos con otra onda de poder pero Melanie se adelantó un paso para contenerlo de nuevo, mientras Nicholas y Christopher se levantaban y rodeaban a Melanie.

En ese momento, Adrien apareció por detrás lanzando su cadena a una de sus piernas y tirando con fuerza. Mabus cayó al suelo deteniendo la onda de poder contra Melanie, liberándola. La reacción de toda la división fue inmediata saltando sobre Mabus para sujetarlo con las cadenas, pero seguía siendo demasiado rápido para ellos.

En un segundo estaba tumbado en el suelo y a la siguiente milésima se encontraba de pie agachándose para coger la cadena de bronce con sus manos, gritando de nuevo y arrebatándosela a Adrien.

La sacó de su pie y la lanzó hacia un lado arrastrando a Scott al suelo pero se levantó al momento cogiendo la cadena. Aunque no podía moverse con tanta celeridad como sus compañeros ya que tenía bastante dolor en la pierna aún podía hacerle frente.

Lanzó la cadena contra él con tal fuerza que cuando Mabus la esquivó esta creó un surco en el suelo al rozar la tierra.

—¿Cuándo comprenderéis que esto no sirve de nada? —gritó.

Pero aquel grito no disuadió a la división, que de nuevo se acercaron amenazantes, intentando sujetarlo.

Mabus giró sobre sí mismo y, esta vez, sin necesidad de elevar los brazos abrió las manos creando una onda de poder que hizo que todos saliesen volando.

Estaba claro que había infravalorado a la división, sobre todo a Melanie, pero ellos no eran su verdadero problema. Puede que Melanie y aquel equipo pudiesen llegar a apresarlos, pero aquello ya no serviría de nada si conseguía acabar con el elegido antes.

Giró su rostro hacia aquel cazador que se encontraba al otro lado del descampado.

Dean se había vuelto a colocar varios metros por delante de las piedras, donde Gabriel y Mia permanecían escondidos.

Fijó su mirada en él y se movió rápidamente en su dirección. El elegido era un humano mortal, no sería difícil acabar con él.

Dean no tuvo tiempo de reaccionar.

Estaba observando la batalla, sujetando con fuerza las dagas, pero lo que menos esperaba era que Mabus apareciese de golpe ante él.

—¡Cuidado! —Escuchó la voz de sus compañeros al otro lado del descampado, al ver lo que Mabus hacía.

Dean se agachó para esquivar el primer golpe, pero no pudo evitar el segundo y salió despedido hacia el lado, chocando contra una de las enormes piedras caídas del derribe de la basílica.

Gabriel cogió del brazo a Mia y la arrojó hacia atrás al ver que Dean salía despedido, intentando alejarla del peligro. Mabus fijó la mirada en los ojos verdes de Gabriel que lo miraba con terror. Mia cayó sobre la tierra mientras gritaba.

Mabus dio unos pasos adelantándose justo cuando Dean se arrojó de nuevo hacia él, se agachó para esquivar el golpe de la bestia y, en ese momento, se puso de rodillas golpeando la pierna de Mabus, alejándolo de Gabriel.

—¡Corred! —gritó Dean mientras se colocaba frente a Mabus con una daga en cada mano.

Mabus gritó con fuerza viendo cómo Gabriel cogía a Mia que aún permanecía en el suelo y comenzaban a correr.

No se le iba a escapar, aquellos cazadores no podrían evitar lo inevitable.

Se movió rápidamente hacia Gabriel y Mia que corría con ella sujeta de la mano, alejándose de ellos, cuando Dean se interpuso en su camino intentando frenarlo, permitiendo así que ellos se alejasen más. En ese momento la división llegó hasta ellos echándose todos encima de Mabus, aunque se los sacó de encima rápidamente. Iba a correr de nuevo hacia Gabriel cuando

Melanie se colocó a su espalda y lanzó una onda de poder hacia él. Mabus dio unos pasos hacia delante impulsado por el poder de la bruja y, automáticamente, tuvo que esquivar de un lado a otro las cadenas que le lanzaban.

Alzó su mano alejándolos de nuevo, aunque esta vez no salieron despedidos, solo impulsados atrás sin que ninguno llegase a caer.

Mabus volvió a desaparecer apareciendo ante Gabriel y Mia, cortándoles el paso. Ambos se quedaron petrificados. En ese momento, sin perder un segundo, cogió a Gabriel del cuello ante los gritos de Mia.

—¡Noooo! —gritó hacia la bestia mientras elevaba a su hermano en el aire sin ningún esfuerzo.

Mabus miró a Mia y elevó su puño para golpearla, pero Dean apareció en medio interceptando el golpe por ella, cogiendo su brazo y rodeándolo con una de las cadenas.

—Maldito hijo de puta —gritó Dean impulsando a Mia tras él para protegerla, enrollando con fuerza la cadena en el brazo de Mabus—. ¡Corre! —le gritó a ella para que se alejase.

Mabus volvió a rugir. En ese momento, Nicholas y Christopher llegaron hasta él enrollando otra cadena en el brazo con el que aún mantenía sujeto a Gabriel el cual pataleaba y golpeaba el brazo de Mabus sin contemplaciones, aunque de nada servía.

El quemazón que le produjeron las cadenas en los brazos hizo que soltarse a Gabriel cayendo al suelo. Mabus gritó hacia el cielo mientras notaba sus extremidades arder.

Notó una presencia tras de sí. Sabía lo que iban a hacer, lo próximo sería rodear sus piernas con las cadenas para sujetarlo. Se volvió directamente y con una patada expulsó con un violento golpe a Adrien que cayó casi al otro lado del descampado.

Rugió y, haciendo fuerza con las manos hacia abajo, creó otra onda de poder haciendo que todos retrocediesen, pero Christopher y Dean se mantenían cogidos con fuerza de las cadenas y tiraron de ellas sin soltarse.

Mabus reaccionó al ver que aquellos cazadores seguían sujetando las cadenas con fuerza, sin permitirle que se moviese.

El suelo comenzó a temblar con fuerza mientras un grito atronador de esfuerzo salía de los más profundo de aquel horrible ser. La tierra comenzó a abrirse.

—¡Aléjate! —gritó Dean a Gabriel, el cual reaccionó de inmediato y corrió hacia Mia que huía a toda prisa mirando hacia atrás.

Lo que no esperaban es que, de nuevo, volviese a crear aquella enorme luz y otra cúpula de poder lo envolviese.

—¡Mierda! —gritó Dean—. ¡Melanie!

Melanie llegó justo a tiempo para frenar un poco la onda, apareciendo ante aquel destello de poder, pero era fuerte, el más fuerte que había lanzado hasta el momento. Se le notaba que comenzaba a impacientarse.

Aunque pudo evitar que la onda chocase contra ellos con tanta fuerza como Mabus pretendía, Melanie no pudo evitar salir despedida igual que el resto, alejándolos de él y quitándose de nuevo las cadenas.

Gabriel iba a llegar hasta su hermana justo cuando la onda los alcanzó. Gabriel no se inmutó, pero Mia salió despedida varios metros hacia atrás, comenzando a rodar por el suelo.

Gabriel contuvo la respiración cuando vio que su hermana rodaba por el suelo golpeándose contra la tierra, pero no pudo evitar gritar cuando vio que si seguía rodando caería por el enorme precipicio.

Se lanzó rápidamente hacia ella y derrapó sobre la tierra justo cuando ella comenzaba a caer cogiéndola por la mano.

—¡Ahhhhhh! —gritó Mia que se vio suspendida en el aire, solo cogida por la mano de Gabriel.

Gabriel se echó hacia delante cogiendo a su hermana con las dos manos, haciendo presión con sus piernas, de contrapeso, para no caer por el barranco.

—No me sueltes —sollozó ella.

—No voy a soltarte —gritó Gabriel con los dientes apretados.

Giró su rostro justo cuando Mabus volvió a aparecer a sus pies, sujetando una daga en su mano.

—¡Gabriel! —gritó Mia al ver aquello.

Gabriel apretó los dientes sin soltar a su hermana, sujetándola con fuerza, mientras veía cómo Mabus alzaba su brazo y se agachaba para clavar la daga en su espalda. Dean apareció en aquel momento golpeando el costado de Mabus desplazándolo hacia un lateral.

Mabus frenó y gruñó en su dirección. Automáticamente, Dean volvió a lanzar otra cadena hacia él, golpeándole en el pecho, haciendo que retrocediese, aunque no pudo agarrar ninguno de sus miembros.

Aquellos cazadores se lo estaban poniendo demasiado difícil. Giró su rostro mientras esquivaba la cadena de Dean, permitiéndole el espacio suficiente a Gabriel para que pudiese subir a Mia.

Gabriel la sujetó con las dos manos del brazo y con gritos de esfuerzo se echó hacia atrás para subirla. Mia colocó una pierna sobre la tierra y con la ayuda y la fuerza de su hermano logró subir cayendo al suelo agotada por los nervios. Gabriel la cogió corriendo entre sus brazos, abrazándola. Jamás había tenido tanto miedo como en aquel momento, y no por lo que Mabus había estado a punto de hacer, acabar con su vida con una daga, si no al ver a su hermana caer al vacío. Había faltado poco.

—Tranquila, tranquila... —susurró abrazándola contra su pecho, pues notaba como Mia temblaba y lloraba.

Mia se abrazó a él mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Gabriel se fijó en la forma de luchar de Dean, en cómo todos se aproximaban de nuevo a él intentando capturarlo, mientras abrazaba a su hermana contra su pecho.

Mabus elevó su mano hacia ellos, haciendo que todos sobrevolasen el descampado de nuevo. Desde luego, la paciencia de Mabus se había agotado, porque sus movimientos cada vez estaban más cargados de rabia.

Dean corrió hacia Gabriel y Mia colocándose por delante de ellos para protegerlos otra vez mientras el resto de la división caía en la otra punta del descampado.

Mabus miró hacia los cazadores. Melanie era la que se lo estaba poniendo más difícil, por mucho que intentase acercarse al elegido, eran siete contra él, y aunque sabía que tarde o temprano los vencería aquello estaba durando más de lo que esperaba.

Melanie cayó al suelo junto al resto de la división con un fuerte golpe que les quitó el oxígeno de los pulmones.

Nicholas se incorporó levemente, recuperándose de la caída igual que el resto de sus compañeros, resoplando, y miró directamente a Melanie.

—Melanie —susurró hacia ella con amor—. ¿Estás bien?

Ella gimió, apretó los labios y se incorporó.

Justo en ese momento notaron como el temblor aumentaba y una corriente huracanada se dirigía directa a por ellos.

Melanie solo tuvo tiempo de incorporarse de rodillas y detener la onda del poder de Mabus cuando este apareció ante ellos sin previo aviso, rugiendo, dispuesto a acabar ya con ellos, con tal rabia que durante unos segundos el resto de la división se quedó paralizada.

Melanie aguantó el embiste mientras gritaba por el esfuerzo, conteniendo la onda de poder y permitiendo que sus compañeros se alejasen, pero Mabus ya sabía que llevaban dagas de bronce y que con ellas intentarían debilitarle.

Detuvo la onda de poder hacia Melanie y, en un segundo, se rodeó de nuevo de una cúpula que explotó haciendo que toda la división, de nuevo, saliese despedida, sin siquiera poder acercarse a él.

—¡Jamás acabaréis conmigo! —gritó Mabus—. Este mundo ha llegado a su fin —sentenció colocando las manos hacia abajo, comenzando a abrir con más fuerza la tierra, haciendo que las grietas se ensanchasen más.

Gabriel tragó saliva mientras aún sujetaba entre sus brazos a su hermana, temblando de miedo. Contempló cómo Mabus expulsaba con fuertes ráfagas de poder a una división que comenzaba a ver minadas sus fuerzas. Dean permanecía ante ellos intentando protegerlos, pero se obligó a volver la mirada hacia la bestia cuando esta elevó sus brazos al cielo haciendo que la tierra vibrase con más fuerza, sin poder siquiera mantenerse de rodillas, cayendo todos sobre la tierra.

Una oscuridad comenzó a emanar del cuerpo de Mabus, haciendo que aquella noche se volviese más oscura aún. Ya había comenzado. El momento del fin se acercaba.

Acabaría con todos, no tenía dudas. La división, por mucho que lo

intentase, no podía hacer nada frente a él. Cuando creía que estaban a punto de capturarlo, la bestia se deshacía de ellos como si se tratase de muñecos de trapo.

La tierra se abría por el temblor, partiéndose y separándose en trozos, mientras todos intentaban paralizar la destrucción total.

Observaron cómo Mabus volvía a alzar sus brazos al cielo haciendo que el temblor se incrementase y los pocos edificios que quedaban en pie cayesen, las farolas saliesen volando y los coches precipitados.

Aquello era el fin, no había vuelta atrás. Todo lo que habían conocido hasta ahora, lo que amaban, desaparecería en pocos segundos. Habían llegado tarde y, ahora, su mundo se destruiría arrasando y acabando con la vida de todas las personas a las que amaba. No podían hacer nada frente a él.

Gabriel giró su rostro hacia ella mientras notaba la palma de su mano cogida a su brazo, mientras aquella oscuridad que emanaba del cuerpo de Mabus, a pocos metros de ellos, avanzaba por toda la ciudad, sumiéndola en penumbras.

Mia permanecía con la mirada clavada en los compañeros de división que se levantaban y cogían las cadenas, intentando luchar, apurando los últimos segundos para evitar la catástrofe. Ni siquiera pestañeaba, simplemente las lágrimas bañaban todo su rostro.

Volvió la mirada al frente viendo a Nicholas y Adrien ser impulsados hacia atrás sin contemplación, chocando contra todas las rocas y amenazando con caer por las enormes grietas que se creaban por el terrible terremoto.

Volvió la mirada hacia ella y miró su mano temblorosa cogida a su brazo, acariciándole, consciente de que todo llegaba a su fin. Se fijó en su perfil, en sus hermosos ojos verdes, en las lágrimas bañar su rostro y en su cabello castaño volar hacia tras por el viento huracanado. No podía permitirlo. Ella era lo que más quería en el mundo y había estado tan cerca de perderla... de hecho, la perdería en pocos segundos si no lograba detenerlo.

Por su mente pasó la imagen de cuando ella se había caído en el parque, de cuando la había cogido en brazos y llevado al aseo para curar su rodilla raspada, en las veces que la había consolado, cuando ella lo había abrazado con un infinito amor tras que fuese a buscarla después del terremoto que había assolado toda la ciudad donde estudiaba. Se quedó contemplándola fijamente

mientras trabajaba saliva.

—Sabes que te quiero —susurró.

Mia tardó un poco en reaccionar, pero finalmente giró su rostro hacia él y lo miró sin comprender, aunque una idea asaltó su mente poniéndola en alerta.

—¿Por qué me dices eso? —sollozó. Volvió su mirada al frente donde la lucha encarnizada seguía agotando los últimos segundos antes de desaparecer. Se giró de nuevo hacia él cogiendo con más fuerza su brazo—. No... —sollozó— no puedes... —reaccionó más nerviosa.

En ese momento su mundo se detuvo, solo estaban su hermano y ella.

Él tragó saliva y volvió la mirada hacia sus compañeros. Sabía que era lo único que podía hacer.

—El mundo no se merece esto —susurró contemplando fijamente la escena que sucedía a pocos metros de ellos.

—No... —lloró ella.

En ese momento Dean se dio la vuelta y se acercó sin comprender lo que ocurría.

Gabriel la cogió por los hombros y le obligó a mirarle, levantándose. Pasó una mano por su cabello apartándolo, fijándose en cada rasgo de su dulce rostro. La quería más que nada, no podía permitirlo.

—Tú... —susurró enfatizando aquella palabra con un inmenso amor, mientras una sonrisa triste atravesaba su rostro—, no te mereces esto —enfatizó.

—No, por favor... —suplicó mientras él la acercaba y la abrazaba—, no lo hagas... por favor... —lloró contra él.

Su mirada voló a la espalda de Mia, donde Dean se encontraba a pocos pasos de ellos. Lo miró con determinación aunque también con una clara súplica en su mirada, aquella petición que le había hecho hacía pocas horas.

—Cuida de ella —susurró hacia Dean que observaba la escena sin comprender, luego volvió su mirada hacia Mia que lloraba entre sus brazos. —Prométeme una cosa —susurró volviendo a distanciarla. Se fijó en sus ojos verdes que lo observaban con un amor infinito. Besó su frente y la miró

fijamente—, serás feliz.

Dicho esto la empujó alejándola de él en dirección a Dean que la acogió directamente entre sus brazos, aún sin dar crédito a lo que ocurría.

—¡Noooooo! ¡Morirás! —gritó Mia mientras lo veía alejarse.

—¡Gabriel! —gritó Dean intentando detenerlo.

Una ráfaga de poder de Mabus los alejó, haciendo que Dean tuviese que abrazar con fuerza a Mia para que no saliese despedida. Sin embargo, Gabriel avanzaba sin siquiera inmutarse ante aquello.

La onda de poder hizo que Dean tuviese que ponerse ante ella para protegerla, pero Mia no dejaba de gritar, echando su mano hacia delante, hacia su hermano que caminaba hacia aquella cúpula de poder que en ese momento Melanie intentaba detener.

La energía explotó lanzándolos a todos por los aires, apartándolos Mabus de su lado, pero la división volvió a ponerse en pie sujetando con fuerza las cadenas e intentando arrojarlas hacia él, conscientes de que se les acababa el tiempo.

Melanie disparó una ráfaga en su dirección pero Mabus se cubrió con energía de inmediato, sin siquiera permitir que la energía de Melanie lo rozase. En ese momento el terremoto se hizo más fuerte, creando grietas en la tierra tan profundas que era imposible ver su final.

—¡Noooooo! —gritó Mia aún intentando deshacerse de los brazos de Dean que la sujetaban con fuerza contra él, intentando mantenerla a salvo y que no saliese corriendo hacia su hermano, mientras la fuerza del viento amenazaba con derribarlos.

Nicholas derrapó en el suelo y lanzó la cadena contra Mabus, al igual que Christopher y Taylor, pero aquella energía de la que se rodeaba Mabus era imposible de atravesar. La energía azulada que lo rodeaba comenzó a expandirse creando sobre él una nueva cúpula eléctrica, cada vez de mayor envergadura, dispuesto a arrojarla contra ellos.

Nicholas miró a Melanie. Aquella cúpula tenía muchos más rayos que las anteriores, incluso más consistencia. Sería imposible detenerla.

—Melanie —gimió Nicholas intentando acercarse a ella, aunque el

temblor del suelo y el viento huracanado le hacían ya muy difícil a él y a cualquier miembro de la división aguantar en pie.

La cúpula se comenzó a agrandar más justo cuando todos vieron cómo Mabus ponía su espalda recta y se giraba.

En aquel momento, todos observaron cómo Gabriel entraba en la cúpula, traspasando aquellos rayos sin problemas.

—¿Gabriel? —gritó Taylor aterrado.

Nicholas fue hasta la cúpula luchando contra el viento.

—¿Gabriel! ¡Sal de ahí! Vamos, ¡Sal! —gritó aterrado.

Gabriel caminó unos pasos por dentro de la cúpula y se detuvo, mirando fijamente a Mabus el cual le dedicó una sonrisa tétrica.

—Ya estamos aquí —pronunció Mabus volviéndose hacia él.

Gabriel tragó saliva. Aunque todo su cuerpo temblaba sabía lo que debía hacer. No podía permitirlo.

—Sí —susurró con temor, aunque con una mirada decidida.

Nicholas se colocó al lado de Melanie mientras toda la división permanecía paralizada, sin poder actuar, pues Gabriel se encontraba en un lugar al que no podían acceder.

—¡Destruyela! —gritó Nicholas de los nervios hacia Melanie.

Ella tenía las manos hacia delante, soltando potentes ráfagas de poder, incluso gritando por el esfuerzo.

—No puedo —sollozó—. ¡Es imposible! —rugió mientras intentaba de todas las formas posibles destruir la cúpula que Mabus había creado, donde se encontraba a solas con Gabriel.

Nicholas tragó saliva y miró directamente a Gabriel que permanecía erguido con la mirada fija en Mabus.

—No —susurró consciente de lo que ocurriría.

En ese momento, Mia logró soltarse de los brazos de Dean y correr en aquella dirección.

—Mia —dijo Dean corriendo tras ella.

Mia pasó por encima de unos bloques de piedra, desesperada, sin dejar de gritar el nombre de su hermano, aunque al saltar sobre uno de ellos cayó al suelo. Aquello no le frenó y se levantó de inmediato comenzando a correr intentando acercarse, pero Dean la interceptó cogiéndola de nuevo entre sus brazos.

—Mia, no... no... —dijo conteniéndola.

—Noooo... por favor... ¡Gabriel! —gritó extendiendo el brazo hacia aquella cúpula, pues a través de los rayos que la creaban podía ver lo que ocurría dentro, la figura de su hermano frente a aquella bestia.

Mabus miró directamente a Gabriel y se abalanzó hacia él con una daga en la mano.

Gabriel pudo esquivar el primer ataque, pues tal y como le había dicho la división creían que atacaría por la derecha, pero no pudo con el segundo.

Mabus lo agarró por el cabello echándolo hacia atrás y directamente clavó la daga en el costado de Gabriel.

—¡Nooooooooo! —gritó Nicholas junto a sus compañeros que luchaban encarnizadamente por quedarse al lado de la cúpula y que el viento no los arrastrase.

El grito de dolor de Gabriel resonó en todo el descampado y, justo en ese momento, la oscuridad que había comenzado a emanar del cuerpo de Mabus se incrementó avanzando y comenzando a distribuirse en todas las direcciones. Aquella oscuridad iba acompañada de la onda de poder más fuerte que habían conocido hasta ese momento. Atravesó la cúpula e hizo que todos saliesen despedidos hacia atrás, aun así, todos pudieron escuchar el grito de Mía tras ellos al ver lo que ocurría.

Dean la sujetó con fuerza aunque le fue imposible mantenerse en pie y salieron rodando por el suelo.

Dean intentó detenerse sobre la tierra y se colocó sobre el cuerpo de Mia que no dejaba de removerse y gritar, intentando que aquel viento no los expulsase. La tierra se abría con más fuerza y la oscuridad se iba distribuyendo por la ciudad de Jerusalén a una velocidad desorbitada, y sabía que aquella oscuridad ya no se detendría.

Todo se acababa, aquel era el fin de su mundo, de su existencia. Se colocó

sobre Mía mientras ella no dejaba de llorar y gritar sin apartar la mirada de su hermano.

Gabriel cayó al suelo gritando, luchando por respirar, mientras Mabus se arrodillaba ante él sujetando la daga que acababa de clavar en su costado.

—Llegó el momento —susurró Mabus con una ligera sonrisa.

Gabriel apretó los labios intentando controlar el dolor que sentía, consciente de lo que debía hacer. Echó una mano a su espalda notando el mango frío de la daga que llevaba en la parte trasera de su pantalón. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban, la sujetó con fuerza en su mano, la extrajo y la clavó en el pecho de Mabus.

El grito de Mabus hizo que todos mirasen boquiabiertos la escena, pues no se lo esperaban.

En ese momento, la oscuridad se detuvo, aunque no el temblor y el aire que persistía, como si con aquella herida Gabriel hubiese podido detener el avance de la oscuridad.

Sabía que si se enfrentaba a Mabus no viviría para contarlo, que su poder era muy superior al suyo, pero aquella superioridad que Mabus demostraba era realmente su auténtica debilidad, su punto débil.

Sabía que moriría, pero si con ello podía salvar a todo el mundo habría valido la pena.

La mano de Mabus fue hasta la de Gabriel, sujetando con fuerza su muñeca con la que presionaba la daga del destino en el pecho de Mabus.

—Maldito seas —rugió Mabus intentando extraer la daga de su pecho, aunque Gabriel empujaba con fuerza.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, conscientes de todo lo que los rodeaba, de lo que se jugaban en aquel momento y ambos rugieron de dolor.

Justo en ese momento, Eligos y sus dos hermanos dieron unos pasos adelante, observando atentos, mientras la luz de los rayos de la cúpula de Mabus los iluminaba y el aire huracanado movía sus túnicas y capuchas hacia atrás, aunque ellos, a diferencia del resto, tampoco eran afectados por aquel poder.

Gabriel tragó saliva, notando que las fuerzas comenzaban a abandonarlo. El dolor era tan intenso que lo único que deseaba era sumirse en la inconsciencia, pero necesitaba acabar su trabajo aunque casi no podía ni respirar.

Giró su rostro hacia la derecha mientras luchaba para que Mabus no lograra extraer la parte de la daga del destino que había clavado en su pecho y miró a través de los rayos que los envolvían.

Mia permanecía tumbada sobre la tierra, con el cabello movido hacia atrás, las lágrimas recorriendo sus ojos y un brazo estirado hacia él, como si quisiera ir a su lado, gritando su nombre sin cesar. Dean estaba sobre ella abrazándola, sujetándola para que no saliese disparada por el viento huracanado.

Sabía que Dean la quería, que la cuidaría y la protegería de todo. Al menos, podía irse tranquilo sabiendo que su hermana estaría bien, que Dean siempre estaría a su lado.

Si hubiese una persona por quien tuviese que dar su vida sería por ella.

Centró sus ojos en los de su hermana, a través de los intensos rayos que los rodeaban, buscando las fuerzas necesarias para ponerle fin a todo. Ella lo miraba con desesperación, incrédula ante lo que veía. Una lágrima resbaló por su mejilla mientras observaba a su hermana por última vez. Aquella mirada de Mia aterrorizada fue lo único que logró darle las fuerzas suficientes para no desfallecer por el dolor que llegaba a cortar la respiración.

“Por ella, por Mia” se dijo a sí mismo, ella merecía una vida llena de amor y de alegría... y él se la daría.

Resopló intentando coger fuerzas y que el dolor no lo desconcentrase y se giró hacia Mabus de nuevo, apretando los labios.

Colocó directamente una mano en su nuca para obligarle a mirarlo a los ojos, mientras Mabus aún intentaba extraer la daga del destino de su pecho.

—No ganarás —gruñó Gabriel por el esfuerzo.

Estaba preparado para morir, y no le importaba si con ello los ponía a todos a salvo. A diferencia de lo que había pensado hasta el momento, aquella decisión era la más fácil que había tomado en su vida.

Cogió con más fuerza el mango de la daga y apretó hacia el pecho de Mabus cargándolo con su propio peso, aunque aquello incluía que la daga con la que Mabus había atravesado su costado también acabase de clavarse en él.

Notó cómo la hoja de la daga se abría paso hasta sus costillas y gritó cuando cayó encima de él, incrustando finalmente la daga del destino en su totalidad en el pecho de Mabus.

El grito de ambos se entremezcló con el silbido del viento y la electricidad que aún los rodeaba, hasta que la cúpula explotó arrojándolos a todos al suelo, alejándolos.

Todos tardaron varios segundos en reaccionar.

Nicholas ascendió su mirada al frente, casi al borde del barranco del Gólgota, alejado de aquellos dos cuerpos que permanecían sobre la tierra.

Miró de un lado a otro, sus compañeros también permanecían en el suelo, consternados, en shock.

El silencio más absoluto apareció en aquella zona. No había viento, solo una suave brisa, no había luces ni electricidad aunque el terremoto había cesado.

Dean se incorporó de rodillas y ayudó a Mia que sollozaba sin apartar la mirada del centro del descampado.

—No —gimió ella levantándose, comenzando a correr hacia el centro donde podía ver el cuerpo de su hermano.

—Mia, espera —corrió Dean tras de ella.

La división era más rápida. Se levantaron, aún impresionados por lo acontecido y corrieron hacia el medio del descampado donde Gabriel permanecía a un lado y el cuerpo de Mabus al otro.

—Dios mío —susurró Nicholas agachándose junto al cuerpo de Gabriel.

Christopher y Adrien hicieron lo mismo. Christopher buscó su pulso en su cuello y luego miró a sus compañeros, todos permanecían agachados, rodeándolo sin decir nada.

—No... —Tragó saliva y suspiró mientras notaba que los ojos se le llenaban de lágrimas—, no le encuentro el pulso.

—No, vamos... Gabriel —dijo Nicholas desesperado colocando sus dos manos en su pecho y comenzando a realizar la reanimación—. Vamos, chaval, no nos dejes —suplicó.

Taylor y Adrien se separaron unos pasos, mientras se llevaban la mano a los ojos intentando reprimir las lágrimas.

Cuando se giró vio a Dean llegar junto Mia, la cual lloraba sin cesar y miraba hacia el cuerpo de su hermano. Taylor miró a Dean y negó con su rostro indicándole que nada podían hacer. Aquel gesto también llamó la atención de Mia que dio unos pasos atrás, conmovida.

Dean la cogió de forma delicada del brazo.

—No, no, no... —comentó mirándolos a todos.

La división se quedó observándola, sin saber qué decir. Nicholas dejó de realizar la reanimación y volvió a tomar el pulso pero todos supieron que de nada servía, pues Nicholas tuvo que girarse levemente para intentar ocultar la tristeza que sentía.

Mia comenzó a avanzar con pasos lentos seguida de Dean.

La división se apartó levemente para darle su espacio, aunque Nicholas y Christopher seguían arrodillados al lado del cuerpo de Gabriel.

Mia se arrodilló junto a él, mirando sus ojos cerrados y gimió.

—Mi hermano —sollozó mientras pasaba una mano por su rostro, sin contener las lágrimas.

Dean se agachó a su lado mientras cogía su otra mano y la acercaba a él.

—Cuidado con la daga —susurró.

Ella tragó saliva y miró a Dean sin contener su dolor.

—Se ha ido —sollozó—. ¿Por qué?

Aquello hizo que varios de los miembros de la división tuviesen que apartarse para controlar sus sentimientos. Ellos debían protegerlo, sin embargo, habían descubierto que realmente era él quien debía salvarlos a todos entregando su vida a cambio de la de todos ellos.

Dean besó su frente y pasó la mano por su mejilla, se fijó en el rostro de Gabriel, en ese momento tranquilo, como si estuviese en paz.

—Porque te quería muchísimo, Mia —respondió Dean.

Ella negó aún sin creer lo ocurrido y se giró de nuevo hacia su hermano, acariciando su mejilla y llorando sobre él. Besó su frente y entonces notó en su mano el colgante que Gabriel había querido darle unos días antes. Aquella cruz que el padre Luper le había regalado. La cogió de su cuello y la sostuvo entre sus manos, directamente se la puso mientras las lagrimas bañaban su rostro.

Todos se giraron al escuchar unos pasos, excepto Mia que permanecía en shock sin apartar la mirada de su hermano.

Los tres jinetes se acercaban, en silencio.

Nicholas dio unos pasos hacia ellos realmente colérico, pero Eligos elevó una mano haciendo que se quedase clavado en el suelo, tal y como ya había hecho anteriormente.

—¿Por qué? —gritó Nicholas cargado de rabia.

Eligos miró de reojo a sus dos hermanos y dio unos pasos hacia delante.

—Todo es más complejo de lo que crees.

—¿Complejo? —gritó Taylor también avanzando hacia ellos—. Está muerto, ¡lo habéis matado!

—No —respondió Eligos con toda la calma del mundo—. Él ha decidido dar su vida por todos vosotros. —Luego miró a Mia que en ese momento los observaba, sin moverse del lado de su hermano y con lágrimas en los ojos—. Quizá, aún haya esperanza para la humanidad —comentó—. Lo siento mucho —susurró hacia Mia.

Dicho esto los tres se giraron y comenzaron a alejarse, pero estaba claro que muchos de los miembros de la división no estaban de acuerdo con el desenlace.

—¡Eh! —gritó Adrien—. Malditos hijos de... —rugió—. ¡No es justo! ¡Él no tiene por qué responder por todos nosotros!

Eligos se detuvo y se giró. Los contempló mientras sus dos hermanos también se volvían.

—Tú no tenías que tomar esa decisión, tú no decides lo que es justo o no.

Ni siquiera nosotros. Él es quién lo ha decidido.

Nicholas gritó hacia el cielo, desesperado.

—¿Y ya está? ¿Muere un inocente y se acabó todo?

—¿Por qué dices que ha muerto? Solo veis la parte negativa. Yo diría que os ha salvado. Que millones de vidas seguirán.

—Sí, tú y tu positivismo natural... —ironizó Nicholas hecho una furia.

Eligos lo contempló unos segundos y miró a todos los allí presentes.

—No creáis que no comprendo vuestro dolor, pero disfrutad de la oportunidad que él os ha dado.

Dicho esto se giró de nuevo con sus dos hermanos y comenzaron a alejarse.

A la que pudo moverse Nicholas volvió hacia el grupo que rodeaba a Gabriel.

—Alejémoslo de él —Señaló a Mabus.

Todos lo cogieron con cuidado y lo apartaron situándolo en el otro extremo del descampado, ya lejos de Mabus.

—Con cuidado... —dijo Dean mientras ayudaba a dejarlo sobre la tierra.

Mia volvió a agacharse junto a él mientras Melanie se situaba a su lado, abrazándola.

En ese momento, se dieron cuenta de que las nubes comenzaban a disiparse y en el horizonte una raya anaranjada anunciaba un nuevo día.

Se quedaron contemplando el horizonte mientras escuchaban las voces de las personas que habían permanecido ocultas en la ciudad, en subterráneos, y que comenzaban a inundar las calles mirando al cielo, sin ser conscientes aún de lo que había ocurrido.

La tierra iniciaba un nuevo día, la luz dotó de nuevo todo de color, aunque desde allí, lo único que veían era destrucción, aunque también, esperanza.

Dean se quedó mirando hacia el horizonte, mientras un rallo de luz llegaba hasta ellos iluminando el cuerpo de Gabriel.

Se giró y contempló a Mia aún llorando sobre su cuerpo y pasó su brazo

por encima de su espalda atrayéndola hacia él para abrazarla.

Gabriel los había salvado a todos, había tomado la decisión de dar su vida por ellos, sin dudarlo. Aún recordaba la última mirada que les había lanzado a Mia y a él para encontrar las fuerzas necesarias antes de acabar con Mabus.

Se lo había prometido, pero aunque no lo hubiese hecho lo haría. Cuidaría de ella. Le daría la vida que Gabriel tanto hubiese deseado que su hermana tuviese, una vida llena de felicidad.

Besó su frente mientras ella se abrazaba a él sin controlar los espasmos de su cuerpo por el llanto.

Todos se quedaron en silencio mientras rodeaban el cuerpo de Gabriel, observando desde aquella altura cómo la luz de un nuevo día iba inundándolo todo. Un nuevo día gracias a él.

20 días después.

Tras más de diez días de viaje desde Jerusalén habían llegado a Banff, donde todas les esperaban con los brazos abiertos.

Cintya había sido la encargada de explicar a las chicas todo lo ocurrido. No habían dejado ni un minuto sola a Mia desde entonces.

Diez días después del desenlace y cuando ya se habían iniciado las labores de reconstrucción de las ciudades habían encontrado un sacerdote que oficiase el entierro.

Por ello, tras lograr recuperar las comunicaciones con el Pentágono y explicar lo sucedido, se habían encargado de todo, trayendo el cuerpo de Gabriel hasta allí, Calgary, pues la división lo había enterrado en un sepulcro que habían encontrado cercano.

Dean cogió la mano de Mia y observó su perfil. Toda la división estaba allí, incluso las de Nueva York y España. Divisiones de todo el mundo, altos mandos y... Eligos, director de la DAE, en ese momento finalizaba su discurso de despedida para Gabriel.

—Nadie en el mundo, más que nosotros, sabemos realmente a lo que nos enfrentamos, al peligro que corrimos... —Dean se giró hacia Nicholas que se encontraban en el asiento de atrás. Desde que habían visto entrar a Eligos por la puerta todos habían querido ir a por él, pero por respeto a Gabriel y a Mia se habían contenido—, los civiles normales no son conscientes realmente de los tiempos oscuros que pasamos y que Gabriel, con su sacrificio, nos salvó a todos. Él dio su vida por la nuestra, sin dudarlo, pero no solo eso. Él, con su decisión, con el amor que lo movía, no solo salvó a los valientes que se enfrentaron al mal, sino que gracias a su generoso gesto dio continuidad a una

especie como la nuestra. La humanidad seguirá, porque así lo decidió él. — Miró hacia Mia y suspiró—. Muchos de vosotros pensaréis que no es justo, que merece un mayor reconocimiento, que lo que hizo merece ser recordado por muchos siglos, pero sinceramente, no creo que Gabriel buscara eso. Lo más importante es que nosotros sí lo sabemos. Sabemos que él dio su vida por la nuestra, sin dudarlo, y somos conscientes de la nueva oportunidad que se nos ha regalado. —Luego miró al frente, a las cientos de personas que habían acudido hasta allí—. No desperdiciéis esta oportunidad.

Aunque muchos no captaron el significado final de aquella frase, la división sí lo hizo. Nadie, excepto ellos, sabía que frente a todos se encontraba uno de los jinetes.

Eligos bajó de la tarima y cogió uno de los ramos de flores que había sobre el ataúd de madera.

—Descansa en paz —susurró.

Se giró y fue directamente hacia Mia y Dean. Dean cogió más fuerte de la mano a Mia y la colocó a su espalda, incluso la división dio unos pasos hacia delante al ver que Eligos se aproximaba.

Se colocó ante ellos dos y tendió el ramo de flores a Mia que, aunque temerosa lo cogió. Eligos cogió la mano de ella y se acercó un poco, Mia lo observaba más con dolor que miedo.

—Sé que no hay consuelo para tal dolor —susurró Eligos—, pero tuvimos suerte de que Gabriel fuese el elegido.

Dean gruñó al escuchar aquello.

—¿Suerte? ¿Sobre todo tú? —ironizó de los nervios.

Detestaba que estuviese allí.

Eligos suspiró y miró a todos los miembros de la división que lo rodeaban con cara de pocos amigos. Finalmente centró su mirada en Dean, sin soltar la mano de Mia.

—El que sea lo que soy no implica que desee la destrucción de este mundo. De hecho, aquí se vive bastante bien. —Dio un paso hacia él con una ligera sonrisa en su rostro—. ¿Si no por qué crees que iba a asegurarme de que consiguieseis la daga del destino en el Everest? ¿O de que los vampiros

no acabasen con vosotros en el motel de carretera? —Miró a toda la división—. Nosotros... —dijo mirando al otro extremo del cementerio, donde Alouqua y Gergund permanecían esperando—, no somos el enemigo. Hicimos todo lo que estaba en nuestra mano para ayudaros y contener a nuestro hermano. Al final, después de tantos milenios conviviendo con vosotros... —dijo ladeando su cuello, dando un paso hacia atrás—, se os coge cariño a los humanos.

—No sé si tomarme eso a bien... —rugió Scott.

Dean soltó la mano de Mia y dio unos pasos al frente, acercándose a Eligos que ya se alejaba.

—Espera —comentó haciendo que Eligos se detuviese. Dean tomó aire, tragó saliva y lo miró seriamente—. Dijiste que tú solo te encargabas de cumplir una misión: que lo que se dice en las escrituras se haga realidad. —Eligos asintió—. En el evangelio dice que Jesús resucitó, ¿es posible que...?

Eligos suspiró y negó con su rostro.

—Lo siento, pero no estamos hablando de lo mismo. Además —dijo encogiéndose de hombros—, tampoco hay que creer cada línea de las escrituras. —Volvió a mirarlos a todos—. Sed felices y disfrutad de la vida. Nos vemos dentro de poco.

Aquello hizo que todos pusiesen su espalda recta, asustados.

—¿Dentro... dentro de poco? —preguntó Dean mirando a sus compañeros que, al igual que a él, aquellas últimas palabras les había asustado.

Eligos lo miró como si sus reacciones le divirtiesen.

—Soy el jefe de la DAE. Habrá que ponerse a trabajar para arreglar este destrozo —comentó sin darle más importancia, alejándose ya de ellos.

—Pues menudo jefe —resopló Nicholas.

Dean suspiró y fue de nuevo hacia Mia.

—¿Estás bien? —preguntó pasando una mano por su mejilla.

Ella asintió y, por primera vez, desde hacía veinte días, medio sonrió.

—Sí, sí lo estoy. Creo que él tiene razón...

—¿Quién? ¿Eligos? —preguntó Christopher.

Ella asintió.

—Mi hermano me hizo prometerle una cosa antes de morir: que fuese feliz. No quiero que haya muerto en vano. No se lo merece.

Dean pasó una mano por encima de sus hombros acercándola y besó su frente.

—Y prometo hacerte feliz —comentó con una ligera sonrisa.

Salieron del cementerio junto a muchas personas más, aunque la mirada de todos recayó en la manada de lobos que esperaba cerca del bosque. Aunque no habían querido entrar al cementerio dado que muchas de las personas que acudían no tenían puesta la vacuna del antivirus del lobo se habían acercado y habían permanecido durante todo el entierro en el exterior.

Se acercaron a ellos.

—¿Ha ido bien? —preguntó Aaron.

—Tenemos un jefe que es la guerra en persona, ¿responde eso a tu pregunta? —ironizó Taylor.

Nicholas resopló y miró a Fillipe.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, gracias —comentó—. Os agradezco mucho lo que hicisteis. —Miró a Mia con pena—. Y lo siento mucho, de verdad.

Ella asintió.

—Muchas gracias.

Alex miró hacia el cementerio.

—Nosotros esperaremos aquí. Nos gustaría entrar para despedirnos de él.

—Cuando no haya gente —remarcó Aaron.

Nicholas se giró hacia Melanie con una ceja enarcada.

—¿No se lo has dicho aún?

Melanie negó y una sonrisa enigmática cubrió su rostro.

—¿Decirnos qué? —preguntó Alex intrigado.

Melanie dio un paso adelante mirando a los tres lobos.

—Creo que puedo curaros —sonrió.

Los tres lobos se miraron entre sí, como si no comprendiesen.

—¿Curarnos? —preguntó Aaron.

—Del virus del lobo —remarcó ella.

Alex la miró asombrado.

—¿Estás hablando en serio?

Ella asintió.

—Las ondas que emito de poder tienen un poco de radiación, muy baja, para los humanos es inmune, pero para los virus una exposición continuada durante varios días...

Alex corrió hacia ella.

—Cúrame, cúrame... —sollozó abrazándola—, por favor...

Melanie asintió mientras le devolvía el abrazo.

—Está bien.

Nicholas sonrió hacia Aaron y Fillipe que permanecían en shock por las palabras de ella.

—Comentadlo en la manada. Todos aquellos que quieran dejar de correr a cuatro patas que vengan a...

—¡Hazlo ya! —suplicó Alex interrumpiéndolo.

—Necesitamos un par de días —remarcó Melanie con una sonrisa.

—Pues vamos a comenzar ya... —dijo con ansiedad y lágrimas en los ojos. Luego sonrió—. Stella —susurró más para él que para el resto, aunque todos conocían ya ese nombre. Aquella chica humana con la que había mantenido una pequeña relación, pero que él mismo se había forzado a romper para no dañarla.

—Podrás estar con ella —dijo Adrien a su cuñado—. Hormona revolucionada —rió.

—Cállate, Adrien —gritó de los nervios apartando su mano.

Dean miró a Mia mientras la abrazaba. Aunque aún seguía con la mirada perdida y la pena en sus ojos sonreía hacia Alex alegrándose por todos ellos. Dean la besó directamente. Aunque sabía que tardaría en sanar y que la pérdida de su hermano la llevaría siempre, también todos eran conscientes de su sacrificio y de que una vida llena de felicidad les esperaba.

Vendrían años difíciles por delante, tiempos en que deberían reconstruir un planeta que había quedado inerte, casi sin vida, pero todos juntos volverían a crear un mundo donde poder vivir.

—Vamos a casa —dijo Dean mientras miraba sus ojos verdes.

—A casa —susurró ella mientras acariciaba la cruz que su hermano había llevado.

Epílogo

Cinco años después

Mia caminó a toda prisa hacia la cocina y depositó la jarra vacía sobre la mesa. Fue hasta la nevera y sacó un par de botellas de vino que sus padres le habían llevado. Se habían marchado hacía escasas horas.

Pocos meses después del desenlace final, Dean los había localizado en una de las colonias de México y había ido en su búsqueda. Ellos, eran realmente los únicos que sabían lo ocurrido. Sus padres merecían saberlo.

No pudo evitar asomarse a la puerta y observar el enorme salón de su casa, más allá, la puerta de cristal que daba al espacioso jardín le permitía ver a toda la división sentada en las sillas, alrededor de la enorme mesa de madera donde había un montón de carne recién sacada de la barbacoa.

Tras más de cinco años de reconstruir el planeta, ahora comenzaba a parecerse a lo que había sido en un pasado. Aún quedaban muchos bosques por reforestar, ciudades que construir, pero las principales comenzaban a recordar a lo que habían sido en un pasado.

Aquel era un día especial. La división de Nueva York había llegado hacía poco más de cuatro días para reunirse con ellos y ahora, todos habían acudido aquel día a su casa, situada a las afueras de Calgary, para festejar aquel día.

Le quedaba mucho por decorar aún, pero aquello comenzaba a parecer un hogar.

—Por Dios —escuchó que gritaba Nathan mientras se ponía en pie, el miembro de la división de Nueva York—. ¡Haced el favor de estaos quietos! ¡Eric! —gritó—. Como vuelva a verte...

Taylor se acercó enarcando una ceja hacia los dos pequeños. Eric, el hijo

de Nathan y Samantha, y su pequeña niña, Judith, permanecían cogidos de la mano.

Taylor rio y miró a Nathan enarcando una ceja.

—Tu crio es un poco avanzado, eh.

Eric sonrió hacia Taylor y se volvió hacia Judith, una preciosa niña castaña de ojos claros, con dos coletas y un vestido blanco.

—Es mi novia —dijo Eric hacia Taylor.

—Aja —dijo Taylor agachándose ante ellos—, pero si sois muy pequeñitos para daros besos —bromeó—, en la boquita —remarcó.

Judith rio ante lo que acababa de decir su padre.

—Pero a mí me gusta, papi —respondió Judith.

Taylor resopló y miró a Sandra que se acercaba.

—Taylor, cálmate... —pronunció ella—, tampoco creo que le vaya a morder.

A lo que Eric negó, cogió más fuerte de la mano a Judith y salieron corriendo alejándose de ellos.

—Eh, eh... —dijo Nathan corriendo tras ellos—, ¡poneos en un sitio que pueda veros!

Eric se giró, sonrió a su padre y elevó su mano impulsándolo hacia atrás, lo cual hizo que Nathan cayese de culo sobre el césped del jardín y las risas de todos los niños inundasen la zona.

Samantha fue hacia ellos e impulsó a su hijo también con una onda, haciendo que cayese al suelo.

—Te he dicho que con papá no uses tu poder —Le advirtió.

Eric resopló y puso cara de pillo. Se levantó de nuevo, cogió de la mano a Judith que aún reía divertida y miró a su padre.

—Lo siento, papi —Se disculpó antes de salir corriendo.

—Ya puedes sentirlo —susurró Nathan levantándose, aunque al momento los gemelos de Josh y Sarah se tiraron sobre él.

—¡Tito Nathan! —gritaron mientras se le tiraban encima.

Mia se quedó observando desde la puerta de la cocina. Todos habían iniciado una nueva vida. Atrás quedaban los dos años en los que habían vivido todos juntos tras la devastación. Ahora, vivían separados, con sus respectivas parejas y sus hijos, aunque se veían muy a menudo. Hacía poco menos de un mes que habían recibido la visita de la división española y habían quedado en que el siguiente año serían ellos los que viajasen hasta allí.

Mia giró su rostro para observar a la hija de Brad y Lucy correr junto a la de Christopher y Lauren, huyendo del pequeño de tres años, Roy, que las perseguía queriendo atraparlas.

—Papá —gritó Roy hacia Scott—. No me dejan jugar... —sollozó mientras salía de la casa hacia el jardín.

Lo cierto es que cada vez que se reunían era fantástico. Los pequeños de todos con sus ocurrencias hacían que riesen sin parar.

Los últimos en ser padres habían sido Nicholas y Melanie, con una niña que tan solo con tres meses ya había realizado la transición y apuntaba maneras, pues no dejaba de lanzar objetos de un lado a otro sin ser siquiera consciente de ello.

Avanzó sujetando la botella de vino en su mano y se quedó observando la fotografía de su hermano sobre la pequeña mesa de madera. Dejó la botella a un lado y tomó la fotografía entre sus manos. Dean se la había conseguido de la base de datos del Pentágono y se la había regalado enmarcada.

Se quedó observándola. Gabriel, con sus enormes ojos verdes y su cabello castaño sonreía feliz hacia la cámara. Hacía más de cinco años que se había marchado, que él, con su decisión, había garantizado una vida para todos.

No volvería a verlo nunca más, se había ido para siempre, pero en parte... siempre estaría entre ellos.

Se giró cuando escuchó unos suaves pasos por detrás y una sonrisa cargada de ternura inundó su rostro mientras se arrodillaba.

—Gabriel —dijo mientras extendía los brazos para recibir a su pequeño niño que hoy cumplía un año.

Dean lo llevaba sujeto de una mano. Aunque ya había dado sus primeros

pasos aún le costaba guardar el equilibrio, aunque siempre tenía una hermosa sonrisa en su rostro por mucho que cayese al suelo sin cesar.

Dean lo soltó de la mano y animó al pequeño a que diese sus últimos pasos solo hacia su madre.

—Vamos, Gabriel —Le animó Mia.

Gabriel dio los pasos y cayó sobre su madre que se fundió en un enorme abrazo con él.

—Eres todo un campeón —dijo Dean colocando su mano sobre su cabello castaño, acariciándolo. El pequeño le correspondió con otra sonrisa mientras seguía abrazado a su madre.

—He sacado otra botella de vino —Le indicó Mia—. ¿El pastel ya está fuera?

—Sí, y con la vela encendida para que sople —explicó Dean.

Ella asintió y miró a Gabriel.

Tenía el mismo color de ojos que su hermano, de un verde intenso. El cabello castaño caía en unos pequeños mechones sobre su frente, aunque si algo tenía que le recordase a él, era su enorme y tierna sonrisa.

Mia acarició la mejilla de su hijo y lo cogió para colocarlo firme ante ella. Se sacó el colgante de su hermano que llevaba siempre al cuello, la cruz que había llevado sus últimos días y se la puso a su niño.

—Él siempre te protegerá —susurró con ternura. Se acercó y besó la mejilla de su pequeño.

Dean fue hasta ella y tendió la mano a Gabriel.

—¿Preparado para soplar la vela del pastel? —preguntó.

Gabriel dio unas palmadas y extendió los brazos hacia su padre para que lo cogiese en brazos.

Mia lo observó salir al jardín mientras todos comenzaban a felicitarlo y a cantar el cumpleaños feliz.

Cuando perdió a su hermano pensaba que su mundo acabaría, que jamás podría volver a sonreír, que aunque la vida continuase jamás podría disfrutarla.

Aquello no era cierto.

Ahí había comenzado todo... los edificios se alzaban en las grandes ciudades, las personas comenzaban a habitarlos... todo volvía a la normalidad y, ante todo, era feliz.

Sabía que aún quedaba mucho por hacer, que deberían pasar muchos años hasta que todo volviese a ser como era antes, pero lo que tenía claro era que la esperanza jamás se perdía, porque cuando pensaron que todo estaba perdido él había llegado para salvarlos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quería dejar pasar esta ocasión sin agradecer todo el apoyo y cariño que me habéis demostrado a lo largo de toda esta serie.

La serie de Ciudad de reyes “Nueva York” y “Canadá” me ha aportado mucho: el hecho de haberme divertido escribiéndola y conocer a lectoras a las que hoy considero ya mis amigas. Es por gente como vosotros/as que me he decidido a escribir la serie española, la misma división que ya aparece en el tercer libro de la serie Canadá, aunque esta deberá esperar un poco pues ahora necesito descansar de cazadores..., pero os prometo que podremos disfrutar de las aventuras de la división española más pronto que tarde.

Me gustaría también poder nombrar a cada una de las personas que han tenido palabras amables conmigo y me han animado a seguir durante todo este tiempo. Sois muchas, así que hago extensivas estas palabras de agradecimiento a todas esas personas que me han abierto un privado por redes sociales para decirme que estaban leyendo las novelas, que han dejado sus opiniones en Amazon u otras plataformas, a aquellas que han invertido tiempo en reseñarlas y, en definitiva, a todos/as los lectores/as.

Gracias de todo corazón por los buenos ratos que me habéis hecho pasar y por vuestras palabras y, sobre todo, por acompañarme en este largo aunque agradable camino.

Un fuerte abrazo a todos/as.

Mariah Evans.